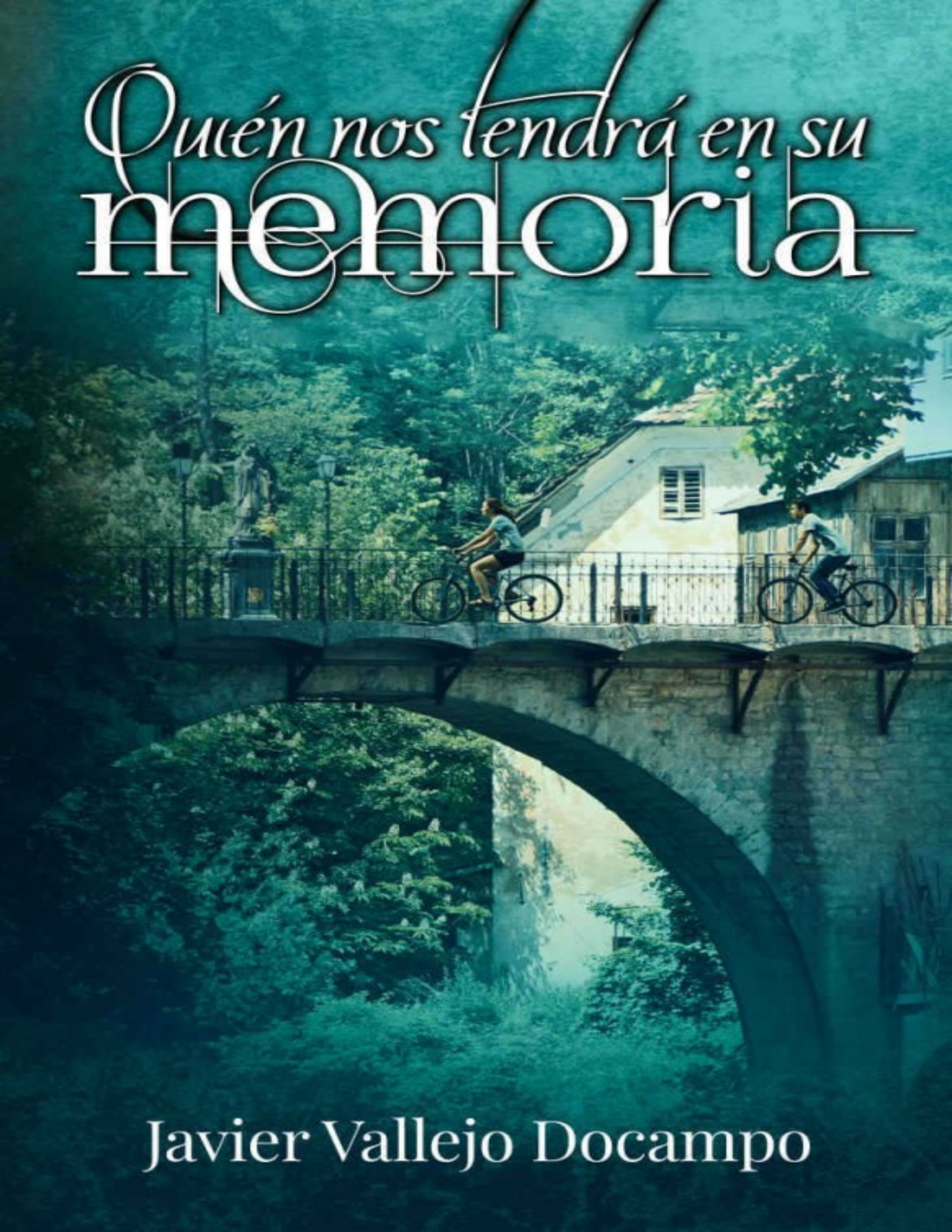
Quién nos tendrá en su memoria



Javier Vallejo Docampo

QUIÉN NOS TENDRÁ EN SU MEMORIA

Javier Vallejo Docampo

QUIÉN NOS TENDRÁ EN SU MEMORIA



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: diciembre de 2025
Copyright © 2025 Javier Vallejo Docampo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi madre: porque me lo ha dado todo y solo me ha pedido una cosa a cambio: que le dedicara una novela gallega que no termino de vislumbrar entre la niebla de su Pombeiro natal.

Esta no es esa novela, pero espero que la recibas con la misma ilusión que yo la escribí.

Te quiero.
Siempre.

Índice

Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. Dentro de seis meses.
Yo, Aitor Castro. 4 de mayo. En la actualidad. 9:07h.
Silvia Castro. Mi mujer. 4 de mayo. 8:10h.
Lena Jankovic. Suburbios de Bordeaux. 4 de mayo. 10:02h.
Yo, Aitor Castro. 4 de mayo. 11:16h.
Silvia Castro. Mi mujer. 4 de mayo. 14:03h.
Una adolescente. Hace 11 años.
Un adolescente. Hace 11 años.
Lena Jankovic. Club Le Soupir. Toulouse. 4 de mayo. 13:52h.
Silvia Castro. Mi mujer. 5 de mayo. 8:17h.
Lena Jankovic. Club Le Soupir. Toulouse. 5 de mayo. 10:05h.
Un adolescente. Hace 11 años.
Silvia Castro. Mi mujer. 5 de mayo. 14:45h.
Lena Jankovic. Club Le Soupir. 6 de mayo. 10:57h.
Un adolescente. Hace 11 años.
Yo, Aitor Castro. 6 de mayo. 14:36h.
Lena Jankovic. Club Le Soupir. 7 de mayo. 17:44h.
Un adolescente. Hace 11 años.
Yo, Aitor Castro. 8 de mayo. 10:13h.
Un adolescente. Hace 11 años.
Lena Jankovic. Club Le Soupir. 9 de mayo. 00:12h.
Un adolescente. Hace 10 años.
Silvia Castro. Mi mujer. 9 de mayo. 12:25h.
Un adolescente. Hace 10 años.
Yo, Aitor Castro. 22 de octubre. 20:31h.
Lena Jankovic. Hotel Pullman, Bordeaux. 23 de octubre. 00:07h.
Yo, Aitor Castro. 23 de octubre. 8:52h.
Lena Jankovic. En algún punto de Francia. 24 de octubre. 05:31h.

Rocío Castro. Mi hija. 25 de octubre. 00:08h
Lena Jankovic. Polígono 27. San Sebastián. 25 de octubre. 00:11h.
Yo, Aitor Castro. 26 de noviembre. 09:53h
Darko Stojanovic. 26 de noviembre. 10:10h
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 09:34h.
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 17:36h.
Lena Jankovic. 2 de noviembre. 12:16h.
Silvia Castro. Mi ex mujer. 2 de noviembre. 18:39h.
Lena Jankovic. Valdemoro. Madrid. 2 de noviembre. 20:59h.
Rocío Castro. Mi hija. Hora desconocida.
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 21:05h
Silvia Castro. Mi ex mujer. 2 de noviembre. 21:06h.
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 21:24h.
Rocío Castro. Mi hija. Hora desconocida.
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 21:53h.
Rocío Castro. Mi hija. Hora desconocida.
Yo, Aitor Castro. 2 de noviembre. 23:07h.
Darko Stojanovic. 2 de noviembre. 23:25h
Silvia Castro. 3 de noviembre. Mi ex mujer. 00:42h
Yo, Aitor Castro. 3 de noviembre. 7:58h.
Yo, Aitor Castro. 3 de noviembre. 12:03h.
Yo, Aitor Castro. 3 de noviembre. 13:49h.
Lena Jankovic. 3 de noviembre. 15:09h
Silvia Castro. Mi ex mujer. 4 de noviembre. 10:13h.
Yo, Aitor Castro. 4 de noviembre. 11:23h.
Lo que ocurrió después… 8 de noviembre. 12:37h.
Agradecimientos

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. Dentro de seis meses.

Estaré grogui. A caballo entre la inconsciencia y una suerte de duermevela reparadora que me impedirá sentir dolor. Podré abrir los ojos, sí, pero no lograré enfocar ni ganar nitidez a las figuras que hay a mi alrededor. Podré oír (un continuo y agudo pitido para ser exactos), pero no escucharé ni entenderé la discusión que está dirimiéndose acerca del cómo proceder en algún sentido. Me habría gustado ser partícipe del acalorado debate, pero no tendré fuerzas para construir palabras y, mucho menos, para llevar a cabo los vehementes aspavientos que intuiré en el desenfocado mundo que oscila como un barco en pleno temporal.

Sin poner de mi parte, notaré que me deslizo hacia un lado y chocaré contra una pared metálica. Acertadamente, tendré la lucidez suficiente para deducir que estoy en una furgoneta, en movimiento, con unos completos desconocidos.

En peligro.

Un nuevo bamboleo del vehículo y un frenazo brusco. Distinguiré el sonido de una puerta deslizándose y percibiré que el habitáculo gana en luminosidad. No mucha. Una suave claridad difusa. A renglón seguido, notaré que me alzan en volandas, y que me dejan volar libre. Tal vez se me olvide batir las alas, porque el vuelo será breve, y el contundente aterrizaje terminará de arrancarme del sopor que me encadena al aturdimiento.

Mi cuerpo despertará de sopetón y el dolor aflorará como de un manantial maldito. Mientras aprieto los dientes sin saber a dónde llevarme la mano exactamente, escucharé el acelerón de la furgoneta y el rechinar de los neumáticos mordiendo el asfalto. Una

densa nube de humo me envolverá y se adherirá a mi garganta, cerrándome la tráquea con dedos etéreos, pero férreos en su voluntad de asfixiarme.

Romperé a toser, y con ello alimentaré al dolor, lo espolearé como se pica espuelas a un caballo remolón. Llegaré a pensar que el cuerpo entero se me va a caer a pedazos: un dolor lacerante en el costado izquierdo tomará la delantera, seguido por el incesante taladrar que horada en la cabeza, en la zona frontal, y la enfurecida quemazón que chilla desde la palma de las manos y las rodillas.

Lograré darme la vuelta y quedaré tumbado boca arriba, observando el ennegrecido cielo de hormigón que se extiende sobre mi cabeza.

Un túnel.

Intentaré aplacar las salvajes acometidas de mi corazón y desacelerar el ritmo vertiginoso de una respiración desatada y sibilante.

Procuraré calmarme. Tendré que ser capaz de valorar la situación y proceder según requiera mi estado. Necesitaré de un tiempo del que no dispongo.

Entonces, me obligaré a despegar la cabeza del pavimento y descubrir el origen de la terrible punzada que me muerde desde el costado. Percibiré el círculo de sangre pintado en la camiseta. También el color rojizo que tiñe mis manos.

Mal presagio.

Cuando retire la tela, veré la estocada que se pierde carne adentro.

No tiene buena pinta, pensaré.

Y tendré razón. Una cuchillada limpia y profunda, que me hará olvidar el resto de mis heridas. Por aquel entonces, solo tendré dos opciones: contener la pérdida de sangre o sucumbir como consecuencia de ella.

Apretaré los dientes, clavaré las uñas en la pierna derecha e introduciré dos dedos (índice y anular) en la abertura, a modo de tapón. Euforia momentánea. Optimismo contenido. Es cierto que la sangre dejará de manar, pero seré consciente de que aquello no es más que un remiendo. Algo temporal. Una rodillera mal cosida en el pantalón de un niño hiperactivo.

No tendré más opciones que actuar. Y hacerlo rápido.

Tumbado sobre el asfalto, evaluaré la situación: abandonado en el interior de un túnel, desorientado y herido de gravedad. Móvil en paradero desconocido. Muchas probabilidades de ser atropellado si permanezco tirado en mitad de la calle. Pocas probabilidades de que yo mismo pueda ir al encuentro de alguien.

Llegaré a la siguiente conclusión: estoy jodido. Muy jodido.

Y por ese motivo, pensaré en rendirme, en aceptar mi destino y asumir que la única mano a la que podré aferrarme será la que me tienda la Muerte, llegado el momento.

Cansado, cerraré los ojos y me entregaré a la oscuridad. Rendido. Exhausto.

Sin embargo, esa oscuridad me entregará a su vez un mensaje en forma de imagen que me atropellará como un tren de mercancías descontrolado:

¡Papáaaaaaa!, con los ojos desorbitados y la voz tan chillona como una flauta desafinada. Rocío, mi hija, mientras alguien la arrastra, alejándola de mi lado.

La adrenalina me insuflará la energía necesaria para ponerme en pie y tambalearme, por el centro de la carretera, hacia uno de los extremos del túnel. Un Renault Clio gris pasará a mi lado, muy cerca, haciendo sonar el claxon y lanzando improperios a través de la ventanilla abierta. No se detendrá. ¿Para qué?

Por la acera, una madre asustada agarrará la mano de su hija pequeña y apurará el paso para alejarse cuanto antes de aquel hombre que camina como un borracho. La niña me mirará con curiosidad y le preguntará algo a su madre, que se limitará a tirar de ella y arrastrarla hacia la salida opuesta con premura.

No tendré motivos para culparla.

Es el mundo que, con ladrillos de indiferencia, hemos construido entre todos.

Pero no dispondré de tiempo para filosofar, puesto que la laceración pulsátil seguirá mordiéndome desde el costado y eso me obligará a no detenerme, a continuar avanzando y plantarle cara a la debilidad que se cierne sobre mí para ofrecerme descanso. Un descanso apacible y eterno.

Apretaré los dientes y el paso cuando divise un rayo de esperanza: las enormes cristaleras de un restaurante que se alza unos metros más adelante. A través de los grandes ventanales que se recortan en la fachada, podré apreciar el ir y venir de los camareros y el tranquilo disfrutar de media docena de comensales que apuran los últimos instantes de tranquilidad que ofrecen las cenizas de la tarde.

Con fuerzas renovadas, cruzaré la calle y, a trompicones, dejando huellas de sangre en las paredes y las ventanas, avanzaré hacia la puerta del local.

Maldita sea mi suerte, mascullaré al comprobar que, por primera vez en la vida, no hay ningún cliente fumando y vociferando en el exterior.

Masticaré entonces mi mala fortuna y me la tragaré como quien traga algo amargo.

Lo que no mata, engorda.

Alcanzaré la entrada y, con un terrible esfuerzo que agotará las últimas reservas de energía de mis músculos, tiraré de la pesada puerta. A trompicones, con la vista desenfocada, accederé al restaurante. Una camarera de rasgos sudamericanos y gesto horrorizado se aproximará a mí, cuando las piernas ya me hayan fallado y me vea obligado a hincar ambas rodillas en el suelo. La chica se agachará a mi lado, evaluando mi estado.

—Mi niña… —seré capaz de murmurar con voz áspera, mirando intensamente a los aterrados ojos negros de la joven—. Se han llevado a mi niña.

Y con todo cuanto está en mi mano hecho, un telón negro y pesado caerá a mi alrededor indicando el final de la función.

Focos apagados.

Silencio atronador.

Carencia de aplausos.

YO, AITOR CASTRO.

4 de mayo. En la actualidad. 9:07h.

Me había pedido el día libre en el hospital para llevar a cabo unas gestiones en el banco. Lo cierto es que pensaba que me llevarían mucho más tiempo, pero en poco más de media hora está todo resuelto y me encuentro con toda una mañana por delante sin saber qué hacer.

Entre mis preferencias no está regresar a casa y toparme con una Silvia distante y malhumorada, dispuesta siempre a batallar por sinsentidos. Es más, no le he dicho siquiera que me había tomado el día libre (ya apenas hablamos) y aparecer por casa de repente, se convertiría en un nuevo foco de combate en el que continuar nuestra encarnizada lucha. Así que…

Hace ya tiempo que el frío se ha colado a hurtadillas en nuestra relación. No sabría explicar el momento exacto en el que todo cambió, pero sí el instante en el que se inició el abrupto declive: el nacimiento de Rocío, nuestra hija. Sé que no es justo culparla (nunca lo diría en voz alta), pero es lo que pienso: su aparición provocó la desaparición de nuestra complicidad.

Los días posteriores al parto una insignificante grieta surgió en los cimientos de nuestro matrimonio; grieta que, con el paso del tiempo, se fue ensanchando, más y más, hasta convertirse en una falla insalvable capaz de exhalar un hálito tan gélido y cortante que lo mejor era no acercarse al borde. Así, un metro de distancia se convirtió en una inmensidad. Un segundo de silencio, en una eternidad sorda, incómoda y helada.

Y poco a poco, ese frío se fue instalando también en mi interior. El sexo, de repente insípido y sin alicientes, se fue espaciando cada vez

más, hasta mutar en un acto automático y desapegado, carente de vitalidad y apetito. Los besos se tornaron insulsos; las caricias, ásperas. El deseo se marchitó, carente de primavera, y la pasión quedó ahogada en aquellos profundos pozos de silencio. Todo era apatía y desánimo. Mal humor. Puro hielo.

En el espacio que nos separaba se formó una tundra, un páramo congelado, donde las emociones y las muestras de afecto quedaron reducidas a mecánicos besos de buenas noches, primero; y a resignados suspiros nostálgicos, después.

Las abisales polinias abiertas en la superficie helada amenazaban con tragársenos.

Un brusco empujón y un refunfuño airado me devuelven al presente. Al parecer, me he quedado alelado frente a la puerta del banco, obstaculizando el paso de otros clientes, motivo más que suficiente para merecer el chaparrón que me escupe una anciana enjuta y desabrida con la voz astillada por el tabaco.

Me disculpo y me alejo unos metros. Con los brazos en jarra y la mirada perdida en las inmediaciones, incapaz de encontrar alternativas, acabo sucumbiendo ante la perversa esperanza. Esa que siempre brilla al final del túnel por largo y oscuro que este sea. Suspiro (sabedor de mi error) y decido intentar un postrero y sutil acercamiento con Silvia. Será inútil, por supuesto. La distancia es ya insalvable, soy consciente, pero mi reticencia a reconocerlo es la propia de una mula obcecada.

Me meto en una pastelería, compro dos capuchinos y una bandeja de bollería variada, eligiendo los preferidos de Silvia, y con todo metido en una bolsa de cartón, me encamino hacia casa con paso arrastrado, lento, dándole tiempo a la brisa matinal para susurrarme algún motivo por el que cambiar de idea. No lo hace. Está ocupada en sus cosas de brisa.

¿A qué le tienes tanto miedo?, pregunta una conocida y odiada voz en mi cabeza.

Aprieto el paso. Opto por no responder. Total, pase lo que pase, a peor no pueden ir las cosas, me digo.

Equivocación. Nunca se debe menospreciar la habilidad del señor Murphy para aplicar su famosa ley.

Bajo del ascensor en la tercera y última planta y me dirijo a la puerta número dos. Al entrar, compruebo que Silvia ya está en casa, puesto que la bolsa del gimnasio y sus zapatillas de deporte descansan junto al mueble de la entrada. Aunque…

Arrugo el ceño y noto que se me seca la garganta. Mi corazón comienza a embestir al esternón con furia, con determinación.

Junto a la bolsa de Silvia hay una segunda bolsa, más grande, más sobria… más masculina.

Por si no fuera suficiente, el hiriente sonido de una carcajada flota hasta mis oídos, penetrando en mi cabeza sin contemplaciones para susurrarme todo tipo de infamias y calumnias.

No puede ser. No me puede estar pasando esto, pienso.

¿Y qué esperabas, alelao, *que guardase celibato mientras lo vuestro seguía yéndose a la mierda, pudriéndose como el cadáver de una mofeta olvidado al sol?*

Aprieto los dientes y me adentro en el piso, siguiendo el sonido de las risas y los gemidos. Una voz grave y varonil se alterna con la de mi esposa, ahora puedo escucharla con mayor claridad.

Dejo la bolsa en la cocina y, de manera automática, como hipnotizado por la verdad implícita en aquellas risitas ahogadas, me encamino hacia las escaleras que ascienden al piso superior, donde está nuestro dormitorio. Sin embargo, al colocar el pie en el primer peldaño, una nueva oleada de risas y susurros me hace consciente de mi equivocación: aquellos sonidos no provienen de arriba, sino de la habitación del fondo del pasillo, la destinada a las visitas. Atravieso el salón y me detengo al inicio del pasillo distribuidor. Ignorando el resto de puertas, fijo mi atención en la del fondo del corredor, que permanece entornada y escupe aquellos odiosos y obscenos sonidos. No me hace falta llegar hasta el final para constatar lo evidente.

—Me encanta calentar contigo —anuncia la voz masculina.

Más risas. Más jadeos ansiosos.

—Esto le da mil vueltas al crossfit —ratifica ella, con la voz una octava más aguda de lo habitual.

Suficiente. Ya me arden los oídos, los ojos, las venas. Con los puños apretados, regreso sobre mis pasos, notando como el corazón

reventado siembra de venenosa metralla todo mi interior. Aquellos gemidos, aquellos jadeos ansiosos y anhelantes que ahora brotan del cuarto del fondo me están desgarrando como una cosechadora desgarraría a un muñeco de trapo.

Me cuelo en la cocina y, tapándome los oídos con ambas manos, me quedo mirando la bolsa de cartón que contiene el desayuno.

Ha sido un precioso detalle, Aitor. Y muy acertado, claro que sí. Después de un buen polvo seguro que se levanta canina. Ha de reponer fuerzas, di que sí.

Aprieto los dientes, rabioso, abro la portezuela del armario que hay bajo el fregadero y escondo allí mi absurdo intento por arreglar lo irreparable. *¡Estúpido!*

Es al erguirme de nuevo, cuando mi mirada se topa con la infame tentación: el cuchillero, con sus seis brillantes mangos metálicos sobresaliendo del bloque macizo de madera lanzando destellos aviesos; guiños malévolos.

Herido como estaba, me dejo seducir por sus encantos y contornos. Alargo una mano y agarro el mango del cuchillo cebollero: unos veinticinco centímetros de acero letal. Alzo la hoja y contemplo mis ojos en el gélido metal. Son los míos, pero me cuesta reconocerlos: parecen un estanque contaminado con mil venenos.

Aprieto el mango con fuerza, decidido, y me vuelvo hacia la puerta de la cocina dispuesto a cometer la mayor de las locuras. Un huracán de ira y celos me corrompe por dentro y me empuja desde fuera. Voy a poner fin a esta deshonrosa pantomima. Voy a vengar la traición. Voy a recuperar mi dignidad a cuchilladas.

Sin embargo, para bien o para mal, esa determinación estalla en mil pedazos en cuanto salgo al pasillo. Mi mundo se tambalea. Los virulentos fuegos son extinguidos y los vientos huracanados se tornan brisas. Desde un marco colgado en la pared, Roció me mira con una reluciente sonrisa encendida en el rostro. Una sonrisa que me hace vacilar, que siembra dudas y apaga mi rabia.

Se merecen medio centenar de puñaladas. Y no tienes por qué repartirlas de manera equitativa, espolea una voz. Supongo que la versión pequeñita de mí mismo, sentado en mi hombro izquierdo, disfrazado de demonio. Aguardo unos segundos a la mordaz réplica,

pero no hay ni rastro de la versión del angelito. Se ha quedado sin palabras.

Aprieto los dientes y observo de nuevo el cuchillo mientras pienso en Rocío. Vuelve la rabia, pero es un sentimiento controlable, como el fuego de una parrilla.

No puedo tirar mi vida al retrete y arrastrar a mi hija a las cloacas por esa zorra infiel, me digo, buscando la mirada de mi hija en aquella fotografía.

No me queda otra que tirar de las riendas y frenar mis instintos, encerrar a la bestia primitiva y no permitir el despedazamiento. De ninguna manera quiero aparecer ante los ojos de Rocío como un monstruo, como un ser capaz de la atrocidad que campa a sus anchas por mis pensamientos.

Así que, hago de tripas corazón, dejo el cuchillo sobre la encimera y, con los estallidos propios de un orgasmo en toda regla exhalados desde la habitación del fondo, salgo de casa con el orgullo herido, la fe en el amor agonizante y los sentimientos más puros adquiriendo las propiedades del *rigor mortis.*

SILVIA CASTRO.

Mi mujer. 4 de mayo. 8:10h.

Lleva un buen rato despierta cuando suena el despertador de su marido; no obstante, se queda quieta, esperando a que él lo apague, se levante y salga de la habitación. Cuando el suave *clic* de la puerta flota hasta sus oídos, se vuelve y, envuelta en la penumbra del cuarto, emite un resignado suspiro mientras observa el hueco vacío al otro lado del colchón. Ese hueco que representa el paulatino distanciamiento que se ha producido entre ellos.

¿Cuándo empezó a marchitarse la primavera, para dejar paso a este paisaje agreste, gris y mudo?

Un paisaje que odia y en el que, si de ella dependiera, aparecería a los mandos de un buldócer para llevárselo por delante y no dejar nada. Su matrimonio es ya como un miembro necrosado. Aitor, su marido, adjunto en el servicio de traumatología del hospital 12 de octubre, aún parece mantener la infundada esperanza de salvarlo; mientras ella, en su fuero interno, sin atreverse todavía a verbalizarlo, se decanta, con férrea determinación, por la total amputación. Solo Rocío, su princesita de 12 años, le impide llevar a término su decisión. No quiere hacerla sufrir. No quiere involucrarla en sus problemas y hacerla partícipe de un tortuoso divorcio que la marcaría para el resto de su vida.

Perdida en sus cavilaciones, el tiempo pasa volando y, de repente, escucha que la puerta de la calle se cierra con aquel característico rechinar de las bisagras.

Tengo que echarle un poco de aceite, se dice, aunque sabe que acabará olvidándose.

Se arrastra sobre el colchón y mira la hora en el móvil que descansa en la mesita de noche. Aún dispone de media hora más para quedarse en la cama, remoloneando, pero tras pensarlo unos segundos, decide ponerse en marcha.

Después de pasar por el cuarto de baño, baja las escaleras del dúplex hasta el piso inferior, y se asoma a la habitación de Rocío. Una sonrisa involuntaria, sincera se dibuja en sus labios al ver a la pequeña con la cabeza en los pies y las sábanas enroscadas alrededor de su cuerpo, retorcido en una postura imposible.

Entorna la puerta y se encamina a la cocina para preparar el desayuno antes de despertarla. Tuesta el pan, saca la mantequilla y la mermelada, abre un cartón de leche y pela una naranja, que trocea en un plato.

Con todo dispuesto en la mesa, regresa sobre sus pasos, silbando la misma melodía con la que su padre la despertaba a ella de pequeña, y levanta un poco la persiana. La niña se revuelve en la cama y se cubre la cara con las manos, dispuesta a no despertar.

—Buenos días, pastelito —canturrea, mientras se vuelca sobre ella para abrazarla—. Hay que levantarse.

—¿Ya es la hora? —protesta, con aquel encanto natural de los niños—. Quiero quedarme en la cama un ratito más.

—Venga, cinco minutos y a desayunar. Que siempre nos toca correr.

Algo más de hora y media después, Silvia entra de nuevo en casa tras dejar a la niña en el colegio. Deja la puerta de la calle abierta, dispuesta a meter la botella de agua en la bolsa del gimnasio y marcharse de inmediato, sin entretenerse. Cuando está cerrando la cremallera, el zumbido de la vibración del móvil llama su atención. Sonríe. Por algo había dejado la bolsa en casa en lugar de llevársela al colegio, como solía hacer.

Se vuelve, recoge el aparato de encima del aparador de la entrada y lo desbloquea para leer el mensaje.

Hugo: *¿Qué te parece si me paso por tu casa y calentamos antes de ir al gym?*

La sonrisa se ensancha y es tan sincera como la que surgió en sus labios al asomarse al cuarto de su hija (aunque los motivos sean tan

distintos). De inmediato, nota como un rubor asciende y enciende sus mejillas. Un reconfortante hormigueo se adueña de sus entrañas.

Silvia: *Me caliento de solo pensarlo. No tardes,* teclea, mientras se muerde el labio inferior.

La confirmación deseada llega en forma de icono: un puño cerrado con el dedo pulgar alzado.

Listo.

Deja el móvil y, como tantas otras veces, nota como los nervios burbujean en el fondo de su estómago ante el furtivo encuentro. El conocido torbellino de culpabilidad y remordimientos se desata en su cabeza, barriendo su determinación y confundiendo sus ideas. Sabe que lo que hace está mal, que Aitor no se lo merece, pero es que aquellos encuentros la hacen sentirse tan bien… tan viva. Tan deseada.

Aquel acto prohibido e infame le ha devuelto el sentido a su existencia.

Con un suspiro (mitad anhelo, mitad resignación) empuja la puerta principal. Por el momento, no se va a ninguna parte.

Intentando airear la cabeza, entra al salón y enciende la cadena de música. Aquello siempre logra relajarla y hacerle olvidar sus miedos y problemas. Tres meses ocultando una relación paralela da muchos quebraderos de cabeza, y ha encontrado en la música un modo de evasión. No obstante, esta vez es diferente. La canción que empieza a sonar ya está empezaba y parece hablarle directamente a ella, con contundencia, con cierto aire recriminatorio:

"…*Ya no nos apretamos. Ya no nos convencemos. Y lo de desnudarnos pasó a ser lo de menos. Ya no pactamos sueños ni viajes compartidos. Ya no damos trabajo a ese idiota de Cupido. Se trata de alejarnos, reduciendo los daños*". Las palabras de Rulo, líder del grupo cántabro Rulo y La Contrabanda, penetran en su cabeza como una auténtica revelación: su matrimonio, maltrecho desde hace tiempo, ha entrado en parada cardiorrespiratoria, pende de un hilo y, para su sorpresa, debe reconocer que no está por la labor de iniciar la RCP. Desea verlo morir, verlo expuesto sobre una camilla

metálica en la frialdad de la morgue, a la espera de la autopsia y de un triste entierro que pase desapercibido para el resto del universo.

Pese a lo escabroso del símil, una sonrisa melancólica se perfila en sus labios. Un instante después, el timbre retumba en el piso, provocando que su pulso se acelere aún más y comience a sentir un intenso y repentino calor entre las piernas. Abre la puerta sin responder y espera apoyada en el marco, mientras el eco de unos pasos acercándose por las escaleras anuncia la llegada de su amante.

Sendas sonrisas como saludo; ni una sola palabra. Ella le toma de la mano y lo hace pasar, cerrando la puerta tras ellos. Ambos embadurnados en el morbo de lo prohibido, en la viscosidad de lo desleal. Eso la torturará más tarde, cuando se quede sola y su cabeza vuelva a ser funcional. Por el momento, su única preocupación es llegar a la cama, arrancarle los pantalones a su amante y dejarse arrastrar por sus instintos más primarios. Nada más.

Una intensa mirada vierte la gasolina de su deseo. Un ávido acercamiento hace saltar la chispa. El beso voraz, hambriento, desencadena la deflagración.

Convertidos en un ovillo de prendas a medio quitar y cuerpos enredados, se arrastran hacia la habitación de invitados, donde se dejan caer sobre el colchón, dispuestos a entregarse, en cuerpo y alma, a la satisfacción de todos los deseos. Propios y ajenos.

—Me encanta calentar contigo —dice él, mientras ella se mece sobre su cuerpo sudoroso, incansable. Implacable.

Se inclina sobre él y le muerde la mejilla. Ambos ríen.

—Esto le da mil vueltas al crossfit —acepta, al tiempo que acelera el movimiento de sus caderas.

Discurre una placentera eternidad (que incluye una nueva batalla librada en la ducha) hasta que los dos se encuentran nuevamente en la puerta. Ante una despedida. El ejercicio casero le ha robado el tiempo del gimnasio.

Y tres coños me importa.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —pregunta él, agarrado a su cintura.

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa traviesa.

—No lo sé. Tal vez la semana que viene vuelva a requerir tus servicios.

—¿Qué tal mañana? —propone.

—Mañana —confirma, cerrando el pacto con un beso en los labios —. Y ahora largo, que tengo que recuperar todo el tiempo perdido.

Hugo recoge su bolsa del gimnasio, mientras ella echa un vistazo a través de la mirilla para constatar que no haya nadie en el rellano. Abre la puerta y le da una postrera palmada en el trasero mientras sale. Que quede claro que es ella quien lleva las riendas.

—Ya te echo de menos.

—Más te vale —advierte, antes de cerrar la puerta.

Con las gratas sensaciones que quedan adheridas a la piel tras el sexo, se encamina a la cocina para preparar la comida y recoger el fregadero. Le llama la atención el cuchillo que descansa sobre la encimera, pero su estado de absoluta relajación le impide darle mayor importancia. Simplemente, lo devuelve a su lugar sin hacerse preguntas.

El móvil vibra en el bolsillo de su pantalón.

Hugo: *Se me va a hacer eterna la espera hasta mañana.*

Una sonrisa se expande en su rostro.

—Silvia: *¿Una foto picante podría ayudarte a llevarlo mejor?*

Se quita la camiseta y se hace un sugerente *selfie*. Espera la respuesta para enviar la fotografía, pero tras unos segundos, Hugo deja de estar en línea. Extrañada y, en cierto modo, decepcionada, borra la foto y hunde el móvil en el bolsillo. Desconcertada y, por qué no decirlo, un poco dolida, comienza a ponerse los guantes de goma para fregar los cacharros del desayuno, mientras en su cabeza busca un motivo para la ausencia de contestación. No se ha enfundado el primero, cuando un agudo grito en las escaleras del edificio se clava en sus oídos: las garras de un mal presagio.

LENA JANKOVIC.

Suburbios de Bordeaux. 4 de mayo. 10:02h.

Cuando el Tesla negro en el que viaja se detiene a tres casas de distancia de su destino, no puede evitar agarrarse con fuerza a la manija de la puerta, como si aquello fuese a detener la irrompible maquinaria del destino. Son las 10:02 de la mañana, según el reloj que brilla desde el salpicadero, y no tiene ella el cuerpo para sorpresas desagradables.

Suspira y desvía la mirada al frente, tensa, nerviosa, deseando poder salir corriendo de allí; deseando que se la trague la tierra y escupa sus huesos limpios muy lejos de aquel lugar.

—Tienes que ir —dice una voz masculina a su lado, con un marcado acento del este, como el suyo, al tiempo que deposita una pesada mano en su rodilla—. El jefe exigió puntualidad.

—El jefe no está aquí… —musita con aire triste: la mirada fija en el portón de la finca a la que debe dirigirse. Dos columnas de piedra coronadas por sendas gárgolas flanquean la entrada. Los demonios pétreos parecen observarla directamente a ella.

—Lena…

—Lo sé —admite, al tiempo que tira de la manija y sale a la amplia avenida salpicada de árboles, donde lujosos y enormes chalets se levantan a ambos lados, como titanes todopoderosos.

Hace fresco y ella viste un elegante y vaporoso vestido negro con el que juega la brisa. No le ofrece apenas protección e, irremediablemente, nota como su piel reacciona al frío. Se abraza a sí misma. Un poco para paliar la temperatura externa, pero sobre todo para mitigar el brusco descenso de su temperatura emocional.

No quiere estar allí. Es lo último que desea, después de escuchar las historias que le han contado sus compañeras en los últimos días…

Será mejor no pensar en ello.

La calle está desierta, muda, lo que no ayuda a apaciguar el trote creciente de su corazón. Ese silencio la asusta, afila sus nervios hasta límites inimaginables.

—Quedan diez minutos —advierte de nuevo su acompañante, que ha salido del coche y se ha colocado a su espalda. Apoya ambas manos en sus hombros. Calor. La clase de calidez que necesita para templar su miedo. Ese calor que solo puede proporcionar alguien que te quiere.

Se vuelve y le sonríe con una tristeza destilada de lo más profundo del alma. La misma que se aprecia estancada en los ojos de él: un lago azul, helado, manso; pero que esconde numerosos peligros. Es muy consciente de ello.

—¿Me acompañas hasta la puerta? —pregunta con una firmeza teñida de súplica.

—Sabes que no puedo hacerlo. Ni siquiera debería haber bajado del coche.

Asiente con la cabeza y desvía la mirada de nuevo al portón. Un escalofrío serpentea por su espalda, húmedo, hiriente.

—¿Me esperarás aquí?

—Claro. No iré a ninguna parte.

Intenta torcer los labios en una sonrisa, pero la mueca que en ellos se dibuja no tiene ningún parecido a los deseos de su cerebro. Se aproxima al hombre, varios centímetros más alto que ella, y busca más de ese calor entre sus brazos, apretando la cabeza contra un pecho en el que podría (querría) perderse.

Se deja consolar, acariciar, templar. Por un instante, logra escapar de la realidad y perderse en sus propias fantasías: ilusiones que suceden muy lejos de todo aquello. En otro mundo. Con otra gente. Solo él permanece en ellas.

Por desgracia, aquello solo dura un instante. La realidad es la que es. Y ella es una de esas personas sin derecho a soñar.

Alza la mirada y la posa en sus ojos, que le devuelven un halo afligido, trémulo.

Sabe lo que estoy pensando. Percibe mi miedo.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Darko?

Él se limita a sacudir la cabeza, mientras convierte sus labios en una fina línea negra bajo la nariz. Es hombre de pocas palabras. Siempre lo había sido.

—Será mejor que me vaya —concluye ella, resignada, rompiendo contra su voluntad el abrazo que los convierte en un único ser—. Te veo en un rato.

Él sacude la cabeza de forma afirmativa: sin embargo, ella detecta la preocupación que se esconde tras sus pupilas. Eso no la ayuda. Eso hace crecer su intranquilidad y su miedo.

—Utiliza la ventana —aconseja él, dándose una serie de golpecitos en la frente.

Aprieta los dientes y se da la vuelta. La falda del vestido juega a enredarse entre sus piernas.

—*Sreco* —le oye pronunciar, cuando ya taconea hacia el chalet.

La palabra se clava en sus entrañas como un puñal mellado y corroído por el óxido. Siente que un inmenso vacío se abre en su interior, como un agujero negro que devora todos los pensamientos positivos. *Sreco*, repite en su cabeza con un gesto de acritud en los labios.

¡No me jodas, Darko! La suerte nos abandonó hace ya mucho tiempo.

Cuando alcanza el portón del chalet, las pequeñas ascuas del miedo ya se han convertido en un terrible incendio que asola, insaciable, el bosque de sus emociones. Se queda unos segundos mirando el único botón del portero automático, incapaz de alzar el brazo y presionarlo. No quiere. Pulsar ese botón es confirmar su visita al Diablo; no obstante, poco o nada puede hacer para cambiar su situación. Tiene una cita inaplazable con el señor del averno.

Toma aire y lo deja escapar muy despacio, sabedora de que cuando sus pulmones se vacíen deberá llamar al telefonillo. Echa una última mirada hacia el Tesla en el que la espera Darko, se regala unas quebradizas palabras de aliento y se gira de nuevo para llamar.

Un sonido ululante desgarra el silencio existente. Ha resultado incluso grosero. Nerviosa, espera en la acera, retorciendo el tirante

del bolso y deseando que nadie responda desde el interior. Sus esperanzas crecen cuando, segundos después, se fuerza a llamar de nuevo. Transcurren unos segundos y… nada.

No es buena idea, pero se deja llevar por la euforia, por un grato sentimiento de alivio ante la posibilidad de huir.

Precipitado.

Ingenuo.

Está a punto de regresar al coche cuando la puerta se abre y un hombre de mediana edad, envuelto en un albornoz celeste, aparece ante ella. Debe reconocer que es atractivo, de mandíbula cuadraba, ojos profundos y abundante cabello cano, ahora mojado y pegado a la frente. Está perfectamente afeitado y luce una sonrisa radiante, digna de un político en época de elecciones.

—Oh, Jelena, cómo me alegro de conocerte al fin. Llevo mucho tiempo esperando este momento —la saluda con efusividad, al tiempo que la recoge en un cálido e inesperado abrazo paternal—. Disculpa mi aspecto. Estaba haciendo un poco de ejercicio en la piscina, ya sabes, para la espalda. Pero… pasa, *s´il vouz plait*. No te quedes en la puerta.

Cruza la verja y echa un vistazo a la parcela que se extiende ante ella: una carretera adoquinada conduce hasta el garaje, cuyo portón permanece cerrado. Obviando esto, el resto de la parcela es una vasta extensión de césped brillante y cuidado, salpicado por armoniosos parterres de plantas y flores y algunos árboles frutales. A escasos dos metros de donde se encuentran, un estrecho y sinuoso sendero de tierra se abre paso a través del jardín y se bifurca en varios puntos para conducir hacia las diferentes zonas del lugar: la piscina de verano, la impresionante pérgola, la casa de invitados y la entrada principal al chalet, una superposición de cubos de metal y cristal de enfoque futurista.

—Bienvenida a mi humilde morada. Espero que te sientas como en casa —desea el anfitrión, abarcando con un ademán todo el chalet —. ¿Qué te parece?

De todo menos humilde.

—Es una maravilla —se limita a decir, edulcorando el cumplido con una sonrisa radiante.

Él se muestra complacido y vuelve a centrarse en ella. Se pone serio cuando la mira a los ojos.

—*Ma petit cherie*, eres realmente preciosa —la piropea, tomándola de la mano y haciéndola girar para observarla con devoción—. Eres un auténtico regalo del cielo. Un ángel perfecto y asombroso.

Acepta sus palabras con una nueva sonrisa tímida y se obliga a desviar la mirada, con un recato ensayado, fingido, una y mil veces. Pese a ello, pese a tener la mirada anclada al pavimento, siente los ojos de él posados en su cuerpo, desnudándola y haciéndole el amor de forma salvaje allí mismo, contra la puerta de la finca.

—¿Quieres pasar?

Quiero irme. Quiero salir de aquí. Quiero caer fulminada por un puto aneurisma… Mejor aún, quiero que caigas tú fulminado por un puto aneurisma.

Asiente con la cabeza, levantando la mirada hacia el imponente chalet.

—En ese caso, ven. Acompáñame, por favor— sugiere, colocando una mano en su espalda, muy abajo, cerca de la cintura—. Tengo una pequeña sorpresa para ti.

Aquellas palabras la hacen estremecer. Le inoculan un miedo primitivo y visceral que queda instalado en las repisas de su corazón, remplazando al anterior (ya de por sí destructivo). Sin embargo, mansa (como le han ensañado a comportarse), camina delante del hombre que la guía por el sendero de tierra que atraviesa el jardín. Al llegar a la puerta, el hombre se adelanta, tira del pomo y la deja pasar en primer lugar.

Desde el recibidor se abren tres opciones: dos largos pasillos laterales a derecha e izquierda, y un tercero, más corto y ancho, que conduce hasta un salón. Desde la entrada, puede apreciarse que la estancia está dominada por una penumbra suave lamida por la acogedora fluctuación de un resplandor anaranjado.

El hombre coloca nuevamente la mano en la cadera de ella y la insta a seguir hacia el salón. La puerta se cierra a su espalda.

Ha sonado como el portalón de un nicho.

Se obliga a continuar adelante, haciendo repicar sus tacones contra el suelo de parqué. Ya instalada bajo el marco de la puerta del salón,

puede apreciar las dimensiones de la estancia, toda salpicada por velas de distintos tamaños y olores, que titilan al son de un soplido inapreciable, y que conceden al espacio un aroma silvestre y afrutado. Los sillones y una gran mesa han sido apartados hacia una esquina y, en el suelo, extendido con pulcra exquisitez, han colocado un mantel de cuadros de colores indefinidos a la parpadeante luz de las teas, rodeado de cojines y almohadones de diversos tamaños. Sobre el mantel, sujeto con cuatro enormes velas de diferentes alturas y grosores colocadas en el centro, espera un completo desayuno a base de fruta variada, zumo, distintos panes y mermeladas, embutido, queso y una pequeña cafetera con dispensador para distintos tipos de café. El indiscutible ambiente romántico queda coronado con una banda sonora de música instrumental que parece manar del mismísimo aire.

—¿Te gusta? Lo he preparado especialmente para ti —sentencia él, abarcando el salón con un ademán de la mano—. Para nuestro primer encuentro…

—Me encanta —concede, observándolo todo con fascinación—. Es como en una película…

El hombre sonríe, al parecer satisfecho por haber logrado impresionarla.

—¿Nos sentamos?

Asiente con la cabeza y se deja ayudar para tomar asiento en el suelo, sobre los mullidos cojines. Desde allí, observa cómo su acompañante arrastra un par de almohadones y se acomoda a su lado. Él, con el pelo mojado y el albornoz abrochado a la cintura, dejando a la vista unas piernas blancas y delgadas, es lo único que desentona en ese ambiente, por otro lado, mágico.

¿Por qué no se habrá vestido para la ocasión? ¿Por qué su atuendo no acompaña al fantástico escenario?, se pregunta ella. Cuestión que está tentada de exponer en voz alta, aunque la reprime. Teme romper el encantamiento.

Total, qué más da. Se muestra tierno, amable, respetuoso y atento. Es un buen anfitrión, ¿qué importa si calza chancletas y viste un simple albornoz?

La velada transcurre entre interesantes conversaciones, que ella se limita a apuntalar con alguna breve y comedida intervención, y un fuego cruzado de miradas y cándidas sonrisas. Se encuentra cómoda. Está muy a gusto. Quizás las cosas no vayan tan mal como se lo habían pintado. Tal vez sus compañeras solo habían querido gastarle una broma…

—¿Te apetece algo más? —pregunta él, al comprobar que ha dejado de comer y que contempla, hipnotizada, el baile de las llamas sobre la cera derretida.

—Estoy bien, gracias. Estaba todo delicioso.

—Me alegra oír eso —declara con aquella cálida sonrisa suya—. Lo cierto es que estaba algo nervioso por conocerte. Me han hablado muy bien de ti y no sabía si estaría a la altura. Uno tiene ya una edad y va perdiendo facultades…

No puede hacer más que sonreír.

—Ha sido perfecto. De verdad.

Lo ve ponerse en pie y concederle ambas manos para ayudarla. Sus rostros quedan muy juntos, apenas a unos centímetros de distancia. Le mira a los ojos: ternura, bondad y deseo flotan en el lago tranquilo de su mirada. Por un instante, cree que la besará, que se acostarán allí mismo, al amparo de la intimidad de las velas, pero cuando ella entreabre los labios para provocarlo, él se separa ligeramente.

—Me gustaría mostrarte algo.

Se siente estúpida al percibir el peso de la decepción ante el rechazo.

¿Qué coño me pasa?, se dice, abofeteándose mentalmente.

Se recompone y asiente, devolviendo la sonrisa a sus labios.

Él la toma de la mano y la conduce por un laberinto de pasillos y estancias.

Ella, mucho más calmada, se deja guiar por aquel lobo solitario y misterioso enfundado en su albornoz.

Suben al segundo piso, todo lujo y derroche, y es conducida por un largo pasillo hacia la parte posterior del chalet. El sol entra a raudales por las ventanas y hace brillar las canas del hombre,

tornándolas resplandecientes, como las crines de un poderoso caballo blanco.

Al final del corredor, toman el pasillo de la derecha y se sitúan ante una puerta cerrada. El anfitrión le suelta la mano y hunde la suya en el bolsillo del albornoz para extraer una llave; la introduce en la cerradura y la gira varias veces. Muchas vueltas. Y con cada una de ellas, sin saber muy bien por qué, siente el mordisco de la intranquilidad, del temor, de la paranoia, cuya sombra se extiende en el interior de su cabeza.

¡Joder! ¿No se habían ido?

La puerta se abre y un pozo negro aparece ante ella. La luz del pasillo apenas logra romper algo de la intimidad que protege la penumbra.

—El interruptor está a la izquierda. Entra, por favor.

Sigue siendo educado, afable, pero su voz ha cambiado. Se ha oscurecido. Se ha tornado más fría, más desapegada.

Decide obedecer, portarse bien, como le han aconsejado sus compañeras, de modo que entra y presiona el interruptor. Un raquítico resplandor ilumina una sala grande y desnuda, sin ventanas ni adornos. Una sala austera, tirando a espartana, impropia de un lugar como aquel.

Desconcertada, posa la mirada en el colchón que permanece tirado en el centro mismo del cuarto, cubierto con una impoluta sábana blanca.

—Preferiría regresar abajo —propone, volviéndose hacia el hombre.

La violenta bofetada reverbera en el espacio vació, como el espeluznante chasquido de un látigo hambriento.

Se lleva la mano a la cara y percibe en la boca el inconfundible sabor de la sangre, dulce y metálico. Traga saliva y alza la mirada hacia la puerta, donde él permanece impasible, observándola con unos ojos, ahora, desprovistos de toda humanidad. No parece tener delante a la misma persona, sino a un engendro enfermo y malévolo dispuesto a devorarla y limpiar sus huesos, como ella misma había deseado que hiciese la tierra apenas unos minutos atrás.

El pánico se abre paso a machetazos en la jungla de sus sentimientos cuando ve que se desabrocha el albornoz y se

desprende de él. No lleva nada debajo y una potente erección despunta como una lanza amenazante y candente. Sin perderla de vista, cierra la puerta, que chirría.

No puedes escapar de aquí, canturrea una vocecilla injuriosa en la trastienda de su cabeza. *La bruja te invitó a la casita de chocolate y tú te dejaste engañar. Se ha divertido jugando a las muñecas, pero acaba de entrarle el hambre. Un hambre atroz, que va a saciar contigo, querida.*

—¿Qué quieres que haga, mi amor? —pregunta, sumisa. Sin embargo, el miedo queda expuesto en el temblor de su voz—. Estoy dispuesta a satisfacerte de la manera que desees.

El hombre sonríe, aunque aquel gesto nada tiene que ver con el de hace unos minutos. Se acerca a ella y le acaricia la mejilla enrojecida por el golpe.

—Estoy seguro de ello —musita, al tiempo que su rostro se endurece y su mirada se tiñe con las tonalidades de la mezquindad.

El posterior rodillazo en la boca del estómago solo supone el pistoletazo de salida para una carrera de sadismo y crueldad.

Se han acabado las cortesías.

YO, AITOR CASTRO.

4 de mayo. 11:16h.

—No imaginaba verle esta mañana por aquí, doctor Castro. Creí haber entendido que se había tomado el día libre. —comenta Elisa, una de mis enfermeras, cuando me ve aparecer en el control.

—Las gestiones que tenía que hacer no me llevaron el tiempo que esperaba —explico, sin alardes—. De todos modos, visitaré a algunos pacientes, haré un par de llamadas que tengo pendientes y me marcharé pronto. Hoy es uno de esos escasos días en los que puedo recoger a mi hija del colegio y no quiero perder la ocasión de hacerlo.

—Hace bien. La familia siempre debería ser lo primero.

Aprieto los dientes, amordazo y sujeto a mi lengua y me encamino directamente hacia el despacho que tengo detrás del control de enfermería. Entro, me dejo caer en la silla, con desgana, y saco el móvil del bolsillo. Busco en la agenda y presiono el botón de llamada. La melosa voz de la secretaria de mi colega me da los buenos días e, inmediatamente, me pasa con su jefe de manera eficiente. Mantenemos una breve charla banal, aprovechada para ponernos al día de asuntos intrascendentes, y acto seguido introduzco los verdaderos motivos de la llamada. Explico lo que ha ocurrido, lo que deseo que haga y el tiempo que tiene para llevarlo a cabo.

—¿Estás seguro de esto, Aitor? Es algo precipitado, ¿no crees?

—Tú hazlo. Me pasaré a recogerlo a mediodía. Espero que esté listo.

—Lo tendrás. No te preocupes. Solo quiero asegurarme de que lo has pensado bien.

—Si le doy más vueltas a esto, lo llevo al punto de nieve…

Una carcajada forzada. El chiste es malo de cojones.

—Entendido. Te espero aquí.

Sin despedirme, corto la llamada, lanzo el teléfono sobre el escritorio y me reclino en la silla, meditabundo, con las manos enlazadas en la nuca. Tengo tantas cosas en las que pensar… Tantas cosas que decidir y planificar…

Lo mejor será ponerme a los mandos de una grúa con bola de demolición, echar todo abajo y empezar de cero con la reconstrucción de mi vida. No va a ser fácil ni cómodo, pero es lo que toca.

No llevaba ni dos horas en el hospital, cuando me despido de mis compañeros y me meto en el ascensor. He cumplido con lo prometido: he estado apenas un par de horas, empleadas, sobre todo en llevar a cabo rápidas visitas a los pacientes más urgentes y en realizar algunas llamadas a proveedores. Ni tan siquiera me he entretenido en desayunar.

Bajo al aparcamiento subterráneo y me subo al coche. Espero que mi colega lo tenga todo listo ya. No tengo el cuerpo para que me hagan esperar.

Mi amigo siempre ha sido un tío eficiente. Y discreto. Me ha entregado lo que le encargué y no ha hecho preguntas, aunque se ha mostrado dispuesto y servicial. Sé que si lo necesito, estará ahí.

Gracias a este buen hacer, llego con mucha antelación al colegio y, distraído, espero sentado frente al volante, con la atención puesta en la fina carpeta de cartón amarillento que sostengo, cerrada, sobre el volante. Jamás imaginé que pudiera encontrarme ante una tesitura semejante, tan al borde de un precipicio existencial, tan al límite de un dolor que no logro comprender ni arrancar.

¡Y que es inmerecido, joder!

Es un paso drástico, una decisión radical, pero no veo más opciones. Ya no.

Con un suspiro de derrota, lanzo la carpeta al asiento del copiloto y arrastro las manos por mi rostro, procurando eliminar las telarañas que atrapan los recuerdos de aquella infame mañana. Lo intento con todas mis fuerzas, con férrea determinación, pero nada consigue

eliminar de mi imaginación la grotesca fantasía que se ha creado: el rostro crispado de Silvia mientras recibe con fruición las embestidas de un extraño; sus manos y su boca recorriendo la piel de un desconocido, sembrando sensaciones y anhelos que creía propios, privados. Se me revuelve el estómago al visualizar las manos de otro hombre recorriendo sus rincones, trepando a sus pechos, paseando por sus caderas, perdiéndose entre sus piernas…

—¡Zorra traicionera! —escupo entre dientes, al tiempo que lanzo un desesperado y furioso puñetazo contra el volante.

Con los dientes apretados, me agarro la mano del golpe, donde un extraño hormigueo resiste al paso de los segundos. Intento calmarme. Respiro hondo y vacío los pulmones muy despacio. Repito la operación en varias ocasiones, hasta que siento que vuelvo a tener el control de mis actos. Hasta que constato que las llamas de mi interior amainan en su danza embravecida. No mucho, pero sí lo suficiente como para que aquello no parezca el infierno.

Entonces, saco el móvil, busco la última conversación con Silvia y tecleo:

Aitor: *Recojo yo a la niña.* —Escueto. Tajante. Categórico.

Salgo del coche y me apoyo en la carrocería, con la mirada puesta en la puerta enrejada del centro educativo y los brazos cruzados sobre el pecho. Tiemblo. De rabia, de frustración, de pura impotencia.

¿Cómo pueden acabar así las cosas? ¿Cómo algo que nació del amor más puro puede arder en el odio más visceral?

La sirena del colegio, con un ulular casi bélico, me saca de las arenas movedizas en las que me estaba hundiendo. Alzo la mirada y, a través de las ventanas, percibo movimiento en el interior de las aulas que quedan a la vista. Poco después, una riada de niños y niñas emerge del edificio de ladrillo, cargando o tirando de sus enormes mochilas. Cruzo la calle y me acerco a la puerta, atento a la aparición de Rocío. Al verla, alzo un brazo y lo agito en el aire para hacerme notar. La niña se percata de mi presencia, y no se me escapa el leve fruncimiento de ceño que precede a la amplia sonrisa.

—No sabía que vendrías tú a recogerme —dice, abrazándome con efusividad.

Lo saboreo. Con doce años no tardará en entrar en ese pantano tenebroso que es la adolescencia.

—Salí antes del trabajo.

Me echo la pesada mochila a la espalda, paso un brazo sobre los hombros de mi hija al cruzar la calle y, entre anécdotas y cotilleos estudiantiles, nos metemos en el coche para regresar a casa.

En la cara exterior de la puerta del portal, los restos de una cinta de plástico azul y blanco tremolan al viento. En el interior, el suelo de baldosas oscuras está cubierto de una miríada de pisadas que van y vienen en todas direcciones; huellas etéreas del paso de un ejército fantasmal. Mientras nos dirigimos hacia los ascensores, el sonido de alguien descendiendo las escaleras flota hasta mis oídos. Nos sorprendemos cuando el dueño de esos pasos se materializa ante nosotros: un joven agente de policía uniformado con la frente perlada de sudor.

—Buenos días, caballero —saluda, tras evaluarnos a la niña y a mí —. ¿Vive en el edificio?

—Sí. En la última planta. Puerta dos.

El policía echa un vistazo a una tablilla que lleva en las manos, buscando el piso mencionado.

—Puerta dos... —repite. Después alza la mirada hasta mis ojos—. Es usted el señor Castro, ¿correcto?

—Sí.

—De acuerdo. Deduzco que viene de recoger a la niña del colegio, ¿es así?

—Así es —corroboro—. ¿Ocurre algo?

—¿Puede decirme que ha hecho antes de eso? —insiste el agente, ignorando por completo mi pregunta.

Dudo. Pienso en el precinto policial que he visto a la entrada, en todas aquellas huellas dibujadas en el portal, en las preguntas de aquel policía…

—Estuve trabajando —aclaro, sin dar mayores explicaciones.

—¿A qué hora salió de casa esta mañana?

—Sobre las ocho. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada, señor. Solo son unas preguntas de rutina. Gracias por su colaboración y que pase un buen día.

El policía sale del edificio, pero mantiene la puerta abierta con un brazo, mientras llama al portero automático.

—¿Qué pasa, papá?

—No lo sé, tesoro —respondo, mientras llamo al ascensor.

La actitud despreocupada y alegre que traía desde el colegio termina de desprenderse de mi piel a medida que el ascensor se acerca a la tercera planta. La voz aguda de mi hija, desgranando sus quehaceres matinales, se va diluyendo en mi subconsciente, al tiempo que los chillidos de mis propios miedos vuelven a adquirir notoriedad. El ascensor se detiene y las puertas se deslizan hacia un lado, flanqueándonos el paso. Aprieto contra el pecho la carpeta amarillenta que llevo en la mano. En su interior, el diagnóstico de mi matrimonio: necrosis irreversible.

Tratamiento: extirpación de la zona afectada.

SILVIA CASTRO.

Mi mujer. 4 de mayo. 14:03h.

Se encuentra ante el espejo del cuarto de baño, intentando, sin demasiado éxito, disimular el estropicio que el llanto prolongado ha provocado en su rostro. Mientras lucha por ocultar la hinchazón de los párpados y el enrojecimiento que ha brotado alrededor de los ojos y la nariz, no deja de sufrir el bombardeo constante de las imágenes que la han llevado hasta esa situación. Destellos, fogonazos y parpadeos efímeros en los que ve sus ojos clavados en el techo, vacíos, perdidos, muertos.

Mientras se aplica esa suave base de maquillaje para disimular las ojeras, recuerda el chillido que retumbó en las escaleras del edificio; ese eco maldito, incendiario, que la sorprendió cuando se disponía a fregar los cacharros y que logró paralizarla, con los guantes en la mano y la mirada clavada en el hueco de la puerta.

Después de aquello, todo se precipitó.

Lo va recordando con nitidez, como quien ve una película en la televisión. Solo que las imágenes se proyectan directamente en su cerebro.

No hubo más gritos en el rellano, pero el ambiente ya había sido contaminado con los efluvios de la inquietud.

Dejó los guantes en el fregadero y se encaminó hacia la entrada con el corazón extrañamente alterado. Salió del piso, dejando la puerta abierta, y comenzó a descender las escaleras. Cada peldaño era un mal presagio.

En el rellano del segundo piso encontró el origen de aquella desesperación: Ramona, la oronda vecina del segundo A, que caminaba en círculos por el descansillo, con el móvil en una mano,

mientras se mordía las uñas de la otra. Tan ensimismada estaba, que no parecía haberse dado cuenta de su presencia. El instinto la obligó a permanecer allí, a cierta distancia, agazapada en lo alto de su tramo de escaleras, dejando que Ramona se consumiera ella sola en la desesperanza y el nerviosismo. Era extraño, quería bajar y abrazarla, darle cierto consuelo, tranquilizarla, pero un sentimiento indefinido tiraba de las riendas y la hacía mantener la posición.

En un momento dado, cansada de recorrer el rellano como una condenada a muerte, la mujer se metió en casa llorando y cerró la puerta.

Se sintió culpable, una mala persona, pero es que aquella sensación de alarma seguía aullando en su cabeza como una horda de demonios enfurecidos, prestos para la batalla.

Con el terreno despejado, decidió bajar los escalones restantes hasta el rellano y cruzarlo sin hacer ruido, deseando que su vecina no decidiera salir de nuevo y la sorprendiera allí. Se obligó a avanzar y desde lo alto del siguiente tramo, lo vio: un hombre tendido sobre los escalones inferiores, con los brazos abiertos y un brillante charco de sangre alrededor de la cabeza, que se desparramaba por el escalón. Sintió una terrible punzada en el vientre al reconocer los pantalones; un brutal hachazo en el pecho cuando hizo lo propio con su perfil: Hugo. Su Hugo. La persona con la que media hora atrás compartía ducha, yacía ahora en aquel tramo de escaleras, inmóvil, distinto, con el filo de un escalón mordiendo sin pudor la parte posterior de su cabeza. Tenía los ojos abiertos y su mirada de sorpresa parecía buscar en algún punto indeterminado del vacío los motivos de su estado actual: cadáver.

Silvia se llevó las manos a la boca para ahogar el espinoso grito que ascendió por su garganta y contuvo la terrible oleada que escocía en sus ojos; una marejada de embravecido dolor.

Con paso inestable se acercó al cuerpo y comprobó lo evidente: no había latido ni respiración. No había vida en aquel pedazo de carne exánime.

Mordiéndose los labios, regresó por dónde había venido y se metió en casa, cerrando la puerta con cuidado para no hacer el más mínimo ruido. Una vez dentro, se deslizó hasta el suelo con la

espalda apoyada en la puerta y se dejó arrastrar por el dolor. Lloró, maldijo y sufrió en silencio, en soledad, como de verdad se paladea la agonía.

Media eternidad y millones de lágrimas después, empezó a escuchar ruidos y voces en la escalera, y se levantó del suelo para alejarse de la puerta. Se sentó en el sofá del salón y, con los codos apoyados en las rodillas y el rostro hundido entre las manos, esperó, incapaz de cerrar las fugas abiertas tras los párpados.

El sonido del timbre aguijoneó su pecho.

—¡Policía! —gritó una mujer, aporreando la puerta.

Unas cadenas invisibles la lastraron al sillón, impidiendo que se levantara, manteniéndola a salvo. Si no estaba en casa, nadie podría relacionarla con el cadáver de Hugo y destapar su aventura. No tendría que dar explicaciones y así, su podrido matrimonio podría aguantar algún tiempo más en pie, hasta que encontrase una solución que la satisficiera. Algo que le rentase lo más mínimo para no huir con una mano delante y otra detrás.

Se repitieron los golpes y el anuncio de quien los producía. ¿Y si sabían que estaba allí? ¿Y si la había visto alguien? Se levantó, pero cuando se encaminaba hacia el pasillo, el sonido de unos pasos alejándose le trajo la paz. Volvió a derrumbarse en el sofá, exhausta, y se abandonó a un llanto cohibido, castrado, vergonzoso.

Regresa del horrible mundo de sus recuerdos y cruza la mirada con la mujer demacrada que la observa desde el espejo.

—Estamos jodidas, compañera —musita, al tiempo que da por concluida la restauración del caótico lienzo que conforma su rostro.

Sale del cuarto de baño y se mete en la cocina para preparar la comida antes de ir a buscar a Rocío. Está esparciendo el queso rallado sobre la superficie de la lasaña, cuando el teléfono vibra en su bolsillo.

Aitor: *Recojo yo a la niña.*

Se queda unos segundos mirando la pantalla del móvil, hasta que esta funde a negro de manera paulatina. No es extraño que Aitor vaya a recoger a la niña, pero sí poco común, debido a los horarios en el hospital. Además, por lo general, siempre la avisa el día

anterior para que ella pueda organizarse, en lugar de hacerlo de manera tan precipitada.

Resignada, deja el aparato a un lado, sin responder al mensaje, y termina de preparar la lasaña mientras el horno se precalienta. Una vez listo, con el electrodoméstico programado para que se apague a los treinta y cinco minutos, se marcha al salón e intenta vaciar la cabeza llenándola con la basura matutina que ofrece el televisor.

Abandonada a la deriva en el mar de su dolor, el tiempo se arrastra a ritmo de caracol malherido. Cada segundo es un mundo. Cada minuto una vida. Y como consecuencia de ello, el corazón se encabrita en su pecho cuando, siglos después, escucha el característico sonido de las llaves en la cerradura.

¿Ya están aquí?, piensa, mientras consulta la hora en el móvil.

Un segundo después, Rocío entra en tropel al piso y corre hasta ella para concederle un abrazo.

—¿Qué tal, cariño? ¿Todo bien por el cole? —intenta sonar tranquila, normal, como si no estuviese luchando por olvidar la imagen de Hugo con el cráneo destrozado.

—Sí. Nos dieron la nota del examen de lengua y he sacado casi un nueve.

—Cuando estudias, sacas buenas notas. Y este examen lo llevabas bien preparado, ¿a que sí?

Rocío asiente con la cabeza, sin dejar de sonreír con cierto orgullo.

De soslayo, mientras habla con la niña, intuye la presencia de Aitor, parado en mitad del salón, observándolas mientras carga la mochila de la niña.

—Hoy ha venido a buscarme papá para darme una sorpresa —anuncia, recalcando lo evidente.

—Ya veo. —Sus miradas se encuentran por primera vez y se percata de la frialdad que transmiten sus ojos. También advierte la carpeta que sostiene en la mano—. ¿Y te ha hecho ilusión?

—¡Claro! No me lo esperaba.

—Rocío, lleva la mochila a tu cuarto y lávate las manos, haz el favor —pide él con un tono impostado, contenido.

La niña recoge la mochila que él le entrega y se pierde por el pasillo, rumbo a su cuarto.

Sin saber por qué, los nervios toman posiciones en la boca de su estómago. Cruza los brazos ante su pecho cuando ve que Aitor se aproxima a ella. Mirándola a los ojos, le entrega la carpeta y se inclina, como si fuese a besarla, pero en el último momento se desvía hacia su oído.

—Mañana, al mediodía, te quiero fuera de mi casa.

Se queda muda. Incapaz de reaccionar.

Oh, oh. Me parece que la hemos jodido…

UNA ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

Tenía quince años y la firme convicción de ser maestra en el futuro. Sería una educadora ejemplar, entregada y abnegada a la causa de la docencia. Sería buena, paciente, alegre y justa con sus alumnos, para que estos tuviesen ganas de estudiar e ir al colegio. Huiría de los prejuicios y las habladurías, y se centraría únicamente en la inculcación de unos valores positivos y firmes que hiciesen de sus niños y niñas mejores personas para el futuro.

No sabía por qué, pero siempre que cruzaba el *Capuchin bridge* y se paraba a contemplar el reflejo de las casas en el espejo del río Sora, le venían a la cabeza aquellos pensamientos; aquellas convicciones etéreas que esperaba, en algún momento, convertir en realidad.

Se bajó de la bicicleta, que dejó apoyada sobre el murete del puente, y se asomó al paisaje que le concedía su privilegiada posición. Admiró la belleza de las casas que colgaban sobre el río, con sus tejados naranjas y sus fachadas traseras en tonos amarillentos. Sobre ellas, un manto azul intenso salpicado de algodonosas nubes que flotaban con parsimonia, tranquilas, de camino hacia el horizonte, donde unas verdes montañas se alzaban como guardianes protectores de su Skofia Loka natal.

Sonriente, depositó la mirada en las calmadas aguas del Sora y, como su curso, sus pensamientos fluyeron sin prisa hacia el horizonte de su porvenir. Nadie diría que aquella era la mentalidad de una chiquilla de quince años. Tan segura de sus convicciones, de sus deseos, con un camino tan marcado por el que avanzar sin demora.

Se sobresaltó cuando unas manos se posaron en sus hombros. Su rostro aún mantenía el rictus del pánico cuando se volvió para encontrarse con unos ojos negros y profundos. Con unos ojos que, a su edad, ya lograban arrastrarla hacia rincones insondables y desconocidos. Stolp, *La Torre*, su mejor amigo, conocido así por su desproporcionada altura y delgadez.

—Te he asustado. Lo siento —se disculpó el muchacho, un año menor que ella, pero veinticinco centímetros más alto.

—No pasa nada —dijo, restándole importancia—. La culpa es mía. Siempre ando en las nubes.

El gesto bobalicón del muchacho dio a entender que no comprendía aquella expresión. Como tantas otras veces. Ella sonrió.

—Estaba pensando —explicó—. Estaba muy perdida dentro de mi cabeza.

—Ah —obtuvo por respuesta.

Su sonrisa se ensanchó ante la simplicidad de su amigo.

Lo contempló durante unos instantes. No era guapo ni aparentemente fuerte. Llevaba el pelo largo y desgreñado, las uñas negras y la ropa con varios lamparones. Su andar era desgarbado y torpe y tenía el desparpajo propio de una remolacha despistada. No obstante, le tenía un cariño cuyo origen no sabría situar. Había algo en él que la desarmaba y la enternecía de una forma inexplicable. Presentía que, bajo aquella coraza de vulnerabilidad y retraimiento, de absoluto hermetismo, existía un manantial de sentimientos hacia ella que manaba desde las fuentes más puras del corazón de aquel gigante.

—¿Nos vamos? —inquirió él, sacándola nuevamente de su enclaustramiento mental—. Llegaremos tarde.

—Sí, claro. —Recogió su bicicleta y se montó con habilidad—. He quedado con los demás en *Medvedova Dolina*. Seguro que ya nos están esperando.

—Te esperan a ti. Les da igual que yo vaya.

—No digas tonterías —zanjó, aunque sabía que era cierto—. Les caes bien.

—Ya…

Iba a iniciar el pedaleo cuando Stolp la detuvo, cruzando un brazo ante su pecho. Lo observó, desconcertada.

—¿Qué pasa?

El muchacho no respondió. Tenía la mirada fija en la distancia y el rostro inexpresivo, como siempre, aunque podría asegurar que apretaba con fuerza la mandíbula.

Siguió la dirección de su mirada: el puente cruzaba el río y se convertía en una calle que se alargaba hacia las afueras del pueblo, girando a la derecha unos metros más adelante, para perderse entre las últimas casas. Apenas había gente en la zona y el sonido de los motores sonaba lejano; varios vehículos aparcados y una señora tendiendo la ropa a través de una ventana. No veía nada extraño. Nada fuera de lugar.

No obstante, la pose de perro en alerta de su amigo la inquietaba. Sería falso afirmar que aquel era un comportamiento extraño en él, pero sería imprudente obviar su impenetrable preocupación. Era un muchacho sensible, capaz de percibir cosas que a otros se les escapaban.

Es como si hubiese electricidad en el aire, le había explicado una vez, cuando se quedaron a solas, tras evitar que ella accediera a una tienda que, minutos después, comenzó a arder. Murieron siete personas aquella tarde. Ella podía haber estado entre las víctimas.

Por eso había aprendido a tener en cuenta aquellos extraños episodios.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con voz nerviosa, al tiempo que se volvía hacia el muchacho.

Parecía evidente la existencia de un peligro, pero no lograba visualizarlo, situarlo ni entenderlo.

—No lo sé —admitió en aquel tono neutro e insípido habitual. Sin embargo, sus ojos se movían sin parar, como una pelota de pinball, intentando focalizar algo que se le escapaba.

—Me estas asustando…

Aquello pareció extraerlo de su propio mundo. La miró e intentó calmarla con una de sus casi inapreciables sonrisas. Un ligero aleteo en la comisura de los labios, acompañado de un ladeo de la cabeza.

—Vámonos —pidió en aquel tono monocorde, aunque a ella no se le escapó el conato de ansiedad que danzaba en cada sílaba.

Sin añadir nada más, cruzaron el puente y siguieron la calle en paralelo al río. Su arrullo los envolvía, pero por primera vez en su vida no le transmitía paz. Quizás fuese porque Stolp, que avanzaba delante, no dejaba de lanzar urgentes miradas en todas direcciones. En ocasiones, llegaba a volverse para asegurarse de que ella seguía rodando tras él.

Y, de repente, sucedió.

Un rugido de motor a su espalda.

El rechinar de unos neumáticos mordiendo el asfalto.

—¡Sigue pedaleando! —gritó, Stolp, mientras apretaba el freno para colocarse tras ella—. ¡Más rápido!

Sintió que se le estremecían las entrañas con una sacudida fría y brutal, y comenzó a golpear los pedales con un ansia enfermiza. Delirante. Una descarga de adrenalina activó el botón del pánico, al tiempo que las glándulas suprarrenales comenzaron a destilar cortisol, una hormona que disparaba el azúcar en los músculos para favorecer la huida o el enfrentamiento de un peligro.

Sin embargo, no bastó. Fue inútil.

Una furgoneta azul oscuro con las ventanillas traseras tintadas y el logotipo de una empresa de transporte de animales serigrafiado en el costado se cruzó en su camino y frenó de manera brusca, obstruyendo la calle. Todavía no había logrado detener la bicicleta, cuando dos hombres se precipitaron al exterior. Ambos a cara descubierta y las manos enfundadas en guantes negros de cuero.

Tenían un objetivo claro: ella.

Y sobre ella se abalanzaron como dos fieras hambrientas.

Dejó caer la bicicleta al suelo y se dispuso a huir. No había dado la primera zancada cuando unos dedos, que bien podrían haber sido un cepo para osos, aprisionaron su brazo izquierdo. De nada sirvieron sus gritos ni sus esfuerzos por defenderse. Su llanto, su miedo, su lucha. Estaba siendo arrastrada hacia las negras fauces de aquella bestia rugiente de piel azul oscuro que anhelaba tragársela.

Por el rabillo del ojo vio a Stolp cabalgando su bici: un aguerrido caballero a lomos de un caballo de metal que acudía en su ayuda.

Embistió al secuestrador con virulencia y todos cayeron al suelo.

Por un instante, fue libre. Incluso logró incorporarse. Sin embargo, el segundo secuestrador se cernió sobre ella y le agarró por el pelo, sin ningún tipo de miramiento. Chilló y se sacudió, pero enseguida una enorme manaza cubrió su nariz y su boca. Sintió un odioso calor junto al oído. Un calor con hedor a vodka y tabaco.

—Me resultaría muy sencillo partirte el cuello, pajarito, así que estate quieta.

No fueron pocos los días en los que se maldijo por haber obedecido aquella orden. Por haberse rendido en lugar de luchar hasta el final, aunque aquello le hubiese costado la vida.

Mientras entregaba su futuro a aquel malnacido, buscó a Stolp con la mirada. Lo halló tirado en el suelo, bocarriba, inmovilizado por una rodilla que presionaba su tráquea, asfixiándolo. Sus miradas se cruzaron: toda una riada de sentimientos y emociones encharcaba las pupilas de ambos.

Y se acabó.

La levantaron en vilo y la lanzaron a la boca negra de aquel monstruo que la aguardaba. Sus dientes de metal frío se clavaron en sus riñones al caer de espaldas. El secuestrador se aupó al interior y cortó de raíz su intento de ponerse en pie.

—Quietecita —masculló, presionando su rostro contra el suelo de la furgoneta.

Era una posición incómoda y dolorosa, pero le permitía ver el exterior. La lucha desigual que su amigo mantenía con el otro hijo de puta. Stolp había conseguido darse la vuelta y forcejeaba con su oponente. Había rabia en sus ojos. Una ferocidad ardiente que le insuflaba energía.

—¿Llamo a la caballería para reducir a un maldito crio de quince años? —se burló el hombre que la inmovilizaba a ella.

Aquello espoleó al asaltante, que logró cargar un brazo y asestar una rápida sucesión de puñetazos en el rostro de su amigo. Fue el sexto el que le hizo perder el conocimiento y un par de dientes.

—¡Bravo!

—¡Vete a la mierda! ¿Qué hago con él?

Un instante de silencio, mientras se tomaba la decisión.

—Súbelo —ordenó—. Es un auténtico animal. Seguro que algo podremos sacar por él.

El hombre lo alzó a pulso y lo lanzó al interior del furgón con desprecio, como quien deja caer un fardo de estiércol.

—Larguémonos de aquí echando hostias.

Su captor la soltó y bajó de un salto de la furgoneta. Un segundo después, cerraron el portón trasero. Una losa cubriendo una tumba.

El habitáculo no estaba sumido en la total oscuridad. Entraba luz por algún resquicio en la carrocería. Como pudo, se arrastró hasta Stolp, que continuaba inconsciente. Tenía el pómulo izquierdo hundido y comenzaba a amoratarse. Sangraba por la boca y la nariz, girada en un ángulo extraño. Le agarró la mano y la apretó con fuerza. Con desesperación.

—Darko, despierta. —lloró, llamándolo por su nombre de pila, justo en el momento en el que la furgoneta reiniciaba la marcha a toda velocidad.

La inercia la escupió hacia adelante y acabó estrellándose contra el portón. El aturdimiento le agarró la mano, el cansancio apoyó la cabeza en su pecho, la oscuridad tendió su manto. Debió ser el monstruo del pesimismo quien se cernió sobre ella justo cuando perdía la consciencia para susurrar: *Lena, me temo que nunca llegarás a ser maestra*.

UN ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

—Vamos a morir aquí, ¿verdad? —preguntó Lena, acurrucada junto a él, con un frágil hilo de voz.

Ojalá nos limitásemos a morir…

Pero comprendiendo lo lúgubre de aquel razonamiento, decidió quedarse callado y fortalecer el abrazo que los unía. Lena no necesitaba escuchar lo que a él le pasaba por la cabeza. No necesitaba oír las barbaridades que le ofrecía su imaginación. No necesitaba conocer los pormenores de las lucubraciones que lo acuciaban durante las frías vigilias.

—Llevamos cuatro días aquí encerrados —apuntó ella, con la cabeza apoyada en su hombro—. Quieren matarnos de hambre y de frío.

Lo dudaba, aunque era cierto lo que decía su amiga. Cuatro días atrás, aquel par de malnacidos los habían bajado de la furgoneta como a sucio ganado y los habían conducido a esa especie de refugio de montaña, donde los habían abandonado a su suerte con una botella de agua de medio litro y la incertidumbre como único alimento que rumiar.

Desde entonces, nadie había pasado por allí y la esperanza de escapar se había diluido en la húmeda realidad que impregnaba aquellas gruesas paredes de piedra. Inamovibles. Como la robusta puerta de metal que bloqueaba la huida o los gélidos y firmes barrotes de hierro que reducían a la mínima expresión el espacio abierto en el único ventanuco de la construcción.

Aquello era lo peor. Asomarse a aquella estrecha abertura en la pared y otear el paisaje que se extendía del otro lado: una extensa

pradera verde salpicada de flores y árboles que descendía en suave pendiente hacia un lejano valle. En su seno, discurría un río mudo, protegido por altas montañas de cumbres nevadas. Tenían el paraíso a escasos centímetros: no obstante, agonizaban ante sus puertas.

—Quiero irme a casa —musitó Lena por enésima vez. La única diferencia con la primera era la debilidad que pringaba sus palabras.

Dios sabe lo mucho que había intentado cumplir aquel deseo durante las primeras horas, pero cualquier intento había resultado inútil. El refugio estaba completamente vacío, a excepción de un viejo colchón y una manta polvorienta y raída. Nada que utilizar como herramienta. Nada con lo que golpear. De modo que, primero se dejó las uñas intentando arrancar el cemento que unía las piedras de las paredes y el suelo; y después, estuvo a punto de desfallecer lanzando sus casi ochenta kilos contra la puerta. Cuando Lena lo contuvo un millón de arremetidas después, su brazo se había convertido en un gigantesco y palpitante hematoma.

Le dolía, pero mucho más sufrimiento le causaba el no poder satisfacer los suplicantes deseos de Lena.

—No puedo dejar de pensar en mis padres —musitó ella, con la mirada perdida en un rincón del refugio—. No se merecen esto.

—Nadie lo merece —apuntaló él, huérfano desde los tres años tras sobrevivir al accidente de tráfico que le arrebató a sus padres. Desde entonces había vivido con una hermana de su padre y su hosco marido, que seguro que estaría encantado de perderlo de vista.

—¿Y si piensan que me he escapado? —Un sollozo y un sorbetón —. Se culparán, discutirán entre ellos buscando responsabilidades… Acabarán odiándose.

—Eso no va a pasar. Os lleváis bien. Os queréis. Jamás pensarán algo así.

—Entonces, deducirán que nos han secuestrado —admitió—. Denunciarán la desaparición y se consumirán a la espera de algún avance. La esperanza se irá desluciendo, marchitando, hasta acabar completamente podrida. Entonces, después de infinidad de horas de sufrimiento, desearán que encuentren nuestros cuerpos en alguna cuneta. Solo para saber. Solo para obtener un final que les conceda algo de paz.

Un llanto quedo, que intenta aplacar pasando un brazo sobre los hombros de su amiga.

Ella se seca los ojos con la manga del jersey sucio y lo mira llena de tristeza.

—¿Tú no piensas en tus padres?

—Yo no tengo padres.

—Ya sabes a qué me refiero. Te han cuidado desde que eras un crío

Sacudió la cabeza.

—No pienso en ellos. Y no creo que ellos piensen en mí —confiesa—. Seguro que se sienten aliviados y que rezan para que no regrese.

—¿Cómo puedes decir algo así? Si no son las personas que nos quieren, ¿quién nos tendrá en su memoria?

—Tu situación es diferente. En mi casa se han encargado de hacerme sentir un extraño, un huésped molesto. Me han cuidado, me han alimentado, me han dado un techo, pero jamás me han querido.

—Lo siento. No sabía que las cosas estuviesen tan mal.

—Da igual. No me afecta. Ya no.

Guardan silencio durante unos instantes.

—¿Sabes que mi madre tenía un remedio para soportar las malas situaciones? —soltó ella, deambulando por sus recuerdos—. Cuando discutía con una amiga o cuando me preocupaban los exámenes. Cuando me sentía triste por cualquier motivo o necesitaba hablar con quien ya no estaba… —Sonrió con aire soñador—. Siempre me decía que aquí —colocó el dedo índice sobre su sien—, dentro de la cabeza, existe un largo pasillo con una ventana al fondo. Y que a través de ella, puedes escapar de los problemas o conectar con la persona que necesitas —La sonrisa desapareció y sus ojos comenzaron a titilar—. Esa ventana me ha ayudado muchas veces, pero ahora, por más que busco, no logro encontrarla…

La toma de la mano.

—Debes seguir buscando…

Lena baja la cabeza y asiente sin convicción.

—Ya… ¿Y cómo haces tú para no derrumbarte? ¿También tienes una ventana ahí dentro por la que escapar?

—Tú eres mi única ventana, Lena. Siempre lo has sido.

Un silente cruce de miradas. Cierto arrepentimiento por lo que acababa de confesar.

Y entonces, sus estómagos rugieron al unísono, como una pareja de osos enfurecidos. En esos cuatro días, él no había comido nada: ella, tan solo un par de arañas que habían atrapado en un rincón y que le costó horrores llevarse a la boca, y un saltamontes que se había colado por la ventana. Su maná caído del cielo.

—Necesitamos alimentarnos —afirmó, con una inflexión exigente, aliviado por poder cambiar de tema.

Escuchó el suspiro exhalado por su amiga y, al unísono, alzaron la mirada hacia la esquina más alejada del refugio. Allí, colgado de una viga, dormitaba un tentador aperitivo: un murciélago. Al caer la noche, lo escuchaban aletear hasta encontrar la salida. Cuando el alba rasgaba el manto tendido por la oscuridad, regresaba y se afianzaba en el mismo lugar, boca abajo. Puntual.

Habían discutido en otras ocasiones sobre la necesidad de capturarlo y comérselo, pero el debate siempre se había inclinado hacia el lado de Lena, reacia a cruzar esa frontera. Sin embargo, el hambre apretaba y, esta vez, Lena guardó un elocuente silencio.

—Seguro que sabe a pollo.

Crudo, duro y sangrante, pero pollo, al fin y al cabo.

Apartó el brazo que rodeaba los hombros de la joven y se puso en pie, con cuidado, sin apartar la vista del oscuro rincón. Se sentía débil. Las piernas apenas le sostenían y le costaba una barbaridad enfocar su objetivo, que parecía desdoblarse y perder nitidez. Alcanzó el rincón y se volvió a mirar a Lena, buscando su postrera aprobación. La recibió en forma de asqueado fruncido de labios y lento asentimiento.

Sacudió la cabeza a su vez, procurando insuflarse valor, y fijó su atención de nuevo en el vulnerable animalillo. Alargó un brazo y… se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó, girándose hacia su amiga, que también parecía haberlo escuchado y estaba poniéndose en pie.

Al principio, no fue más que un suave traqueteo lejano, pero con el paso de los segundos no tardó en convertirse en un potente

martillear.

Un tractor.

—¡Viene alguien! —exclamó Lena, con el rostro encendido por la ilusión, mientras corría hacia el ventanuco.

Él se quedó quieto, observándola, sin llegar a comprender los motivos de su entusiasmo.

—No veo nada —recalcó, aferrada a los barrotes—. Debe acercarse por ese otro lado.

Estuvo de acuerdo en la apreciación, aunque no en los sentimientos que en ella despertaba.

Lena cruzó el reducido espacio que la separaba de la puerta y comenzó a golpearla con los puños.

—¡Ayuda! Estamos aquí. ¡Por favor, ayuda!

Se acercó a ella y la agarró del brazo para arrastrarla hacia el interior del refugio. Cuando su amiga le dedicó una mirada de total desconcierto, él se limitó a sacudir la cabeza negativamente. Pudo ver a través de sus ojos como la flor de la ilusión se marchitaba y perdía sus pétalos. Como el verde esperanza se tornaba podredumbre.

Las lágrimas hicieron equilibrios en sus pestañas, mientras la incertidumbre y el miedo volvían a tomar posiciones.

—¿No vienen a ayudarnos?

Él volvió a sacudir la cabeza.

—Pero abrirán esa puerta y esa será nuestra oportunidad de escapar.

Una débil llama de esperanza se encendió de nuevo en su mirada. Muy pequeña, casi imperceptible, pero real.

—¿Qué vamos a hacer?

Le contó un plan sencillo, quizás predecible: ella se acurrucaría en la esquina que quedaba frente a la puerta, mientras él, que ya había comprobado que la puerta se abría hacia el interior, se colocaría de tal manera que la propia hoja de metal lo ocultase al abrirse. Cuando entrasen a por ella, él se abalanzaría sobre ellos por la espalda y Lena tendría la oportunidad de salir corriendo.

Sencillo, quizás predecible, sí. Pero es lo único que podemos hacer.

—No me iré sin ti.

La frase retumbó en sus oídos con fuerza, debido al repentino silencio que se apoderó del entorno. Ya estaban allí. No había tiempo para discutir. Se acercó a ella y colocó ambas manos sobre sus hombros.

—Si consigo despejar el camino, quiero que huyas. Por favor —susurró—. Sal corriendo lo más rápido que puedas y no mires atrás.

—¿Y tú?

—Solo tienes que preocuparte de correr, ¿entendido?

Asintió con la cabeza. Muy despacio. Muy poco convencida.

Desde el exterior, les llegó el arrastrar de unos pasos cansados que se aproximaban.

—Quiero oírtelo decir —pidió, bajando aún más la voz—. Dime que correrás como alma que lleva el diablo.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Un asentimiento convincente.

—Correré.

Le regaló una sonrisa efímera y un apretón en los hombros. Estuvo tentado de besarla (solo Dios sabe por qué se le pasó aquello por la cabeza en aquel momento), pero resistió el impulso y le indicó la esquina que debía ocupar. Cuando vio que Lena obedecía sus instrucciones, él se acercó despacio a la pared.

Al otro lado, los pasos se detuvieron. La tensión aumentó hasta casi asfixiarlo. Y entonces se produjo el tintineo de unas llaves, la apertura de varios cerrojos y la escandalosa retirada de una cadena. Un segundo después la puerta comenzó abrirse, ocultándolo de todo y de todos.

El arrastrar de pies se reactivó y una sombra alargada comenzó a ganar terreno en el interior del refugio.

—Vamos, levántate —ordenó la voz de un fumador empedernido: rasposa y rota.

Desde su posición, podía ver a Lena. Permanecía sentada en la esquina más alejada, abrazando sus propias rodillas y ocultando parte de su rostro tras el velo formado por su cabello.

Apenas reaccionó a la taxativa orden del recién llegado. Solo un estremecimiento y una ligera inclinación de cabeza.

—He dicho que te pongas en pie. Tenemos que irnos.

Sonaba impaciente, irascible, y del mismo modo atronaron sus pasos cuando se adentró en el cobertizo, directo hacia su amiga.

Había llegado el momento. Salió de su escondrijo y cargó contra el hombre con todo su peso y su fuerza. Un placaje en toda regla. Abrazados, acabaron chocando contra la pared y cayendo al suelo como dos bailarines desacompasados.

—¡Correeee! —gritó desde el suelo, mientras rodeaba y apretaba con el brazo el cuello del hombre.

Lena se puso en pie, decidida, pero de repente, su semblante se ensombreció y sus ojos se llenaron de pánico.

—¡Stolp! —alertó, llevándose las manos a la boca.

Apenas tuvo tiempo de procesar la reacción de Lena. Un relámpago de dolor nació de su pantorrilla izquierda y se expandió al resto de la pierna en cuestión de segundos. Convertido en el cazador cazado, soltó su presa y se retorció en el suelo para intentar liberarse de lo que quisiera que estaba produciéndole aquel terrible dolor.

Lo escuchó antes de verlo.

Un gruñido,

Un gruñido aterrador.

Un gruñido aterrador que pertenecía a un robusto Dogo que le había hincado bien el diente.

El animal sacudió vigorosamente la cabeza, como si pretendiese llevarse su pierna a casa a modo de trofeo: *primer premio en el torneo de lucha cánido–humana. ¡Llévese consigo el miembro que logre arrancar!*

Con su cerebro amenazando con desconectarse, apretó los dientes y comenzó a golpear al perro en la cabeza con el puño cerrado. Simples caricias para semejante bestia. De no haber sido por la intervención del desconocido quién sabe cómo hubiese terminado aquello.

—*¡Pocitek!* Descansa.

Una única palabra logró detener al animal, que liberó su pierna y se sentó sobre sus cuartos traseros, sin quitarle el ojo de encima. Aquellos ojos grandes y marrones eran los de un piloto de helicóptero militar esperando la orden para lanzar los misiles.

—¡Estúpido hijo de puta! —masculló el hombre, ya erguido, antes de propinarle una patada en el hombro. Después, medio aturdido, se palpó la frente en busca de heridas—. ¿Y tú de dónde cojones sales?

No contestó. Bastante tenía con mantenerse consciente. El dolor pulsátil de la pierna parecía aullar. Y la sangre que oscurecía la tela de los vaqueros y se escurría por su piel hasta derramarse en el suelo no presagiaba nada bueno.

Lena se arrastró hasta él, bajo la atenta mirada del perro.

—¿Estás bien? —preguntó, ayudándolo a incorporarse.

—¡A callar! —exigió el otro. La agarró de la muñeca y la arrastró hacia la salida—. Y tú, o vienes detrás o hago que el perro te saque arrastras. Tú eliges.

Cuando logró salir del refugio, cojo y sangrante, Lena ya estaba sentada en el remolque de un enorme tractor verde. Parecía uno de esos bichos bola, replegada sobre sí misma, sin poder evitar que su cuerpo se sacudiese por los espasmos que le provocaba un llanto quedo, que parecía manar del alma.

El hombre, con el perro sentado a sus pies, lo esperaba apoyado en la carrocería, con una hierba entre los dientes y un evidente hematoma en el lado derecho de la frente.

—No tenemos todo el día, héroe de pacotilla.

Alcanzó el remolque e hizo un ímprobo intento por encaramarse a él. La pierna herida protestó con ardiente vehemencia y acabó cayendo al suelo.

El dueño del tractor se acercó mascullando lindezas y lo ayudó a levantarse.

—Si de mí dependiera, te dejaría aquí tirado para que te desangraras y fueses devorado por las alimañas. Agárrate ahí —ordenó. Él obedeció, y de un empujón acabó subido en el remolque, que olía a granja—. Aunque, ¿sabes qué? Quizá sea más divertido ver qué tienen preparado para ti.

Ignoró las palabras del granjero y se arrastró hasta Lena, que se estremeció cuando la rodeó con los brazos.

—Tranquila, soy yo.

Ella mantuvo el rostro escondido entre sus brazos, vertiendo su miedo en forma de lágrimas.

—Tranquila —repitió.

Cerró los ojos y la apretó con fuerza contra su propio cuerpo.

Un instante después, el tractor volvió a rugir e inició el ascenso por un camino sembrado de piedras, que serpenteaba entre las verdes praderas, rumbo a una incertidumbre abrumadora.

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. Toulouse. 4 de mayo. 13:52h.

Recupera la consciencia de forma paulatina, como si cabalgase una suave avalancha que la condujera hacia la realidad. Se siente débil, sin fuerzas, como si sus extremidades fuesen de piedra y sus párpados de plomo. Exhausta, pero tranquila. Sin dolor. No es difícil concluir que la han sedado. Con algo fuerte, al parecer, porque de lo contrario sería imposible sentirse tan bien. Tan en paz. Sobre todo, después de lo sufrido con el último cliente.

No quiere pensar en ello. No quiere recordar aquellas salvajes vivencias. El miedo. La pérdida de toda esperanza, de toda fe en la raza humana. La repugnante sensación de humillación, de total sumisión. Y el dolor. Aquel insoportable sufrimiento nacido de una tortura incomprensible.

No quiere pensar en ello. Tozuda, ha logrado cerrar el paso a los recuerdos desde el mismo instante en el que Darko la sacó en brazos de la casa, semiinconsciente, sumida en un aturdimiento intranquilo, para meterla en el coche y regresar al club. A su "hogar".

Desorientada, intenta abrir los ojos. Apenas una grieta que le permita identificar el lugar en el que se encuentra. No resulta sencillo, pero al fin consigue separar los párpados unos centímetros. Lo suficiente para encontrarse con las aspas paradas de un anticuado ventilador que cuelga del techo. Aquello no le dice nada. Todas las habitaciones del club tienen uno igual.

Decidida, envía órdenes a su cuello para que gire y le permita ver el resto de la estancia. Es un movimiento lento, costoso, pero finalmente su mirada se topa con la opulencia de un gran armario de madera oscura y una mesita de noche sobre la que descansa la vieja

fotografía de una anciana, una ostentosa lámpara de fino cristal y el cargador de un teléfono móvil. Desconcertada, tarda en asumir que se encuentra en la lujosa habitación de Alfredo Recio, el dueño y señor del club Le Soupir.

No se siente con fuerzas ni ganas para analizar aquello. En esos momentos, lo último que desea es cavilar sobre los motivos de su estancia allí. Tarde o temprano, se enterará.

Cierra los ojos e intenta concentrar toda su energía en el aparato locomotor. Los músculos, súbditos vagos y rebeldes, deben obedecerla y ayudarla a salir de la cama. Aprieta los dientes con fuerza e impulsa su cuerpo hacia arriba, logrando incorporarse. Sentada sobre el colchón, puede apreciar el tacto de un fino batín de raso negro que cubre su piel. Le queda grande y huele a él. A esa loción intensa y dulzona que siempre revela su posición.

Le revuelve el estómago.

Se arrastra hacia el borde y deja caer los pies al suelo de gres. El frío llega a ella como un sueño, como una sensación lejana, ajena. Apoyada en el armario, logra ponerse en pie, aunque sus piernas tiemblan, frágiles, amenazando con el derrumbamiento. Tras unos segundos de vacilación, se estabilizan y deciden sostener su peso. Despacio, se encamina hacia la puerta del cuarto de baño, que se recorta en la pared, junto a la única ventana de la estancia. Entra y, con la mirada fija en el sumidero, apoya ambas manos en los bordes del lavabo. Se toma unos segundos para reunir el valor necesario y alzar los ojos, enfrentándose así a lo que le escupa el espejo.

Toma aire y se desabrocha la bata que, suavemente, se desliza hasta el suelo acariciando sus hombros y sus caderas. Desnuda, sintiendo un agradable hálito sobre la piel, levanta la barbilla y le planta cara al monstruo que la observa desde el cristal: labios partidos e hinchados; ambos ojos amoratados, uno prácticamente cerrado; el otro teñido por un feo derrame. Tiene la mejilla derecha arañada y magullada, y una pequeña brecha, ya cosida, con los puntos al aire, abierta en la frente. Un enorme hematoma rodea su cuello, como un collar violáceo engarzado de marcas de dedos. También tiene dos feas marcas en los pechos (una en cada uno) que

muestran todas las piezas dentales del responsable de los mordiscos.

Sin duda, el sedante ensordece los gritos de aquellas heridas, pero no logra amordazar el dolor afilado que nace de sus entrañas ni la impotencia enloquecedora que parece abrirla en canal, como a un desgraciado cochino el día de su San Martín.

Un par de lágrimas brotan de sus ojos y se deslizan, lentamente, por las amoratadas mejillas, recorriendo el terreno maltratado, tratando, en vano, de reparar el daño causado allí.

Solloza, al tiempo que aparta la mirada del espejo, odiando, no la imagen que ve, sino la que volverá a ver una vez curen las heridas.

Se odia. Detesta aquella perfección que vuelve locos a los hombres, que los convierte en animales sin conciencia, sin medida. Puro y sucio instinto. Maldice el brillo hipnótico de aquella mirada seductora, de un azul oceánico que invita al chapuzón. Reniega de la perfecta armonía de aquel rostro agraciado, un poco aniñado, que siempre ha conseguido atraer todas las miradas. Y aborrece su cuerpo, idílico paisaje, refugio y abrevadero de bestias inmundas. Los pechos, altivos y turgentes, inexplicable fuente de depravación; sus piernas, bronceadas y esbeltas, puertas del tesoro más preciado por aquella horda indecente e insaciable; su sexo, substraído y arrendado sin escrúpulos, destino de un vicio y una lascivia tan obscenos e indecentes, que corrompen su alma y la revientan en mil pedazos.

Ojalá se quedara con aquel aspecto para siempre. De ese modo, ninguna de aquellas bestias primigenias, crueles, sádicas y egoístas desearía estar con ella, disfrutar de ella... Alimentarse de ella hasta quedar saciada.

Está saliendo del cuarto de baño, cuando Alfredo Recio entra en la habitación. El jefe, seguido por Darko (que espera bajo el quicio), sonríe al verla.

—Me alegra ver que has despertado —dice en un francés sucio y arrastrado. Sin rastro de emoción—. ¿Cómo te encuentras?

Si no lo conociese bien, podría llegar a pensar que es preocupación lo que se adivinaba en su voz. Solo si no lo conociese bien… porque no, Alfredo Recio no siente la menor compasión por ninguna de

ellas. Lo ha demostrado en más de una ocasión. Él solo le tiene cariño al dinero y está dispuesto a hacer con ellas lo que sea necesario con tal de mantener sus arcas llenas. Es despreciable. Un español sesentón gordo, calvo y miserable. Una hiena sin alma, escrúpulos ni conciencia.

—Estoy un poco mareada, pero no noto nada más.

Alfredo asiente y, sin miramiento alguno, evalúa los daños, impasible. Con sus manos hinchadas, cubiertas de pecas y vello, la toma de la barbilla, brusco, como haría con una oveja o un perro sin pedigrí, y escruta las heridas y contusiones del rostro. Se entretiene en valorar el ojo izquierdo, el del derrame, y cuando queda convencido de que no reviste mayor gravedad se concentra en los hematomas del cuello. Masculla un casi imperceptible "hijo de puta", mientras desciende una de sus flácidas manos a sus pechos. Con sus dedos fríos acaricia las mordeduras tatuadas sobre la piel.

—La fachada está hecha un asco —afirma, componiendo una mueca de acritud. Introduce la mano entre sus piernas—. ¿Qué tal el interior? ¿Accesos delantero y trasero?

Aprieta los dientes, asqueada, pero no osa dar muestras de aquella repulsión. No quiere empeorar las cosas.

—No me duele —contesta con la voz quebrada y la mirada húmeda fija en los indescifrables ojos de Darko, que la observan desde la entrada.

—Bueno, podía haber sido peor —concluye con desdén, acariciándose la papada salpicada de una barba rala, imberbe y poco varonil—. Con esta clase de gente nunca se sabe... —Alarga los puntos suspensivos, como dándole tiempo a ella a imaginar más allá de lo ocurrido—. Bueno, creo que en uno o dos meses podrás volver a trabajar sin espantarnos a la clientela. Ahora mismo da asco verte. —Le acaricia el pelo y le concede un húmedo beso en la mejilla—. Recupérate y coge fuerzas, ¿de acuerdo? Vas a necesitarlas, porque tu amigo ha quedado la mar de satisfecho contigo y quiere volver a verte cuando estés disponible.

Es incapaz de evitar que sus ojos destilen un mar de pánico. Nota que de sus labios y de sus manos se apodera un ingobernable temblor.

—No quiero volver allí —musita, sin atreverse a mirar a Recio.

—¿Cómo dices? —Se acerca a ella, tanto que su prominente barriga roza su cuerpo desnudo.

—Por favor…

—Las deudas no se pagan solas, querida. Y ese hombre te ayudará a saldar la tuya.

Alza la mirada en busca de compasión, de ablandar el alma inexistente de aquel reblandecido saco de carne corrompida.

—Ha estado a punto de matarme —solloza—. La próxima vez quizá lo consiga.

—No te preocupes. En ese caso, consideraré tu deuda saldada —apuntilla, con una insidiosa sonrisa asomando a la comisura de sus labios—. Es lo menos que puedo hacer por mi mejor activo.

Suelta una postrera y desagradable carcajada ronca y se vuelve hacia la entrada.

—Puedes quedarte en mi cuarto mientras tanto —anuncia ya desde el pasillo—. Considéralo una muestra de generosidad.

Cuando Alfredo Recio se marcha de la habitación, Darko entra y le tiende un par de capsulas, que ella se queda mirando, sin hacer ademán de coger.

—Oxicodona —explica—. Calmantes. Para el dolor.

Se miran a los ojos. Siempre lo hacen. Pese a todo lo vivido y sufrido, ella sigue viendo en el fondo de aquella mirada al joven que un día fue su amigo.

—Sácame de aquí, por favor.

—Coge las capsulas.

—*Stolp*, por favor, tengo que huir. Ayúdame —suplica, tomando su mano libre.

—No vuelvas a decir eso.

—Por favor...

El gigantón le sostiene la mirada unos segundos, impasible, como un androide estropeado. Coge su mano y deja en ella las pastillas.

—No vuelvas a decir una cosa así. No me obligues a advertir a Recio —amenaza, antes de marcharse.

Lena, conocedora de su crítica situación, se abandona al llanto, mientras traga los dos comprimidos que le han dejado para hacer su

vida un poco más plácida: un triste ungüento casero para aliviar las abrasadoras quemaduras del Infierno.

SILVIA CASTRO.

Mi mujer. 5 de mayo. 8:17h.

Apenas ha conseguido pegar ojo en toda la noche, torturándose con la breve, pero dura conversación que mantuvo con Aitor la tarde anterior, encerrados en la cocina, mientras la niña hacía los deberes en su cuarto, ajena al desmoronamiento de su familia.

Conclusión: no hay vuelta atrás.

En cierto modo es lo que lleva tanto tiempo esperando: no obstante, una incipiente punzada de pánico en el centro mismo del pecho le advierte de que las cosas pintan negras para ella. No es así como deberían haber llegado a esta decisión. El fallecimiento del matrimonio debería haber ocurrido por causas naturales (ya estaba enfermo. Al borde del colapso), no era necesario cometer aquel asesinato. Precipitarlo todo. Embarrarlo. Prenderle fuego.

Aitor, lógicamente, está decidido a continuar adelante con el divorcio y si ella se opone solo conseguirá empeorar las cosas. Aún más.

Su marido está al tanto de la infidelidad y asegura tener pruebas fehacientes para llevar ante un juez si fuese necesario.

Tiene que intentar hacerlo entrar en razón, pero para eso necesita un tiempo del que no dispone, porque, traicionado cómo se siente, Aitor quiere que se marche de inmediato, desea perderla de vista y la presiona para que renuncie a luchar por la custodia de la niña. Esto último es lo peor. No se imagina una vida sin Rocío. Sin embargo, con la separación de bienes firmada y la casa a nombre de él (puesto que ya la había comprado cuando se conocieron), poco o nada puede hacer al respecto. No tiene trabajo, no tiene casa, no tiene dinero… no tiene dónde caerse muerta.

Escucha ruido en la cocina y se incorpora en la cama. Aitor ya se ha puesto en marcha y debe estar preparándole el desayuno a Rocío. Suspira y se frota los ojos con el dorso de las manos. Sopesa la opción de levantarse y salir a hablar con él antes de que despierte a la niña, pero algo en su interior le dice que es mejor no tensar más la cuerda.

Mira a su alrededor y, enseguida, siente que el vacío se abre en su pecho. ¿Cómo diablos ha acabado durmiendo en la habitación de invitados, exiliada de su propio cuarto y del calor de su marido? Las lágrimas enturbian su mirada y tiene que ahogar los sollozos contra la almohada, aquella que aún huele a la colonia de Hugo, a su presencia, a su sudor. Hace apenas unas horas, estaba disfrutando con él sobre esa misma cama, amándose, besándose, comiéndose el uno al otro. Y, sin embargo, ahora él está muerto y Aitor la ha desahuciado como a un vulgar inquilino roñoso.

¿Cómo una vida puede precipitarse al vacío de esta manera?

El karma, querida. Responde una voz afilada y pérfida. *Si haces mal. Recibes mal.*

Vacía el aire de los pulmones con un pesaroso suspiro y sale de la cama. Nerviosa, se arrastra por el pasillo con un nudo en el estómago. Aitor está frente a la isleta de la cocina, preparando un bol de leche con cereales. No hace ademán de haberse percatado de su presencia. Sin embargo, sabe que la ha oído llegar, porque se detiene en sus quehaceres, aunque no alce la mirada de la encimera y se limite a apoyar ambas manos sobre su brillante superficie.

—Lo siento. Siento haberte hecho daño. —Él no reacciona, de modo que ella se aproxima—. Ha sido un terrible error, Aitor. Te quiero. Tú lo sabes —explica, alargando la mano para tomar la suya.

—Ni se te ocurra —advierte con total tranquilidad, dedicándole una mirada cargada de rencor.

Ella detiene la mano en el aire, dubitativa. Duele sentir su odio, su desprecio, pero no puede culparlo. ¿Qué pensaba qué ocurriría?

—¿Desde cuando llevas con él? —Una mirada escrutadora aguarda su respuesta.

Y ella, conocedora del futuro más inmediato, decide, al fin, ser completamente sincera.

—Desde hace dos meses —responde, humillando voz y mirada.

—Dos meses… —repite él, con gesto agrio—. Eso no es un error. No es el estúpido desliz de una noche de borrachera. Es una puta aventura en toda regla. Algo premeditado, traicionero y consentido. Un error puntual podría habértelo perdonado: esto no. Eras plenamente consciente de lo que arriesgabas y aun así continuaste adelante. —Sacude la cabeza—. No te estás disculpando porque te arrepientas de nada… lo haces porque te he descubierto y no te queda otra. Si no hubiese destapado el pastel, en un rato te lo estaríais follando en cualquier rincón de esta casa. ¡De mi casa! —concluye, haciendo hincapié en el posesivo.

Un intenso cruce de miradas envuelto en el más pantanoso de los silencios.

La vergüenza la obliga a apartar la cara.

Aitor resopla y se vuelve para guardar los cereales y la leche, mientras ella, atrapada en aquella cenagosa culpabilidad, busca la manera de destruir el muro levantado por el rencor. No la encuentra. No hay modo alguno.

—Voy a despertar a la niña —informa él—. Vete a nuestro cuarto y empieza a hacer las maletas. No te quiero aquí cuando regresemos.

Dicho esto, e incapaz de responder, lo ve salir de la cocina con la cabeza alta y paso decidido.

La ha cagado. Tanto que es capaz de ahogarse en su propia mierda.

Introduce un par de camisetas más en la maleta y cierra la cremallera muy lentamente, conocedora de que con aquel gesto también está cerrando la mejor etapa de su vida. Un tiempo de amor, de viajes, de promesas, de matrimonio que, poco a poco, se fue desangrando y al que ella misma decidió dar la puntilla.

Se sienta en la cama y se queda mirando la maleta cerrada. Toda una existencia embutida en una "caja" de 49x75cm. A eso se reduce su vida.

Necesito un sitio adónde ir, piensa, mientras intenta evitar el contraataque de las lágrimas.

Saca el móvil y llama a Tamara, su mejor amiga y confidente desde los años de instituto. Juntas han llorado en el desamor, han

compartido momentos vibrantes, se han emocionado con los logros ajenos y han sufrido con sus desgracias como si fueran propias. Confiarían su vida a la otra con los ojos cerrados. Son como hermanas que nunca se fallan.

Tamara descuelga al tercer tono.

—No te lo vas a creer, pero estaba pensando en ti en este momento.

—Ya… —pesaroso, frágil. Su amiga no necesita más para saber que algo va mal.

—¿Estás bien, Sil?

—¿Puedo irme unos días a tu casa? —pregunta, sin andarse por las ramas. Es lo bueno que ofrece la confianza—. Aitor ha descubierto lo mío con Hugo.

—Joder, Sil, mira que te lo advertí —se queja ella—. Ese *musculitos* no merecía arriesgar todo lo que tenías.

—Hoy necesito una amiga, no sermones sobre los errores que he cometido.

Un instante de silencio.

—Es cierto —admite—. Sabes que puedes contar conmigo y quedarte en casa el tiempo que necesites. Siempre eres bienvenida.

—Gracias.

Otro silencio. Más largo. Más denso. Empleado en buscar el modo de no quebrarse. Sin embargo, la pregunta de Tamara la parte en dos.

—¿Estás bien?

—No. —Se le rompe la voz y el alma—. Hugo está muerto.

Una muda incredulidad se adueña de la línea.

—¿Cómo…? Pero… ¿qué ha pasado? ¿Ha sido Aitor?

—No, nada de eso. Fue un estúpido accidente —consigue explicar —. El muy idiota resbaló y se cayó por las escaleras. Se desnucó.

—¡Joder! Lo siento, Sil.

—Ya… —Sacude la cabeza—. Aitor me ha echado de casa y quiere que renuncie a la custodia de Rocío. Amenaza con quitármelo todo si no accedo.

—Bueno, no te preocupes ahora por eso. Encontraremos una solución, te lo prometo —asegura su amiga, convencida, desde el

otro extremo de la línea—. Oye, ¿necesitas que vaya a ayudarte?

—Tranquila. Ya tengo lista la maleta. Voy a tomarme una tila y salgo para allá, ¿de acuerdo? Ahora hablamos.

—Aquí te espero.

Cuelga y sale del cuarto en dirección a la cocina. Toma un vaso del mueble que hay sobre el fregadero y lo llena de agua antes de meterlo en el microondas. Mientras se calienta, saca un par de bolsitas de tila y las abre. Es cuando va a tirar los envoltorios a la basura (situada bajo el fregadero) que se fija en la bolsa de papel que permanece junto a las botellas de lejía y friegasuelos. Frunce el ceño y toma la bolsa. Pesa más de lo que parece y tiene impreso el logotipo de una pastelería del barrio. Al abrirla, descubre un par de cafés fríos y una bandeja que debe contener algún tipo de bollo o pastel.

Su cerebro se pone en marcha. Inconscientemente, su mirada se desvía a la parte de la encimera donde la mañana anterior había encontrado el cuchillo fuera de lugar. Se da cuenta del temblor que se ha apoderado de sus manos, de la presión que constriñe su pecho, de la ansiedad que intenta estrangularla.

Devuelve su atención a la bolsa y rebusca en el interior. No tarda en encontrar un ticket de compra que confirma que la transacción se había realizado la mañana anterior, a las 9:37.

Su corazón se detiene por un instante.

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. Toulouse. 5 de mayo. 10:05h.

El cielo plomizo promete lluvia; su ánimo desvencijado, la asegura.

Se está pasando el efecto de los narcóticos y el dolor comienza a tomar posiciones a lo largo y ancho de su maltrecho cuerpo. Incluso el acto de alzar el brazo para llevarse el cigarrillo a la boca supone un auténtico suplicio. No obstante, le da una calada, mantiene el humo un buen rato en la boca y acaba expulsándolo muy despacio, como si le diese pena deshacerse de él. Cuando este se diluye en el aire, ella vuelve a llevarse la colilla a los labios; sin embargo, sufre un espasmo en la muñeca y el cigarro acaba en el suelo, junto a una cáscara de plátano ennegrecida y cubierta de hacendosas hormigas.

—¡*Srenje*! —maldice, llevándose las manos a la cara.

Devorada por la ansiedad, comienza a dar vueltas por el callejón vallado, sin salida, que se encuentra en la parte trasera del club. Es el único lugar al que Alfredo la deja salir, pues, palabras textuales: "*No quiero que a esos capullos se les amustie la salchicha al verte de esta guisa. Pareces salida de* The walking dead".

En ese momento, henchida de rabia, estuvo tentada de saltar sobre él y arrancarle la vida a dentelladas, igual que uno de esos cadáveres andantes. Incluso llegó a visualizarlo. Mordisco tras mordisco desgarrando trozos de carne que luego escupía a un lado. Gritos. Pataleos. La sangre manando como un jodido aspersor.

Se quedó en eso. En una sanguinolenta fantasía.

Suspira y se acerca al límite del corredor, donde se alza la valla que separa el edén del averno. Con los dedos enganchados en la malla metálica, observa el mundo que se extiende más allá. Una planicie asfaltada que se ensancha hacia el horizonte. A lo lejos, se alza una

zona industrial donde un millón de chimeneas oscurecen el cielo con sus vomitonas. Es un mundo de mierda, idéntico al suyo, pero la presencia de la libertad le da un aspecto tan diferente… Y está a un paso. Tan cerca que, por un instante, fantasea incluso con esa contaminada libertad. Con escapar de aquel pozo de humillante depravación. Fantasea con la idea de no tener que verse obligada a tocar a ningún otro hombre jamás. De no tener que estar cerca de uno siquiera.

Se aferra con más fuerza a la alambrada (se hace daño en los dedos) y valora las opciones que tiene de conseguir saltarla. No son muchas, es consciente, y menos aún en su estado actual. Pero ¿y si…?

—¿Qué estás haciendo?

Se vuelve, sobresaltada, y se topa con la inescrutable mirada de Darko, que la observa desde el otro extremo del callejón.

Cabizbaja, rendida de antemano, se aproxima a él.

—Solo imaginaba cómo sería la vida lejos de todo esto —confiesa, sin decidirse a mirarle a los ojos.

—Soñar puede resultar peligroso.

Ahora sí, alza el rostro para mirar a su amigo.

—Estar aquí, a merced de esos hijos de puta tampoco es demasiado tranquilizador, te lo aseguro —sentencia, señalando su propio rostro maltratado—. ¿Te parece que tengo motivos para sentirme valorada, protegida o segura?

—Es una mierda, pero es la vida que nos ha tocado en suerte.

—Para ti es muy sencillo, claro. Tú no tienes que abrirte de piernas para esa horda de degenerados. No tienes que sufrir sus golpes, sus humillaciones constantes. No tienes que ser el jodido saco sobre el que descargan sus miserias —explota, acuchillándolo en el pecho con el índice.

Darko se queda quieto, aguantando el chaparrón, sin desviar la vista de sus ojos.

—Tienes razón. Para mí es más sencillo.

Y entonces, sobre su rabia se vierte un cubo de agua helada. Le viene a la cabeza todo por lo que *Stolp*, su viejo amigo, aún

compañero, tuvo que pasar desde aquel fatídico día en el que intentó salvarla, para acabar convertido en rehén. Igual que ella.

Se recuerda que Darko no es un cabrón, sino que lo convirtieron en uno. Lo adoctrinaron a conciencia. Y sin embargo, a diferencia del resto de hombres de Alfredo Recio, él no se comporta como una bestia. Al menos, no con ella. Y justo es reconocer que no es por falta de compromiso por parte de aquellos monstruos: sobretodo Rasheed, que durante semanas estuvo trabajando a destajo para corromper su mente y su alma, con el único propósito de convertirlo en un ser sanguinario y manejable, digno de la red. Hasta cierto punto, lo consiguió. Logró extirpar gran parte de la humanidad que latía en él, pero no toda. Aún puede atisbar algunos restos cuando lo mira a los ojos: quedan retazos de aquella bondad, de aquella candidez, de aquel amor mudo que siempre destiló para ella.

Y todo pese a verse obligado a pelear por su vida, pese a ser forzado a torturar a otras personas, a pesar de verse obligado a asesinar a sus semejantes… Fue así, a fuerza de derramar sangre y abandonar la esencia de lo que era, como Darko se ganó el respeto y la confianza de Alfredo Recio que, poco a poco, fue contando con él para asuntos de mayor trascendencia: eliminación de la competencia, ajustes de cuentas, cobros a morosos, protección del club… Una vida de violencia y sangre. De sangre y violencia. Hasta que el jefe, orgulloso de su entrega y dedicación, decidió incorporarlo a su reducido grupo de elegidos, los que le brindaban protección y tragaban, sin protestar, toda la mierda que él generaba.

Con el tiempo, Darko acabó ocupándose de ella por orden de Alfredo. La llevaba y traía de las "citas", se quedaba en la puerta de su habitación cuando algún cliente solicitaba sus servicios en el club, la acompañaba cuando la dejaban salir a comprar ropa. Hablaban poco (había poco que decirse), pero estaban juntos. Darko, lejos de ser ya el Stolp al que ella quiso como a un hermano, se convirtió en su protector… Aunque la lealtad y el servicio se lo prestase a su captor.

Suspira. Lo toma de la mano y lo arrastra para que se siente a su lado, en los escalones del callejón.

—Sé por lo que has pasado. Y que no ha sido fácil —reconoce, acariciando aquella mano enorme y endurecida—. He sido injusta contigo y lo siento. Pero es que… —Aprieta los labios para contener las palabras que acuden en tropel a su boca. No sabe si debe pronunciarlas ante él.

—Te sientes frustrada, asqueada con lo que haces y sueñas con una vida mejor. Lo sé. Y te comprendo —admite él—. Pero no puedo dejarte hacerlo. He visto lo que hacen con las que intentan huir. Muchas veces he participado en su tortura. Y no quiero que algo así te suceda a ti. Estoy convencido de que Alfredo me elegiría a mí para darte caza y muerte. Una muerte lenta y horrible.

Se quedan unos instantes en silencio. Él contemplando la mano que acaricia la suya; ella intentando digerir las palabras que él acaba de brindarle.

—¿Lo harías? —pregunta al fin, alzando la mirada a sus ojos—. ¿Serías capaz de matarme?

Darko no retira la mirada cuando responde:

—Sí. Lo haría rápido y sin dolor, evitando que otro ocupase mi lugar.

Noqueada, le suelta la mano y se abraza a sí misma, como si un repentino helor hubiera germinado en sus entrañas y se expandiese por todo su cuerpo.

Ahora es consciente: está completamente sola en aquel mundo de mierda.

UN ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

Se llamaba Karmina Velika–Glava y era una verdadera hija de la gran puta.

Con el aspecto de la clásica campesina castigada por las inclemencias del tiempo, la mujer rondaría los cuarenta, pese a aparentar sesenta mal llevados. Alta y escuálida como la pata de una garza famélica, exudaba, sin embargo, fortaleza y determinación. Extremidades fibrosas y fuertes, todo piel, tendón y músculo; espalda recia, hombros estrechos, vientre plano y pecho inexistente, como una plancha de acero.

En el rostro, escurrido y afilado, casi envasado al vacío, lucía una piel curtida y cuarteada de arrugas, salpicada de manchas oscuras y dos feos sabañones que destacaban en las mejillas como dos horribles farolillos encendidos a perpetuidad por el frío de los inviernos pasados. Aunque más destacaban sus ojos, aquellos orbes de un azul desvaído, casi transparentes, que causaban rechazo y temor a partes iguales. De mirada profunda, intensa, de esas que podrían hacerte un tacto rectal desde varios metros de distancia.

En esos momentos no llevaba puestas las gafas, pero resultaba evidente que las usaba, quizá clavadas al puente de aquella nariz estrecha y rapaz, puesto que en la parte superior de la misma habían quedado grabadas a fuego las marcas originadas por las plaquetas de la montura.

Labios finos y descoloridos para una boca pequeña rodeada de arrugas y sembrada de dientes amarillentos; alguno, incluso ausente.

Llevaba el pelo largo y liso, recogido en una coleta floja y desaliñada que intentaba esconder la última fecha de lavado. En tonos pajizos, semejaba un manojo de hierba seca pisoteada por una piara de marranos.

Una mujer fuerte, con carácter, severa y despiadada, que rezumaba confianza en sí misma y suspicacia hacia los demás. De porte erguido y pose castrense, siempre en estado de firmes, manos a la espalda y barbilla alzada, era el ejemplo más claro de alguien que se cree superior, que se cree con derecho a todo.

Allí mandaba ella.

Y quería que se notase. Que la temiesen.

Resultaba evidente que era la dueña de la granja, de las fincas, de los animales y, ahora, de la noche a la mañana, también se había convertido en la dueña de sus insignificantes y miserables vidas.

La conocieron unos días atrás, no sabría concretar cuantos exactamente, cuando el tractor se detuvo frente a la vieja granja, y ella, brazos a la espalda, escopeta colgada al hombro y mirada entornada, los estudió como si no fueran más que un par de ovejas bajando del remolque, recién llegadas de la feria del condado.

—¿Y eso? —preguntó al hombre, señalándole a él con la cabeza. Voz rasposa, castigada por el tabaco y el alcohol.

—Una sorpresa. Esos hijos de puta no avisaron sobre él y casi acaba conmigo —dijo, llevándose la mano al punto abultado de su frente—. Si no llega a ser por el perro, estos dos pájaros hubiesen volado.

—Te estás haciendo viejo para estas cosas, Soren —sentenció, aunque ya estaba pendiente de él: calculando su altura, su peso, el riesgo que suponía. Se acercó y lo tomó por la barbilla—. No me gustan los chicos —sentenció desde varios centímetros por debajo de él—. No soléis dar más que quebraderos de cabeza y disgustos, y rara vez sacamos algún provecho de vosotros. En general, sois desobedientes y violentos. Problemáticos. Y servís de poco más que de mísero aperitivo para nuestros clientes. —Le dio una palmadita en la mejilla. La típica carantoña que se le concede a un perro—. Me gustaría que fueses la excepción. Tiempo habrá de verlo…

Le sostuvo la mirada, pero no respondió. Bastante tenía con reprimir el impulso de lanzarse sobre ella y arrancarle la nariz de un mordisco. ¿Sería capaz de arrebatarle la escopeta antes de que el tal Soren o el perro se interpusieran?

Tenía los dientes apretados y el corazón a mil. Su mirada le traicionó y, por un instante, voló de sus ojos a la culata del arma. Para cuando la devolvió a la mujer, descubrió sus labios torcidos en una sonrisa de hiena: aterradora y amenazante.

—Si osas intentarlo siquiera, mataré a tu amiga aquí mismo y te obligaré a comértela cruda en la cena.

El vuelo de todos sus pensamientos se detuvo y cayó en picado hasta estrellarse contra el terreno de la impotencia.

—Así está mejor —añadió ella, mirándolo con desdén—. La maldita testosterona es difícil de encauzar, lo sé, pero no me pongas a prueba, muchacho. No te conviene en absoluto.

Lo dejó allí y se colocó frente a Lena, que mantenía la mirada fija en sus pies. La agarró por la barbilla y la obligó a levantar el rostro.

—En cambio, vosotras siempre os mostráis mucho más apacibles y sumisas, ¿verdad? Me ponéis las cosas más fáciles —aseguró, mientras escrutaba cada rincón de su rostro—. Eres una verdadera preciosidad, chiquilla: ojos bonitos, labios carnosos, rostro simétrico y algo aniñado. Me gusta. Y lo más importante, deslumbrarás llegado el momento. Solo necesitas engordar un poco. Que estas dos ganen tamaño —concluyó afianzando sus manazas de campesina sobre los pechos de Lena. Después, la obligó a girarse para contemplarla por detrás—. Una auténtica belleza, desde luego.

La mano de Lena buscó a tientas la suya y se cerró sobre ella, un necesario cable a tierra para ambos. Para no derrumbarse. Para no ceder al agotamiento producido por la pérdida de sangre. Comenzaba a marearse. De hecho, le sobrevino un vahído que logró mantener a raya.

Mientras él luchaba por mantenerse consciente, Katrina se volvió hacia Soren.

—Hay que reconocer que esos cretinos tienen buen ojo…

El hombre cabeceó de forma afirmativa, pero no dijo nada.

—Anda, llévatela a la habitación grande —ordenó—. Que no le falte agua ni comida.

El hombre asintió con la cabeza, tomó a Lena del brazo y tiró de ella hacia el edificio central de la granja: sin embargo, sus manos seguían enlazadas. Pese a su debilidad, se negaba a soltarla. No quería que se la llevasen lejos de él.

—Es demasiado pronto para empezar a causarme problemas, jovencito —advirtió Katrina, descolgando el arma de su hombro. La mantuvo apuntada al suelo—. Suéltala, por favor. Estará bien. No le pasará nada malo mientras esté bajo mi protección, te lo prometo.

Fue Lena la que abrió la mano y tiró para liberarse. Los labios le temblaban y tenía los ojos húmedos y enrojecidos. El semblante de quien dice "adiós" y no "hasta pronto".

Se le partió el corazón, cuando el hombre la arrastró hacia el edificio.

—¡Soren! —llamó la mujer. Él se volvió—. Ni se te ocurra ponerle la mano encima, ¿me oyes? A esta, no. No me obligues a cortarte las pelotas y dárselas de comer al perro.

El aludido le dedicó una mirada desdeñosa en la que se advertía tanto rencor como respeto. Sin mediar palabra, cumplió las directrices de la ama y señora de aquel lugar.

—Y tú, camina —ordenó, al tiempo que señalaba uno de los edificios contiguos con el cañón de la escopeta—. Vamos a echarle un vistazo a esa pierna.

Una joven de carácter tímido y mirada huidiza le limpió la herida, la desinfectó y la vendó con eficiencia en lo que parecía ser una recatada enfermería, bien provista de material y equipamiento. La enfermera no pronunció una sola palabra durante el proceso, no le preguntó nada sobre la herida ni se mostró sorprendida por ella. No debía ser la primera vez que le tocaba atender algo de esas características. Sin duda, tampoco sería la última.

Katrina Velika–Glava, presente en todo momento, no perdió detalle de los quehaceres de la joven enfermera.

—¿Habrá complicaciones? —preguntó.

La enfermera, sin alzar la mirada de la pierna sobre la que trabajaba, negó con la cabeza.

—Bien. ¿Crees que estará listo para la semana que viene?

A Darko no le gustó lo que se reflejó en la mirada de la muchacha cuando alzó la cabeza: las sombras que danzaban en el fondo de sus ojos. Ofreció una respuesta ambigua: un encogimiento de hombros.

—Esté recuperado o no, alguien tendrá que salir al escenario —concluyó Katrina, amenazante—. Como bien sabes, nos hemos quedado sin actores para el número estrella y es algo que, de no hacer, nuestros clientes no nos perdonarían jamás. Sería inadmisible. —Se mantuvieron la mirada unos largos segundos. Una provocando miedo; la otra, absorbiéndolo—. Repito la pregunta: ¿estará listo?

Una mirada fugaz al aludido, un suspiro agónico y un posterior y mudo asentimiento de cabeza.

—Eso me parecía a mí.

SILVIA CASTRO.

Mi mujer. 5 de mayo. 14:45h.

Con la mano de su amiga apoyada en el hombro, instándola a avanzar, Silvia entra en la comisaría y se encamina hacia la primera mesa que encuentra a su paso, donde una joven policía está aporreando el teclado del ordenador a una velocidad fuera de lo normal.

Eso tiene que ser un súper poder, no me fastidies.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlas? —pregunta, desviando la mirada de la pantalla. Los dedos siguen trabajando, traqueteando enloquecidos.

—Hola… —Permanece unos segundos en silencio, pellizcándose el muslo, sin saber cómo exponer sus conjeturas—. Creo que tengo información sobre un posible crimen. No estoy segura. Es… no lo sé. Una especie de corazonada.

—Cuénteme.

—Ayer falleció un chico en la calle Gran Canaria, número 4… —duda, nerviosa—. ¿Podría hablar con la persona que lleva el caso?

Los dedos detienen su frenético ritmo. La agente frunce el ceño, desconcertada, y vuelve a centrarse en la pantalla del ordenador. Abre una serie de archivos, los estudia por encima y vuelve a cerrarlos. Tras unos segundos, sin mirarla, informa:

—Según tengo entendido, se trata de un accidente doméstico.

—Lo sé… —admite, mientras se retuerce los dedos—. Pero… he encontrado algo. No sé. Tal vez no sea nada, pero me ha hecho pensar. Me ha hecho dudar.

—¿Estamos hablando de un posible homicidio?

—No estoy segura. Tal vez… —Suspira. Le cuesta horrores hacer lo que está haciendo. No cree que sus conjeturas sean posibles, pero ese dichoso ticket…—. Solo quiero hablar con alguien y que sea esa persona quien decida si es o no relevante.

Tras unos instantes de muda y fría evaluación, la agente se levanta, le pide que espere allí y desaparece por un pasillo lateral.

—No tenía que haber venido —gimotea, buscando el consuelo de su amiga.

—Has hecho lo correcto. Deben saberlo y decidir en consecuencia.

Se deja abrazar y, por un segundo, el obcecado oleaje de las dudas deja de arremeter contra los acantilados de su convicción.

Poco después, la joven agente regresa y pide que la acompañen. Las conduce por un estrecho pasillo hasta un despacho cuya puerta permanece abierta.

—¿Inspectora? —se hace notar la policía.

La mujer que ocupa el despacho, alza una mirada interrogativa, en cierto modo suspicaz: la mirada de alguien que no está dispuesta a creer.

—Gracias, agente. —Se levanta para recibirlas—. Siéntense, por favor.

Toman asiento al otro lado del escritorio y esperan mientras la policía ojea unos papeles. Según la placa que descansa sobre la mesa están frente a la inspectora Ángela Arnaiz: alta, gruesa, fuerte… el aspecto de quien practica la halterofilia, pero con los labios pintados y una suave capa de maquillaje.

Cuando la funcionaria termina de estudiar la documentación y alza la mirada, a ella se le transforma la garganta y la boca en una árido desierto: a la hora de tragar solo encuentra polvo y arena.

—¿Nombre?

—Silvia… —contesta con voz ronca. Carraspea y lo repite, con un resultado similar—: Silvia Castro.

—Bien, señora Castro, cuénteme. Según la investigación, la víctima resbaló mientras bajaba las escaleras del portal y se fracturó el hueso occipital. El golpe fue tan violento que acabó con su vida. Según el forense, la herida corresponde con el filo del escalón y no se han hallado más lesiones ni anomalías en las pruebas realizadas.

La única duda que se nos plantea, y creo que me la va a resolver usted ahora mismo, es saber qué hacía la víctima en aquellas escaleras, puesto que no vivía en el edificio.

Nota la mano de Tamara posándose sobre la suya, otorgándole calor y apoyo.

—Éramos amantes —confiesa—. Ayer estuvo conmigo antes de… Ya sabe.

—Sí, puedo hacerme una idea —farfulla sin apartar la mirada—. La agente que la ha traído hasta aquí, dice que tiene dudas sobre la muerte del señor Martorell. Que piensa que no fue un mero accidente…

Percibe el tono incrédulo en la voz de la inspectora, así como el halo de suspicacia que emana de su escudriñadora mirada. Está a la defensiva, reacia a creer desde el principio.

—Adelante —la anima su amiga, apretándole con delicadeza el antebrazo.

Desvía la mirada hacia ella y le dedica una sonrisa timorata, antes de devolver su atención a la policía. Dubitativa, introduce la mano en el bolsillo y extrae el ticket de la pastelería.

—Esto es lo que me hace dudar —dice, ofreciéndoselo.

Durante algunos segundos, la inspectora Ángela Arnaiz no se digna a mirar el papel. Sigue con la mirada clavada en sus ojos, escrutando, barriendo cada rincón de su alma. Finalmente, se echa hacia adelante con un gruñido y recoge el recibo. Lo estudia durante unos instantes, sin demasiado interés, y mantiene las puertas de la credibilidad cerradas con un somero encogimiento de hombros.

—Tendrá que explicarme algo más —sentencia, al tiempo que deja caer el papel sobre la mesa—. Todos sabemos que el azúcar refinado y las grasas trans no son buenas, pero de ahí a suponer un delito…

Se le escapa una risita nerviosa, que no tarda en sofocar al contemplar el rostro inexpresivo de la inspectora. Traga saliva y, de nuevo, busca fuerzas en la mirada de Tamara, que traslada la mano a la rodilla para insuflarle valor. Un firme asentimiento la empuja a hablar.

—Como ya le he dicho, Hugo y yo teníamos una aventura.

—Sí, es lo único que me ha quedado claro, hasta el momento.

Baja la mirada a sus propias manos e intenta obviar el sarcasmo con el que la mujer barniza sus palabras. Prosigue.

—Llevábamos un tiempo acostándonos en mi casa, en la habitación de invitados para que mi marido no sospechase nada. —Toma aire y lo deja escapar muy despacio—. Ayer también nos vimos, nos despedimos como si nada… y luego me enteré de lo que había ocurrido. —Se le humedecen los ojos y su voz se resquebraja—. Al principio, pensé lo mismo que todo el mundo: que iría despistado, trasteando con el móvil, y se resbalaría. Un estúpido accidente sin sentido. Pero esta mañana encontré ese ticket. La compra se realizó ayer mismo, cerca de casa, mientras Hugo y yo nos acostábamos. Mi marido tenía que estar trabajando, pero que la bolsa con los cafés y los bollos estuviese en la cocina, escondida bajo el fregadero, solo puede significar que estuvo allí. Que nos sorprendió.

La inspectora escucha su testimonio reclinada en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El modo en que la mira la pone nerviosa. La hace sentirse insegura, incómoda, como si estuviese mintiendo.

—Entiendo —dice al fin, echándose hacia adelante—. Aunque el hecho de que su marido estuviese en casa no quiere decir, necesariamente, que lo matara.

—Lo sé, lo sé… —admite con resignación—. Aitor no es un hombre violento, doy fe de ello, pero nunca sabes cómo puede reaccionar una persona ante situaciones así.

—No sería la primera vez que sucede —interviene Tamara, saliendo en su defensa—. Solo pedimos que lo investiguen. Por si acaso…

Ángela Arnaiz parece fijarse por primera vez en ella.

—¿Y usted es…?

—Una amiga. Solo viene a acompañarme —media ella.

La inspectora, cual hacendosa abeja, pasa la mirada de una a la otra, para acabar cabeceando afirmativamente. Da un golpe en el escritorio con ambas manos y se pone en pie. Tamara y ella se ven obligadas a imitarla.

—Bien, dejen sus datos a mis compañeros —pide, indicándoles la salida—. Si precisamos algo más de ustedes, nos pondremos en contacto, ¿de acuerdo? Manténgase localizable, por favor.

Antes de iniciar la retirada, observa que la policía desvía la mirada hacia el ticket que descansa sobre el escritorio. Sonríe internamente, aliviada. Ha conseguido sembrar la duda.

—En cuanto a su marido, hablaremos con él. Se lo prometo. Aunque solo sea para aclarar lo ocurrido.

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. 6 de mayo. 10:57h.

Aún es temprano y el club permanece cerrado: un enorme animal adormilado, en calma.

Le gusta verlo así. Es el único momento en el que soporta estar allí encerrada. Cuando la turba de infelices sexuales desaparece; cuando las luces se mantienen encendidas; cuando la música enmudece; cuando las únicas mujeres que se mueven por el local son las tres limpiadoras que, fregona en ristre y vestidas con el uniforme de una empresa local, sacan brillo a las miserias de aquel lugar. Barren, friegan, limpian, desinfectan… pero hay suciedades que no entienden de bayetas ni productos esterilizadores. Hay suciedades que permanecen. Que son perpetuas. Que por mucho que se frote y se rasque no desaparecen jamás.

Que se lo digan a ella. A los sucios hematomas que motean su cuerpo, a las roñosas heridas que pueblan su memoria, a las corrompidas cicatrices que se dibujan en su alma.

No. Está claro que hay cosas que no se pueden limpiar.

Suspira, mientras contempla a una de las hacendosas limpiadoras. La envidia. Joder, desearía cambiarle la piel en ese mismo instante. ¡Lo que daría por dedicarse a fregar suelos y quitar el polvo de los estantes!

Le da un breve sorbo a la infusión que sujeta sobre la rodilla y se vuelve hacia la izquierda. Allí está Darko, acodado en la barra, contemplando con un interés incomprensible la madera arañada. No han cruzado una sola palabra en el tiempo que llevan allí. Hace tiempo que no tienen nada que decirse. Hace tiempo que, pese a

estar uno al lado del otro, la distancia que los separa es inmensa. Prácticamente insalvable.

Se termina la infusión, deja el vaso empañado sobre la barra y se dispone a marcharse cuando la puerta de las oficinas se abre y aparece Alfredo Recio: cabreado, frenético… peligroso. Como un depredador otea el local y se dirige hacia ellos en cuanto los localiza. Es el caminar de un hipopótamo decidido.

Le da un manotazo en el hombro a Darko, sin perder de vista al jefe, y cuando la mira, le indica con la barbilla el marrón que le viene encima.

—Tienes que salir inmediatamente. ¡Se han largado! —afirma Alfredo, conteniendo la voz, evitando gritar, pero mordiendo cada palabra.

—¿Quién?

—Natasha y Anna. No están en el local. Rasheed ha registrado cada centímetro y no aparecen.

El corazón le ha dado un vuelco en el pecho, pero intenta no exteriorizar sus emociones. Debe seguir siendo invisible.

Darko saca su móvil, tranquilo, y trastea unos segundos sin despegar la mirada de la pantalla.

—Tenían una cita concertada para la noche pasada. Las dos con el mismo cliente. Sergei debía traerlas de vuelta.

—¡Eso ya lo sé, idiota! —explota Alfredo. Si a Darko le molesta aquella explosión, no da muestras de ello—. Quiero que las encuentres, ¿me oyes? Encuéntralas y tráelas de vuelta. ¡¡Yaaa!!

—Lo haré, señor, pero… ¿por qué no va Sergei?

—Sergei no está disponible en estos momentos. —Aquello suena mal. Muy mal. Como una pierna rota o un tiro en la nuca.

—Entiendo…

Alfredo lo señala con el dedo.

—¡Tráemelas!

Un mudo asentimiento por parte de Darko es suficiente para que Alfredo quede satisfecho. Se marcha por dónde ha venido, con las mismas pisadas rabiosas y el exagerado balanceo de brazos. Resulta casi divertido. Casi.

Se vuelve hacia Darko, que ha recogido la chaqueta del respaldo de un taburete y se la está poniendo.

—Si ellas han podido huir… —dice, con una sonrisa que no logra reprimir—, quizás otras puedan conseguirlo.

—No sonrías. No tienes motivos —asegura él—. Esas dos disfrutarán de unas horas de libertad; luego morirán. Y lo harán suplicando que llegue ese final.

—Han escapado —rebate, sonriente, con ese entusiasmo mal disimulado que no consigue contener.

—Voy a encontrarlas y las traeré de vuelta. Después, lo más probable es que Alfredo me ordene hacerlas daño. Todo el que puedan soportar antes de rendirse.

—No las atraparás…

—Claro que lo haré. —Con férrea determinación—. No lo dudes.

Su sonrisa estalla en mil pedazos. Su entusiasmo es acuchillado por el temor. Una ola gigantesca apaga las llamas de la esperanza. Sin embargo, aún brillan algunos rescoldos en su interior. Ascuas que mantienen viva su fe.

Solo desea que lo consigan.

Solo desea que huyan a la otra punta del mundo.

Solo desea no volver a verlas por allí.

De lo contrario… ¿Qué le queda a ella?

UN ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

El corazón le latía con virulencia: un ariete golpeando la parte interna del esternón.

Se acuclilló, alzó el brazo izquierdo y, con los dientes apretados, notó como un árido desierto se apoderaba de su paladar. El mundo se ralentizó a su alrededor. Todo sonido fue devorado por un expectante silencio.

Mantuvo la mirada clavada en aquellos ojos marrones; los ojos de una bestia musculosa que no tardaría en abalanzarse sobre él, dispuesto a despedazarle.

Y fue en ese momento, en el preciso instante en el que se jugaba la vida a una sola carta, cuando su mente se empeñó en hacer balance de los últimos días…

Durante esa última semana, su vida había sido la de una ameba cualquiera carcomida por los nervios. Vivir con el desconocimiento de lo que le depararía el futuro le atormentaba: vivir con el desconocimiento de lo que el futuro le depararía a Lena, le hacía sentir como si una manada de hienas lo estuviera devorando vivo. Sin nada en lo que ocupar la mente, sus pensamientos tomaban derroteros escabrosos, funestos, que en nada ayudaban a mejorar las cosas.

Se limitaba a mordisquear con desgana pequeñas porciones de la comida que le servían, a beber agua y a expulsar lo poco que comía y bebía en un cubo, cuyo contenido acababa arrojando por la ventana enrejada de su *celda*. Pese a ello, aquel olor acre a desechos se había instalado con él: su hediondo compañero de habitación.

En ese tiempo, solo recibió la visita diaria de su particular y muda enfermera que, acompañada en todo momento por un hombre de baja estatura, pero grueso como un rinoceronte, se desvivió en reducir al máximo los destrozos de la mordedura.

Tres días después, pese a los latigazos imprevistos que soltaba la herida cuando le venía en gana, comenzó a apoyar el pie y recorrer, durante algunos minutos, los ocho pasos que había de pared a pared.

A los cinco días, aunque cojeaba de manera ostensible, ya podía pasar largos periodos de tiempo yendo y viniendo por el cuarto, como un animal enjaulado.

Y al séptimo, la cojera había desaparecido casi por completo y sentía poco más que un rumor lejano en el gemelo, que poco o nada tenía que ver con el punzante dolor de los primeros días.

Fue a la mañana siguiente cuando Karmina Velika–Glava apareció en su celda, acompañada de la enfermera y el guardaespaldas. Tras una rápida exploración, la muchacha decretó: "está listo". La sonrisa que curvó los labios de la mujer le recordó a una víbora acercándose a un nido desatendido.

—Descansa, muchacho —le aconsejó antes de salir del cuarto—. Mañana te convertirás en el protagonista de una inolvidable velada.

Apenas descansó un par de horas: un sueño frágil e intranquilo en el que navegaban las pesadillas. Duermevela que estalló en mil pedazos con el sonido creciente del primer motor.

Saltó de la cama y pegó la cara a los fríos barrotes de la ventana. Noche cerrada. Ni un solo atisbo de las primeras luces del alba. La única claridad la proporcionaban los potentes faros de un vehículo que ascendía por el tortuoso camino de tierra. El motor rugía. Los neumáticos arañaban el terreno seco. Un 4x4 negro coronó el sendero y se perdió tras el edificio principal.

Una visita intempestiva.

Pero a este, le siguió otro. Y a ese otro, media docena más antes del amanecer. Con el mundo pintado ya por las tonalidades de la alborada, hicieron cumbre otros cuatro vehículos de características similares.

Con la llegada de cada uno de ellos, su inquietud fue aumentando hasta alcanzar niveles críticos: explosión inminente. Los nervios, cuyas huestes armadas avanzaban por el campo de batalla de sus pensamientos sembrando discordia y caos, estaban muy cerca de lanzar la ofensiva definitiva. Solo la sombra de Lena presentaba batalla y le impedía enarbolar la bandera blanca.

Karmina, acompañada por dos enormes matones de rostro tan expresivo como una piedra erosionada por el azote del viento, se presentó cuando el sol levantaba medio palmo sobre las montañas.

—Desnúdate y ponte esto —ordenó, tras entregarle un pantalón blanco con el escudo del Maribor FC, un equipo del país.

Se lo quedó mirando, sin hacer ademán de cogerlo.

—Si lo prefieres, pueden ayudarte ellos.

Una breve mirada a cada mastodonte le bastó para comprender que sería mejor prescindir de su colaboración.

El pantalón le quedaba grande; el saco que le pusieron en la cabeza antes de sacarlo de la habitación, demasiado ajustado, le aplastaba la nariz.

Agarrado por la parte posterior del cuello, lo condujeron por una serie de pasillos hasta el exterior. Frío, claridad y las piedrecillas del camino clavándose en la planta de sus pies desnudos. A su alrededor, el susurrar de la brisa en las ramas de los árboles, un mugido lejano, el canto despreocupado de algunos pájaros.

Accedieron a otro lugar: la luz disminuyó notablemente y el suelo pasó a ser de madera. Alcanzó a escuchar débiles murmullos que se sobreponían al escandaloso bullicio provocado por los nervios en su cabeza.

Unos pasos más. El terreno pasó de madera a tierra fina de nuevo. Le obligaron a detenerse.

—No me hagas quedar mal, muchacho —oyó susurrar a Karmina—. Te prometo que si no me das al menos diez minutos de diversión, esta noche le serviré tus restos a esa amiguita tuya para cenar.

Tus restos, pensó horrorizado. *No cuentan con que salga de esta… Ya estoy muerto.*

Antes de llegar a asimilar la amenaza, alguien le quitó el saco de la cabeza y lo empujó hacia adelante. Una luz intensa le cegó y tuvo

que cubrirse los ojos con las manos. Una puerta metálica se cerró a su espalda. El rumor de los murmullos se acrecentó, ávido, expectante.

Separó los dedos e intentó captar algo. Poco a poco, sus pupilas se fueron acostumbrando a la intensidad de unos focos que iluminaban el espacio desde arriba. Aún con los párpados entornados y la visión desenfocada, comenzó a estudiar el lugar: un recinto circular, cuyos límites estaban definidos por altas y transparentes paredes de metacrilato. El pavimento del coso era de tierra y desde él se elevaban una serie de plataformas conectadas por puentes colgantes, cuerdas y tirolinas, como en un parque multi–aventura.

Se le congeló la sangre en las venas cuando se percató de algo perturbador: tras el muro límpido del recinto, una organizada multitud permanecía sentada en sillas de plástico, observándolo. Centeneras de máscaras negras que conferían intimidad y aseguraban el anonimato.

¡Sal de aquí!, le gritó una voz desde el interior de su cabeza.

La exigencia era clara y concisa; su cumplimiento, improbable, por no decir imposible.

Estaba encerrado y los dos matones que lo habían llevado allí custodiaban la única puerta de acceso al recinto. Con la mirada, le advertían que no sería buena idea aproximarse a ella. Incluso él, era capaz de captar ese mensaje.

Uno de los custodios señaló con la barbilla a sus pies.

—Eso igualará un poco las cosas —dijo, al tiempo que una sardónica sonrisa se asomaba a sus labios.

Bajó la mirada. Un cuchillo normal y corriente, de sierra, de unos seis u ocho centímetros, de los que pueden encontrarse en cualquier cocina y se emplean para cortar una tierna pechuga de pollo; un filete de ternera serían palabras mayores.

Menos es nada.

Se agachó y recogió el cuchillo, coincidiendo con el estridente acoplamiento de un micrófono. Un segundo después, una voz atronó en el silencio reinante:

—Buenos días a todos y bienvenidos a una nueva jornada de subasta.

Se giró despacio y barrió el lugar con la mirada. Sobre un rudimentario palco que se alzaba sobre la muchedumbre, identificó a Karmina Velika—Glava y a Lena, que lucía un impresionante vestido negro y llevaba el pelo recogido de una forma nueva para él. Más elegante. Más sofisticado. Le gustaba. No obstante, los ojos de su amiga denotaban terror. Todo lo contrario que los de su ama, en los que pudo apreciar malévolo regocijo, que pareció transformarse en auténtico deleite cuando sus miradas se cruzaron.

—Espero que el espectáculo previo sea de su agrado y que el material que les ofreceremos a continuación se ajuste a sus necesidades —proclamó, obligando a Lena a exhibirse ante la multitud. Los murmullos crecieron. "El material" era del agrado de todos.

Karmina sonrió satisfecha y abrió los brazos antes de proclamar:

—¡Empecemos!

Un instante después, entre aplausos y vítores, una enorme pantalla cobró vida a la derecha del palco. Sobre el fondo negro, destacaban cuatro números que marcarían su destino: "20:00".

Ante sus ojos, al otro lado del recinto, una caja de madera del tamaño de una televisión media comenzó a descender desde el techo con un elocuente balanceo: había algo dentro. De manera instintiva, justo antes de que el cajón tocase el suelo y en la pantalla comenzase a desgranarse la cuenta atrás, él se agazapó tras el poste de la plataforma más cercana. Con el corazón intentando atravesar el esternón, se asomó por el borde y oteó el horizonte. La caja estaba vacía... y el perro que había albergado en su interior olisqueaba, nervioso, el suelo que la rodeaba.

No identificó la raza, pero sí el peligro: morro chato, cabeza grande, aspecto de desayunar tornillos oxidados. Varias cicatrices salpicaban su lomo y su hocico, y el ojo derecho estaba en paradero desconocido. Era evidente que no era su primera *subasta*.

Al borde del colapso, volvió a refugiarse tras el poste e inició las desalentadoras comparaciones: mientras el perro poseía un cuerpo diseñado para la batalla: cabeza enorme y robusta, regida por una imponente mandíbula de peligrosos dientes, pecho ancho y musculoso y unas patas gruesas y potentes que le facilitarían

alcanzarlo en una supuesta huida; él no era más que un tirillas, cuyo único uso en combate sería colocarlo en el centro de un maizal y pedirle que sacudiera los brazos para espantar a los pájaros.

Por mucho que dispusiera de aquel inútil cuchillo.

Esconderse y esperar a que pasase el tiempo tampoco era una opción. Sus glándulas sudoríparas estaban funcionando a pleno rendimiento e incluso él podía percibir ese olor acre que desprende el miedo. ¿Cuánto tardaría en detectarlo el animal?

Ante un enemigo más fuerte, más rápido y mejor preparado, solo quedaba la opción de ser más inteligente. Debía trazar un plan que pudiera llevarlo a la victoria y…

Se quedó sin tiempo.

Alguien del público se había levantado y se estaba aproximando al cristal, justo frente a él. Era un tío enorme, grueso como el culo de un elefante, en cuya mirada, oculta tras la máscara, se apreciaba gozosa maldad.

¡Mierda!, pensó cuando le vio levantar la mano para golpear el cristal con los nudillos. Tres golpes suaves, pero suficientes para llamar la atención del perro.

Percibió el aumento de la tensión en el resto de espectadores y vio como todos se inclinaban hacia su izquierda. Comprendió, horrorizado, lo que estaba ocurriendo y, por puro instinto, salió disparado hacia la derecha, sin pensar, dispuesto a improvisar sobre la marcha.

La pierna herida le concedió el primer aviso en forma de pinchazo. Fijó su atención en una cuerda que pendía más adelante. Ese sería su objetivo. Su salvavidas.

A medio camino, cometió el error de mirar atrás. El animal estaba a escasos tres metros de él, con las orejas echadas hacia atrás y colgajos de baba escapándose entre sus mandíbulas.

La ronca respiración de aquel tanque de combate con patas flotó hasta sus oídos, mezclada con el rascar de las uñas al avanzar a la carrera. Se estaba acercando. ¡Le estaba dando alcance!

Soltó el cuchillo y saltó.

Soltó el cuchillo, saltó y se agarró a la cuerda.

Soltó el cuchillo, saltó, se agarró a la cuerda y apretó los dientes anticipándose a la llegada del relámpago de dolor que producirían las mandíbulas del perro al cerrarse sobre cualquiera de sus tobillos.

Sin embargo, el dolor no llegó. Tuvo suerte. Solo alcanzó a sentir el húmedo aliento de la bestia sobre el talón derecho. Hiperventilando, miró hacia abajo, dominado por el pánico, para encontrarse con la mirada del perro que, tras dos infructuosos intentos por alcanzarlo, se sentó y se limitó a observarlo, como si supiese que el tiempo corría de su parte. El cuchillo, su única arma, inútil y brillante, parecía burlarse de él junto a las patas del animal.

Tomó aire e intentó serenarse. Debía recuperar la capacidad de pensar, aunque no fuera tarea sencilla: colgado de una cuerda, con los músculos incendiados y la muerte sin quitarle el ojo de encima. La pierna le dolía más. E iba en aumento. Debía actuar antes de que la cosa fuese a peor. Resultaba evidente que no podía quedarse allí y consumir sus escasas energías. Por ello, trepó por la cuerda (su delgadez fue una ventaja en este caso) hasta conseguir afianzar los pies en la plataforma superior. Una vez allí, muerto de miedo, sopesó sus opciones. No eran muchas: un puente colgante que conectaba su púlpito con una especie de terraza voladiza, desde la que bajaban unas escaleras de mano, una tirolina que lo conduciría igualmente hasta el suelo y una rampa que salía desde la plataforma en la que se encontraba y conectaba con otras dos, cada cual más baja, hasta morir en la arena. También podía bajar de nuevo por la cuerda y regresar al *status quo* inicial. Cuatro opciones. Todas defensivas. No sobreviviría huyendo sin más. Tenía que pensar en algún modo de enfrentarse a su enemigo.

Tengo un cuchillo. Puedo matarlo, se dijo, sin llegar a creérselo un solo instante.

Se le acabó el tiempo de valorar opciones. El perro había comenzado a ascender por la rampa que conectaba con su plataforma. Se volvió, se agarró a los asideros de la tirolina y se dejó caer. El aterrizaje fue aceptable: las condiciones de seguridad allí, no tanto. Nuevamente expuesto y con el rumor de la pierna convertido en un clamor, era presa fácil para aquella bestia.

Con la ansiedad colgando de su mirada, buscó al animal: Con las cuatro patas afianzadas ya en el terreno arenoso, se lanzaba hacia él con la determinación que ofrece la inconsciencia y la obsesión.

Tocaba huir. Y lo hizo hacia la escalera de mano, cuya altura le permitiría un valioso tiempo para detenerse y pensar… Si lograba alcanzarla.

Lo hizo de milagro, cojeando ostensiblemente. Si el perro no hubiese derrapado al rodear uno de los postes no lo habría conseguido. No obstante, allí estaba. En terreno seguro. Lejos del alcance de aquellas fauces que babeaban escasos centímetros más abajo.

Situó el cuchillo a unos doce o quince pasos de distancia. Tan cerca y a la vez tan lejos. Debía alcanzarlo y para ello necesitaba despistar al animal, engañarlo y alejarlo de su objetivo. Tras valorar durante unos segundos el mejor modo de conseguirlo, se decidió por el plan más simple y seguro.

Subió las escaleras y se afianzo en la plataforma. El perro, con las patas delanteras apoyadas en la segunda barra, no le quitaba el ojo de encima.

A su alrededor, se mantenía el silencio, y por ello, cuando frunció los labios y silbó, el sonido flotó en el ambiente como algo obsceno, irrespetuoso.

La crispación del perro se hizo patente al lanzar una serie de amenazantes ladridos.

En cuanto dio un primer paso hacia el puente colgante, el perro salió a la carrera rumbo a la rampa.

Se quedó quieto, sin perderlo de vista, y comenzó a contar en su cabeza.

Uno, dos, tres… El animal alcanzó la base de la rampa y comenzó a subir.

Ocho, nueve, diez… Coronó la segunda plataforma sin perder velocidad.

Catorce, quince, dieciséis… Atravesó la tercera y enfiló el puente colgante.

Veintiún segundos. Ese era el tiempo del que disponía para saltar a tierra, recoger el cuchillo y ponerse de nuevo a salvo.

Cuando tenía al perro prácticamente encima, se colocó de nuevo en las escaleras y se deslizó, empleando las barras longitudinales, como si estuviese haciendo prácticas en el parque de bomberos. Al aterrizar, un nuevo latigazo en el gemelo lo ralentizó. Pese a ello, sin perder un solo segundo, se tambaleó hasta el cuchillo, se hizo con él y regresó a la escalera con el tiempo suficiente para ver como su enemigo llegaba al trote, sabedor de su fracaso.

Respiró hondo para recuperar el aliento.

Bien. Ahora estaba armado, aunque muy lejos de encontrarse en igualdad de condiciones para la batalla. Necesitaba algo más. Algo que pudiera equiparar las cosas y concederle alguna opción de victoria.

Alzó la mirada hacia el palco y buscó a Lena.

Encogida en su asiento, el terror y la inquietud maquillaban su rostro. Se inclinó hacia adelante cuando sus miradas colisionaron y cerró los puños.

Tú puedes, leyó en sus labios.

Yo puedo, se reafirmó.

Echó un vistazo a su alrededor, mientras el perro, cada vez más nervioso y exaltado, ladraba a sus pies, exigiendo un enfrentamiento. Pocas opciones y el tiempo cayendo en picado. Faltaban siete minutos y cuarenta segundos para que la cuenta llegase a cero. Lo que ocurriría si eso pasaba, lo desconocía. Pero era una incógnita que no deseaba despejar. De modo que tomó una decisión.

Se colocó el cuchillo entre los dientes, trepó nuevamente por la escalera, retó al animal con la mirada y, cuando este se puso en marcha, cruzó el puente colgante hasta la primera plataforma, la que se conectaba al suelo mediante la cuerda. Esperó a que el perro se acercase y, entonces se descolgó lo suficiente para mantenerse fuera del alcance de sus dientes, pero no tanto como para dejar de ser una irreprimible tentación.

¿Y si salta sobre ti?

Esa cuestión lo asustó y lo mantuvo en vilo hasta que comprobó que el perro se quedaba arriba, con la cabeza asomada y enseñando los dientes, rabioso.

Desde aquella posición (bastante incómoda), intentó asestarle una estocada, pero el bamboleo de la cuerda y los propios reflejos del animal se lo impidieron.

De acuerdo, sigamos con el plan.

Tomó aire, apoyó el cuchillo sobre la gruesa cuerda y comenzó a cortar. Iría para rato. El brazo izquierdo se le cansaba de sostener todo el peso y el derecho sufría por el movimiento repetitivo. Además, el cuchillo no se parecía en nada a esos que anuncian por la tele y que pueden partir en dos un tanque de combate en tan solo cuatro segundos. Este lo pasaría mal con un avión de papel.

Sobre su cabeza, el perro se iba irritando por segundos. Ladridos, gemidos, idas y venidas sin acabar de decidirse. Por un instante, incluso estuvo tentado de saltar, pero los tres metros de altura le hicieron recular con un lamento lastimero.

Mientras su oponente se desesperaba, él seguía obcecado con la cuerda. Notaba el hombro derecho cargado y los músculos comenzaban a lanzar fogonazos de alarma. El brazo izquierdo no estaba en mejores condiciones. Sin embargo, había logrado deshilachar la cuerda y esperaba que cediese en pocos segundos. De igual modo, deseaba no partirse un tobillo en la caída ni empeorar aún más la herida del gemelo.

Tal vez te partas los dos tobillos y la tibia, y emerja el hueso astillado por la herida del jodido mordisco.

Un último esfuerzo. Una nueva aceleración en el movimiento de serrado, obviando los pinchazos de advertencia que remitía el hombro, el brazo, todo el puñetero cuerpo.

Y, de repente, sensación de ingravidez en el estómago.

Caída libre, agarrado a una cuerda que ya no cumplía su función de sostenerlo.

Aterrizaje de emergencia y costalazo de bienvenida. Poco más que un ligero aturdimiento que no tardó más de un segundo en sacudirse. No obstante, el perro ya retornaba por el puente como una exhalación, comprendiendo que se le brindaba una oportunidad que no podía desaprovechar.

Recuperó el cuchillo, perdido en la caída, y se incorporó para quedar apoyado en una rodilla. Dejó el arma en el suelo y comenzó

a enrollarse la cuerda alrededor del brazo izquierdo, ajustándola bien, uniendo cada vuelta para no dejar carne al descubierto. Cuando estuvo conforme, agarró el cuchillo y apretó los dientes.

El perro pisó tierra y apuntó el hocico hacia él. Un instante de calma antes de desatarse la tormenta. Había llegado el momento. Blanco o negro. Luz u oscuridad. Vida penosa o muerte horrible.

El corazón le latía con virulencia: un ariete golpeando la parte interna del esternón.

Afianzó la rodilla, alzó el brazo izquierdo y, con los labios bien apretados, notó como un árido desierto se apoderaba de su paladar. Cuando el perro inició el ataque, el mundo pareció ralentizarse a su alrededor. Todo sonido quedó devorado por un silencio tenso y expectante.

Mantuvo la mirada clavada en aquellos ojos marrones; los ojos de una bestia que ya cargaba contra él, dando largas zancadas, sin desviar la mirada del objetivo, como un buldócer dispuesto a llevárselo por delante.

Apretó el puño izquierdo para aguantar el envite, pero aún ejerció más presión sobre la empuñadura del diminuto cuchillo, temeroso de que se le resbalara de entre los dedos y perdiese sus pocas opciones.

El perro parecía aumentar de tamaño con cada zancada. Grande, enorme, lo arrollaría sin miramientos. No podría aguantar la embestida sin caer.

Y así fue. Cuando el perro saltó sobre él y cerró sus potentes mandíbulas sobre el brazo encordado, su peso lo hizo rodar hacia atrás y caer de espaldas. El animal se había afianzado sobre su pecho, notaba su espeso aliento en la cara y podía contemplar la determinación salvaje de unos ojos inclementes. Aquella bestia no se contentaría con matarlo. Si le dejaban, lo despedazaría.

El perro sacudió la cabeza para provocar los mayores daños posibles, sin darse cuenta de que no había hincado el diente en la carne del brazo.

No tenía tiempo que perder. Debía aprovechar esos instantes, antes de que el animal se decantase por un bocado más suculento y dañino. Era su momento.

Y vaya si lo aprovechó.

Una concatenación de cuchilladas directas al grueso cuello, acompañadas por un grito enfurecido y liberador, comenzó a inclinar la balanza a su favor. La sangre comenzó a derramarse: cubrió su rostro, humedeció su lengua y cegó sus ojos. Los gemidos agónicos del pobre animal acompañaban cada puñalada, sin embargo, no reculaba, no cedía, no soltaba lo que consideraba su presa.

Una estocada tras otra. Una veintena. Una treintena, sin detenerse un solo instante, hasta que notó que la presión del mordisco comenzaba a ceder.

Extrajo el cuchillo de la carne castigada y abierta y lanzó un último ataque que acertó en terreno blando, bajo la oreja. La fiera resistencia del animal tocó a su fin. Como si se hubiese presionado el interruptor de apagado de una máquina. Sus patas delanteras cedieron y su peso quedó instalado, inmóvil, sobre el cuerpo del muchacho jadeante. Se lo quitó de encima y se arrodilló junto al cadáver. Odiaba lo que acababa de hacer. Se detestaba por ello, pero no había tenido más opciones.

Abrió los brazos en cruz y soltó un postrero alarido, que pareció contaminar al resto de los presentes que, ahora sí, estallaron. Un clamor de silbidos, gritos y aplausos se elevó a su alrededor en una ensordecedora ovación.

No hagáis eso. No lo merezco, hijos de puta.

Alzó un poco la cabeza y observó a las bestias que se encontraban del otro lado del cristal: puños en alto, sacudidas afirmativas de cabeza, excitados intercambios de comentarios con el vecino de la silla adyacente, miradas de orgullo.

Lo consideraban un héroe.

Él se sentía una mierda.

YO, AITOR CASTRO.

6 de mayo. 14:36h.

Me quedo mirando a Rocío mientras recoge los platos y los cubiertos para llevarlos a la cocina. Apenas ha respondido con algún monosílabo a mis ímprobos intentos de establecer conversación, lo que significa que la noticia de la separación ha supuesto para ella lo mismo que la entrada de un buldócer en un asentamiento de chabolas. Pocas cosas han quedado en pie.

Se la ve triste, desanimada, y un ramalazo de apatía acompaña cada uno de sus movimientos.

Y no puedo evitar sentirme culpable. Responsable de aquel dolor inmerecido; de aquel sufrimiento incomprensible. De los daños colaterales que ha provocado en ella el estallido prematuro, que no inesperado, de mi matrimonio.

Cuando Rocío regresa de la cocina, dispuesta a llevarse los vasos y los restos de la comida, la agarro de la mano y busco su mirada.

—Cariño, tienes que hablar conmigo.

—Eres tú el que no quiere contarme lo que ha pasado —responde, tan pragmática como tajante.

Y tiene razón. Después de hablar con su madre, me he limitado a informarla sobre la nueva situación, sin entrar en detalles. No le he contado los motivos, las razones de aquella tremenda decisión que podría marcar el resto de su vida. De nuestra vida.

—Es que no necesitas saber nada más, tesoro. Son cosas de mayores.

—Vale —se libra de mi mano y continúa recogiendo la mesa.

Hace un nuevo paseo a la cocina y regresa con los ojos húmedos, enrojecidos.

—Rocío…

—Solo quiero saber por qué mis padres han decidido separarse —estalla, dando una fuerte palmada sobre la mesa—. No pido tanto, joder.

—Esa boca —protesto. Un silencio necesario se instala entre nosotros durante unos instantes. Después—: Mírame. —Lo hace—. Solo quiero protegerte. Qué más dan nuestros motivos. Lo que a ti debería importante es que los dos te queremos y que eso no cambiará nunca.

—Necesito saber qué ha pasado —insiste, obstinada—. No puedo asimilar esto así, sin más.

Suspiro y me paso las manos por la cara, sopesando mis opciones. Quizá tenga razón y merezca conocer la verdad. Ya no es una niña vulnerable.

—De acuerdo. Siéntate.

Rocío toma asiento frente a mí, mirándome directamente a los ojos, a la expectativa.

—No sé ni cómo decírtelo…

—Sin rodeos ni anestesia, a ser posible —sugiere ella.

La miro, en cierto grado sorprendido ante su estoicismo. Trago saliva y me echo hacia adelante en la silla.

—Las relaciones adultas son complicadas… —empiezo, pero me quedo callado, buscando el modo de continuar—. Son frágiles, y en ocasiones, simplemente se rompen.

—Algún motivo habrá…

Sacudo la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—¿Te acuerdas de Perri?

Arruga la frente, extrañada.

—¿El peluche que me gustaba cuando era pequeña?

—El mismo —corroboro—. No te separabas de él: comía en la mesa con nosotros, dormías abrazada a él y siempre participaba en cualquiera de tus juegos, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo… Pero no entiendo a qué viene esto. Te he pedido que vayas al grano.

—¿Qué pasó con Perri? —la ignoro.

—Sigue en mi habitación, encima de la almohada.

—¿Juegas con él? ¿Duermes con él?

—Ya no soy una niña, papá. Tengo doce años. Y mejores cosas que hacer que jugar con un peluche viejo.

—Pero lo sigues guardando.

—Le tengo cariño. Me trae buenos recuerdos… Y sigo sin entender a qué viene todo esto.

Tomo aire.

—Viene a que, en nuestro matrimonio, mamá ha hecho conmigo lo mismo que tú con Perri: dejarme de lado porque se aburría y buscarse mejores cosas que hacer. Eso sí, aún me tiene el cariño suficiente como para exponerme sobre la almohada.

Su ceño se convierte en una falla insondable.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ha encontrado un peluche nuevo… Ha conocido a otra persona y…

—¿¡Te ha engañado!? —inquiere con una mezcla de desconcierto y reprobación.

Asiento. Lo último que me apetece ahora mismo es profundizar en aquello. Me resulta insultante, humillante, doloroso, por eso, cuando tres contundentes golpes hacen retumbar la puerta principal, no puedo hacer más que sentir un alivio reparador. Con un ademán, corto el conato de protesta de Rocío y me levanto para encaminarme hacia la entrada. Al abrir, mi alivio se transforma en recelo. La mujer que espera del otro lado, seria y gris, se presenta como la inspectora de policía Ángela Arnaiz. Y al parecer, necesita hablar conmigo sobre algo importante: un fallecimiento en el edificio.

—Ah, era eso —comento—. El otro día, cuando venía de recoger a la niña del colegio, un policía nos hizo una serie de preguntas en el portal, pero no nos aclaró nada al respecto.

—Para eso estoy yo aquí, señor Castro —sentencia, sacudiendo un dossier que lleva en la mano—. Para aclarar las cosas.

Asiento con la cabeza y la precedo hasta el salón, donde Rocío espera con gesto contrariado. Sin duda, ha escuchado la conversación.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, tesoro —intento tranquilizarla, sabiendo que aquella respuesta no lo logrará—. La inspectora Arnaiz solo quiere hacerme unas preguntas en relación a un caso que nada tiene que ver con nosotros.

Rocío no se muestra muy convencida, pero no insiste. Tampoco hace ademán de marcharse. Me siento a su lado y, con un gesto elocuente, invito a la policía a hacer lo propio.

Acepta con un suave cabeceo y toma asiento, dejando la carpeta frente a ella.

—Usted dirá.

La mujer desvía la mirada hacia Rocío y esboza una sonrisa tibia.

—Me gustaría hablar a solas con tu padre, si no te importa.

Ante mi silencio y la palmadita que le doy en la mano, la niña se levanta de la silla y desfila, de mala gana, eso sí, hacia su habitación. No se escucha la puerta cerrarse, por lo que es fácil deducir que se enterará de la conversación de todos modos.

—¿Era necesario? —pregunto.

—Lo era —zanja, sin dar más explicaciones. Abre la carpeta y ojea la primera página—. ¿Puede contarme, de manera clara y concisa, lo que hizo el día 4 de mayo por la mañana, señor Castro?

Frunzo el ceño y me muestro desconcertado, pero ante el gesto expectante de la inspectora, sacudo la cabeza y me tomo unos segundos para ordenar mis ideas.

—Bueno, me había pedido el día libre para arreglar algunos asuntos en el banco, pero acabé pronto, así que pasé por casa para desayunar y, poco después, me marché al hospital. Soy médico —explico—. Estuve un par de horas visitando pacientes, arreglando papeleo atrasado… Me fui pronto. Antes de recoger a la niña y volver a casa, visité a un amigo con el que había quedado para tratar un asunto personal. Poco más.

—Supongo que, si lo compruebo, todo eso que dice será ratificado por alguien: los empleados del banco, sus compañeros de trabajo, ese amigo con el que había quedado.

—Desde luego. Si quiere puedo darle algunos nombres —me ofrezco—. Eso sí, al banco no tendrá más remedio que acudir usted.

Tras un intenso escrutinio, la inspectora desvía la mirada a sus notas. Suelta:

—¿Qué desayunó?

—¿Cómo dice?

—Acaba de decirme que terminó pronto sus "trámites" en el banco y que volvió a casa para desayunar. ¿Qué tomó?

Le dedico una mirada recelosa antes de responder:

—Nada. Al final se me quitó el hambre.

—¿Por qué, señor Castro?

—Motivos personales. No tiene nada que ver con su investigación.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Lo estoy.

Un nuevo cruce de miradas. Casi puedo percibir el tacto de unos dedos etéreos agarrando los tiradores de los cajones que guardan mis pensamientos, allá en el desván de mi memoria, y tirando de ellos para abrirlos.

—Ah —dice ella, haciéndose la distraída, mientras mantiene la mirada fija en sus papeles—. Entonces, a usted le parece irrelevante que el amante de su esposa haya aparecido muerto en el edificio en el que usted vive, teniendo en cuenta que tenemos la certeza de que coincidieron en la casa. Estuvo aquí, señor Castro —confirma, arrastrando un ticket sobre la mesa para ponerlo al alcance de mis ojos—. Sorprendió a su mujer teniendo relaciones sexuales con un hombre que poco después apareció con el cráneo destrozado. ¿Le sigue pareciendo irrelevante?

Ladeo ligeramente la cabeza, como queriendo apreciar la veracidad de aquellas palabras. Como la inesperada aparición del sol entre las nubes un día de tormenta, una sonrisa se plasma en mis labios.

—¿Le hace gracia, señor Castro?

—No puedo decir que lo sienta, desde luego —reconozco—. Ese desgraciado se estaba acostando con mi mujer, en mi casa, ante mis putas narices. Créame si le digo que, aunque me haga parecer culpable, no siento en absoluto lo que le haya ocurrido.

Ángela Arnaiz toma algunas notas en el informe y vuelve a levantar la mirada.

—Corríjame si me equivoco —pide, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Acude al banco a primera hora de la mañana, ajeno a la aventura que tiene su esposa con ese hombre. Termina sus gestiones y, por algún motivo, decide pasarse por una pastelería y comprar un par de cafés y unos bollos para llevar a casa. ¿Voy bien?

—Admito que mi matrimonio hacía aguas, pero pensé que quizás desayunando juntos podríamos encauzar de nuevo las cosas. Sin duda, me equivocaba.

La inspectora aprieta los labios y estudia mis gestos. Parece no hallar nada reseñable en mi lenguaje corporal.

—Bien —continúa, apoyándose en el informe—. ¿Qué ocurrió al llegar a casa y encontrarse a la *feliz pareja*?

Bajo la mirada a mis manos y me tomo unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—Supe que algo iba mal desde que entré por la puerta y vi dos bolsas de deporte junto al mueble de la entrada. Después escuché los gemidos… y las risitas. Por un instante, perdí el control. Entré en la cocina y agarré el primer cuchillo que encontré. Quería matarlos. Algo dentro de mí quería verlos abiertos en canal a los dos, como los cerdos que eran. Pero, afortunadamente, antes de cometer ninguna locura, pensé en mi hija, en Rocío —precisé, señalando hacia el pasillo—, y toda esa rabia se desvaneció. No podía hacerle una cosa así. No podía convertir a su padre en un monstruo —suspiro, al tiempo que me paso las manos por la cara—. Así que, solté el cuchillo en algún sitio, no recuerdo dónde, y me marché.

—¿A dónde?

—Al hospital. No puedo confirmarle la hora a la que llegué, pero estoy seguro de que tendrá sus métodos para averiguarlo.

—Los tengo, no se preocupe. —Se lleva el bolígrafo a los labios y mordisquea distraídamente la parte trasera—. ¿Conocía a Hugo Martorell?

—Deduzco que es el amante muerto de mi mujer… No, no lo conocía. Al menos, no por el nombre. No tuve el gusto de verle la cara. Tal vez lo conociese de vista. Del gimnasio, del colegio de la niña… No lo sé.

La inspectora ojea el informe unos segundos más, antes de cerrar la carpeta y ponerse en pie.

—De acuerdo, señor Castro, por el momento, esto es todo. Gracias por su cooperación.

—¿Puedo hacerle una pregunta, inspectora? —Me tomo la mirada impasible de la policía como un "sí"—. ¿La envía mi mujer? ¿Es ella quien me ha denunciado?

—Como comprenderá, no puedo responder a esa pregunta. Y le aclaro: no hay ninguna denuncia interpuesta contra usted. Solo he venido en busca de respuestas. Un hombre ha muerto en su edificio, el hombre que se acostaba con su esposa y al que usted sorprendió *in fraganti* teniendo relaciones sexuales con ella. He visto casos en los que la gente mata por mucho menos que eso, créame. No obstante, le repito, solo estoy intentando aclarar todo esto.

Una sardónica sonrisa se retuerce en mis labios.

—Ya… —suelto, con el sarcasmo pendiendo de las comisuras de mi boca—. Supongo que Silvia encontraría la bolsa del desayuno, se montaría la película con el ticket y se la fue a contar a usted que, por algún motivo, le dio *cierto* crédito. —La inspectora, muda, se muestra imperturbable—. Espero que le haya contado también que esa misma mañana le pedí el divorcio, que le dije que me quedaría con la custodia de la niña y que la eché de mi casa. Motivos, al menos en mi opinión, suficientes para montarse todas las películas que considere oportunas.

Es muy sutil, pero un leve gesto de sorpresa y rabia parpadea en los ojos de la inspectora. Comprendo que no tenía el más mínimo conocimiento de todo aquello.

Veo como las dudas danzan en su mirada. Como la rabia tensa los músculos alrededor de su boca.

—Que pase una buena tarde, señor Castro —se rinde.

—Igualmente, inspectora —me despido, tras estrecharle la mano, ya junto a la puerta. Espero a que desaparezca escaleras abajo antes de cerrar.

Al regresar al salón, Rocío está allí, de pie, con los brazos cruzados, y pálida como un cadáver. Me la quedo mirando, consciente de las dudas que deben arder en su pecho. Le entrego una sonrisa y me

acerco a ella para abrazarla y calmarla, pero da un paso atrás, sin apartar la mirada.

—No has matado a ese hombre, ¿verdad?

La que me has preparado, "amor".

—Claro que no, tesoro. ¿Cómo puedes siquiera dudarlo?

Ahora sí, baja la mirada al suelo, tan avergonzada como aliviada.

—Os he escuchado. Esa mujer…

—Solo venía a preguntar —la interrumpo, reconfortándola entre mis brazos al tiempo que acaricio su cabello—. Nada más. Se ha encontrado con algo que no entiende y ha venido para que se lo explicara. No volveremos a verla jamás, te lo prometo.

El silencio nos envuelve como una manta. Noto que Rocío rumia algo más.

—¿Algo va mal?

Se aparta y fija la mirada en sus pies, indecisa.

—¿Llamó mamá a la policía para que vinieran a hablar contigo?

—No le des más vueltas a esto —pido, tomándola de las manos—. Es una situación complicada, difícil de asimilar, y eso nos lleva a tomar decisiones que, en otras circunstancias, jamás tomaríamos. Olvídalo, ¿de acuerdo?

Rocío asiente con la cabeza, pero sé que no lo olvidará.

¿Cómo cojones va a olvidar algo así?

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. 7 de mayo. 17:44h.

Hay un gato negro en el callejón, en la parte trasera del club, olfateando los enormes cubos de basura, llenos hasta los topes. Pasa de uno a otro, en orden, olisqueando la base, valorando si merece la pena trepar hasta la parte superior. Lo hace en el tercero, de un salto, con esa elegante agilidad reservada solo a los felinos.

Está rasgando la bolsa negra con las zarpas, cuando alguien llama a la puerta de la habitación y entra sin esperar respuesta. Es Sergei, el hombre que debería haber vigilado a las dos chicas fugadas. Debe rondar el metro ochenta y pesar unos ciento cincuenta kilos. Y como todos los hombres que ha conocido desde el secuestro, el ruso es un cabrón arisco y violento, un animal sin conciencia: no obstante, en esos momentos, se muestra abatido y avergonzado. Su cara es un hematoma en sí, con la ceja derecha y el labio superior partidos y una terrible hinchazón alrededor del ojo izquierdo.

No debería sentir pena por él, pero algo se remueve en su estómago al verlo de aquella guisa.

"*Sergei no está disponible en estos momentos",* había respondido Alfredo a la pregunta de Darko de por qué no iba él a buscar a las chicas. Ahora sabe a qué se refería.

—Ven conmigo —pide el ruso. No se trata de la habitual orden autoritaria y tajante. Esa que no admite preguntas ni negativas.

—¿A dónde?

—No sé nada. Órdenes del jefe.

Sin añadir nada más, sale de la habitación y sigue al ruso por los pasillos superiores del club, los que albergan las habitaciones. El hombre cojea de manera ostensible y avanza con la mano

apretándose el costado. Quizá tenga alguna costilla rota. Quizá sea incluso peor.

Al final del último corredor, salen por la puerta de emergencia, descienden las escaleras metálicas adheridas a la pared y tuercen a la derecha, hacia el callejón trasero. El gato negro sigue allí, dándose un festín con los restos de la bolsa elegida. Levanta la cabeza al escucharlos llegar, evalúa el riesgo que suponen para él aquellos extraños y decide hundir la cabeza de nuevo en la bolsa. Mientras tanto, ellos pasan de largo, suben los escalones en los que tuvo su última charla con Darko y entran otra vez en el club. Giran a la izquierda, atraviesan una puerta y recorren un nuevo pasillo. Sergei se detiene ante una puerta metálica con un lector de tarjetas en la pared. Saca un rectángulo de plástico del bolsillo, lo acerca y un zumbido anuncia la apertura de la misma.

Jamás ha cruzado aquella puerta. Nunca ha estado allí con anterioridad.

Una sala cuadrada, pequeña, vacía. Otra puerta de metal se recorta en la pared de enfrente y una cámara de seguridad vigila sus movimientos.

—Está abierta. Entra y siéntate —indica Sergei, que un segundo después cierra y se marcha, dejándola sola.

Ella echa mano al picaporte e intenta girarlo. No puede. No se mueve. Está encerrada allí. Y no puede evitar recordar su última experiencia encerrada con un cliente, en la casa de aquel francés de infausto recuerdo. Se estremece. Rememora cada instante, cada golpe, cada insulto, cada humillación.

Al menos, ahora estás sola. Nadie puede hacerte daño.

De momento…

Se gira y contempla la puerta de la pared opuesta. Desvía la mirada hacia la cámara, con aquel punto rojo sobre el objetivo, parpadeando, vigilándola. Toma aire y se acerca. El pomo gira sin problemas. La puerta se abre hacia adentro, sin hacer el más mínimo ruido, y se topa con una sala sumida en la penumbra y el silencio. Una decena de rostros se vuelven hacia ella: siete pertenecen a sus compañeras del club, cuyos ojos destilan terror; otros dos pertenecen a Darko y Rasheed, que custodian a otras dos

chicas, atadas de pies y manos, a sendas sillas; la otra persona que la mira es Alfredo Recio, que la invita a acercarse con un petulante ademán.

La pesadumbre cae sobre ella como una losa al comprender: Natasha y Anna.

No puede verles la cara, puesto que ambas están inclinadas hacia adelante, derrumbadas, con el pelo cubriendo sus facciones. Pero sabe que son ellas. Darko ha cumplido con su misión. Las ha encontrado, las ha traído de vuelta y les va a hacer pagar su deserción.

Veremos a qué precio.

Alfredo insiste en la llamada y ella se fuerza a obedecer.

—Te estábamos esperando —dice con una sonrisa sibilina—. No queremos que te pierdas el espectáculo.

Le indica una silla con un gesto del mentón y ella toma asiento, obediente.

—Adelante —concede el jefe, alzando la voz.

Frente a todas ellas, Rasheed asiente con la cabeza y enciende un foco de gran potencia, cuya luz recae sobre las dos chicas atadas.

—Consecuencias de la traición —proclama Alfredo a su espalda—: capítulo uno.

Rasheed se coloca junto a la chica de la derecha; Darko hace lo propio en el lado izquierdo.

La tensión asciende a niveles de infarto. Espesa el ambiente, lo electrifica, lo ennegrece.

Rasheed agarra a la chica por el cabello y tira hacia atrás, obligándola a alzar la cara. Es Natasha, que ya parece haber recibido alguna que otra *caricia*.

—¿De quién fue la idea de huir? —pregunta.

Silencio por toda respuesta.

Consecuencias: un primer puñetazo que estalla contra su rostro. La cabeza sufre una sacudida brutal.

Resultado: un gemido ahogado, sangre y un par de dientes navegando en aquel caudal bermejo que se precipita desde su boca.

—¿De quién fue la idea? —insiste.

—Mía. —Una voz débil, dada por vencida, que parece provenir desde el fin del mundo. Ha sido Anna quien ha confesado.

Es el turno de Darko, que la endereza en la silla. No se había fijado antes, pero su antiguo amigo sostiene un cuchillo en la mano derecha.

Un escalofrío repta por su espalda en dirección ascendente, atraviesa su cuello y se pierde en el cuero cabelludo.

—Mírala —ordena, Rasheed, propinándole un cachete a Natasha—. No pierdas detalle.

Darko gira la silla de Anna y la coloca de cara al público. Él queda de espaldas, con el cuchillo lanzando siniestros destellos.

No lo hagas, por favor. No le hagas daño. Tú no eres así. Stolp no es así.

Pero aquel ya no es Stolp y el primer golpe hace crujir algo en el rostro de la joven. La silla se tambalea, está a punto de volcarse, pero al final queda en pie.

Rasheed le da un manotazo en la cabeza a la otra chica.

—¡Te he dicho que la mires! Si vuelves a cerrar los ojos, te corto los párpados, ¿has entedido?

Natasha, con los ojos desbordados en lágrimas, fija la mirada en su amiga y compañera de deserción.

Lena la ve apretar la mandíbula cuando Darko vuelve a golpear a la otra chica, la ve estremecerse, torcer el gesto, sorber, llorar. Pero no aparta la mirada.

Por fortuna, a la propia Lena no le han dicho nada al respecto, así que cierra los ojos y se abandona a un llanto mudo. No puede evitar oír el desarrollo de la barbarie. No puede evitar que los recuerdos propios vuelvan a plasmarse en la negrura que esconden sus párpados.

Su vida es dolor.

Su vida es sufrimiento.

Mantiene los ojos sellados. No hay recepción de imágenes, pero el sonido llega a ella nítido y cruel. Sollozos que se van transformando en quejidos; quejidos que evolucionan a gritos; gritos que crecen hasta convertirse en chillidos; y chillidos que mutan a unos horribles bramidos que se clavan en las entrañas como agujas de tejer.

No lo aguanta más. Reza, pide al dios que quiera escucharla que aquella bestialidad llegue a su fin. Que termine de una maldita vez.

Tal vez sea vergonzoso admitirlo, pero siente un cobarde alivio cuando el estallido de un disparo pone fin al dantesco espectáculo. A su alrededor, sus compañeras intentan silenciar los sollozos, murmuran maldiciones o aprietan los dientes, impotentes. Se escuchan pasos. Sus compañeras están abandonando aquel cuarto, mientras ella permanece quieta, incapaz de moverse ni de abrir los ojos siquiera.

Y de pronto, una mano se posa sobre su hombro. Da un respingo y, por fin, alza los párpados para encontrarse a Darko a su lado, con la camisa y las manos cubiertas de sangre ajena.

—No me toques —masculla con rabia, al tiempo que se sacude su tacto.

El hombre la mira desde unos ojos cansados, culpables, tranquilos…

—Lo has visto, ¿verdad? —dice en voz baja—. Eso es de lo que intento protegerte.

Mira a Darko, horrorizada, y desvía la mirada hacia el fondo de la estancia. Natasha no está; pero el cadáver de Anna permanece ladeado en la silla, sujeto aún por las ataduras. El pelo vuelve a cubrirle el rostro, pero ahora está apelmazado y húmedo. Gotean pequeñas perlas escarlata que se suman al charco rojo que espera en el suelo, junto a la pata delantera derecha de la silla.

"Eso es de lo que intento protegerte".

Aquella frase supone un duro golpe.

Un gancho directo a la mandíbula que acierta de pleno.

Aturdimiento. Se le cierran los párpados. Cae. Besa la lona.

K.O. absoluto a sus esperanzas.

UN ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

Terminada la batalla, y acompañado por el clamor desatado de aquella horda de bárbaros enmascarados, los dos mastodontes que lo habían llevado allí (a morir), lo levantaron del suelo y lo condujeron hasta un cuarto de baño de la casa principal (a asearse). Lo empujaron al interior de malos modos, le ordenaron que se diese prisa y acabaron advirtiendo:

—No hagas tonterías. No nos obligues a hacer el trabajo que no hizo el maldito perro.

Una vez desnudo, fue al abrir el grifo y sentir el agua caliente sobre los hombros cuando se desmoronó. Ver aquel líquido escarlata engullido por el sumidero terminó por derribar sus defensas. Sentir la pulsación enfermiza de su pierna herida tampoco ayudó. Contemplar el hematoma que crecía y se teñía de negro en su brazo izquierdo, donde la cuerda se había hundido en su piel debido a la presión ejercida por aquellas mandíbulas inclementes, le hizo darse cuenta de lo cerca que había paseado la Muerte con su guadaña.

Cerquísima.

Suspiró y cerró los ojos. Se vio a sí mismo apuñalando al animal, una y otra vez, con aquel cuchillo de mierda. Incisiones que ahora sentía en las entrañas en forma de arrepentimiento.

No seas estúpido. No tenías elección, le recriminó la ausente voz de Lena. *No tenías más salida que defenderte. Mataste a la Muerte.*

Aun así, agua salada y agua dulce se confundieron sobre sus mejillas, al tiempo que se frotaba las manos, el pecho y la cara con desesperación para eliminar el hedor de lo acontecido. Restregaba con frenesí, con furia.

Riesgo de desollamiento.

Y no paró hasta que el agua volvió a ser incolora y traslúcida. Hasta que sus uñas perdieron toda tonalidad extraña. Hasta que su piel adquirió un matiz rojizo, digno de un *guiri* en Benidorm.

Cerró el grifo (tanto el físico como el emocional) y descorrió la cortina.

No hizo ademán de tapar sus vergüenzas pese a los inquisitivos ojos que saborearon su cuerpo: una mirada obscena que no dudó en explorar lo que nadie había explorado jamás. Se sintió expuesto, vulnerable ante el exhaustivo examen visual. Veredicto: un ladeo de cabeza y una sonrisa tan libidinosa como traviesa.

—Me gusta lo que veo —aseguró Karmina, sentada sobre la tapa del retrete—. Aunque sigo sin comprender que un ser tan esmirriado como tú haya conseguido vencer a *Goliath.* Era mi campeón. ¡Setenta y tres victorias consecutivas!

¡Setenta y tres! Lo que significa que setenta y tres desgraciados han sucumbido entre sus fauces…

—Lo he enterrado en la fosa que tenía preparada para ti, en mitad del maizal. Quién iba a decirlo…

Se quedó callado, con la mandíbula bien apretada. Los puños cerrados, conteniéndose.

¿Qué pasaría si me abalanzo sobre ella e intento ahogarla en el retrete? ¿Tendría tiempo antes de que entrasen sus matones…?

—Estás pensando maldades, cosas que no debes pensar —le sorprendió—. A todos los machitos se os pone la misma cara de idiota asilvestrado cuando pensáis tonterías. Si lo intentas, saldrás de este cuarto de baño por el sumidero de la bañera, convertido en un batido espeso y apestoso.

La amenaza aplacó sus deseos de fiesta. Más que la amenaza en sí, la convicción de su cumplimiento en los ojos de ella.

—Anda, date la vuelta y déjame ver el pack completo —pidió, dibujando un círculo en el aire con un dedo.

No se movió. No obstante, no se trataba de un acto de rebeldía, sino de pura incapacidad. Aquella mujer sembraba el miedo en él. Le aterraba, incluso más que todos los perros a los que tuviese que enfrentarse.

Karmina Velika–Glava se puso en pie y, colocando sendas manos en sus hombros, lo ayudó a girarse.

Cerró los ojos y apretó los dientes, procurando contener el llanto y el temblor. ¡Maldita impotencia! Escocía como un ácido.

En ese instante comprendió aquello que tantas veces decía Lena sobre la relatividad del tiempo. La escena apenas duró unos segundos; dos eternidades vividas en su pellejo.

—Bien —concluyó su dueña y señora, haciéndolo girar de nuevo. Estaba muy cerca. Demasiado. Podía percibir aquel aroma a cuadra mal disimulado que desprendía su piel y su pelo—. Lo cierto es que no contaba contigo, pero le servirás de ayuda a las chicas con el catering. —Se inclinó hacia él hasta rozar su cuerpo y agarró una toalla que colgaba a su espalda. Le restregó los genitales y el pecho antes de ofrecérsela—. Termina de secarte, muchacho. Enseguida haré que te traigan algo decente que ponerte.

Pantalón negro, de raya; camisa blanca, impoluta; mandil burdeos, perfectamente planchado; y zapatos y corbata negra, a juego con el pantalón. La propia Karmina lo peinó, empleando un bote de fijador y un peine asqueroso (si no cogía piojos, sería un verdadero milagro; algo equiparable al de los panes y los peces), le enderezó la corbata y le sacó unos centímetros los faldones de la camisa. Toda una madre abnegada, dispuesta a que su hijo destaque entre la multitud.

—Vosotros no soléis participar en esto —explicó, mientras lo observaba, buscando desperfectos—, pero tú te lo has ganado, y si juegas bien tus cartas, tal vez tengas un futuro. No uno bueno, eso es para chicos más afortunados, pero sí uno que te ayude a no morir destrozado por un perro. —Le sacudió algo de los hombros y asintió con la cabeza, satisfecha—. ¡Perfecto!

Lo guio por una serie de pasillos hasta una cocina, amplia y ruidosa, en la que reinaba el caos y la confusión. Dos hombres cocinaban con prisa en unos fogones donde el fuego envolvía enormes sartenes. Una mujer del grosor de un lapicero removía con esfuerzo el contenido de una olla enorme anclada al suelo. Un cuarto hombre, con la cara y el cuerpo de un toro estreñido, despiezaba lo

que parecía ser un cordero. Al fondo, otras dos mujeres se afanaban en fregar un montón ingente de cacharros y utensilios de cocina.

Pese a todo, olía de maravilla.

Una especie de mostrador de acero inoxidable separaba la zona de cocinado de un espacio reservado para las camareras: una docena de chicas (todas guapas y esbeltas, demasiado jóvenes), vestidas con falda negra demasiado corta y camisa blanca demasiado escotada, permanecían atentas a las instrucciones de una mujer chata y gruesa, que tenía un farolillo encendido en cada mejilla. Chaquetilla blanca llena de lamparones, pantalón a cuadros grises y negros y un gorro atado a la cabeza del que se escapaban unos mechones rizados sembrados de canas. El ceño fruncido, los groseros aspavientos y el ladrar grave y amenazador la convertían en un ser digno del odio más visceral.

La cocinera se fijó en él, retorció aún más el gesto (si eso era posible) y continuó su disertación sin hacer ninguna referencia a él, después de intercambiar una mirada con la gobernadora del lugar.

Karmina lo tomó de la muñeca y lo condujo hacia el grupo.

—Presta atención —susurró a su oído—. Salir bien parado de esta velada puede cambiarte la vida. No es difícil. Limítate a hacer lo que te digan. No causes problemas...

Pero le importaba una mierda aquella velada y todos los cambios que pudiera suponer en su porvenir, como le importaban una mierda las soeces explicaciones de aquella mujer oronda con cara de haber salido de una ciénaga hedionda. En aquellos momentos, solo le interesaba una cosa: acercarse a la chica de ojos llorosos que lo observaba con ansioso anhelo desde la retaguardia del grupo de camareras.

Karmina le colocó la mano en el brazo para llamar su atención.

—Pórtate bien y no enfades a Dora. Sería una pena que, después de sobrevivir a *Goliath*, sucumbas a un simple catering —aconsejó, antes de retirarse y abandonar la cocina por una puerta batiente situada detrás del grupo.

Lena lo seguía llamando a gritos con la mirada y él, esclavo de su voluntad, comenzó a abrirse paso en su dirección, despacio,

procurando no llamar demasiado la atención. No era tarea fácil con su estatura, pero centímetro a centímetro fue recortando distancias.

Sin embargo, antes de alcanzar su destino, el ogro se interpuso entre ellos. Un áspero carraspeo para reclamar la atención de Lena, que lo miraba a él, y un sonoro bofetón cuando esta giró la cabeza.

—Si vuelves a distraerte, aunque solo sea un segundo, en lugar de servir el menú, pasarás a formar parte de él —advirtió, enarbolando un cucharón de madera.

En otras manos y en otra situación, tal vez la escena hubiese resultado cómica. En aquellas circunstancias, no lo era en absoluto.

Lena, sumisa, con la mano cubriendo la mejilla atacada y las lágrimas colgando ya de sus pestañas, se limitó a sacudir la cabeza de manera afirmativa.

Satisfecho, el ogro continuó con la instrucción: como llevar las bandejas, como servir el vino, como explicar los platos…

Aprovechando los segundos que la cocinera invertía en mirar para otro lado, él continuó recortando terreno hasta culminar el acercamiento.

Desde atrás, pudo contemplar el rostro enrojecido de Lena surcado por una miríada de lágrimas. Preciosa, pese a la tristeza y el miedo que sombreaban su mirada.

No se merece esto.

Alargó una mano y tomó la de ella. En el acto, como un cepo para cazar osos, los dedos de su amiga se cerraron sobre los suyos con desesperación. Sus ojos se encontraron durante un instante. Solo un segundo.

No me dejes nunca, suplicaban.

Se prometió intentarlo. Se conminó a cumplir sus deseos.

—¡Y eso es todo! —concluyó el ogro, dando una palmada—. ¿Alguna pregunta?

Silencio por respuesta.

—Pues arreando. Coged una bandeja (Dios os libre de tirarla sobre alguien) y menead esos culitos tan monos hasta el salón.

El salón era como una pequeña sabana en la que campaban a sus anchas dos tipos de personas: los hijos de puta y los hijos de la gran puta.

Los primeros, por lo general hombres de mediana edad que podrían ser sus padres, agarraban a las chicas y las sentaban sobre sus rodillas. Les regalaban los oídos, mientras, de forma distraída, acariciaban sus brazos, sus piernas, y perdían la mirada en el plácido abismo que se abría en sus blusas.

Los segundos podrían ser sus abuelos y, acostumbrados a hacer lo que se les antojaba, no mostraban remilgos ni sutilezas. Manos que se perdían bajo las faldas o en el interior de las camisas. Lenguas que lamían cuellos, labios y pechos indistintamente. Miradas que estudiaban y cuantificaban el valor de la mercancía que se exponía ante ellos.

Porque eso eran para esa gente: meros artículos en un escaparate.

Animales de feria.

Animales de feria muy cotizados.

Y entre tanto ser despreciable, destacaba uno por encima de los demás. Fuera de toda categoría. Incalificable. Muy por encima de los hijos de la gran puta. Un griego obeso y sudoroso, cuyo trasero rebosaba del taburete en el que había decidido derrumbarse. Cabeza en pleno proceso de deforestación y rostro labrado a golpe de azada, unido directamente al pecho por una colosal papada bamboleante. Si tuviese pico, sería un enorme pelícano mórbido. Su envergadura no permitía demasiadas florituras en cuanto a moda, así que iba embutido en unos pantalones tamaño *Godzilla* y lo envolvía una ridícula camisa estampada de colores chillones, bajo la que podría haberse llevado a cabo un desfile de Agatha Ruiz de la Prada. Los botones superiores desabrochados dejaban a la vista un torso velludo y tostado. Tenía cara, cuerpo y cerebro de buey. Y además, se comportaba y olía como tal.

Escoria.

Un enorme y apestoso montón de estiércol.

La persona a evitar en aquella mierda de *fiesta.*

Y como era de esperar, con su suerte, la persona en cuyas repugnantes garras cayó Lena.

La agarró por la cintura cuando se acercó para ofrecerle los aperitivos cargados en su bandeja. Ella mantuvo la sonrisa y la calma al principio, mientras él tocó cuanto quiso, miró donde deseó

y probó lo que le dejaron. El estoicismo de Lena llegó a su fin cuando aquella gigantesca babosa intentó besarla en la boca.

Aumentó la tensión. Ya eran varios los ojos que, por aquel entonces, observaban la escena de soslayo, con morboso interés.

Decidió acercarse, cargando con su propia bandeja de bebida.

—Lena, te necesitan en cocina —probó, cuando se plantó ante la extraña pareja: la Bella y la asquerosa Bestia.

La esperanza brilló en los ojos de su amiga el tiempo que el otro tardó en responder:

—¡Qué se jodan en cocina! No se va a ninguna parte. —La voz de un tenor encerrado en una caverna.

—Lo siento, pero…

—¡Piérdete, muchacho! Esta monada y yo estamos ocupados. —Su rechoncha mano volvió a perderse bajo la falda de Lena.

Se disponía a insistir, quizás ganándose el bofetón del gordo, cuando alguien lo tomó del brazo.

—¿Todo bien por aquí? —Karmina, con una voz melosa y ficticia. El canto de una horrible sirena.

—Estará todo bien cuando desaparezcáis todos y nos dejéis tranquilos.

La mujer sonrió y tiró del brazo de Darko para alejarlo de allí.

—No te entrometas —masculló, hincando las uñas en su piel. Le faltaba fuerza. No logró hacerle daño.

—Ese tío es repugnante.

—Ese tío puede hacer lo que le venga en gana, como cualquier otro de los que están aquí, ¿has entendido? Vienen a gastarse mucho dinero y, en algunos casos, necesitan probar la mercancía antes de llevar a cabo la operación.

Fulminó a Karmina con la mirada y, acto seguido, se volvió hacia su amiga. Estaba sentada sobre una de las rodillas del griego, con la mirada ausente y la bandeja aún en las manos. Él se afanaba en desabrocharle los últimos botones de la camisa, pero le costaba con aquellas morcillas bulbosas que tenía por dedos.

—*Prekleti prasic* —escupió en su idioma natal.

—Sí, un cerdo de categoría extra —reconoció ella a su lado.

Incapaz de soltar los botones, frustrado y ansioso, el griego optó por arrancarlos con un brusco tirón y un estrepitoso exabrupto, que cogió a Lena desprevenida. Se levantó de un salto, asustada, y dejó caer la bandeja, de manera instintiva, sobre la enorme panza del hombre.

—¡Serás estúpida! —estalló, cubierto de panecillos, foie y huevas de pescado.

Desde la distancia, pudo ver la mutación en el rostro de aquel coloso. Sus ojos de buey, se convirtieron en los ojos de un ser nocturno que caza y se arrastra, que devora a sus presas enteras y escupe los huesos limpios pringados en una mucosidad verde y viscosa.

Por su parte, Lena era el reflejo del miedo más puro, con ambas manos estiradas hacia el monstruoso titán que luchaba por despegarse del taburete.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —repetía, mientras retrocedía.

Darko, cargado con su pesada bandeja de *cocktails*, permaneció inmóvil atenazado por la presencia de Karmina.

—¿Has visto alguna vez a una serpiente devorando a una cabra? —comentó esta, divertida—. Porque vas a presenciar algo muy similar en unos segundos. ¡Algo único!

—Páralo —suplicó—. Tienes que protegerla.

—Lo único que tengo que proteger yo, son mis finanzas —aseguró, encogiéndose de hombros—. Y quizás, esa amiga tuya, me aporte más beneficios muerta que viva.

Horrorizado, contempló como el griego lograba ponerse en pie y avanzaba hacia Lena, como una avalancha de grasa bamboleante.

—Es un animal sin contención —añadió Karmina, que parecía disfrutar con aquello—. El año pasado, en otra de nuestras fiestas, mató a una chica porque decidió atender primero la llamada de otro cliente. Tuvo que pagarme quinientos mil por asfixiarla. ¿Sabes cómo?

Intentó no imaginarse nada. No quería saberlo. Sin embargo, Karmina no estaba dispuesta a concederle ese deseo.

—La tiró al suelo, se bajó los pantalones y se sentó sobre su cabeza. —La imagen se instaló en todos los canales de su

pensamiento. *¡Breaking news!*—. Ni te imaginas como pataleaba la pobre chiquilla. Hasta perdió un zapato, que aterrizó en la fuente de ensalada de salmón. Tendrías que haberlo visto. Fue bastante divertido… Aunque no para ella, claro está, que murió con la cara metida en ese enorme y peludo trasero de elefante.

Se sintió horrorizado. ¿De verdad esa mujer iba a permitir que ocurriera aquello? Desde luego, no se la veía dispuesta a intervenir. Tampoco al resto de los allí presentes, que se limitaban a contemplar la escena con dispares emociones dibujadas en el rostro.

Mientras tanto, Lena se había quedado sin espacio y permanecía atrapada entre la bestia y la pared, sin escapatoria alguna. La mirada encolerizada de su atacante no dejaba lugar a las dudas: iba a tragársela.

Y el resto de las chicas y los *invitados* se limitaban a mirar: Ellas horrorizadas. Ellos, contrariados, expectantes, incluso divertidos, como si aquello no fuese más que un espectáculo de entretenimiento. Otro número más.

—Me cago en vuestros putos muertos… —masculló, al tiempo que se ponía en marcha, cargando aún con la bandeja de bebidas.

—No es lo mismo enfrentarse a un perro que a un elefante… —canturreó Karmina, sin hacer nada por detenerlo.

Tampoco lo hubiese logrado. Un huracán de rabia e inconsciencia lo empujaba ahora.

Cuando todavía se encontraba a unos diez pasos de ellos, el buey obeso alcanzó a Lena, la agarró por el cuello con una de sus manazas y la lanzó al suelo de una bofetada. El restallido bien podría confundirse con el de una timorata deflagración.

Lena quedó tendida sobre las frías baldosas, aturdida y vulnerable.

Apretó el pasó y los dientes, y alcanzó a su objetivo cuando este intentaba desabrocharse el cinturón tamaño anaconda. Se hizo con un vaso de whiskey, uno de cristal grueso, y dejó caer el resto al suelo, con estrépito, con el único objetivo de llamar la atención de aquel montón de estiércol.

Lo hizo, y cuando este se volvió, le reventó el vaso en la cara. El aullido de la bestia resonó por todo el salón cuando las esquirlas de cristal abrieron la piel de su rostro y se instalaron en sus córneas.

También él se cortó en la mano, pero la adrenalina y la determinación le impidieron darse cuenta de ello.

Mientras el hombre bramaba de dolor, con ambas manos cubriendo su rostro y la sangre resbalando entre sus dedos, él le propinó un violento empujón que acabó derribándolo. Sin darle oportunidad de reaccionar, comenzó a descargar furiosos golpes con el canto de la bandeja contra su cuello, contra la blanda y gelatinosa papada.

Se sentía ajeno a sí mismo. Fuera de sí. Un actor de una película que él mismo dirigía, veía e interpretaba.

Los cuatro primeros golpes no causaron el efecto deseado. El hombre seguía chillando y sacudiéndose como un hipopótamo herido. Fue el quinto el que arrancó el deseado chasquido y el que instaló un repentino e irreal silencio en el salón. Sonó como una tráquea que se parte. Como los pasos a hurtadillas de la Muerte.

Misión cumplida.

De todos modos, no fuese a pecar de ingenuo, doce golpes más arreciaron sobre el cuello del griego. Brutales. Sin contención. Solo por si acaso…

YO, AITOR CASTRO.

8 de mayo. 10:13h.

Me han pedido que me tome unos días de descanso hasta que se tranquilicen las cosas en mi entorno. Así, sin anestesia ni nada.

El jefe de servicio, acompañado del mismísimo gerente del hospital en persona, los dos trajeados, muy serios, se presentaron esta mañana en mi despacho (quiero creer que llegaron cogiditos de la mano y dando saltitos) y me soltaron una incoherente retahíla de tópicos típicos para que, de ahí en adelante, hasta nueva orden, no me dejase caer por el hospital. Al parecer, ha trascendido el tema de la infidelidad de mi esposa, la posterior muerte de su amante en nuestro edificio y la consecuente visita policial a mi casa.

¿Cómo ha llegado todo eso a sus oídos? Ni puta idea. Pero en los tiempos que corren, ya se sabe… lo complicado es mantener las cosas en secreto, metidas bajo la puta alfombra. La intimidad es cosa del pasado. Y, redes sociales mediante, se hace complicado incluso mantener en pie la presunción de inocencia. La de barbaridades que he leído en estos últimos días. Si por algunos fuese, haría el camino de la vergüenza desnudo y con grilletes en los tobillos, sufriendo esporádicos latigazos y lanzamiento de verduras podridas. Me expondrían a insultos y vejaciones sin parangón y acabarían la obra con un linchamiento público en la plaza del ayuntamiento. Todo en aras de la Justicia.

Así que, aquí estoy, metiendo el coche en el garaje a las diez y cuarto de la mañana, suspendido de empleo, que no de sueldo. Todavía.

Quizá sea ese el motivo que me empuja hacia el supermercado más cercano para comprar una tarrina de helado de vainilla con

nueces. Un litro. Un mero tentempié que pienso terminar antes del mediodía. Soy médico, joder. Sé lo que me hago.

Con la bolsa balanceándose a cada paso, tuerzo la esquina de la urbanización y enfilo la calle. Ya percibo el sabor de la vainilla en la lengua, ya noto el frío descender por mi garganta…

Y, de repente, la burbuja de mi fantasía estalla.

Un empujón.

Un empellón por la espalda que acaba con mis huesos en el suelo. De bruces, como mandan los cánones.

La bolsa con el helado resbala por la acera, alejándose de mí, y cae a la carretera, junto al bordillo.

Un molesto escozor nace entonces en la palma de mis manos, encargadas de frenar la caída y evitar un mal mayor. No tengo tiempo de asimilar nada. Una bota se estrella contra mi costado derecho antes de que pueda hacerlo. Con fuerza. Con cierta alevosía. Un intenso dolor se cuela en mis entrañas, como un relámpago reptando entre los órganos. Me quedo sin aire. Un ataque de tos se apodera del habla.

Logro incorporarme, quedar arrodillado en el suelo, con ambas manos sujetando el estómago. Es entonces cuando una sombra se sitúa a mi espalda, me agarra por la nuca y estrella mi cara contra la fachada del edificio. Lo hace con la fuerza suficiente como para partirme el labio superior, pues el sabor metálico de la sangre no tarda en inundar mi boca.

Unos labios se pegan a mi oído. Un aliento cálido, con un suave aroma a café y a tabaco, antecede a las palabras:

—Esto es por Hugo. —Seguido de un brusco tirón de pelo hacia atrás y un nuevo empujón. Esta vez es la frente la que golpea la pared. De forma inmediata, notó algo cálido y húmedo resbalar hacia el ojo.

Me suelta y caigo al suelo, boca arriba. Por fin lo veo. Un tipo grande, fuerte, con las pupilas dilatadas, la frente perlada de sudor y movimientos frenéticos. No lo conozco, pero es evidente que el tío va puesto. De algo chungo. Seguramente, coca.

Levanta el pie sobre mi cabeza, mientras aprieta los labios.

Cierro los ojos. Si deja caer la bota, estoy jodido.

Se produce el milagro: el ulular entrecortado de una sirena cercana. Cuando me atrevo a abrir los ojos, veo al agresor huir a la carrera.

—¿Se encuentra bien, caballero? —Una voz masculina, potente.

Cuando giro la cabeza, veo a un hombre uniformado descender de una moto de la policía local. Se acerca. Es alto y ancho de hombros. Entre el casco y las gafas de sol apenas logro distinguir una nariz prominente despuntando del rostro.

—¡Circulen, por favor! —ordena a un par de viandantes curiosos que observan la escena. Se marchan refunfuñando, lanzando esporádicas miradas atrás.

—¿Necesita que llame a una ambulancia?

—Creo que no. Estoy bien.

Me ayuda a ponerme en pie y me quedo apoyado contra la pared cuyo sabor he probado segundos atrás. Me hago un rápido reconocimiento. Tengo una brecha en la frente, que quizás necesite algunos puntos, y varias contusiones repartidas por el cuerpo, pero creo que nada reviste demasiada gravedad. No hay nada roto.

—¿Está seguro?

—Soy médico. Estoy bien.

—De acuerdo —acepta—. ¿Puede decirme qué ha ocurrido?

—No lo sé —admito—. Regresaba a casa desde el supermercado y ese tío me atacó por la espalda, sin previo aviso ni motivo alguno.

—¿Ha intentado robarle?

—No.

—Entiendo, aunque resulta difícil de creer que lo atacara sin más, sin mediar ningún tipo de provocación o conflicto.

—Pues es lo que ha pasado —zanjo, algo molesto ante su actitud.

El policía asiente con la cabeza, al tiempo que mira hacia los lados, como cerciorándose de que no hay nadie cerca.

—Yo le voy a decir lo que ha pasado en realidad, doctor Castro. —Al oír mi nombre de boca de aquel desconocido, se me encoge el estómago—. Pasa que mi amigo tiene serias dudas sobre su inocencia en la muerte de Hugo Martorell. Es todo demasiado extraño, demasiado absurdo. Así que, si por algún casual, Dios no lo quiera, aparecen nuevas pruebas que lo señalen a usted como

culpable, quizá mi amigo vuelva más mosqueado para terminar lo que ha empezado hoy. Créame, es muy capaz de arrancarle la cabeza y metérsela por el culo…

Trago saliva. Y con ella las palabras que debí pronunciar: *Yo no he tenido nada que ver en la muerte de Hugo Martorell.*

El policía sonríe ante mi acobardado silencio.

—No dice nada y me lo dice todo, doctor —asegura con cierta socarronería. Después, se despide, llevándose dos dedos al casco—. Nos vemos, doc. Cuídese.

Mientras el policía se aleja, el miedo y la angustia toman posiciones a lo largo y ancho de mi cuerpo. ¿Y si falsean pruebas para acusarme? ¿Y si encuentran cualquier cosa que, mirada desde una perspectiva equivocada, pueda señalarme?

La moto ruge y arranca. Sigo con la mirada su avance, como gira en la rotonda cercana y vuelve calle arriba en dirección al centro del pueblo. Su desaparición no disipa mis temores, que se mantienen muy presentes y latentes.

Sacudo la cabeza, escupo una maldición y me acerco al borde de la acera para recuperar la bolsa. Un par de metros más adelante, la tiro en una papelera.

Se me han quitado las ganas de helado.

UN ADOLESCENTE.

Hace 11 años.

Un silencio atronador.

Miradas atónitas puestas en él.

Gestos de horrorizada y tensa desaprobación.

El griego tirado en el sueño, inmóvil, con la tráquea destrozada y los ojos vacíos.

Lena apoyada en la pared, con las manos sobre el rostro, ocultando un llanto sordo.

Lo percibe todo como algo irreal, como algo que ve a través de una pantalla.

Jadeante, deja caer la bandeja al suelo, convertida en inesperada arma del crimen, y el impacto destroza el mutismo y la sensación de irrealidad.

Un rumor comienza a crecer a su alrededor. Gana en intensidad y confusión.

Cruza una mirada con Lena que, en algún momento, ha vuelto en sí y permanece sentada en el suelo, con la espalda contra la pared, observado la ballena varada que yace frente a ella. Ahogada.

Barre el espacio con ojos cautos.

El pánico se refleja en los rostros de las chicas.

El recelo y la acritud, en los de los hombres que se creían invulnerables, todopoderosos, y acaban de percatarse de su burda mortalidad.

Y entonces, nota el metal frío en la base del cráneo.

—¡Arrodíllate! —le ordenan.

Y él obedece. No le queda otra opción. Mientras se pierde en los ojos húmedos de Lena, el tintineo de unos tacones anuncia la

llegada de la Justicia. Karmina se coloca delante de él, brazos en jarra, y lo contempla con ojos nuevos. Como la dueña de un buen perro que acabase de arrancarle media cara a un niño despistado. No dice nada. Solo lo mira.

Mientras tanto, el segundo guardaespaldas, el que no aprieta el cañón de un arma contra su cabeza, se adelanta y se agacha junto al griego.

—Está muerto —afirma, tras buscar el pulso en su grueso cuello destrozado.

—Sí, me lo imaginaba —comenta Karmina, que no se ha molestado ni en volverse. Lo mira a él—. Y ahora, ¿qué hago contigo?

Lo retórico de la pregunta no invita a una respuesta, así que se mantiene callado, firme, con la mirada anclada en esa otra mirada que pretende acobardarle, empequeñecerle.

—Te dije que si jugabas bien tus cartas, podrías salir bien parado… En cambio, has decidido romper la baraja antes de empezar siquiera la partida. No me dejas demasiadas opciones…

Hizo un gesto con la cabeza al hombre que tenía a la espalda. La presión del arma aumentó y presintió la llegada del fin. Cerró los ojos y aguardó el destrozo que produciría la bala en su cerebro.

—¡¿Está de broma?! —Una voz masculina, desconocida.

Levantó los párpados y giró el cuello hacia su izquierda. Un hombre grueso y bien vestido se acercaba a su posición con paso seguro y haciendo aspavientos con las manos.

—No puede matarlo. Es oro puro —clamó, tendiéndole una mano para que se pusiera en pie.

Dubitativo, buscó el beneplácito en los ojos de Karmina, que asintió con la cabeza, desconcertada y molesta al mismo tiempo.

—Pues el oro se paga a buen precio…

Ayudado por la mano del hombre, se puso en pie. Le sacaba varios centímetros, aunque el otro le doblaba en corpulencia.

—Eres una bestia, muchacho —dijo. Lejos de un insulto, sonaba a cumplido—. Muy pocos serían capaces de intentar lo que tú has conseguido. Admiro los cojones que le has echado.

Se mantuvo impertérrito, a la espera de los *peros.*

—Si vienes conmigo, puedo ofrecerte una vida. No será lo que soñaste de pequeño, pero seguro que será mejor que recibir un tiro por la espalda, como un perro sarnoso.

—Sería una buena adquisición —intervino Karmina, menos molesta ante la posibilidad de cerrar un buen negocio—. Ya ha visto de lo que es capaz.

—Sí, lo he visto. Es una fiera salvaje… y a mí me entusiasma la doma. —Karmina Velika–Glava sonrió, complacida—. Aunque también soy consciente de lo que ha estado a punto de hacer usted.

La sonrisa de la mujer se convirtió en un rictus agrio y desabrido.

—Solo pretendía asustarlo.

—Iba a ejecutarlo (para dar ejemplo, supongo). Lo que significa que este muchacho no tiene ningún valor para usted.

Darko, situado en primera línea de fuego, presenció aquella guerra de miradas y egos.

—Bueno —zanjó el hombre, volviéndose hacia él—, antes de continuar con la negociación… ¿Estarías dispuesto a trabajar para mí?

No dudó. Ni le tembló el pulso al responder. Beneficios de ser un inconsciente.

—No iré a ninguna parte sin ella.

No hizo ningún gesto ni se volvió para señalarla. No obstante, todos sabían a quien se refería.

El hombre miró a Lena, agazapada aún junto a un armario, y asintió con la cabeza.

—Contaba con ello.

Karmina le ordenó a la joven que se acercara.

—Deja que este hombre te vea.

Lena obedeció y, dubitativa, se colocó junto a él. Darko sintió el roce desesperado de su mano pidiendo auxilio.

El hombre se acercó a ella y la observó con detenimiento. Valoró, sopesó, admiró el rostro y el cuerpo de Lena. Parecía un ganadero estudiando a un potrillo. Se inclinó sobre ella y, en un susurró, preguntó:

—¿Eres virgen?

Ella, asustada, se limitó a asentir con la cabeza, al tiempo que una lágrima rodaba por su mejilla.

Una sonrisa lobuna.

Avaricia en la mirada.

Vanidad en el gesto de aceptación.

—Excelente. —Se volvió hacia la vendedora—. Estos dos se vienen conmigo.

Karmina negó con la cabeza, obstinada.

—De eso nada —Se volvió hacia la multitud expectante—. ¡Se abre la puja en cien mil! —exclamó, alzando la voz, para que todo el mundo la escuchara.

Un confuso coro de voces se alzó a su alrededor. Sin embargo, quedo silenciado cuando la voz del hombre atronó en la sala.

—Se cierra la puja en un millón. Por los dos.

Murmullos de sorpresa. Bisbiseos de admiración. Cuchicheos cargados de envidia y derrota.

Karmina Velika–Glava se quedó boquiabierta, quizás preguntándose si había oído bien. Al cabo de unos segundos, sonrió, pasó un brazo sobre los hombros de cada uno de ellos y dijo:

—¿Te los llevas así o te los envuelvo para regalo?

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. 9 de mayo. 00:12h.

Está a oscuras, con los cascos puestos, escuchando la canción más triste del mundo (o eso le parece a ella en esos momentos), mientras contempla las luces de la ciudad de Toulouse. También aquello le parece triste. Igual que el reflejo que le escupe el cristal. Tristeza. Todo su mundo es tristeza. Una tristeza que parece crecer dentro de ella, que parece desarrollarse y conquistar sus neuronas, con el único afán de dominar todos y cada uno de sus pensamientos. Una tristeza dictatorial y cruel. Intransigente.

Su alma la destila.

Su corazón prepara la dosis.

Su cerebro se la inyecta en chutes descontrolados.

¿Se podrá morir de sobredosis de tristeza?

En el exterior, como todas las noches, hay un continuo ir y venir de hombres sedientos de afecto, lujuria o poder. Da igual, los odia a todos. Todos ellos son culpables de su presencia allí. No importan sus motivos. Nada los justifica.

Por culpa de todos esos desgraciados ella fue arrancada de su vida en Skofia Loka, junto a sus padres. Por culpa de sus vicios y perversiones, Anna había perdido la vida esa misma mañana.

¿Alguien la echará en falta? ¿Alguno de ellos se percatará de su ausencia?

El mundo que se extiende al otro lado del cristal, comienza a perder nitidez debido a la acumulación de lágrimas a las puertas de sus ojos. Esas lágrimas son rabia, son impotencia, son rencor… Esas lágrimas representan todo lo que desea y no puede conseguir.

A su espalda, alguien abre la puerta y entra en la habitación. Se queda parado en el umbral, en silencio, quizá sorprendido ante la oscuridad reinante.

Pese a la distorsión creada por las lágrimas, reconoce la oronda silueta en el reflejo del cristal.

El que faltaba…, piensa, al tiempo que se quita los auriculares y los deja sobre el alfeizar de la ventana.

—¿Qué haces ahí? —pregunta Alfredo Recio, desdeñoso.

—Solo contemplaba la noche… —responde, solo por decir algo, sin volverse.

Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano, disimuladamente. No quiere que la vea llorar. No quiere mostrarle su debilidad.

La luz inunda la habitación y ella queda al descubierto, pierde la intimidad que le concedía la penumbra.

Se vuelve hacia el jefe, que está cerrando la puerta en ese instante.

Esta noche no, por favor.

Alfredo se gira y con un movimiento de cabeza le indica la cama, al tiempo que comienza a desabotonarse la camisa. Suele ser el procedimiento habitual. Ni cortejo ni preliminares. Solo un quehacer más, como lavarse los dientes o ir al baño.

—No es un buen momento…, por favor —se atreve a suplicar, sabiendo que será inútil.

—Es tan bueno como otro cualquiera. Desnúdate.

Está tentada de inventarse cualquier excusa: que le duele la cabeza, que tiene clamidia, que está con la menstruación, pero sabe que nada de eso detendrá a ese hombre. Alfredo sabe que no tiene ninguna enfermedad de transmisión sexual, le importa una mierda si le duele la cabeza y dos si está menstruando. Va a acceder. Se la trae floja si tiene que emplear la puerta trasera.

—No quiero hacerlo. Hoy no —se rebela, temerosa.

Alfredo detiene el desabrochar del cinturón y se la queda mirando, atónito.

—¿Qué has dicho?

No aparta la mirada.

—Hoy no —insiste, al borde de las lágrimas, intentando ablandar el alma de un desalmado.

Alfredo se humedece los labios, esboza una sonrisa lobuna y avanza hacia ella, con la mandíbula tensa.

Buen intento, Jelena, pero me temo que ahora será peor…

El hombre la agarra por la barbilla con un desprecio insultante.

—Hago lo que hago en la vida por dos motivos, querida: llenar la panza cuando me apetezca y vaciar los cojones cuando me venga en gana. Acabo de meterme un buen filete entre pecho y espalda, así que ya sabes lo que viene a continuación…

La arrastra hacia la cama con esos repugnantes y rollizos dedos hundidos en sus carrillos. Le hace daño. Nota incluso el sabor de la sangre impregnando su lengua, cuando es lanzada sobre el colchón.

—Puedes pelear cuanto quieras. Sabes que me encanta que opongas resistencia —le susurra al oído, antes de darle la vuelta y aplastarla contra el edredón. Le baja con brusquedad el pantalón del pijama y desgarra la ropa interior como si estuviese hecha de papel.

Ha pasado muchas veces por esto, demasiadas, sin embargo, en esta ocasión es distinto: no consigue contener unas huidizas lágrimas, que humedecen la tela de la ropa de cama, cuando siente que Alfredo repta dentro de ella. En su cabeza, busca la ventana, busca perderse en los verdes campos de su Eslovenia natal, en los sinuosos senderos que atraviesan los montes Triglav. Pero la ventana ha sido tapiada. Esta vez no le permitirá escapar.

Como plan B, se muerde la mano, con fuerza, procurando cambiar el centro de su atención. Tampoco lo consigue. Hay algo distinto en el proceder salvaje de aquel verraco. Intuye que la está castigando, que pretende hacerla escarmentar, porque las embestidas son violentas, fieras, excesivas; los azotes, desmesurados. Incluso siente como le clava las uñas con saña en las caderas y las nalgas, el pedazo de hijo de puta.

Llora en silencio, llena de rabia, eso no puede evitarlo, pero no piensa darle la satisfacción de ofrecerle un solo gemido. Ni un solo grito o lamento. Se va a comportar como una inútil muñeca rota, como un ser inerte que ni siente ni padece.

Y eso parece enfurecer aún más a Alfredo, cuyos envites arrecian, se embrutecen. Quizá esté buscando una reacción en ella; o tal vez esté intentando una especie de sádico empalamiento.

Aprieta los dientes, los labios, los puños. No debe claudicar. Tiene que demostrarle que, aunque sea poco, aún tiene cierto control.

Está a punto de desfallecer, cuando tres enérgicos golpes sacuden la puerta de la habitación.

—¡Largo de aquí! —jadea Alfredo. Parece cansado.

Ojalá te de un puto infarto, gilipollas. Uno que te haga estallar el corazón.

—Es importante —El acento de Rasheed es inconfundible. Su tono es urgente.

Alfredo sale de ella, soltando maldiciones e improperios, y se dirige con malos humos hacia la puerta.

Aprovecha para subirse el pantalón y abrochárselo con fuerza a la cintura, como si fuese una invulnerable armadura.

—¿Qué cojones pasa? —espeta el jefe nada más abrir la puerta, sudoroso y aún empalmado.

—Tenemos un problema…

El problema se llama Natasha y cuelga un metro por debajo de la ventana de su propia habitación. Lena que, en silencio y a cierta distancia, ha seguido a los dos hombres hasta el callejón trasero, puede apreciar que el cable que ha empleado para suicidarse se ha incrustado tanto en su garganta que ha estado muy cerca de decapitarla. La sangre embadurna su pecho desnudo y sus piernas, y se acumula en el suelo, en un charco de desesperación.

Ayer Anna; hoy tú, Natasha… Ahora ya descansáis en paz…¸ piensa, mientras observa la mirada vacía de su compañera de calvario, fija en ninguna parte. En paz.

—No deberías estar aquí… —es la voz de Darko, que se coloca ante ella, como queriendo ocultarle una escena que ya tiene grabada a fuego en la cabeza. Para siempre.

No responde y desvía la mirada hacia el trío que discute sobre cómo proceder con el cadáver. Alfredo y Sergei parecen coincidir en la decisión, sea cual sea; Rasheed se muestra reacio.

De repente, un escalofrío la recorre como un hálito helado. Clava su mirada en los ojos huecos de Darko, que la observa impertérrito. En otros tiempos hubiese buscado sus brazos para templarse; ahora sabe que moriría de frío en ellos.

—¿Qué vais a hacer con el cuerpo?

—No lo sé. Enterrarla en una zanja, seguramente. —Su pragmatismo resulta sobrecogedor.

—Cualquier día, esa podría ser yo —dice, señalando con la barbilla a espaldas de su antiguo amigo—. ¿Me meterás en una zanja a mí también? Como si fuese un vulgar perro…

La mandíbula de Darko se tensa y algo diferente brilla en sus ojos. Quizás un atisbo de humanidad. Sin embargo, sus palabras…

—Soy un monstruo, Jelena. Y los monstruos cometemos monstruosidades.

Silencio.

Otro cubo más de tristeza para seguir llenándola.

Darko se aleja de ella y se suma a sus *nuevos amigos*.

—Rasheed, sube a la habitación y descuélgala —ordena Alfredo, con determinación—. Sergei, limpia este puto desastre —abarcando el callejón con ambos brazos—. Darko, deshazte del cuerpo. Me da igual el modo y el lugar, pero que nadie pueda relacionarla con nosotros, ¿entendido?

Cuando Darko cabecea de forma afirmativa, Alfredo se vuelve hacia ella.

—Y nosotros volveremos arriba. No hemos terminado, querida. Aún tengo mucho estrés del que desprenderme…

UN ADOLESCENTE.

Hace 10 años.

—Saca la basura. —pidió Rasheed, su instructor, un guineano alto y robusto como una secuoya centenaria. Y mano derecha de Alfredo Recio, el hombre que osó desembolsar medio millón de euros por él y otro tanto por Lena.

—Saca la basura. ¡Ya!

Era la segunda vez que lo exigía. Por experiencia, sabía que no habría una tercera. Y, entonces, él mismo acabaría convertido en la basura a sacar. Lo había visto otras veces, con otros *compañeros.* La última unos cinco minutos atrás. Con un chaval poco mayor que él, duro, grande, pero incapaz de cumplir la orden. El chaval se quedó paralizado, con el horror pintado en la cara. Y su inoperante insurrección fue castigada con plomo. Con ocho gramos para ser exactos, que atravesaron su cerebro sin hallar resistencia alguna. No tuvo tiempo ni de protestar. Cuando advirtió el peligro, ya se estaba derrumbando como un fardo, como una bolsa de basura llena de despojos cárnicos. Precisamente, como lo que era, según el instructor y autor del disparo.

La orden había sido clara y la tarea, *a priori,* sencilla. La víctima, un supuesto miembro de una red rival, permanecía atado a una silla, derrotado y machacado por los inclementes golpes que durante *el interrogatorio* habían arreciado sobre él. Solo quedaba sellar el pasaporte y embarcarlo en una alfombra rumbo al río. No era la primera vez para el muchacho (como tampoco lo era para él). La principal diferencia estribaba en el modo. Hasta ese momento, siempre habían utilizado armas de fuego. Impersonales, distantes, casi como si se tratase de un videojuego. Mediante ese método, el

muerto había ejecutado a dos enemigos; Darko, a cuatro, cuyos fantasmas le visitaban cada noche. Aullaban. Gemían. Podía incluso sentir sus hálitos gélidos y escuchar sus lamentos errantes en los recovecos del sueño.

Sin embargo, en esa ocasión era distinto. No había pistolas, sino objetos mucho más cotidianos. Utensilios que harían del asesinato algo mucho más personal, más real, más difícil. Sus opciones: un cuchillo de andar por casa, un trozo de cuerda de tender, una bolsa de plástico de un supermercado o sus propias manos.

Darko alargó un brazo y aferró el cuchillo, justo en el momento en el que su instructor se echaba mano a la espalda, a la culata del arma.

¿En serio sería capaz de dilapidar medio millón de euros así, sin más?

No estaba dispuesto a comprobarlo.

—Buena elección —dijo el guineano—. Ahora ponte a su espalda, tira del pelo para echar cabeza atrás y rebana pescuezo —dijo, haciendo un elocuente gesto al pasar el dedo pulgar por su garganta —. Quiero un único corte, preciso, profundo, por debajo de nuez.

Llevó a cabo los dos primeros puntos de la teoría, después apoyó el filo del cuchillo sobre la garganta del hombre, que apenas soltó un gemido incongruente.

—Hazlo —pidió el maestro.

Notó que le temblaba la mano, que los músculos del brazo se tensaban, negándose a obedecer.

—¡Hazlo! —exigió de nuevo, más alto. Más apremiante.

Con el rabillo del ojo, percibió el brillo del acero en mano ajena. Se le acababa el tiempo.

Apretó los dientes, cerró los ojos y soltó un alarido estremecedor, el aullido de una bestia acorralada sin más opciones que atacar. Arrastró la hoja del cuchillo, de izquierda a derecha, y abrió la carne a su paso. Después, lo dejó caer y alzó los párpados para contemplar su mano ensangrentada y trémula.

—Sabía que lo harías. —Con una sonrisa satisfecha—. Ahora, ven aquí. Míralo. Observa cómo se va vaciando de vida.

Se colocó frente a la silla y contempló el rostro del moribundo: vencido, desahuciado, antes incluso de abrirle la garganta. La sangre había salpicado el suelo ante él, pero ahora se derramaba mansa sobre su camisa.

—Lo has hecho bien —elogió, palmeando su espalda—. Ahora, toca ir vertedero.

—¿Cuándo podré ver a Lena? —preguntó, con cierto temor, al regresar a la pick–up Isuzu de aspecto desvencijado. Los cadáveres lastrados alimentaban ya a los peces. Eran historia.

Había formulado esa pregunta en cuatro ocasiones desde su llegada a Toulouse. Jamás había obtenido respuesta. No obstante…

—Último trabajo. Si haces bien, yo mismo te llevaré con ella.

Ese último trabajo tenía los ojos verdes y la sonrisa más bonita que un nuevo amanecer. Joven, atractiva, de larga y luminosa melena castaña que parecía proporcionar luz a la habitación. Su piel acaramelada y su tono meloso invitaban a pensar en una procedencia latina. Desde luego, exótica.

Despampanante.

Les recibió con una actitud risueña, envuelta en un albornoz blanco digno de anuncio de detergente, y les condujo hasta un coqueto salón.

—Tengo café recién hecho y unos *croissants* de mantequilla que invitan al infarto —ofreció, alegre, señalando una mesa dispuesta en un rincón—. ¿Nos sentamos?

Darko esperó la decisión de Rasheed que, no obstante, se mantuvo mudo, paseando por la estancia, con las manos enlazadas a la espalda.

Sintió que se le aceleraba el pulso. El guineano era mucho más peligroso cuando callaba que cuando amenazaba, como los perros.

También notó el aumento del nerviosismo en la muchacha, que lo miró en busca de respuestas, antes de devolver la mirada al otro. Su preciosa sonrisa había desaparecido para dejar paso a una expresión (también preciosa) que vaticinaba tormenta. Y una de las gordas.

Rasheed se volvió y clavó sus abisales ojos en ella. Se colocó frente a frente, muy cerca, como si fuera a invitarla a bailar.

—Arrodíllate —ordenó, muy tranquilo, sin alzar la voz. Mala señal. Muy mala.

La muchacha, notoriamente sorprendida, no osó replicar y siguió las instrucciones.

—Ahora, abre boca.

Obedeció de nuevo, aunque las lágrimas brillaban en la comisura de sus ojos y los labios le temblaban.

Rasheed se llevó la mano a la cintura y sacó su arma. Se acuclilló, para ponerse a la altura de ella, e introdujo el cañón en su boca. El sonido del acero al arañar aquellos dientes perfectos resultó estremecedor.

—Has sido mala, Giselle. Muy mala —masculló el guineano. Después sacudió la cabeza de modo teatral—. No sé qué vamos a hacer contigo…

La joven intentó decir algo, pero sus balbuceos resultaron incoherentes con aquel trozo de acero atravesado en la boca. Tampoco ayudaba el estado de nerviosismo en el que se había sumido ni el llanto que empantanaba sus palabras.

Rasheed retiró el arma y se puso en pie, sin perderla de vista.

—No sé qué piensas que hice, Rash, pero no es cierto. No hice nada. ¡Te lo juro! —sollozó ella.

Le mantuvo la mirada un segundo y después se volvió hacia él, que permanecía expectante, manteniendo las distancias. Le pidió que se acercara y le tendió el arma.

—Tres tiros. Los primeros en rodillas, el último en estómago. Se ha ganado sufrir.

—¡Nooo! —suplicó ella, sin atreverse a mover un músculo.

—Es de las nuestras… —dijo él, en voz baja.

Rasheed sonrió, quizás complacido por el uso del posesivo; tal vez por considerarlo un ingenuo.

—Haz lo que te he dicho. Y esta vez, no cierres ojos.

Tomó aire, recogió el arma de mano del guineano y se colocó frente a la chica, que lo miraba, llorosa, incapaz de articular palabra.

—No cierres ojos —insistió el guineano, señalándolo con el dedo.

Cabeceó de manera afirmativa, mientras se perdía en las verdes praderas que se extendían en la mirada de la joven. Su Eslovenia

natal poseía esas mismas tonalidades.

—Lo siento… —musitó, al tiempo que alzaba el arma.

Después, sin darse tiempo a dudar, apretó los dientes y el gatillo. No tres, sino seis veces. No apuntando a las rodillas, sino al pecho.

El silencio se extendió por la estancia como aceite derramado: lento, denso, viscoso. Tres segundos de absoluto mutismo, rotos por el restallido de tres aplausos secos.

Plas… plas… plas…

—¡Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza! —proclamó Giselle, mientras se ponía en pie con los brazos abiertos y la mirada, aún húmeda, alzada al techo.

Darko se la quedó mirando unos segundos, antes de desviar la mirada al cañón del arma. Por último, clavó su desconcertada mirada en el guineano, cuya sonrisa blanca parecía brillar en la estancia. Había orgullo en la profundidad insondable de sus ojos. Le palmeó el hombro y recuperó la pistola de sus manos.

—Lo único reprochable es que no disparases primero a la rodilla, como te ordené —sentenció Rasheed—. Como bien has dicho, Giselle es de los nuestros. Y un activo muy preciado por el patrón, además.

—Y tú me disparaste… —dijo ella, sin un ápice de rencor en la voz. Casi divertida—. ¿Cómo pudiste?

Se quedó mudo y percibió el ascenso del rubor por su cuello. Jamás hubiese imaginado tener que mirar a los ojos de alguien a quien ha disparado seis veces.

—¿Cuántos hombres te han colocado un arma delante de los ojos? —preguntó el africano.

—Muchos más de los muchos que recuerdo —respondió ella, orgullosa.

—¿Y cuántos tuvieron el valor de disparar?

—Solo dos: Él —lo señaló con la barbilla— y su creador.

Rasheed colocó ambas manazas en sus hombros y lo miró de frente, como se mira a los hermanos.

—¿Lo has escuchado, colega? Eres mi *Frankenstein*. Mi preciosa y despiadada abominación.

SILVIA CASTRO.

Mi mujer. 9 de mayo. 12:25h.

—Sí, entiendo —dice cabizbaja al teléfono móvil, mientras camina en círculos por el jardín trasero del chalet de su amiga—. Sí… ¿No puede hacer nada más? Ya… De acuerdo. Gracias. Igualmente.

Cuelga y se deja caer en una de las sillas de plástico que rodean la amplia mesa de exterior.

—Seguirá investigando, pero dice que no ha encontrado nada extraño en el comportamiento de Aitor —informa a una Tamara expectante—. Nos vio. Aitor estuvo allí mientras me acostaba con Hugo y ha confesado haber estado a punto de cometer una locura, pero recapacitó a tiempo y se largó al hospital. —Sacude la cabeza, sintiendo que las lágrimas acuden a sus ojos—. Estuvo muy cerca de cosernos a cuchilladas, Tam. Cerquísima. Y nos lo hubiésemos merecido.

Su amiga estira una mano para colocarla sobre la suya, trémula, fría.

—No digas eso.

—Yo misma encontré el cuchillo fuera de lugar, pero no le di mayor importancia. No fui consciente de lo cerca que había estado de acabar ensartada en él.

—Ya está, Sil, por favor. No le des más vueltas. No sirve de nada.

Pero no puede quitárselo de la cabeza. No deja de visualizar en la pantalla blanca de su imaginación la misma imagen, una y otra vez. Un Aitor enfurecido, fuera de sí, completamente enajenado, irrumpiendo en el cuarto de invitados. En aquella horrible ensoñación, su marido blande un cuchillo enorme y afilado, que escupe amenazadores destellos con cada movimiento. Lo ve

abalanzarse primero sobre Hugo, con los ojos vacíos de una bestia, y arremeter contra él con un salvajismo visceral, primigenio.

Gritos, sangre y el desagradable chapoteo que producen las violentas estocadas al entrar hasta el mango.

Hugo ya lleva un rato inmóvil, muerto, cuando recibe la última puñalada en el volcán creado en su espalda. Con el acero aún incrustado en la carne de su víctima, Aitor alza la cabeza y le clava una mirada febril, desequilibrada. Ella intenta moverse, huir, pero el peso de su amante se lo impide. Miedo, arrepentimiento, comprensión. Aquellos son algunos de los sentimientos que rezuman de sus entrañas.

Entonces, ve como Aitor arranca el cuchillo de la espalda de Hugo y con la mirada de un perturbado, emprende un nuevo ataque. Cuando la hoja metálica atraviesa su carne por vez primera, apenas siente el dolor como un leve rumor lejano. Todo queda silenciado. Odio mudo. Rabia muda. Muerte muda.

En algún momento, muchas cuchilladas después, se entrega al destino y deja de luchar. Se vence hacia un lado y su cuello queda colgando de un extremo de la cama.

Es entonces cuando la ve... Y el dolor explota en el centro mismo de su pecho en una deflagración muda. Rocío. Está allí, arrodillada en el suelo, llorando, con el rostro desencajado en un grito horrorizado.

Y entonces regresa el sonido, la brutalidad de aquel chillido agónico que desgarra el aire. Quiere levantarse, acercarse y abrazar a su hija, pero no tiene fuerzas. Su energía fluye mansamente desde sus heridas hasta las sábanas blancas, que la beben con la avidez de un sediento.

Y empieza a cerrarse la oscuridad, a engullirla, mientras los aullidos de la niña reverberan a su alrededor. Y ella alarga un brazo hacia la pequeña, que no reacciona, que sigue llorando, observando una escena que su inocente cerebro no puede comprender.

Se va. Lo nota. Se aleja. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Me estás escuchando? —La voz de su amiga se impone a la crudeza de aquel escenario imaginario.

La mira embobada, como si acabase de despertar y no supiese dónde se encuentra. Abatida, desvía la mirada a la zarza de frambuesas que crece junto al muro del jardín.

—Rocío va a odiarme —dice, con la voz de una amapola—. Cuando se entere de lo ocurrido no querrá saber nada de mí. Y la comprendo. Soy la culpable de haber destrozado nuestra familia.

—No digas tonterías. Tú no eres la culpable de nada.

Una mirada dura atraviesa el porche trasero para clavarse en los ojos de su amiga.

—Sé que intentas ayudarme, pero hasta yo puedo notar el hedor de esa mentira.

Un grueso y pesado silencio se instala entre ellas, que se entretienen en buscar algo en las inmediaciones que no parecen encontrar.

Su mirada se posa sobre algo que la descoloca, que hace saltar las alarmas. Lleva allí varias horas, pero por primera vez repara en el cartel naranja que, sujeto a una de las ventanas del piso superior, tremola al viento. Ladea la cabeza.

—¿Vendes la casa? —pregunta, totalmente desconcertada.

Tamara se encoge de hombros y rescata un cigarrillo de una cajetilla que espera sobre la mesa de jardín.

—Eso parece. —Se encoge de hombros. La sonrisa cansada que aparece en sus labios está rota, resquebrajada.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—Tú acabas de caer y estás a la deriva en este mar, yo me hundí hace tiempo en él. El oleaje del divorcio se lo llevó todo —explica con desgana. Enciende el pitillo y le da una honda calada para después expulsar el humo en una nube inconsistente—. Cuando ese cerdo se largó, lo hizo despreocupándose de todo. Lo que era *nuestro* pasó a importarle una mierda. Desde siempre, él se había encargado de la panadería, de las recetas, de los clientes: era la esencia del negocio. Mientras yo me limitaba a cuadrar las cuentas y pelearme con los proveedores y los bancos. Cuando se fue me vi forzada a contratar a dos personas para sacar adelante el trabajo que hacía él, y ni siquiera así las cosas marcharon igual. La calidad ha descendido y, como consecuencia, he perdido clientes. Muchos.

Todos le conocían a él. Él era la cara visible del negocio, quien ofrecía confianza… y con su marcha, al parecer, también se llevó eso. Desde hace tiempo, los ingresos han comenzado a equipararse peligrosamente con los gastos. Me siento como si estuviese a bordo de un barco plagado de vías de agua, Sil. Y no sé cómo solucionarlo. No consigo achicar el agua suficiente y la embarcación comienza a escorarse, a zozobrar. Me hundo. He intentado seguir adelante, pero según están las cosas, no puedo afrontar los gastos yo sola. Si logro vender el chalet, quizá consiga rescatar el negocio. Si no… no sé qué haré.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—No es algo de lo que una se enorgullezca… —confiesa, encogiéndose de hombros.

—¡Joder, Tam! Podría haberte ayudado. —Se acerca, la obliga a levantarse de la silla y la recoge en un cálido abrazo—. Siento que estés pasando por esto. Si aún puedo echarte una mano en algo…

—Gracias. Pero espero que solo sea una mala racha.

—Estoy segura, pero si no lo es, cuenta conmigo, ¿de acuerdo? Aunque esté con una mano delante y otra detrás, encontraré el modo de ayudarte.

Su amiga se separa de ella y sorbe por la nariz. Tiene los ojos enrojecidos y húmedos, pero se esfuerza por sonreír. Una sonrisa henchida de tristeza y desesperación, pero sincera.

—¡Joder! Mírame —protesta Tamara—. Tú al borde del colapso nervioso y yo llenándote la cabeza con mis mierdas.

La coge de las manos y la mira a los ojos, con férrea determinación.

—Tú mierda es mi mierda —asegura, apretando los dientes—. Aunque acabemos hechas un auténtico asco.

UN ADOLESCENTE.

Hace 10 años.

Sentados en la cama de la habitación de Lena, hombro con hombro, juntos al fin después de cuatro largas semanas, una tundra parecía extenderse entre ellos. Una planicie helada que congelaba sentimientos y emociones.

Lo había recibido con un abrazo distante y una mueca que distaba mucho de parecerse a una sonrisa. En ningún momento lo miró a la cara y él no supo precisar si fue por vergüenza propia o desprecio ajeno.

Su *ilusión* por verla se diluyó en aquel ambiente hostil, enrarecido, y las palabras quedaron enganchadas en los zarzales de la indecisión.

Se acabaron sentando en el colchón, en absoluto silencio. Ella contemplándose las uñas cuidadas: él observándola a ella. De soslayo, a escondidas, como quien mira a la chica que se ha sentado a su lado en el metro. Como quien mira a una desconocida.

Cuatro semanas que bien podrían a ver sido cuatro años…

Siempre había sido una chica atractiva (su amor platónico desde el mismo instante en el que la vio por primera vez), pero la suave base de maquillaje, el rímel y el discreto pintalabios que convertía su boca en un manjar irrechazable la transformaban en una hermosa mujer. Si sumamos el peinado de peluquería, el minúsculo vestido negro, escotado y ceñido, y los brillantes zapatos de tacón a juego con la prenda, el resultado era una diosa deslumbrante. Una tentación que superaba con creces a cualquier manzana en pleno Edén. A cualquier anillo élfico *para dominarlos a todos*.

Sintió que una despreciable erección crecía en sus pantalones. Asqueado consigo mismo, retiró la mirada de su amiga y se pellizco con fuerza el muslo hasta que el dolor hizo remitir aquel impulso. Suspiró y se volcó hacia adelante, entrelazando las manos. Los ojos fijos en los deslucidos listones del suelo.

—Tenía muchas ganas de verte —reconoció con aire melancólico. Luego, dejó escurrir un suspiro entre los labios y giró el cuello hacia su amiga—. Pero tú no eres Lena. Al menos, no la que yo conocía.

—También queda muy poco de *Stolp* en ti.

No tuvo más remedio que asentir con la cabeza. Justo era reconocer que tampoco él era la misma persona. Demasiada sangre en sus manos, demasiado odio en su pecho, demasiado vacío en sus pensamientos.

—He tenido que hacer cosas horribles… —se justificó, sin estar convencido de que existiese pretexto para aquellas atrocidades.

—Lo sé. Alfredo me ha hecho ver varios vídeos…

Se giró hacia ella y sus miradas colisionaron. Pesadumbre contra pesadumbre.

—Rasheed dice que ahora formas parte de la red, que eres uno de ellos…

Frunció el ceño. No se había parado a pensarlo.

—Puede ser —reconoció al fin, recordando las últimas palmadas en la espalda que le regaló el guineano—. Pero eso no tiene por qué ser algo malo. Ahora puedo protegerte.

—¿Protegerme? —se extrañó Lena, a quien se le dibujó una mueca agria en el rostro—. No necesito protección, Darko, sino recuperar mi vida, mi libertad. ¿Puedes darme eso? ¡¿Puedes ayudarme a recuperar eso?!

Se quedó callado, empequeñecido ante la inusitada explosión de Lena. Con él, siempre había sido paciente y amable. Cariñosa. Siempre le quedaba alguna sonrisa con la que obsequiarle. Sin embargo, ahora le miraba muy seria, con hostilidad. Con los ojos repletos de fuego y toxicidad. No se atrevió a responder.

—¿Puedes ayudarme o no? —Insistió ella, tozuda, en un tono seco, retador.

—Quizá con el tiempo… —aventuró—. Cuando me gane su confianza será más sencillo.

—Ya… Pero, ¿sabes cuál es el problema de ese plan? Que yo no tengo tiempo, Darko. —Lena se levantó de la cama y caminó de manera errática por la estancia, con los dedos enredados en su cabello, como si pretendiese sujetar y contener sus pensamientos—. ¿Eres consciente de cual será mi futuro aquí? ¿Para lo que me están preparando?

Más silencio. Humillación de la mirada. Lo sabía… Lo sabía muy bien.

—Me están convirtiendo en una prostituta de lujo. Solo para los más pudientes. Van a vender mi virginidad a cualquier maldito ricachón a un precio desorbitado, solo para que ese cerdo se sienta orgulloso de sí mismo, como el engreído que mata un elefante indefenso para hacerse la foto con un cadáver enorme. No seré más que el capricho de algún degenerado, ¿entiendes? —Había lágrimas en sus ojos y su voz se había tornado quebradiza—. Y nuestro querido Alfredo, todo altruismo, se ha erigido en mi maestro. A estas alturas, sería capaz de distinguir el sabor de su polla entre un millón. Podría expresar placer cuando me estoy rompiendo por dentro. Podría fingir un jodido orgasmo cuando solo siento pena y asco de mí misma. Podría besar y acariciar cuando lo único que deseo es morder y desgarrar. —Se colocó ante él y le agarró la cara para obligarle a mirarla—. Y tú me dices que "quizá con el tiempo…" ¡Vete a la mierda, Darko! ¿Me oyes? ¡Vete a la puta mierda!

Y a la mierda no sé fue. Pero, emocionalmente, sí que se precipitó a una hedionda ciénaga repleta de excrementos.

CINCO MESES DESPUÉS.

LENA JANKOVIC.

Club Le Soupir. 22 de octubre. 20:09h.

—El jefe quiere verte —anuncia Darko, interrumpiendo la insulsa conversación que mantiene con el vejestorio de turno que le ha tocado en suerte: un batracio baboso con las ancas muy largas y las miras muy cortas, que ha decidido invertir quince euros en invitarla a una copa que apenas ha probado, con la vana esperanza de llevársela a la cama. ¡Ingenuo! Ella solo está allí a modo de gancho, de *calientapollas,* como suele decir Alfredo. Aquellos desgraciados que visitan el club no podrían pagar sus servicios ni hipotecando su alma.

—Lo siento —se disculpa, mientras se levanta del taburete y le da un lánguido sorbo al brebaje.

—¿Seguro que no puedes quedarte? —pregunta la momia con un deje de ansiedad preñando su voz.

—Donde manda patrón… —Deja la copa sobre la barra, al tiempo que se encoge de hombros.

—Claro. Es normal —asume, resignado, regalándole una breve sonrisa de sapo famélico que ve como su mosca escapa de la charca —. ¿Te parecería bien si decido esperarte aquí?

Espera sentado, baboso hijo de puta.

—¡Estupendo! —finge. Se inclina sobre él, luciendo escote, y luchando contra el asco que le produce tocarlo, le acaricia el dorso de la mano—. Espero no tardar demasiado.

El rostro enrojecido del anciano hace que las esperanzas de un repentino infarto broten en ella como flores entre basura. No obstante, el corazón del hombre soporta el aceleramiento y no tarda en pedir más. Es entonces cuando ella se endereza, alejando el preciado botín del desesperado buscador de tesoros. Le guiña un

ojo, sonriente, y le hace una tierna carantoña, que el anciano acepta como un cachorrillo necesitado de afecto. Un segundo después, le da la espalda, endurece el semblante y maldice la resistencia de aquel viejo corazón.

Pasa frente a los hieráticos, pero observadores ojos de Darko, que inmediatamente la sigue hasta la puerta que da acceso a la zona privada del local. Antes de pasar la tarjeta por el lector, se la queda mirando con el ceño fruncido, como si no comprendiese algo.

—Insistimos mucho en que esos cerdos no os toquen si no pagan. Algunos se han llevado verdaderas palizas por acariciar a una chica cuando no debían… ¿Por qué has hecho eso?

Se cruza de brazos y apoya el hombro en la puerta, mirándolo.

—Date la vuelta y mira hacia la barra —pide. Darko, tras dudar un instante, obedece—. ¿A qué ya no está?

Un ramalazo de sorpresa asoma a los ojos de su inexpresivo "amigo", que niega con la cabeza.

—Ahora mismo, ese arrugado malnacido está en el cuarto de baño, sacudiéndosela como un maldito mandril en celo. Prefiero que me folle a mí en su imaginación a que una compañera tenga que subir con él de la mano a una habitación, te lo aseguro. ¡Da asco!

Darko mueve ligeramente la cabeza, compone un gesto ambiguo en el rostro y, sin mediar palabra, acerca la tarjeta al lector. Un zumbido precede a la aparición de una lucecita verde que les da acceso. Se hace a un lado, flanqueándola el paso, y le pisa los talones por el penumbroso pasillo.

A medida que se van acercando al despacho del jefe, de manera inconsciente, aprieta los labios, rechazando lo que imagina que sucederá a continuación: Alfredo Recio la reclama para saciar sus instintos.

Lo cierto es que ya no le importa aquello. Ha vuelto a encontrar su ventana mágica, esa escondida en el interior de su cabeza que le permite evadirse y marcharse muy lejos de dónde esté. Su cuerpo puede ser vilipendiado, pero no así su pensamiento ni su alma. Para ella aquellos encuentros se han convertido en un mero trámite, como ir al baño o pintarse las uñas.

Y además, es mejor malo conocido que peor por conocer. Total, últimamente él siempre se queda sentado en su silla, sin realizar el más mínimo esfuerzo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, esperando a que ella realice toda su magia.

¡Menudo perro de mierda!

Al menos, sabe que será rápido (siempre lo es) y que luego la premiará con una palmadita en el trasero, alguna frase que pretenderá ser ingeniosa y la exención laboral durante el resto de la noche. No es una mala recompensa por mamársela a ese verraco cabrón, teniendo en cuenta que tiene la misma libertad para negarse que para viajar a Barbados en primera clase y darse un cálido baño en el mar Caribe.

Alfredo Recio está sentado tras su escritorio, hojeando el contenido de una carpeta con aire distraído. Cuando los ve aparecer, la lanza sobre la mesa, provocando que algunas hojas se escapen de las amarillentas solapas y resbalen sobre la madera.

—Adelante, Jelena. Siéntate. —Más una orden que un ofrecimiento.

Asiente con la cabeza, pero tarda unos instantes en obedecer. No le cuadra que Darko se quede allí, con ellos, aunque sea en la puerta. Toma asiento y sonríe, procurando que su inseguridad y su temor pasen desapercibidos.

—Voy a ponerme un whiskey. ¿Quieres uno? —invita, al tiempo que se levanta y se aleja hacia el mueble bar, ubicado a la derecha del despacho.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes —responde en tono jactancioso—. No probarás una bebida como esta en tu puñetera vida.

Mientras el jefe inicia el ritual de servirse dos dedos de aquel líquido ambarino en vaso grueso, sobre dos cubitos de hielo, ella fija su atención en las hojas que él ha estado estudiando.

Algo indefinible chapotea en su estómago; una suerte de sentimiento ominoso lanzado al pozo negro de sus entrañas. Se hunde y se establece en el fondo, lastrando su ánimo y su fe en la raza humana.

La raza deshumanizada.

Estira un brazo, se hace con varios de aquellos folios y los observa con una mezcla de incredulidad y aborrecimiento. Fotografías, direcciones, lugar en el que estudian, rutinas, lugares que frecuentan... Vidas ajenas detalladas al milímetro.

Sin saber por qué, y tras cerciorarse de que Alfredo no la mira, pliega una hoja al azar y se la guarda bajo el vestido. Después, sacude las demás en el aire.

—¿Qué es esto? —se atreve a preguntar, temiendo conocer la respuesta.

Alfredo alza brevemente la mirada y sigue a lo suyo.

—Es la cantera, mi querida y entrometida Jelena —confirma—. No es que sea asunto tuyo, pero tengo que ir pensando en el futuro del negocio. Invertir. Ofrecer un mejor producto. Rejuvenecer la plantilla. Además, he decidido prescindir de tus amigos eslovenos. Nunca me ha gustado trabajar con intermediarios. Encarecen el producto y lo complican todo. Ahora, conseguiremos nosotros mismos nuestra mano de obra… ¡Visión de futuro, querida!

Se vuelve hacia Darko, que mantiene la mirada fija al frente, eludiendo la suya. No se atreve a mirarla, lo que debe significar que él es parte de ese proyecto. Sacude la cabeza y observa de nuevo las fichas, sin dar crédito. Atónita, fija su atención otra vez en el jefe.

—¡Por el amor de Dios, Alfredo! No son más que unas crías…

—Mis cachorritas, sí —admite—. No veo la hora de empezar a domarlas.

—Son demasiado jóvenes…

—Y preciosas, además, ¿no te parece? —alega, taponando la botella y devolviéndola a su lugar. Ya con el vaso en la mano, regresa a su sitio, toma asiento frente a ella y alza la bebida—. Brindo por la prosperidad de este negocio.

Incrédula, baja la mirada a las hojas que tiene en las manos y contempla la primera fotografía: una chica de tez blanca y cabello rubio y liso, muy largo. Lleva puesto un gorro de lana gris, calado por encima de las cejas, que hace destacar el verdor de unos ojos grandes y alegres. Aparece sentada en un banco, en lo que parece ser un parque, y se está riendo. Puede apreciarse un brazo en el

lado derecho de la imagen y una cazadora vaquera a la izquierda, lo que hace suponer que, en el momento en el que le sacaron la foto, estaba con algunos amigos. Aparenta unos catorce años.

En la segunda fotografía aparece otra joven saliendo de lo que parece ser un instituto, con la mochila al hombro y una carpeta azul bajo el brazo. Piel acaramelada y melena oscura, rizada. La imagen está tomada desde más lejos y apenas pueden distinguirse los detalles más allá de su atuendo y parte del entorno. No le echa más de trece…

El sonido de los hielos repicando contra el cristal mientras Alfredo remueve el whiskey la invita a levantar la cabeza. Apretando los dientes, le muestra las fotografías.

—No aparentan ni trece años —protesta, henchida de rabia—. ¡Solo son unas niñas!

—Tú llegaste, más o menos, con esa edad y ¡mírate! Te has convertido en uno de mis mejores activos.

No me lo recuerdes, cerdo hijo de puta.

Se muerde la lengua y sacude la cabeza, incapaz de comprender la crueldad humana.

—Son demasiado jóvenes.

De malos modos, Alfredo le arrebata los informes de las manos, los devuelve a la carpeta y guarda esta en un cajón de su escritorio.

—No hace falta que me las vendas, Jelena, las he visto. Todas ellas son como apetitosos bizcochitos que harán despegar, aún más alto, este negocio. ¡Y fin de la discusión! —Da una palmada en el aire, cambiando de tercio—. Aunque te sorprenda, he de confesar que no te he llamado para conocer tu opinión "profesional" acerca de mis nuevas adquisiciones. —Se carcajea ante su propia ocurrencia (de la manera que lo haría un chacal colocado)—. Han preguntado por ti…

Miedo. Sudor en la palma de las manos. Frío en el alma.

Los ojos de Alfredo y la media sonrisa denotan lo mucho que le divierte la situación.

No puede evitarlo. Se imagina saltando sobre la mesa y arrancándole la tráquea con los dientes, de un solo mordisco. Una loba poderosa y vengativa.

Desgraciadamente, solo se queda en un fogonazo de su subconsciente. En una quimera irrealizable.

Ladea la cabeza, compone un gesto lastimero y suplica con la voz muda de la mirada. No puede ser. Otra vez no. Él no.

—Lo siento, querida, pero tu amigo es muy insistente —se justifica, al tiempo que abre los brazos y se encoge de hombros—. Llama cada dos días preguntando por ti. No sé qué le hiciste, pero… ¡Lo tienes loco!

—Alfredo, por favor...

—Ya está concertada la cita para esta noche. He mediado por ti. Para protegerte —se jacta—. No habrá complicaciones esta vez.

—Ese hombre es un monstruo.

—Hotel Pullman, en Burdeos. Te encantará —la ignora.

Se queda muda. El miedo se ha convertido en una masa viscosa en su garganta que atrapa las palabras y afila las emociones. Se muerde los labios para ahuyentar el llanto.

Alfredo chasquea la lengua; quizá conmovido, quizá molesto. Se pone en pie y rodea la mesa para colocarse a su espalda. Deposita aquellas manazas flácidas y frías sobre sus hombros e inicia un repugnante masaje.

—No tienes nada que temer —asegura con la voz melosa que emplearía una víbora—. Os veréis en un hotel de alto *standing*, en una de las mejores *suites*. No puede permitirse el lujo de comportarse como en su casa. Además —apuntilla, descendiendo las manos por sus brazos en una caricia repulsiva—, Darko te acompañará y se quedará en la puerta con una tarjeta de acceso. Si escucha algo fuera de lo normal, entrará, como un caballero andante en pos de su princesa.

Alfredo está a su espalda y no puede verlo, pero intuye la odiosa sonrisa que cuelga de sus labios, y se estremece.

—Venga —alienta él, palmeando sus hombros—. Preparaos y poneos en marcha, que tenéis un largo viaje por delante.

YO, AITOR CASTRO.

22 de octubre. 20:31h.

—No sé —digo, encogiéndome de hombros, al tiempo que la miro a los ojos—, hasta hace unos días sentía que mi vida era como una jodida jornada de surf: una espera eterna y anodina, en la que me abandonaba al desganado y soporífero batir de un oleaje indigno de tal calificativo. El tiempo pasaba, inexorable, indiferente, mientras yo permanecía sentado en el mismo lugar, sobre la misma tabla, aguardando un instante de emoción.

Ella se limita a asentir con la cabeza, invitándome a continuar, mientras yo, distraído, intento despegar la etiqueta de mi refresco. Han transcurrido varios meses desde que mi matrimonio explotara y, por fin, los rescoldos de aquella deflagración comienzan a extinguirse. El humo ya no escuece tanto en los ojos. Los escombros han sido apartados y no entorpecen el paso. Y los brotes verdes comienzan a emerger y ganar terreno al espeso y negro manto de hollín.

La esperanza florece.

—En estos casos, tras la amarga espera, pueden ocurrir dos cosas —continúo—. El mar puede enloquecer, crisparse como un demonio y engullirte sin previo aviso. O puede concederte nuevas ilusiones.

—¿Y cuál ha sido tu caso? —pregunta, con aquella sonrisa traviesa que siempre logra derribar mis barreras.

—Ambos —afirmo. Le doy un trago al refresco, mientras ordeno mis ideas—. Primero llegó esa ola gigantesca e inesperada que arrasó con todo, que me engulló y me empujó hasta el fondo. —Sacudo la cabeza, turbado por el recuerdo—. Cuando descubrí que Silvia me engañaba... joder, todo mi mundo se puso patas arriba.

Quedó anegado y destrozado por la virulencia de aquella maldita ola. Las consecuencias, los estragos que dejó al retirarse, fueron casi peor. —Suspiro y busco fuerza y anhelo en la mirada de ella. Encuentro ambas cosas recostadas en aquella verde pradera de su mirada—. Pero entonces, cuando menos lo esperaba, cuando ya me daba por muerto, conseguí regresar a la superficie y subirme a la tabla. —Alargo la mano y tomo la suya—. En un momento determinado, empezó a soplar un viento nuevo, fresco, y la superficie del agua comenzó a rizarse. Sentí como el océano se agitaba a mi alrededor, bajo el vaivén de mi cuerpo, juguetón, dispuesto a concederme la oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando. El nuevo oleaje me invitó a cabalgar el mar, me ofreció dos olas para surfear y salir del sopor en el que me ahogaba. Dos perfectas crestas con nombre de mujer: Rocío y Verónica.

Su sonrisa se agranda y se inclina sobre la mesa para concederme un breve beso en los labios y una suave carantoña en la mejilla.

Dejo escapar un largo resoplido, como si con ello estuviese vaciándome, soltando lastre.

—Que, al fin, me hayan concedido la tutela de la niña es un verdadero alivio. Es como si me hubiesen sacado una astilla de la planta del pie; haberte conocido a ti ha sido una auténtica bendición.

—Dios aprieta, pero no ahoga… —dice, sonriente.

—A punto estuvo de írsele la mano.

Nos reímos y aprovechamos para darle sendos sorbos a nuestras bebidas. Después, ella levanta la cabeza y fija en mí su mirada. Se ha puesto seria.

—Entonces, ¿ya está solucionado todo ese lío con tu ex mujer y los abogados?

—A grandes rasgos, sí. Podríamos decir que sí.

—Debe de ser un gran consuelo después de tanto batallar.

—Ni te lo imaginas. Hasta hace unos días, sentía como si arrastrase un camión cargado de arena con el freno de mano echado. Cada día se me hacía durísimo, interminable. —Suspiro—. La retirada de Silvia concediéndome la custodia de Rocío ha soltado las cadenas que me sujetaban al parachoques de ese camión.

—Brindemos por ello. Por superar siempre los malos momentos. —Alzamos nuestros refrescos y hacemos entrechocar los cascos de las botellas.

Nos reclinamos en las sillas y me quedo mirándola, hechizado, como quien observa una extraordinaria obra de arte.

—¿Qué? —pregunta, ruborizada.

—Nada. Solo que... Me cuesta creer la suerte que he tenido contigo.

Conocí a Verónica durante la cruenta batalla por la custodia de Rocío. Una lucha encarnizada, cuerpo a cuerpo, donde las bombas caían en forma de trapos sucios y las ametralladoras escupían ráfagas de intimidades y secretos. Nuestros abogados parecían buscar la plena destrucción del oponente. Su desintegración absoluta. Si no quedaba un cuerpo que devolver a casa y enterrar, mejor. Las propuestas de uno eran desechadas automáticamente por el otro, sin contemplaciones, sin pararse a estudiarlas.

Y viceversa.

No había modo de alcanzar un entendimiento. Podría decirse que las soluciones huían apedreadas por los problemas. El rencor estaba a flor de piel, demasiado fresco. En carne viva.

Aquella mañana en concreto, mes y medio después del comienzo de la guerra, los abogados de Silvia hicieron especial hincapié en la repentina muerte de su amante en nuestro edificio poco después de que yo los sorprendiera fornicando como alimañas. El tono acusatoriamente sarcástico estuvo cerca de sacarme de quicio, pero fui capaz de controlar mis instintos. Y de mantener la boca cerrada mientras me tachaban de asesino. Dejaron entrever que, llegado el momento, ante un juez, aquella acusación pesaría mucho más que la de adulterio.

Entonces, clavé la mirada en Silvia, que se mostraba avergonzada y abatida, y esperé, paciente, a que se dignase a alzar la cabeza.

—¿De verdad piensas que tuve algo que ver con la muerte de ese tío? —pregunté cuando lo hizo—. ¿Así es como pretendes conseguir la custodia de la niña? ¿Mintiendo? ¿Hundiéndome en la mierda?

—¡No respondas! —ordenó su abogada, señalándola con el dedo.

Y no lo hizo. No abrió la boca en lo que restaba de reunión. Lógicamente, no llegamos a ningún acuerdo y se fijó una nueva fecha para discutir opciones. Una nueva cita para despedazarnos, a dentelladas y zarpazos, ante un par de codiciosos desconocidos. No se atisbaba nada de luz en aquel túnel. No conseguía distinguir el contorno de ninguna solución entre tanta negrura.

Mal compañero de viaje es el resentimiento. Peor aún, el orgullo.

Sin embargo, por la tarde, poco después de que Rocío se marchase a clase de inglés, todo pareció despejarse sin previo aviso. Entregada, tal vez abochornada por el espectáculo que estábamos dando, Silvia se presentó en casa. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos y se mordisqueaba los labios con un frenesí histérico.

—He despedido a mi abogada —sentenció, sin mirarme a los ojos. El silencio se adueñó del rellano durante unos instantes—. Ha ido demasiado lejos.

Me mantuve a la expectativa, apoyado en el marco de la puerta principal, con los brazos cruzados ante el pecho.

—Sé que fue un accidente —concedió—. Un estúpido resbalón. Siento haber hecho dudar a la policía y usarlo esta mañana para hacerte daño.

—Te lo agradezco. —Frío, cortante. Innecesario. Silvia estaba claudicando.

Se rascó la barbilla, nerviosa, y soltó un lánguido suspiro.

—Solo te pido, por favor, que me permitas ver a la niña —suplicó, alzando la mirada—. Solo eso. No lucharé por nada más. Por favor…

Desvié la mirada a un lado y me mordí el interior de la mejilla.

—¿Por qué seguíamos juntos?

—No lo sé —admitió, tras dejar escapar un suspiro—. Supongo que era lo más cómodo. Lo más sencillo.

—Ya…

—Aitor, yo…

—Podrás verla cuando quieras —interrumpí—. Siempre y cuando Rocío esté de acuerdo. No voy a oponerme, sigues siendo su madre y te necesita, pero tampoco insistiré en que te llame o quede contigo. Será su decisión.

—Gracias. Me conformo con eso. —Agachó la cabeza—. Siento que lo nuestro termine así. Merecíamos un final mejor.

—Es el final que decidiste escribir... —Otra pulla innecesaria.

Un nuevo silencio creció a nuestro alrededor como la maleza en tierra fértil. Silvia hizo ademán de tomar mi mano, pero se arrepintió antes de llegar a hacerlo.

—Será mejor que me vaya.

—Sí. Será lo mejor.

Una contundente oleada de liberación arremetió contra la pedregosa playa de mi angustia, barriendo todos los guijarros amontonados en mi interior. Cuando el oleaje retrocedió, quedó solo una ensenada de arena dorada, desde donde el alivio y la satisfacción contemplaban el mar.

Cuando llegó Rocío aquella tarde, me encontró en la terraza, observando el lento arrastrar de las nubes por el firmamento.

—¿Qué haces, papá?

Sin omitir nada, le conté lo ocurrido aquel día, tanto por la mañana como por la tarde. Desde el intercambio de fuego cruzado y bombas de racimo, hasta la aparición de su madre, enarbolando la bandera blanca. Rocío escuchó con atención todo cuanto le conté, sin interrumpirme una sola vez, frunciendo los labios ante los episodios desagradables y esbozando una contenida sonrisa ante el último tramo del relato. Cuando terminé de hablar, se tomó unos segundos para pensar, dejando vagar la mirada por los tejados más cercanos.

—¿A ti te parecería bien? —preguntó, al cabo de unos instantes.

—Es tu madre, tesoro, y te quiere muchísimo. Nunca me parecerá mal que quedes con ella y la tengas al tanto de tu vida.

Asintió con la cabeza, meditativa, y volvió a dejar vagar la mirada por el paisaje urbano.

—Escucha. No tienes porqué decidirlo ahora —expliqué—. Quizá, en estos momentos, no te apetezca verla ni hablar con ella, pero más adelante todo eso puede cambiar. Consúltalo con la almohada las veces que sean necesarias, ¿de acuerdo?

—Vale —aceptó con una sonrisa que denotaba alivio—. Lo pensaré.

La besé en la frente y me separé de la barandilla.

—Voy a preparar la cena. Se nos ha hecho un poco tarde.

—Oye, papá… —Me volví desde la puerta de la terraza. Me sorprendió verla ruborizada y algo nerviosa. Se retorcía continuamente los dedos y su mirada parecía un pajarillo que no encontraba donde posarse—. Un compañero de la academia de inglés me ha invitado a ir al cine… ¿Puedo ir?

¡Santo cielo! ¡Con el amor preadolescente hemos topado!, maldije para mis adentros.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Puse los brazos en jarra.

—¿Lo conozco?

—No creo. Es nuevo. Se apuntó la semana pasada.

—Y ¿tiene nombre ese compañero nuevo de la academia de inglés que se apuntó la semana pasada? —pregunté con cierto retintín.

—Se llama Marco, y no me gusta nada ese tono que has puesto —dijo, riendo. El rubor de sus mejillas conquistó todo el rostro y parte del cuello.

—Marco —repetí, pensativo—. Al parecer, también yo tendré cosas que consultar con la almohada esta noche.

Ladeó la cabeza (como hacía su madre) y me dedicó una mirada cómicamente intimidatoria. Una sonrisilla se asomaba continuamente a la comisura de sus labios.

—Vale, vale. Está bien —cedí. Saqué la cartera y le ofrecí un billete de veinte, que retiré cuando fue a recogerlo—. Pero iré contigo. No entraré en la sala, pero te acompañaré hasta allí y esperaré a que termine la película para volver a casa. Sigues teniendo doce años.

Me observó, después contempló el billete que sostenía en la mano, sopesó las opciones y decidió no arriesgarse a una negociación. Cogió el dinero.

La madre de Marco, Verónica, también acompañó a su hijo a la "cita". Nos presentamos tímidamente y los vimos partir hacia la sala, hombro con hombro, mientras compartían una bolsa de golosinas.

—Se nos hacen mayores… —comentó ella.

Y de pronto, sin motivo aparente, de mi umbrío interior surgió una sonrisa sincera, en absoluto forzada. Quizá la primera desde que mi mundo comenzara a desmoronarse.

"Se nos hacen mayores".

Comenzamos a hablar de forma natural, como si fuésemos dos viejos amigos que se reencuentran pasado un tiempo. Era extrovertida, de sonrisa fácil y encantadora. Cuando le propuse sentarnos a esperar en una cafetería cercana, aceptó de buen grado, y continuamos charlando: de nuestros hijos, de nuestros hobbies, de nuestra vida.

Se me pasó la tarde volando, en un abrir y cerrar de ojos, y cuando regresamos a casa, me sorprendí pensando en ella en varias ocasiones. ¡Joder! Echaba de menos su mirada intensa, teñida del verde de alta montaña; la curva de sus labios al sonreír y el suave hoyuelo que se formaba en su mejilla; la manía de colocarse aquel travieso mechón de pelo detrás de la oreja, como un ramillete de trigo. La echaba de menos a ella. La tranquilidad que me reportaba, la confianza que me transmitía.

"Joder, Aitor, que has estado con ella un par de horas…", me recriminé, cuando frente al espejo del cuarto de baño, su imagen regresó a mi memoria. *"¡Quítatela de la cabeza! No te compliques más la existencia.*

Pero no hice caso de mi propio consejo y me la compliqué. Era lo que me pedía el cuerpo. Así que, teniendo a nuestros hijos como intermediarios y excusa, continuamos viéndonos varios días por semana.

Después de una nueva sesión de cine vespertino, mes y medio después de nuestro primer encuentro, cenamos los cuatro juntos en una hamburguesería cercana, mientras Rocío y Marco, entusiasmados, nos relataban, fotograma a fotograma, la película que acababan de ver. Fue bonito, estimulante, sentir de nuevo la sensación de estar en familia. Mientras los chicos hablaban sin parar, Verónica y yo permitimos que hablasen las miradas y las sonrisas. Pura elocuencia atrapada en un casi imperceptible ademán. Bajo el disfraz de una amistad por conveniencia, nuestra relación crecía, se asentaba, se volvía más íntima y profunda, más intensa.

Me despedí de Marco chocando el puño y de Verónica con un abrazo contenido, cargado de una nostalgia que se cristalizaba ante nuestros ojos. Después, cada uno partió hacia destinos distintos.

Pasé un brazo sobro los hombros de Rocío y, rememorando lo mejor de la película, nos dirigimos al coche.

Me senté frente al volante, pero no arranqué. Me quedé mirando al frente, aturdido, como si alguien me hubiese desfragmentado. Como si hubiesen arrancado una parte de mí y ese vacío palpitase de dolor.

—Oye, papá, ¿cuándo le vas a pedir una cita de verdad?

Miré a la niña a través del espejo retrovisor, sorprendido, como el ladrón descubierto en pleno allanamiento.

—¿Cómo? —Fue lo único que acerté a decir en aquel momento, intentando ganar tiempo. Sentí que me ruborizaba. Agradecí la penumbra que nos rodeaba.

—Es evidente que te gusta. Y que tú le gustas a ella. No sé a qué estáis esperando, la verdad —disparó con una contundencia abrumadora. Todo pragmatismo.

—Cariño… —titubeé y volví a enredarme en el silencio.

—Me alegro por ti, papá, de verdad —concluyó, inclinándose hacia adelante y apoyando una mano en mi hombro—. Yo solo quiero que seas feliz.

Estupefacto, le mantuve la mirada en el cristal. La curva de sus labios parecía volverse más pronunciada a cada instante.

—¿Y tú desde cuando eres tan observadora?

—¿Observadora? Hasta el vendedor de la ONCE que hay frente al mercado sería capaz de verlo.

Sacudí la cabeza, sonriendo tan incrédulo como abochornado, y giré la llave en el contacto. Bajo un aluvión de preguntas comprometidas en las que chapoteé con evidente torpeza, conduje hacia casa.

Jodido, pero contento, como suele decirse.

LENA JANKOVIC.

Hotel Pullman, Bordeaux. 23 de octubre. 00:07h.

Fue como toparse de bruces con un trauma sangrante; con una aberrante pesadilla de infancia; con la más funesta y desgarradora de las fobias.

ÉL. Con mayúsculas.

De nuevo envuelto en un albornoz, esta vez blanco, y luciendo aquella sonrisa de fiel y respetado parroquiano. De los que comulgan y todo. Y dibujan con vehemencia la señal de la Santa Cruz sobre su maldito pecho.

¡Menudo hijo de la gran puta!

—Me alegra verte al fin, Jelena —saluda, recogiéndola en el mismo abrazo paternal de la primera vez—. Te he echado de menos.

Paralizada por el miedo, permanece como una figura de madera, impertérrita, fría, mientras él acaricia su espalda y absorbe el aroma de su cabello, quizás procurando evocar viejos recuerdos.

Terroríficos recuerdos.

La suelta y, con el ceño fruncido, mantiene la mirada fija en un punto a su espalda.

—¿Desea algo?

—No —responde Darko, tajante, mientras muestra una tarjeta de acceso—. Por el momento, me quedo fuera.

Lena percibe en aquellas palabras el crepitar de una amenaza latente. También debió de percibirla su cliente porque, confuso, busca explicaciones en el océano helado de su mirada. Seguramente, pueda atisbar el miedo bajo la capa de hielo; sin duda, percibe el rechazo que bulle bajo la superficie congelada.

—Entiendo... —acepta, sacando a pasear de nuevo su encanto—. Está bien. ¿Quieres entrar? —pregunta, dirigiéndose a ella.

Traga bilis.

—¿Tengo más opciones?

Tranquilidad y paciencia en sus facciones, oscuridad y rabia en su mirada.

—*S´il vouz plaît*... —pide, ofreciéndole la mano con la palma hacia arriba, como haría un caballero de película.

Pon de tu parte, Jelena. Todo saldrá bien esta vez, se anima.

Deja escapar un suspiro y, obviando la mano suspendida ante ella, entra en la habitación: una suite amplia, muy luminosa y evidentemente cara.

Cuando escucha que la puerta se cierra a su espalda, lejos de evidenciar el miedo que la posee, se adentra en la estancia y camina hacia la ventana, rodeando la enorme e impoluta cama, sobre la que descansa la ropa del hombre. Se coloca bajo el chorro de luz de luna que se filtra a través del cristal y otea el paisaje. Desde aquel cuarto y último piso del hotel tiene vistas a la ciudad iluminada, a un pequeño lago de aguas oscuras que se extiende más allá de la propiedad y a la zona de la piscina, en desuso en aquellas fechas y horas, aunque limpia y disponible para los más valientes.

Nota que unas delicadas manos se posan sobre sus hombros. Si no lo conociese, si no supiera de lo que es capaz, aquel contacto le hubiera resultado reconfortante.

—Esto no era necesario, Jelena.

—Yo creo que sí —espeta ella, engrosando la atmósfera, sin perder de vista los reflejos azulados que exhala la piscina allá abajo.

—Comprendo tu temor. Se me fue la mano —reconoce—, pero en esta ocasión solo pretendo compensarte. Será una velada tranquila, te lo prometo.

Guarda silencio. No se va a dejar engañar.

Él la hace girar y quedan enfrentados. Mirada contra mirada.

La luz difusa clarea los ojos del hombre y suaviza las líneas de expresión. Igual que aquella primera vez, piensa en él como un hombre atractivo. Un puto degenerado atractivo.

—Perdóname, te lo ruego —suplica, hundiendo la mirada en sus ojos, horadando su sensibilidad—. Solo quiero seguir viéndote. Que lo nuestro sea algo especial.

¿Especial? Pagas, me invitas a cenar, me follas hasta quedar saciado, en el mejor de los casos, y te largas. ¡Sí, puro romanticismo!

—A mí también me gustaría —se escucha decir. Cosas de haber sido educada para la más absoluta sumisión.

Él sonríe y le toma las manos.

—Me alegra oír eso. De verdad. —Todo en él (sus palabras, sus gestos, sus actos) parece real, sincero, pero el tono mate de su mirada, aquella opacidad... —. Ven. Te he traído algo para la cena. Espero que sea de tu talla.

Rescata una pequeña maleta de mano de un rincón y la abre sobre la cama. Extrae una caja negra con cinta roja y una bolsa de tela negra. Él mismo desenvuelve el paquete: un vestido. Precioso.

Lo acepta con una sonrisa aséptica, lo estira y lo superpone sobre su cuerpo.

—Es muy bonito.

—Los zapatos van a juego. Estarás radiante.

—Gracias.

—No hay de qué. —Se miran durante unos segundos, mudos—. ¿Sabes qué? Dejaré que te lo pruebes mientras me doy un baño. —Estira las solapas del albornoz—. Estaba a punto de meterme en el jacuzzi cuando has llegado. Acabo de regresar de Frankfurt, un aburrido viaje de negocios, ya sabes, y necesito eliminar el cansancio. —Una pausa tensa. Un brillo lascivo entre la neblina que puebla sus ojos—. Puedes acompañarme si quieres...

Se mantienen la mirada unos segundos. Después, ella la desvía hacia el vestido que aún tiene en las manos.

—En cinco minutos entro para que veas como me queda.

—Estoy deseando verte con él —dice, pero suena como: *estoy deseando verte con él alrededor de los tobillos, mientras te penetro por el culo con un rizador de pelo.*

Una nueva sonrisa forzada le despide mientras se cuela en el cuarto de baño. Cuando entorna la puerta, ella, sin moverse del

sitio, comienza a barrer la habitación con la mirada en busca de algo que pueda servirle de ayuda. Desesperada, se atreve a deslizar la puerta del armario, a abrir los cajones de la cómoda y también los de las mesitas de noche. Solo encuentra decepción.

Resignada, no tarda en darse por vencido. Se acerca a un espejo de pared que cuelga frente a la cama. Observa a la muchacha asustada. Aquello en lo que la han convertido. Y entonces, recuerda los informes que vio sobre la mesa de Alfredo antes de salir hacia Burdeos. Le vienen a la memoria aquellas niñas despreocupadas y felices.

Desprotegidas.

Aprieta los dientes y mete la mano en el bolsillo. Allí está el informe que se llevó del despacho de Alfredo. Lo despliega y contempla el rostro sonriente de una adolescente normal y corriente, sin preocupaciones ni miedo. ¿Por qué iba a ser diferente?

No voy a permitirlo…, se dice.

Acto seguido, con un objetivo en mente, dobla el papel y lo devuelve al bolsillo.

—Ahora tenemos una misión —le susurra, con determinación, a la chica del espejo, que le devuelve un firme asentimiento. Brilla la confianza. Incluso llega a sonreír.

Espoleada por su espontánea decisión, se desnuda y se enfunda el vestido. Le queda bien. Muy bien. También los zapatos son de su número.

De manera intencionada, encuentra la imagen que le devuelve el espejo. Una princesa moderna: vestido de muselina negra, entallado en la cintura, escotado y con apertura frontal hasta medio muslo. Los zapatos son de terciopelo, también negros, de tacón alto y punta peligrosa. Pasaría por una actriz de Hollywood si la colocasen una alfombra roja bajo los pies.

Toma aire y lo suelta muy despacio. Repite la operación en varias ocasiones, hasta que se ve con fuerzas. De la mano de la desidia y la inapetencia, se aproxima al cuarto de baño y empuja la puerta.

Puedo hacerlo. Puedo ayudarlas a todas.

Un mar de vapor luminiscente y aromático flota ante ella. Hace calor y la humedad resulta asfixiante. Entre la cortina de vaho

consigue distinguir el jacuzzi en una esquina, y dentro, recostado bajo una manta de espuma blanca, aparentemente dormido, visualiza al monstruo de sus pesadillas. Ojos cerrados y brazos apoyados en el borde de la bañera, sumido en una relajación absoluta.

No lo puede evitar. Su mente se dispara y le ofrece un carrusel de imágenes en el que aquel ser despreciable aparece con el cuello abierto, la mirada clavada en el techo, flotando en un agua rojiza.

Sacude la cabeza y se frota los lacrimales, procurando retirar aquella gratificante imagen de su retina.

Escupe un suspiro y hace de tripas corazón.

—¿Te gusta?

El hombre abre los ojos y se incorpora levemente. La observa. Primero con asombro; luego con una creciente lujuria. Allí, dentro del agua, se asemeja a un cocodrilo a la espera de lanzar su ataque.

—¡Me dejas sin palabras, Jelena! —dice, sin dejar de saborear su cuerpo—. Solo un pequeño detalle. Acércate, por favor.

Se aproxima a la bañera.

Ojalá tuviese una cuchilla de afeitar, un puñal, un hacha mellada, una maldita motosierra oxidada para rebanarle el pescuezo…

—Siéntate —pide, dando unas palmaditas en el borde.

—Mojaré el vestido.

—Da igual. Siéntate aquí. —De nuevo la misma concatenación de palmadas sobre la porcelana blanca.

Sin mostrar emoción alguna, obedece y toma asiento de espaldas a él. Al momento, la cremallera del vestido crepita en dirección descendente y nota sus asquerosos y húmedos dedos peleándose con el cierre del sujetador.

Aprieta los dientes y contiene el impulso de alejarse. O de girarse y hundirle la cabeza bajo el agua. *¿Tendría la fuerza suficiente…?*

Años después, consigue abrir el cierre. Es entonces cuando planta la mano en su espalda y se recrea en un lento recorrido ascendente.

Le resulta repulsivo, como el baboso arrastrar de un caracol gigante.

La mano llega a sus hombros y retira los tirantes del sujetador. Primero uno, después el otro.

Lena ya no está allí. No es consciente de lo que ocurre. *Su ventana.* Tiene la cabeza en otro lugar. En otro mundo. Piensa en la suerte. En lo caprichosa que puede llegar a ser. ¿Aliada o enemiga? Juguetona, desde luego, se comporta como un borracho que camina sobre una línea dibujada en el suelo: incapaz de mantenerse encima del fino trazo, siempre tambaleándose hacia uno de los lados. Y ¿quién se fija en un insignificante borracho? ¿Quién intenta ver más allá del mero estado en el que se encuentra? Pocos. Muy pocos. La gente prefiere ignorarlo, pasar de largo y mirar para otro lado, incapaces de reconocer lo que es en esencia.

Afortunadamente, ella acaba de hacerlo. Acaba de mirar a los ojos de aquel "borracho" tambaleante y ha reconocido en sus facciones el rostro de la suerte. Y esta le ha sonreído. Incluso le ha guiñado un ojo.

—Quítatelo —pide él.

Ha notado el cambio en la inflexión de su voz. La excitación comienza a transformarlo.

—Puede verse a través del escote. Resulta vulgar e indecente.

Como un autómata, introduce la mano en el escote y retira el llamativo sujetador rojo. Sin volverse, lo lanza hacia atrás, al interior del *jacuzzi*. ¡Qué más da! Tiene otras preocupaciones en la cabeza. Tiene una fijación enfermiza hacia el objeto que cuelga en la pared, apoyado en un soporte plateado.

Un secador de pelo.

Un secador de pelo con un cable negro que zigzaguea por la pared.

Un secador de pelo con un cable negro que zigzaguea por la pared hasta morir en un enchufe.

Traga saliva y nota el burbujeo de la excitación propia en las entrañas. Una sensación mucho más grata que un orgasmo.

—A ver ahora —dice el hombre a su espalda—. Déjame verte.

Se pone en pie y, reticente a perder de vista la llave de su salvación, se gira hacia él, que la estudia con detenimiento, al tiempo que una mordaz sonrisa se perfila en sus labios.

—*Parfait* —sentencia. Se humedece los labios. Asco. Odio—. Jelena, me gustaría que estuviese seco para la cena… por qué no te

lo quitas y vienes aquí conmigo. Hay hueco para los dos y tenemos tiempo de sobra antes de bajar al restaurante.

No lo jodas ahora.

Consigue construir algo parecido a una sonrisa pícara, y actúa. De manera sensual, desliza los tirantes del vestido por sus hombros y este cae tironeado por la propia gravedad. Con las manos, sutil, detiene la caída de la prenda antes de que sus pechos queden al descubierto.

—Cierra los ojos —pide, con una voz irrechazable. El canto de una sirena.

La mirada del hombre se enciende, arde. La provocación es como gasolina para el fuego de su excitación.

Obedece y sus pestañas se abrazan.

Es su momento. La oportunidad que tanto ha ansiado. Retrocede, sin perderlo de vista, y recoge el secador de pelo. Con una ojeada rápida, comprueba que el cable sea lo suficientemente largo y, entonces, presiona el botón de encendido. El rugido del aparato provoca un cómico respingo en el hombre de la bañera, que abre los ojos, confundido.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, por encima del molesto ruido.

No responde y, sin dejar de mirarlo a los ojos, se acerca a los pies del jacuzzi, donde él no tenga opción de detenerla. Alza el aparato y lo hace pender sobre el agua, sosteniéndolo solo con el índice y el pulgar.

—Te pagaré cuanto quieras…

—No quiero tu asqueroso dinero.

—Pídeme lo que sea. Te lo daré. ¿Qué quieres?

—Quiero presenciar el momento exacto en el que la vida escapa de tu asqueroso cuerpo.

Él traga saliva y mira alrededor, buscando el modo de salir de aquel embrollo. Cuando entiende que las opciones escasean, que está a merced de su voluntad, vuelve a fijar la mirada en ella.

—No lo harás —asegura, intentando mostrarse firme.

—Qué bien me conoces… —Sonríe y separa los dedos.

Los relámpagos azulados que brotan del agua duran escasos segundos, el tiempo que tardan en saltar los fusibles. La descarga

no ha sido lo suficientemente intensa como para matarlo, pero sí para dejarlo aturdido, inmóvil, mientras flota en el agua.

Tira del cable para recuperar el secador y se arrodilla en el suelo, junto a la cabeza del hombre.

—Si te parece bien, mejor cancelamos la cena —sugiere antes de sumergirle bajo el agua.

Apenas logra pelear unos instantes antes de dejarse acunar por el frío abrazo de la muerte. Sin embargo, ella mantiene la presión mucho más tiempo del necesario, sin perder de vista aquellos ojos abiertos, vacíos, áridos de toda vida. Lo ha derrotado. ¡Ha vencido al monstruo!

Lo suelta con desprecio, con el gesto crispado y se pone en pie. Una sonrisa real, preciosa, baila en sus labios. Escupe en el agua antes de salir del cuarto de baño. No dispone de mucho tiempo. Alguien irá a comprobar por qué se ha ido la luz.

Fija su mirada en la maleta y la ropa que hay sobre el colchón, pero cuando se acerca, el timbrazo del teléfono está a punto de detener su corazón. Ahoga un chillido cubriendo su boca con las manos y aguarda un momento para recuperar un ritmo más normalizado en sus pulsaciones. Después, ignora la llamada y se pone a trastear la maleta del cadáver en busca de algo que pueda serle útil. Debajo de un par de camisas, halla una cuerda, un punzón, un puño americano, algunas gasas y unas tijeras. Una sensación de vértigo se adueña de su estómago. Reprime una náusea.

—Hijo de la gran puta —masculla, intentando no pensar en el propósito de todo aquello.

El teléfono enmudece, pero inmediatamente vuelve a rasgar el ominoso silencio.

Sigue registrando las pertenencias del muerto y, en un bolsillo de la chaqueta, encuentra la cartera: varias tarjetas de crédito y dinero en efectivo. La suerte sigue de su lado.

¿Hasta cuándo?

También encuentra un DNI: Milan Horvat. En la fotografía parece un tipo normal y corriente. No hay rastro del monstruo en aquella mirada.

El teléfono vuelve a quedar silenciado. El mutismo que domina la habitación parece tener vida propia. Quiere tragársela.

Se olvida del registro y se apresura a recoger su propia ropa del suelo. Ha comenzado a quitarse el vestido, cuando, desde el exterior, le llega el rumor de unas voces. No alcanza a escuchar la conversación, pero distinguir las palabras "corte de luz", "llamando" y "echar un vistazo" es suficiente para disparar de nuevo su ansiedad.

A toda prisa, vuelve a colocarse el vestido y, con la ropa en los brazos, se acerca a la ventana. No hay tiempo para pararse a pensar. No hay tiempo para tener miedo. Así que, la abre y lanza todas sus pertenencias al vacío, para después encaramarse al alfeizar y echar un vistazo al lejano suelo. El estómago se le encoge hasta tal punto que solo siente un inmenso agujero negro, un vórtice que podría absorberla y reducirla a nada.

Un pitido anuncia la apertura de la puerta. Tiene que huir. Y hacerlo rápido.

Guiada por el pánico, desciende hasta la estrecha cornisa que discurre bajo la ventana y toma aire.

—¡Lena, no! —grita Darko tras ella. La voz teñida del color del pánico.

Gira la cabeza un instante, el tiempo justo para verlo cruzar la estancia a la carrera. Rostro desencajado. Desesperación en los ojos.

Le sonríe.

Y se lanza al vacío.

Mientras surca el aire, no sabe de qué lado de la línea se tambalea el borracho esta vez.

YO, AITOR CASTRO.

23 de octubre. 8:52h.

Sábado por la mañana. La alborada se cuela en tropel en la habitación, descarada, pintando las paredes con las tonalidades del amanecer. Todo parece refulgir bajo el influjo de aquel velo dorado.

A través de la ventana, cuya persiana permanece totalmente subida, olvidada, puedo ver el tranquilo flotar de algunas nubes en el límpido cielo otoñal.

En silencio, exhalo un apacible suspiro y sonrío. Ha sido una noche mágica, especial; una de esas noches cuyas sensaciones se quedan adheridas a la piel y tardan días en desaparecer.

Y eso, en cierto modo, da miedo. Tanto en el plano positivo como en el negativo. Un temor incalificable. Un recelo cerebral, inmutable, insistente, en constante disputa con las sensaciones viscerales, las nacidas puramente de las entrañas.

¿Es demasiado pronto para aventurarse en una nueva relación cuando apenas empiezan a cicatrizar las heridas de la anterior? ¿Existe el *demasiado pronto* para ser feliz de nuevo?

Para olvidar mis cavilaciones, centro mi atención en un pequeño lunar que tiene en el hombro e intento recordar todos los que he ido descubriendo a lo largo y ancho de su cuerpo durante aquella maravillosa velada. Recuerdo una preciosa constelación salpicando su piel bajo el pecho izquierdo; recuerdo uno muy redondo en la base del cuello; y otros dos, muy juntos, que asemejan la mordedura de un vampiro, en el interior del muslo derecho. Los recuerdo todos. Tengo su cuerpo cartografiado en la cabeza: cumbres, valles, llanuras, bosques y desiertos ardientes. Si cierro los

ojos, si me concentro lo suficiente, puedo visualizar hasta el más mínimo detalle; incluso percibir sensaciones.

Aunque en este preciso instante no es necesario tirar de recuerdos. Está aquí, a mi lado, ofreciéndome su espalda desnuda. Apoyada sobre el hombro izquierdo, ofrece vistas al contorno de su cuerpo recortado contra la claridad que brinda el alba. Una cordillera de cumbres redondeados por conquistar y sugerentes senderos que recorrer. Una deliciosa aventura.

Alargo el brazo y, con la yema del dedo índice, acaricio la piel entorno al lunar del hombro. Después, muy despacio, paseo por su cuello y recorro el suave y cálido terreno de su espalda, milímetro a milímetro, notando cómo reacciona ella bajo mi tacto.

Verónica emite un dulce gruñido y se remueve sobre las sábanas, aún atrapada en las telarañas del sueño. El mismo recorrido que inicié con el dedo, lo repito con los labios, sembrando de besos una piel ya reactiva, encendida, animada. Al alcanzar el nivel de los omóplatos, ella gime, se despereza y se vuelve hacia mí. Sonríe sin abrir los ojos.

—Buenos días —susurro, pese a estar solos en casa.

—Maravillosos —subraya ella, rompiendo el abrazo de sus pestañas.

Nos quedamos mirándonos, embobados, como dos adolescentes que dan sus primeros pasos en los inestables terrenos del amor.

Me siento frágil, vulnerable y, por qué no reconocerlo, algo asustado. Es como si mi cuerpo se hubiese dividido. Corazón frente a Cabeza, cada uno con su séquito de consejeros y su ejército. Y dos posturas completamente opuestas. Irreconciliables. Mientras unos quieren tomarse las cosas con calma, los otros desean avanzar. Mientras unos piden tiempo, otros exigen una actuación inmediata.

—¿Te apetece desayunar? —pregunto, en un triste intento por vaciar mi cabeza.

—Hoy no vendrá tu hija, ¿verdad?

—No. Se quedará unos días con su madre. Están intentando volver a la normalidad.

—Me parece bien. Entonces, no hay prisa…

Se aprieta contra mí y nuestras bocas se unen, voraces, sedientas. Siento como mi cuerpo, aún aletargado, empieza a despertarse, espoleado por los reminiscentes destellos de la noche anterior. Poco a poco, de manera paulatina, sin llegar a ser conscientes de ello, volvemos a convertirnos en dos animales salvajes guiados por el instinto. Sin memoria. Sin ataduras. Sin complejos. Sin *temores.*

Tras una larga y reconfortante ducha en pareja, desayunamos pasado el mediodía, en la terraza, envueltos por el fresco soplo de una brisa agradable y el relajante concierto que nos brinda una orquesta de pajarillos. Frente a nosotros, sendas tazas de café y un par de rebanadas de pan tostado embadurnado en tomate y aceite.

Tomo mi tostada y me la llevo a la boca, sin llegar a morderla.

—El fin de semana que viene es el cumpleaños de Marco —lanza Verónica, a modo de obús, con la mirada puesta en las algodonosas y perezosas nubes. Tarde, puesto que los primeros destrozos ya se han producido, las alarmas antiaéreas empiezan a aullar dentro de mi cabeza—. Lo celebraremos en el piso de mi hermana. Sándwiches, juegos de mesa, videojuegos… ese tipo de cosas. Cuento con Rocío y contigo.

La proposición me coge totalmente desprevenido y despierta a la manada de monstruos que habitan mi cabeza: las dudas, la incertidumbre, la vacilación...

Tardo más de la cuenta en responder, incapaz de hallar las palabras adecuadas en aquel maremágnum formado en mi cabeza.

No estoy preparado para hacer pública esta relación, para exponerme a los juicios de terceros y a los comentarios bisbiseados a mi paso. Aún me escuece la herida abierta por el final de mi matrimonio. Aún supura y permanece inflamada. No creo que este sea el momento adecuado para nuevos compromisos. Para nuevas ataduras. Incluso, Silvia podría llegar a pensar lo que no es, sentirse ultrajada y reiniciar una nueva contienda que acabe desangrándonos a ambos. Destruyéndonos.

Ya es evidente… el bando que apoya a la Cabeza sale victorioso en las primeras escaramuzas.

Dejo la tostada en el plato, mientras un rictus más serio reemplaza la sonrisa que antes brillaba en el rostro de ella.

—¿Qué pasa? —quiere saber, mirándome con el ceño fruncido, mientras rodea con ambas manos la taza caliente.

—Nada. Es que no sé si podremos —intento esquivar. Demasiado tarde. Demasiado burdo.

Verónica suelta la taza y alarga la mano para asir la mía.

—Ya somos mayorcitos, Aitor. Puedes ser sincero conmigo y decirme lo que piensas. Si no te apetece, no pasa nada.

—No es eso… *(Solo que sí es eso)*

—Ya… No debí decirte nada —dice con firmeza, mientras coge la cucharilla, remueve el café y hunde la mirada en el torbellino creado, procurando arrastrar al fondo su desilusión—. Crees que es demasiado pronto, ¿verdad?

—No… No lo sé… Sí —acabo confesando—. Nos conocemos desde hace solo unos meses. Mi vida es una locura, está completamente patas arriba. Acabo de divorciarme, aún tengo pendientes algunos trámites de la custodia y, aunque me encanta estar contigo, no tengo muy claro lo que deseo en estos momentos. No quiero precipitarme y echarlo todo a perder. Creo que esto va demasiado rápido y temo estrellarme tras el primer bache. —Suspiro y la tomo de la mano—. Preferiría mantener esta relación en una especie de segundo plano y ver, con calma, hacia donde marcha todo.

Espero truenos y centellas, vientos huracanados y una despiadada lluvia torrencial que me deje helado; sin embargo, las nubes negras se disipan y el sol brilla, poderoso, desde los ojos de Verónica.

—El amor clandestino suele ser de lo más excitante —argumenta, con una sonrisa traviesa.

—Excitante, sí. Y mucho —coincido—. Pero en estos momentos, también considero que es necesario. Al menos, para mí.

Asiente con la cabeza, sin mostrar malestar alguno. Tampoco hay rastro de decepción o enfado en su semblante. Parece comprender mi situación, mi postura, mi decisión.

—Escucha, solo es una fiesta de cumpleaños. Habrá otros padres con sus hijos y cada uno irá a lo suyo. Simplemente serás el padre de una amiga de Marco. Nada más.

Me quedo mirando los posos del café, como si en ellos fuese a encontrar las respuestas a mi debatir interno.

—Aún queda una semana. Deja que me lo piense, ¿de acuerdo?

—Claro, piénsatelo —concede. Se levanta, rodea la mesa y se sienta a horcajadas sobre mis rodillas—. Pero piénsalo cuando estés a solas. Ahora… ¿qué te parece si volvemos dentro y ponemos a prueba nuestra *relación–clandestina–sin–etiquetas–ni–compromisos*?

LENA JANKOVIC.

En algún punto de Francia. 24 de octubre. 05:31h.

Sentada en la última fila del autobús, la paranoia la obliga a mirar por el parabrisas trasero cada pocos minutos. Esa zorra enloquecedora y rastrera parece divertirse susurrándole al oído, una y otra vez, que el Tesla negro de Darko aparecerá allí, justo detrás del autobús, pisándole los talones, en cualquier momento. Afortunadamente, siempre que se ha vuelto a mirar se ha encontrado con una carretera desierta, engullida por la negrura más absoluta.

Mira el reloj digital que hay sobre el conductor: son las cinco y media pasadas de la madrugada. Si sus cálculos son correctos, lleva más de cuatro horas huyendo y nadie parece seguirla. Nadie sabe hacia dónde se dirige. Y por ello, una suerte de excitación infantil se ha instalado en sus entrañas.

Todo ha pasado muy rápido desde que se precipitase al vacío desde la ventana de la habitación cuatrocientos doce del hotel Pullman de Burdeos. A un ritmo vertiginoso. Aún recuerda la sensación de libertad que invadió su mente cuando se ofreció al viento, cuando se lanzó a sus brazos en aquel acto inconsciente y desesperado. Fueron unos segundos eternos, hermosos, felices.

Liberadores.

Después, se zambulló en la masa de agua helada de la piscina y la realidad y el miedo volvieron de golpe, como un puñetazo directo a la mandíbula, que sirvió como recordatorio de lo que debía hacer: huir.

Rápido. Lejos.

Emergió del agua e, instada por el torrente de adrenalina que cabalgaba en sus venas, nadó hacia las escaleras más cercanas. Cuando pisó tierra firme, empleó un segundo en alzar la mirada y estrellarse contra los ojos de Darko, que la observaban desde la ventana del cuarto piso. Sin despedidas, recogió sus cosas, desperdigadas por el césped que rodeaba la piscina, cruzó la recepción del hotel y salió del edificio bajo la sorprendida mirada de los pocos trabajadores y huéspedes que merodeaban el lugar. Se lanzó a la carretera y, a los pocos segundos, se cruzó ante un vehículo para obligarlo a detenerse. Pese al susto inicial, la mujer que iba al volante supo descifrar el pánico de su mirada y no dudó en ayudarla. En pocos minutos, a un ritmo pausado, sin llamar en absoluto la atención, atravesaron Burdeos en dirección a la estación de autobuses.

Pese a la calefacción, el vestido mojado la mantenía prisionera del frío, de modo que, aprovechando el trayecto, pasó a los asientos traseros y volvió a ponerse su antigua ropa. La conductora no hizo preguntas. Eran del todo innecesarias.

Con sendas sonrisas y prescindiendo de las palabras, ambas mujeres se despidieron en la rue des Terres de Borde, donde Lena compró un billete de ida con destino San Sebastián.

Una hora después, el autobús verde de la empresa Flixbus cerraba sus puertas y comenzaba a dejar atrás parte de los demonios que la perseguían.

Ve amanecer en la playa de la Concha, sentada en la arena, descalza, muerta de frío y de miedo. Las olas rompen en la orilla, enloquecidas, comiendo terreno, rugiendo para que todo el mundo sepa de su presencia.

Podría haber sido una preciosa alborada, pero la densa capa de nubes grises no permite salir a escena al sol y, lo que pudo ser una mágica y colorida bienvenida, solo significa un triste anticipo de lo que está por llegar.

Suspira, mientras pasea la mirada por el mar encrespado y contempla la isla de Santa Clara, arropada por una etérea sábana de bruma, y flanqueada por los impresionantes montes Urgull e Igeldo, dos titanes pétreos que hacen las veces de feroces guardianes.

Comienzan a caer las primeras gotas y, desganada, no tiene más remedio que ponerse en pie y buscar algún lugar donde guarecerse. Se mete en una cafetería cercana con mucho revuelo y olor a café recién hecho. Tienen una extensa gama de bollería que hace rugir su estómago. Nada más sentarse en una de las pocas mesas libres junto al ventanal con vistas al mar (tristes vistas al mar), una camarera joven, latinoamericana, acude a tomarle nota. Con ayuda de las fotografías, pide un café solo y unas tostadas con mantequilla.

Sigue a la muchacha con la mirada mientras se mueve entre el mar de gente que llena el local. No está segura, pero cree haber detectado en aquella muchacha los mismos sentimientos, oscuros y retorcidos, que la destrozan a ella. Ese crudo temor, esa corrosiva angustia, esa desquiciante ansiedad. Ese todo que ataca desde dentro de uno mismo.

Apenas prueba las tostadas y se limita a remover eternamente el café, mientras deja vagar la mirada y la mente por el universo gris que se extiende a su alrededor. También por el que ocupa su interior.

¿Qué hago ahora?

No es que tenga demasiadas opciones, pero sí puede barajar alguna que otra decisión. Huir o quedarse. Luchar o esconderse. Ayudar o ayudarse.

—¿No es de su agrado, señorita? —pregunta la joven camarera, sacándola de sus pensamientos.

Sorprendida, tarda unos segundos en entender a lo que se refiere.

—*Oh, ja*. Yo no hambre. No sé por qué pedir —se justifica, desempolvando sus nociones de castellano. Entiende perfectamente el idioma, pero le cuesta pronunciar las palabras—. Puedes llevar. Yo pago.

La camarera se lleva el desayuno y lo deja en una esquina de la barra. Un hombre, seguramente el dueño, se acerca y le pregunta algo. Mientras ella le explica, él coloca un brazo sobre sus hombros. Podría haber sido un gesto de amistad, de familiaridad, pero la tensión que percibe en el cuerpo de ella al producirse aquel contacto delata la verdad.

Continúan hablando durante unos segundos, hasta que el hombre ordena algo y la anima a llevarlo a cabo propinándole un

inapropiado azote.

—*Prasic pasji sin* —masculla para sí misma, mientras observa como la camarera regresa hacia su mesa con la cabeza gacha.

—El jefe me permite servirle otra cosa si lo desea, señorita.

—Tú mira —pide. La chica, más sorprendida que obediente, alza la mirada a sus ojos—. ¿Cómo tú llamas?

—Sofía.

—Nombre bonito —concede—. Sofía. ¿Poder hacer pregunta?

—Claro. Usted dirá.

—¿Cuánto tiempo trabajando aquí?

—Dos meses. ¿Por qué? ¿Hice algo mal? —responde, nerviosa, con el ceño fruncido, sin entender a dónde quiere llegar.

—Todo perfecto. No preocupar —la tranquiliza—. Yo doy consejo, Sofía: próxima vez que capullo de jefe te toque, tu das rodillazo en… ¿Cómo se dice? —Se lleva las manos a la entrepierna.

—¿En los huevos?

—¡Eso! En los huevos. Uno fuerte. Él no olvidar —la joven se ruboriza y se muestra avergonzada—. Escucha. Tú necesitas trabajo, sino no aguantar ese cerdo, pero o paras pies ahora o acabas chupando bajo mesa de despacho después de cerrar. Tú decidir. —Se pone en pie, al tiempo que lanza un billete de diez sobre la mesa —. Qué pases buena mañana, Sofía.

Espera haber ayudado a aquella joven. Lo desea con toda el alma. Anhela haber conseguido asustarla lo suficiente como para hacerla recapacitar, que rumie bien la situación y escupa su decisión a la cara de aquel jodido aprovechado. Ojalá le reviente los huevos la próxima vez que ose tocarla.

Está tan enfrascada en sus cavilaciones, que no se percata del chico que camina hacia ella hablando por el móvil, despistado. Solo es capaz de distinguir una gorra azul con el escudo de la Real Sociedad antes de chocar. El chico, altísimo y muy delgado, se la queda mirando, pero ella continúa su camino tras mascullar una disculpa, sin alzar la cabeza.

¡Qué ingenuidad! Para cuando quiere darse cuenta, ya es demasiado tarde. La cartera que ella misma había tomado prestada del cabrón al que dejó flotando en la bañera del hotel y que llevaba

en el bolsillo de su abrigo, ha vuelto a cambiar de manos sin darse cuenta. La suerte, aquella borracha traidora, acaba de cambiar de acera.

Sin dinero ni lugar a dónde ir, se dedica a deambular por la ciudad, bajo la fina y persistente llovizna. Va a la estación de autobuses e intenta colarse en uno con destino Burgos. El conductor acaba echándola de malos modos cuando el sitio que ocupa es reclamado por otra persona que facilita el billete y el justificante de pago.

Intenta la misma operación en la estación de trenes.

Al llegar, permanece unos segundos revisando las próximas salidas y destinos y finalmente se decanta por un convoy que hace la ruta San Sebastián–Logroño. Sin embargo, no logra acceder ni al andén. Alguien debe haberse percatado de sus intenciones, ha dado el chivatazo y un miembro del equipo de seguridad la acompaña hasta la salida. Como despedida, amenaza con avisar a la policía si vuelve a verla merodeando por allí.

A mediodía, con el estómago suplicando alimento, decide meterse en un gran supermercado y rentabilizar el tiempo que tardan en descubrirla. Como un cliente más, se hace con un carrito que zozobra hacia la izquierda y comienza a pasear entre los diversos estantes. Para disimular, coge un bote de detergente, papel higiénico y un paquete de comida para perro. Después, haciendo de tripas corazón, toca arriesgar. Toma un plátano de la frutería y se lo come disimuladamente mientras finge buscar algo en el pasillo de las conservas. Sigue el mismo ritual con una bolsa de magdalenas y con un par de yogures. Saciada y con la intención de no seguir arriesgando, abandona el carrito en un pasillo cualquiera y se marcha del establecimiento sin llamar la atención de ningún empleado.

No tiene la misma suerte a la hora de la cena, cuando intenta repetir la operación en un local distinto. Desde el primer momento, el vigilante de seguridad se fija en ella y comienza a seguirla.

¡Ay que joderse! Tuvo que tocarme el del complejo de policía.

Le da esquinazo como puede, volviendo sobre sus pasos, y se adentra en el pasillo de las galletas. Cuando intenta llevarse a la

boca una, el hombre aparece al final del pasillo y se acerca a ella con las manos unidas a la espalda.

—¿Está buena? —pregunta, muy serio.

Se queda callada. Se limita a soltar la galleta, mientras le mantiene la mirada al *segurata*. Algo cambia en la expresión del hombre: sus ojos se ablandan, se vuelven más humanos. No obstante, alarga la mano para que le entregue el paquete abierto. Ella obedece, avergonzada.

—Y ahora, por favor, acompáñame a la salida sin montar un espectáculo.

Cabizbaja y hambrienta, se encamina al exterior, precediendo al guardia.

—Eh —llama su atención al cruzar las puertas del establecimiento.

Se vuelve, temerosa de que el otro se empeñe en llamar a la policía, y ve que el hombre se aproxima a ella. Le tiende el paquete de galletas.

—Está abierto y no puede ponerse a la venta —explica—. No quiero volver a verte por aquí, ¿de acuerdo?

Lena recoge el paquete, asiente con la cabeza y le ofrece una fugaz sonrisa de gratitud, antes de perderse en la noche neblinosa, hacia ningún lugar en concreto.

Lleva un par de horas callejeando por la ciudad, descartando lugares donde pasar la noche, cuando ve la señalización que anuncia el Polígono 27, un área industrial a las afueras de la urbe. Es de suponer que, a aquellas horas, ya noche cerrada, el lugar esté desierto y ella pueda meterse en cualquier nave desvencijada o garita de vigilancia abandonada.

Puede ser una buena opción.

Y hacia allí se encamina. Tras desorientarse y preguntar a un par de taxistas, acaba encontrando el polígono cerca de las once de la noche. Como imaginaba, está desierto. Ni un alma deambula por aquel triste entramado de naves y calles solitarias, donde solo parece sobrevivir el silencio y la desidia. Al cabo de unos minutos recorriendo la zona, detecta una nave que parece abandonada: letrero ilegible, ventanas rotas, puerta devorada por el óxido. Se acerca y se sube a una vieja furgoneta sin ruedas para echar un

vistazo a través de una de las ventanas sin cristal. Nada. Oscuridad y un estado de deprimente abandono. Aquello lleva muerto desde hace mucho tiempo.

Sopesa la idea de intentar acceder por la ventana, pero no parece lo suficientemente grande para permitir el paso de su cuerpo. Salta de la furgoneta y se aproxima a la puerta. De apariencia robusta, tiene su punto débil en la mitad inferior, donde la herrumbre ha carcomido y debilitado el metal. Comprueba su resistencia con un par de patadas. La chapa se queja y se desprende con facilidad. Tarda poco más de un minuto en abrir un agujero por el que acceder al interior, arrastrándose, como una vulgar zarigüeya famélica. La luz anaranjada de las farolas se filtra por las pequeñas ventanas y lame con timidez la oscuridad reinante. Un espacio inmenso, inabarcable debido a la penumbra, se abre ante ella como las fauces de un lobo.

Chasquea la lengua, decepcionada. No era aquel un buen sitio para pasar la noche. Las corrientes de aire abofeteando sin pudor alguno, sembrando el frío por doquier, mientras el maltrecho tejado filtra el agua de lluvia, creando la sensación de estar en una húmeda y oscura caverna. El goteo constante repica a su alrededor: la banda sonora de una película de terror.

Pese a todo, se adentra en la nave en busca de algún cuarto más recogido y cálido. Se topa con una vieja carretilla elevadora sin uno de los dientes y las ruedas desinfladas, varias cajas de cartón vacías amontonadas en una esquina y lo que parecen ser los restos de una antigua e inutilizada cinta transportadora. Detrás, jugando al escondite con la penumbra, distingue el contorno de una escalera que asciende hacia la negrura.

Se acerca y comprueba su estado. Quizá se equivoque, pero parece segura. Inicia el ascenso agarrada a la gélida y herrumbrosa barandilla. Cuando ya comienza a discernir la silueta de una pequeña construcción en voladizo y sus esperanzas reviven, un ruido proveniente de las entrañas de la nave la obliga a detenerse y echar un vistazo al mar de oscuridad que la envuelve. Ha sonado como si alguien hubiese dado una patada a cualquier cosa que anduviera tirada por el suelo.

Se queda muy quieta y contiene el aliento, como si aquello le permitiese afinar más el oído y la vista. Incluso su intuición.

Puede escuchar su propio latir. Sentir la sangre palpitando a lo largo y ancho de su cuerpo. Pero no ve nada ni oye nada.

¿Qué opciones hay de que alguien me haya seguido hasta aquí? Y ¿con qué intenciones?

Podría tratarse de cualquier *hijoputa* que la haya visto vagar sola. Una chica como ella siempre llama la atención: guapa, solitaria, desprotegida… Una presa fácil.

O, peor aún, podría ser Darko u otro miembro de la red dispuesto a devolverla al puñetero redil.

Podría darse el caso de que ya hubiese alguien dentro antes que ella: algún vagabundo borracho o cualquier prostituta con su cerdo particular.

O podría ser mucho más simple y tratarse de algún gato… o de ratas. O simplemente del viento, empujando algún trasto inútil por la inmensidad de la nave.

El caso es que, exceptuando el silbido de las corrientes de aire y el repicar de la lluvia en el tejado, todo permanece en silencio allí dentro.

A pesar de ello, se mantiene en guardia algunos minutos más, escudriñando la negrura desde la privilegiada posición que le ofrecen los peldaños superiores de la escalera. Nada. No atisba ningún movimiento extraño ni escucha ruido alguno que pueda alimentar sus sospechas.

Finalmente, más relajada, traga saliva y suelta un suspiro, antes de subir el siguiente peldaño.

Las escaleras mueren a las puertas de una pequeña oficina que nadie se ha molestado en desmontar. Iluminada por la tenue luz de la noche que se filtra por una enorme claraboya abierta en el techo, puede distinguir una sencilla mesa de recepción y un gran armario archivador con estanterías a la derecha de la entrada, todo cubierto de polvo. A la izquierda, se abre una puerta que conduce a un cuarto de baño. Entra y prueba los grifos y los interruptores. No hay luz ni agua.

Estupendo…

Sale de nuevo y se adentra en la oficina, enfilando el pasillo que discurre al frente, entre una destartalada máquina expendedora vacía y una fuente inútil. Un par de puertas abiertas franquean el acceso a sendos despachos. El primero, el de la derecha, está dominado por un gran escritorio mohoso, una estantería vacía y un par de sillas de aspecto endeble. Tiene más suerte con el otro, donde además del mobiliario anterior, también destaca un sofá de tres plazas, más o menos en buenas condiciones, y otra claraboya en el techo.

Peor sería dormir en la calle o en el suelo helado, se anima.

Entra en el despacho y estudia el estado del sofá. Servirá. De todos modos, no tiene otras opciones que barajar.

Se recuesta, cierra los ojos, permite que un par de pensamientos se paseen por su memoria de manera cansina, y a los pocos segundos, se tumba sobre los destemplados y malolientes cojines. Ojalá hubiese sido lo suficientemente previsora como para haber cogido algunos cartones o plásticos de los que encontró abajo.

Mientras las ondas concéntricas de aquella idea aún hacen oscilar las aguas de su cerebro, cierra los ojos y permite que el cansancio la vaya derrotando poco a poco.

Está al borde del KO absoluto cuando, con un ruido sordo, algo cae muy cerca de ella, en el suelo, junto al sofá.

Se incorpora de un salto, con el corazón matándose a cabezazos contra el esternón y, sin osar bajar los pies al suelo por miedo a que se trate de una rata, busca con la mirada lo que ha provocado aquel ruido. Lo encuentra enseguida. A la escasa luz del despacho parece una pequeña caja de cartón, pero cuando alarga la mano para recogerla, siente una terrible punzada en el pecho. No se trata de ninguna caja, sino de una cartera de piel. La cartera de piel que le habían arrebatado al salir de la cafetería, después de desayunar. Aterrorizada, recuerda al tipo alto con la gorra del equipo de fútbol local. *¡Mierda! Si ese desgraciado te ha seguido hasta aquí es que tiene las cosas muy claras. Toca luchar. Con uñas y dientes. No queda otra.*

Alza la mirada hacia la puerta del despacho y contempla el perfil que se recorta bajo el quicio. Es enorme.

Voy a necesitar algo más que uñas y dientes, piensa, perdiendo parte de la confianza depositada en sus posibilidades.

De todos modos, se pone en pie, dispuesta a ofrecer batalla. Dispuesta a morir matando.

—¿Vas a pelear conmigo? —El tono hierático, la apatía reinante en cada palabra, el acento tosco y conocido. Todo junto provoca el colapso de sus emociones y de su sistema locomotor, que se vuelve loco y deja de ser motor. Apenas es capaz de respirar por sus propios medios.

El hombre se acerca y con su enorme manaza la empuja para sentarla de nuevo.

Apenas ofrece resistencia, derrotada desde el mismo instante en el que ha reconocido la voz.

Él se agacha a su lado, se quita la gorra y se la pone a ella. Queda ligeramente torcida.

—Te dije que no pensaras en huir. Que era peligroso alimentar esa esperanza —recuerda Darko, al tiempo que saca un enorme cuchillo de caza de una funda que lleva escondida en la cadera. Centellea—. Y ahora mira en qué situación me pones. Lo que me obligas a hacer.

Quiere suplicar, detenerlo, convencerlo de hacer lo correcto. Intenta sonreírle, proyectar en su mirada todos esos momentos compartidos que puedan reblandecer su determinación. Tiene que suplicar. Henchir las palabras de sentimentalismo. De emotividad. Y casi ha formado la oración perfecta para verter en su oído, cuando la fría hoja del cuchillo abre brecha en la tierna carne de su cuello. No ha tenido tiempo ni de decir *esta boca es mía.*

Su desconcierto aumenta, a medida que la sangre fluye.

¿Cómo ha podido…?

ROCÍO CASTRO.

Mi hija. 25 de octubre. 00:08h

Un leve sonido la invita a abrir los ojos para toparse con un denso muro de oscuridad. Noche cerrada. Se queda muy quieta, agarrando el edredón a la altura de la boca, intentando percibir de nuevo aquel ruido.

Se produce.

Es como un leve arrastrar. Como si algo estuviese arañando el suelo de su cuarto, bajo la cama.

El miedo se dispara y la inmoviliza. La retiene contra su voluntad encadenándola al colchón. Es una sensación extraña esa de querer moverte y no poder. Eso de enviar una orden y que el cuerpo no obedezca. Es espantoso. Claustrofóbico.

Debe calmarse. Tiene que conseguir recuperar la normalidad, porque de lo contrario, esa ansiedad que comienza a presionar su garganta acabará asfixiándola. La teoría es sencilla: llevarlo a la práctica no lo es tanto. Y mucho menos, teniendo en cuenta que aquel sonido sigue presente, nítido, cercano.

Hay algo.

Hay algo que se arrastra debajo de ella.

Quiere gritar, pero una mordaza etérea sella sus labios y secuestra el sonido.

Ese algo, ese alguien ahora respira a su lado, de manera pausada, casi un imperceptible murmullo. Y de repente, un rugido animal y una garra que se cierra sobre su brazo para arrastrarla fuera de la cama, de la habitación, de la casa. De su mundo.

Se incorpora como un resorte, sacudiendo los brazos y las piernas para liberarse de un demonio que no existe. Está empapada en

sudor, tiene la respiración acelerada y un grito de pánico atravesado en la garganta, como un condenado hueso de aceituna.

Cuando se da cuenta de que está sola se queda muy quieta, con las manos sobre la boca, mientras observa la habitación penumbrosa. Muy despacio, con temor, alarga un brazo hacia la mesita de noche y enciende la lámpara. El alivio cae sobre ella como una necesitada caricia. Está bien. Todo está en orden. Sigue en casa de Tamara, en la habitación que le han prestado para pasar esos días con su madre. No hay nadie que quiera llevársela. No hay nada que quiera devorarla. Sin embargo, las malas sensaciones no terminan de abandonar su cuerpo. Las alarmas siguen ululando en el interior de su cabeza, previendo un ataque aéreo.

Y sabe a qué se debe.

Sabe perfectamente por qué ha tenido esa pesadilla…

Su corazón sufre un nuevo cataclismo cuando la puerta del cuarto se abre con sigilo hacia el interior. Pasa un lustro hasta que su madre asoma la cabeza y la mira con estudiada preocupación.

—Me iba a la cama y he visto la luz por debajo de la puerta. ¿Va todo bien, cariño?

Está tentada de decir que sí, pero la aparición de las lágrimas y de unos sollozos incontenibles la obligan a abortar misión.

Inquieta, su madre entra en el cuarto y se sienta a su lado, sobre la cama, al tiempo que recoge su rostro entre las manos.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Por qué lloras?

—He tenido una pesadilla. Algo salía de debajo de la cama y me arrastraba…

Silvia la abraza y la besa en la frente repetidas veces. La mece con suavidad.

—Sé que se pasa mal, pero ya sabes que solo son sueños malos. Que no son de verdad. Nada ni nadie quiere hacerte daño.

—Ya… —se libra del abrazo de su madre y se queda mirando los listones del suelo—. Solo que no son solo sueños.

La mano de su madre agarra la suya y la aprieta con ternura, otorgándole valor.

—¿A qué te refieres?

Silencio. Necesita ordenar las ideas en su cabeza y relatar los hechos con calma para no parecer una paranoica. Suspira.

—Creo que alguien me está siguiendo —lanza, sin atreverse a levantar la mirada.

—¿Cómo? No me asustes —se horroriza su madre—. ¿Por qué dices eso?

Ahora sí la mira, con los ojos húmedos y los labios trémulos.

—Porque lo he visto muchas veces, mamá. Demasiadas para ser una coincidencia. Adondequiera que vaya, allí está.

—¿Quién?

—El hombre de la cicatriz en la ceja —desvela, llevándose la mano sobre el ojo izquierdo.

No ha recorrido su espalda, pero de igual modo percibe el escalofrío que sacude a su madre. Un terror ancestral inunda sus pupilas.

LENA JANKOVIC.

Polígono 27. San Sebastián. 25 de octubre. 00:11h.

Mientras la sangre se escurre entre sus trémulos dedos al intentar taponar la herida del cuello, contempla, cargada de desconcierto, el diminuto y ensangrentado trozo de metal que descansa en la palma de la mano de Darko.

—Es un rastreador —explica—. Podía establecer tu ubicación en todo momento desde la pantalla del móvil. No ha sido difícil dar contigo.

Alza la mirada a sus ojos: sendas ventanas a un mundo incierto, brumoso. Opta por el silencio, manteniéndose a la expectativa, mientras su viejo amigo limpia, indiferente, el localizador con un pañuelo blanco. Lo envuelve en la tela y se lo guarda en un bolsillo de la cazadora. Después, esboza una mueca agria, como si tuviese mal sabor de boca, y vuelve a recoger el cuchillo que ha dejado en el suelo.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta él.

Lena suelta una mezcla de risa y gruñido, se pone en pie y se aleja hasta la ventana recortada en la pared. La luz azulada de la luna baña su armonioso perfil, mientras otea los tejados del resto de naves.

—Solo quiero recuperar la vida que esos hijos de puta me quitaron. —Se da la vuelta y mira a Darko. Puntualiza—: Nos quitaron. Quizás tú puedas seguir siendo su perro de presa, pero yo…

—No me refiero solo a huir —interrumpe.

Se lo queda mirando, desafiante y aterrada al mismo tiempo, sabiendo a lo que se refiere.

—¿Se ha dado cuenta?

—Alfredo puede ser muchas cosas, y casi todas malas, pero de estúpido no tiene un pelo.

Retuerce los labios en una mueca de contrariedad y lanza la mirada contra la pared que hay detrás de Darko.

—Me gustaría evitar que todas esas chicas cayeran en manos de los mismos cabrones que nos han destrozado la vida a nosotros —dice, soñadora—. Sé que es imposible, pero pensé que llevándome solo un informe… Al menos podría ayudar a una.

—Pues te equivocaste —sentencia él, vehemente—. No puedes hacer nada. La maquinaria ya está puesta en marcha: objetivo prioritario.

Esperanzada, clava la mirada en sus ojos.

—Tú conoces el funcionamiento de esta mierda. Ayúdame —implora. Hunde la mano en un bolsillo del pantalón y extrae un papel comprimido en varios dobleces. Mientras lo despliega, se acerca a Darko y se lo ofrece.

Él no hace ademán de aceptarlo.

—No podemos permitir que pase por lo mismo que hemos pasado nosotros. Nadie debería hacerlo —sentencia.

Darko no mira el papel. La mira a ella, a los ojos, impasible.

—Mira la foto —exige—. Me niego a creer que esos desgraciados hayan conseguido arrancarte el alma y convertirte en una despiadada bestia. ¡Mira la maldita foto!

Darko tuerce el gesto y comienza a juguetear con la punta del cuchillo.

—El mundo es una enorme cloaca hedionda, de acuerdo. ¿Qué pretendes hacer?

—Limpiar. Aunque no pueda eliminar el olor.

Algo parecido a una sonrisa se asoma a los labios del hombre.

—No empeores las cosas, Jelena —advierte, fraternal.

—¿Empeorar? ¿Cómo?

El gesto de Darko indica que la situación aún puede declinar hacia la tragedia más absoluta.

—¿Sabes cuál es mi misión? ¿Puedes hacerte una remota idea?

—Me lo imagino…

—No con la suficiente nitidez —asegura él—. Mi misión es llevarte de vuelta al club, sana y salva, para que puedas disculparte ante el jefe y devolverle ese insignificante papel que robaste. Cuando lo hayas hecho, debo llevarte al sótano y… Te acuerdas de Anna y Natasha, ¿verdad? —explica con apatía, al tiempo que restriega la punta ensangrentada del cuchillo sobre los cojines del sofá—. No puedo matarte. Solo causarte dolor. Mucho dolor. Y que tu sufrimiento sirva de escarmiento para las demás. "Para eliminar malas ideas de sus cabezas", dijo Alfredo. Si te pareció duro lo que les sucedió a ellas, multiplícalo por cien.

—Pero no vas a hacerlo… —aventura, confiada, llevándose la mano al cuello—. Me has quitado el rastreador.

—No puedo llevarte de vuelta si no te he encontrado.

Entrecierra los ojos para sopesar las palabras de su viejo amigo.

—¿Se lo creerá? —pregunta, preocupada.

El hombre se limita a encogerse de hombros, mientras saca el teléfono móvil y busca un número. Sostiene el aparato entre ambos y le pide silencio a ella, colocando un dedo ante los labios. Los tonos de llamada resuenan en el oscuro despacho.

—¿La has encontrado? —La irritada voz de Alfredo Recio hace las veces de puñalada traicionera.

—No.

Se miran el tiempo que dura el silencio creado.

—¿No? ¿Y cómo hostias es eso posible, inútil de los cojones? ¡Explícamelo!

—He encontrado el localizador. Se lo ha arrancado.

Un nuevo e inquietante silencio, espeso, tenso, ensordecedor. Parece transcurrir una eternidad hasta que un fiero suspiro emerge del altavoz.

—De acuerdo. Vuelve inmediatamente —ordena el jefe—. Ya resolveremos esto.

No tiene tiempo de responder, puesto que la llamada se interrumpe de forma abrupta, dejando la tácita sensación en el ambiente de que su farol ha sido descubierto. Impertérrito, se guarda el móvil y se pone en pie.

—No ha colado… —deduce ella.

—Ni por un instante. Ya te dije que no es estúpido.

Se guarda el papel, suspira, se lleva las manos a la cabeza y comienza a dar vueltas por el cuarto, nerviosa, bajo la atenta y fría mirada del hombre.

—Vente conmigo —sugiere de repente, volviéndose hacia él—. Siempre me has cuidado. Sigue haciéndolo a partir de ahora.

—No puedo. Tengo que regresar.

—¿¡Pero qué dices!? —exclama, frunciendo el ceño, desconcertada. Furiosa—. No puedes volver con ese cabrón. ¡Te matará!

—Tengo que hacerlo —zanja—. Aprovecha ese tiempo para desaparecer.

—¡Desaparezcamos juntos, joder! Es la oportunidad que llevamos tanto tiempo esperando.

—Solo tú la esperabas, Jelena —sentencia—. Si sobrevivo a esto y vuelvo a encontrarte, no tendré más opciones que cumplir con mi cometido. No permitas que eso ocurra. —Toma el cuchillo por el filo y se lo ofrece.

Ella se lo queda mirando unos instantes, horrorizada, pero finalmente lo acepta.

—Cuídate, Jelena —se despide, antes de dar media vuelta y desaparecer tras la puerta del despacho, dejándola en brazos de la soledad.

Tras unos segundos de desconcierto, corre hasta las escaleras, pero la oscuridad no le permite ver nada más allá de su densa negrura. En cambio, puede oír el paulatino alejamiento de sus pasos. Se siente sola e indefensa, hueca. Ha escapado, sí. Pero sigue siendo prisionera. La vida que le depara el futuro no es más que otro calabozo con regusto a libertad.

YO, AITOR CASTRO.

26 de noviembre. 09:53h

—Tesoro, mírame —pido a una Rocío que mantiene la mirada humillada, hundida en el vaso de zumo de naranja que espera ante ella— y cuéntame lo que ha pasado.

—Ya lo sabes. Has hablado con mamá.

Es cierto. Silvia me llamó a primera hora de la mañana para resumirme la conversación que había mantenido con nuestra hija la madrugada anterior. De inmediato, salí en su busca, la recogí de casa de Tamara y la traje a la cafetería en la que ahora nos encontramos. Su preferida.

—Hemos hablado, sí, pero tu madre estaba nerviosa, bastante alterada y muy preocupada. Quiero… Necesito que me lo cuentes tú.

Rocío alza la mirada, pero no para posarla en mí, sino para barrer el local de forma distraída, como buscando algo (o a alguien) que sabe que no va a encontrar.

—A lo mejor estoy sacando las cosas de quicio… —sugiere.

—Permite que sea yo quien decida eso —digo, alargando un brazo para tomar su mano.

Al fin me mira y lo que veo no me gusta: miedo, intranquilidad, angustia, recelo… Sea lo que sea lo que está ocurriendo, tiene a mi hija en un sin vivir.

—Cuéntamelo, por favor.

Ella cabecea de manera afirmativa, pero aún se toma unos segundos para ordenar su exposición.

—En los últimos días, he coincidido demasiadas veces con el mismo hombre en lugares diferentes. ¡Y no hagas como mamá y me digas que puede haber sido solo una coincidencia!

—No lo haré (aunque pensaba hacerlo). Continúa.

Rodea el vaso de zumo con las manos.

—La semana pasada, a la salida del cole, me di cuenta por primera vez. Cuando le vi, supe que ya me había cruzado con él en otras ocasiones, aunque en ese momento no le di importancia.

—Vale. ¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Poco después, me lo encontré en el supermercado de El Restón, mientras compraba con Marco algunas chuches para meter en el cine. Cuando terminó la película, también estaba allí, sentado en la cafetería, medio escondido tras una revista.

—¿Lo has visto en alguna otra ocasión? —pregunto, temiendo conocer la respuesta.

—Esta semana, varias veces de camino al cole y de regreso a casa, siempre a cierta distancia, pero sin esconderse. El otro día, cuando estaba con mis amigas en la plaza de la Piña. El martes al salir de la academia de inglés; el miércoles, al salir del chino. Y ayer por la tarde, cuando volvía a casa, lo vi sentado en una moto en la calle, un poco más arriba. Tenía el casco puesto, pero lo reconocí. Sé que era él.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que era el mismo hombre todas las veces?

—Si lo hubieses visto, no me harías esa pregunta —respondió, al borde de las lágrimas—. Es un tipo grande, alto, fuerte y calvo. Pero lo más llamativo es la cicatriz que tiene en una ceja. Se la parte en dos, como si, hace tiempo, hubiese recibido una pedrada. Es algo que recuerdas.

Demasiados datos. Demasiados detalles. Demasiado miedo como para ser fruto de su imaginación.

—Está bien —concedo, intentando sonar despreocupado—. Quizás no sea nada, pero hasta que todo esto se aclare no quiero que salgas sola a la calle. Te llevaré y te recogeré del colegio y de la academia. Y si quedas con tus amigas o con Marco te llevaré en coche y luego me llamarás para que pase a por ti. De corazón, espero estar exagerando, pero vamos a minimizar riesgos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—No va a pasar nada, tesoro. Jamás permitiría que nadie te hiciera daño, lo sabes, ¿verdad?

Por fin una sonrisa y un seguro asentimiento.

—Lo sé, papá.

—Bien. Disfrutemos entonces de este estupendo desayuno.

DARKO STOJANOVIC.

26 de noviembre. 10:10h

Volvió porque tenía que volver. Porque era su deber.

Era para lo que le habían *entrenado*: para ser un compañero fiel y sumiso, que siempre regresaba a casa, le hicieran lo que le hiciesen. Como un perro. Grande, fiero y peligroso, eso sí, pero un perro, al fin y al cabo.

Y allí está ahora, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas, esperando a que su amo sea benévolo con él.

Desde que era un crío, siempre se han referido a él como un hombre frío, impasible, de carácter cenagoso y tan hermético como un maldito submarino. Con la expresividad de un trozo de madera y la emotividad de un cocodrilo tallado en el mismo material. Alguien impermeable a todo y a todos. Alguien al que todo le resbala.

No obstante, cuando ve aparecer a Alfredo Recio, custodiado por Rasheed y Sergei, ambos con armas en las caderas, no puede evitar tragar saliva y apretar los puños, los dientes y el culo.

El amo ha llegado. Alfredo Recio, un hombre al que no se puede tomar a la ligera. Un ser sin escrúpulos, sin piedad, sin espacio para la conciencia o los remordimientos. Un hombre capaz de hacer cosas que harían vomitar al mismísimo Jeffrey Dahmer.

Con su aparición, el aire del cuarto parece engrosarse, la luz perder intensidad y color y la temperatura ascender varios peldaños en el termostato.

Desde su posición (sentado en una incómoda silla de cualidades psicópatas), percibe la agitación de sus dos camaradas: rictus tenso, mirada hiperactiva y esquiva, incomodidad en la pose.

Mala señal.

Aun así, consciente del peligro que corre, se limita a permanecer muy quieto, como si de aquel modo fuese capaz de pasar desapercibido para su jefe. Intenta interpretar su expresión, sacar algo en claro de su lenguaje no verbal, pero es como intentar leer sobre un folio en blanco.

Tras cerrar la puerta del cuarto a su espalda, y con estudiada parsimonia, Alfredo se queda mirándolo desde la distancia. Manos enlazadas a la espalda, barbilla alta, semblante hierático y aparente calma. No lleva traje (mala señal), sino unos vaqueros y una camisa arremangada hasta los codos (muy mala señal).

Pese a ello aparenta tranquilidad, como si se dispusieran a iniciar una amigable partida de ajedrez. Si no hubiese sido por sus ojos casi habría creído que todo marchaba bien. Casi. Pero en aquella mirada hay algo agitado: un océano encolerizado que rompe furioso contra unos oscuros acantilados de roca afilada. Ese mar furibundo brama con un silencio abrumador, ensordecedor, y amenaza con tragárselo en cualquier momento.

Se obliga a mantenerle la mirada, seguro, tranquilo, como si no existiesen motivos para estar allí. La eternidad que dura aquello le supone un esfuerzo brutal, un desgaste psicológico de colosal envergadura. Finalmente, Alfredo frunce los labios, baja la cabeza, sin dejar de mirarle, y da un primer paso en su dirección. Intimidante.

—Hace tiempo que te considero uno de mis mejores hombres, Darko —comienza, con voz pausada, casi reflexiva—. El más fiel. El más obediente. El mejor rastreador. El que jamás deja escapar una presa…

Un perro, vamos.

Suelta un resoplido y sacude la cabeza, dejando ver la contrariedad que le causa la situación.

—Dime, Darko, con sinceridad, ¿me he equivocado contigo? ¿Me he equivocado al pensar así de ti?

—No, señor. No lo ha hecho.

Un paso más sitúa a su jefe a un metro escaso de su desventajosa posición.

—En ese caso, ¿por qué tengo la sensación de que me has fallado?

—No lo sé, señor. Quizá sí le haya fallado.

—¿Quizás? —ironía pintando cada letra.

—La próxima vez intentaré hacerlo mejor.

Sonrisa de reptil. Un paso más, para situarse frente a él. Se inclina, apoya las manos en sus rodillas y acerca tanto el rostro al suyo que sus narices a punto están de rozarse.

—No tan rápido, amigo mío, aún no he decidido si habrá una próxima vez para ti.

No pestañees. No tenses la mandíbula. No digas nada. No muestres miedo. Pero, sobre todo, no apartes la mirada… o te devorará.

Tras unos tensos instantes en los que llega a sentir las fauces de Alfredo Recio cerrándose sobre su mejilla, este se endereza y, sin perder de vista sus ojos, coloca los brazos en jarra. La tensión no disminuye un ápice, porque puede leer la decepción en la mirada del amo. Es evidente que no le cree, que tiene la certeza de que le oculta algo.

—¿Cómo pudo escapar del hotel?

—Yo esperaba en el pasillo. Fue un miembro del hotel quien dio la voz de alarma al presentarse allí. Al abrir la puerta, ella estaba encaramada a la ventana. Saltó antes de que pudiera detenerla.

—¿Desde un cuarto piso?

—Había una piscina. Cayó dentro. Tuvo suerte de salir ilesa.

Se mantiene unos instantes callado, sin dejar de observarlo. Se humedece los labios.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunta, sacando y mostrando el pequeño rastreador que él mismo le entregó horas atrás.

—En una vieja fábrica de un polígono industrial al norte de España —responde, procurando ser lo más fiel a la verdad posible.

—No viste a Jelena en ningún momento…

—Había sangre en el despacho en el que encontré el localizador. Sangre sin coagular, reciente, pero más allá de eso no logré encontrar ningún rastro que me condujera a ella.

—En todos estos años, ¿le dijiste en algún momento que tenía implantado este chisme?

—No, señor. Jamás lo mencioné.

—¡¿Y cómo cojones lo sabía?!

—Jelena es una chica lista. Se sorprendió muchísimo cuando trajimos de vuelta a Natasha y a Anna en apenas unas horas —alega, haciendo un esfuerzo consciente por no desviar la mirada, por no revelar que está accediendo a su lóbulo frontal, donde se crean las medias verdades—. Quizás dedujo que partíamos con ventaja…

—Quizás…

Un *quizás* que sonaba a: *ni harto vino me trago la patraña que me estás contando.*

No obstante, el silencio se apodera de la estancia durante los siguientes segundos.

Tensos segundos, empleados en escrutar uno y ser escrutado el otro. En inculcar miedo y mostrarse estoico.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —pregunta al fin el jefe.

—Nada nuevo, señor.

Alfredo suelta un lánguido suspiro y se humedece los labios.

—Bien —zanja—. Voy a dejarte con ellos un rato a solas, por si recuerdas algo importante. Algo que consideres que debería saber, ¿de acuerdo?

Un leve asentimiento, con los labios apretados.

—Siento tener que llegar a esto —dice, al tiempo que le concede una serie de suaves palmadas en la cara.

A continuación, da media vuelta, pasa entre los dos matones y sale de la habitación, tras echar una postrera mirada atrás, que deja posos de desconfianza.

Es Sergei el primero en quitarse la chaqueta y lanzarla a un lado. Después de hacer crujir todos los dedos de sus manazas y colocar una sonrisa sardónica en los labios, avanza hacia él.

—No es nada personal, Darko —confiesa el ruso. Sin embargo, algo mezquino chispea en su mirada y aletea en la comisura de sus labios.

—Ya…

Se prepara.

Comienza la parte jodida del interrogatorio.

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 09:34h.

Pese al recelo de los últimos días, no ha habido señales del grandullón de la cicatriz en la ceja. No le hemos visto en toda la semana y la sombra del miedo se ha ido diluyendo con el paso de los días.

Lo que no se ha diluido ha sido el interés de Rocío por acudir al cumpleaños de su amigo. Cada día de la semana me ha machacado para obligarme a ceder en lo referente a la fiesta de Marco. No quería perdérsela por nada del mundo y yo, pese a negarme, la entendía perfectamente.

Según Verónica, habían contratado a un mago, un catering y a una chica para que organizase todo tipo de juegos con los niños y los mantuviese entretenidos. Tenía visos de ser una gran fiesta y, aunque mi corazón estaba dispuesto a rendirse ante las súplicas de la niña, mi cabeza se mantenía en sus trece, inamovible en su decisión, dispuesta a silenciarlo a toda costa. Si tenía que amordazarlo y atarlo en el rincón más recóndito que fuese capaz de encontrar, lo haría. No era el momento de dejar las decisiones importantes en manos de los blandengues sentimientos, sino de la despiadada razón. No en vano, las batallas seguían cayendo de su lado. Los ejércitos de la Cabeza seguían coleccionando victoria tras victoria.

El martes por la tarde, cuando fui a recoger a Rocío de la clase de inglés, Marco y ella hicieron frente común para derribar mi reticencia. Suplicaron, protestaron, prometieron, chantajearon y amenazaron, mientras Verónica, sonriente, se limitaba a encogerse

de hombros y abrir los brazos, como si intervenir estuviese fuera de sus posibilidades. "*Esto es cosa tuya, querido",* decía aquel gesto.

Les di largas, aduciendo que lo consultaría con la almohada, que todavía no estaba decidido, pero Rocío conocía el verdadero significado de aquella expresión en mis labios, y su ímpetu, poco a poco, se fue apagando.

—¿Por qué no me dejas ir? —inquirió, enfadada, nada más subirse al coche aquella tarde.

—Es complicado, cariño.

—¡Pues yo no le veo la complicación! Mamá seguro que me dejaría.

Suspiré, ignorando la puñalada, arranqué el motor y conduje en silencio durante unos segundos, percibiendo la intensa mirada de Rocío a través del espejo retrovisor.

—Ya habrá otras ocasiones… —sentencié, sintiéndome culpable. Estaba privando a mi hija de un día maravilloso debido a la confusión y a las dudas que se arremolinaban en torno a mi cabeza. ¿Estaba actuando bien? ¿O estaba siendo demasiado egoísta? ¿Demasiado paranoico?

¡Joder! ¿Aquellas dudas incendiarias representaban la primera escaramuza ganada por las tropas del Corazón?

—Como me atropelle un autobús la semana que viene o el hombre de la cicatriz me lleve con él vas a sentirte súper mal por esto —sentenció la niña.

Y cada palabra fue como la caricia del filo de un cuchillo mellado rebanando mi cerebro.

Busqué su mirada en el espejo, pero había torcido el gesto y permanecía absorta en el paraje urbano que ofrecía la ventanilla. No intercambiamos una sola palabra más. No obstante, mi cabeza se convirtió en el humeante caldero de una hechicera, donde un sinfín de ingredientes se mezclaba y flotaba en la superficie, removido todo ello por una enorme pala de madera, cuyos bordes astillados arañaban el metal del recipiente. Aquella contundente sentencia reverberaba de manera insistente en mi conciencia. "Como me atropelle un autobús..."

Y, como no podía ser de otra manera, soñé con ello. Claro que aquella maldita noche soñé. Soñé con un gigantesco autobús rojo

que se cernía sobre mi hija. Pude ver el miedo en sus ojos, pude escuchar el grito mudo que no emergió de su garganta, pude oler el aroma del motor grasiento del vehículo. Antes del impacto, me desperté y me incorporé en la cama, sudando y con la respiración acelerada.

Tenía que olvidarme del asunto. Debía eliminar aquella maldita posibilidad de mi pensamiento.

Sin embargo, el jueves soñé lo mismo y no pude volver a pegar ojo durante el resto de la noche.

El viernes, no tuve tanta suerte y la pesadilla llegó a término. Una zapatilla blanca con una única mancha escarlata en la puntera; una pulsera, cuyos baratos abalorios permanecían desperdigados sobre el pavimento; una botella de agua que rodaba por el suelo, vaciando su contenido en el negro asfalto; y un brazo inerte, muy blanco, asomando tras la enorme y negra rueda delantera del autobús rojo. En el lateral, el eslogan de una pastelería rezaba: "para morir de placer".

Me desperté llorando. Eran las 4:18 de la madrugada. No pude volver a conciliar el sueño.

Acabo de despertarme y al mirar el móvil me encuentro con el siguiente mensaje:

Verónica: *La fiesta empezará a las 17h. Por si al final cambias de opinión. Si no quieres quedarte, puedes dejar a Rocío en casa y recogerla más tarde.*

Y a continuación envía la dirección del piso de su hermana y un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua.

Me quedo mirando el mensaje durante unos segundos, con el ceño fruncido, incapaz de darle respuesta.

Verónica: *Solo es para que lo sepas. No pretendo presionarte. Lo entiendes, ¿verdad?*

Yo: *Sí. Gracias.*

Nada más. Escueto. Sin sentido. Pero es que no sé qué otra cosa poner. Empiezo a sentirme como el protagonista de una película que, de repente, se encuentra rodeado de muertos vivientes, sin escapatoria ni opciones, y es consciente de que acabará devorado por aquellas criaturas. A mí no me devorarán los zombis, lo harán las

dudas y la indecisión, atrapado en el callejón oscuro que separa la puerta del "sí" de la del "no". ¿Por qué me resulta tan difícil? Solo se trata de una dichosa fiesta de cumpleaños.

Comemos en completo silencio, con la mirada hundida en nuestros respectivos platos y la sensación de que, en cualquier momento, todo puede saltar por los aires en una brutal deflagración.

Por fortuna, nada explota, pero tras terminar de comer Rocío se levanta y vuelve a encerrarse en su habitación. El estridente sonido de unas guitarras eléctricas invade el piso, evidenciando el sentir de mi hija: rabia, impotencia, rebeldía, irritación.

Suspiro y me levanto para recoger la mesa. Después de fregar los platos y adecentar un poco la cocina, me derrumbo en el sofá y pongo una película cualquiera, mientras mis pensamientos se mantienen a la deriva, perdidos en un océano de titubeante vacilación.

¿Tanta desconfianza y temor ha sembrado Silvia en mí con su traición?

Desvío la mirada a un lado y me topo con el reloj que parpadea en el equipo de música: las 16:32 pm. Aprieto los labios, suelto un suspiro, me incorporo y me dirijo al cuarto de Rocío.

Llamo a la puerta, pero no espero su consentimiento para entrar. La encuentro tirada en la cama, leyendo un cómic, mientras un rock atronador domina la estancia. Solo se digna a levantar la mirada del libro cuando silencio los gritos destemplados del vocalista y derramo el silencio en el cuarto.

—¿Tampoco puedo hacer lo que quiera en mi propia habitación? —escupe, lanzando el cómic al otro lado de la cama y cruzándose de brazos, enfurruñada. Su teléfono móvil, abandonado a sus pies, vibra y se ilumina momentáneamente.

—Solo quiero hablar contigo.

—Supongo que tampoco puedo decidir sobre eso…

Sin entrar al trapo, me acerco a la cama y me siento en el borde, de espaldas a ella, pero observándola a través del espejo incrustado en la puerta del armario.

—¿Crees que estoy llevando esto demasiado lejos? —pregunto. Rocío me devuelve una mirada desconcertada, en la que crecen

verdes brotes de esperanza—. ¿Crees que me equivoco?

—Pues sí —sentencia, tajante—. Tengo que perderme la fiesta de un amigo solo porque tú eres incapaz de aclararte. No es justo.

—De acuerdo. ¿Ahora podrías ponerte en mi situación y no mirar solo por tus intereses?

—¿Acaso no es lo mismo que haces tú?

—Tesoro, no quiero discutir contigo. Solo intento que te pongas en mi lugar. Acabo de separarme de tu madre, conozco a Verónica desde hace poco tiempo… —Arrugo los labios—. Tengo cierto temor a salir herido si me lanzo a pecho descubierto.

—Si te lanzas, puedes salir herido. Si te quedas quieto es como si estuvieses muerto —sentencia, dejándome con la boca abierta, mi hija pre–adolescente—. Mira, papá. Yo no digo que debas saltar al vacío, sin más, con los ojos cerrados, pero sí te aconsejaría que no te sientes al borde del precipicio. Debes avanzar, a tu ritmo, empezar a descenderlo poco a poco.

—¿Y tú cuando te has convertido en una experta consejera sentimental?

Se limita a encogerse de hombros, con una sonrisa tímida esbozada en los labios.

—Para ti es solo ruido, pero si escuchases lo que dicen esos "melenudos rabiosos", como tú dices, quizá te enseñasen algo…

Pensativo, desvío la mirada hacia su móvil, que acaba de vibrar y de iluminarse de nuevo. Tiene varios mensajes de amigas (supongo), uno de un chico (que prefiero obviar), y otro de su madre. Suspiro y devuelvo la mirada al espejo.

—Quizá tengas razón —cedo—. Estoy siendo un poco egoísta y demasiado cobarde. Pienso solo en mis circunstancias, cuando esto también te concierne a ti. —Me giro para mirarla directamente—. Lo siento. Si aún te apetece ir, le mandaré un mensaje a Verónica mientras te cambias de ropa, ¿te parece?

Su sonrisa convierte en innecesarias las palabras.

El piso del cumpleaños está situado en un vetusto edificio del centro del pueblo, cuyas inmediaciones permanecen atestadas de coches aparcados sobre la acera. Doy dos vueltas por la zona, atosigado por la impaciencia de Rocío, pero me resulta imposible dar

con un hueco libre, por lo que detengo el coche en doble fila, detrás de una furgoneta también mal aparcada, y dejo parpadeando los intermitentes mientras acompaño a mi hija.

Observándolo detenidamente, el estado del edificio es deplorable. El ladrillo, otrora rojo, se ve ennegrecido y desgastado, mal conservado. Las rejas de los primeros pisos han sido conquistadas por el oxidado y muchas de las ventanas permanecen tapiadas con listones de madera. No parece el mejor lugar para celebrar un cumpleaños. No parece un lugar en el que poder vivir siquiera.

—Da un poco de mal rollo —deja caer Rocío, como si acabara de leerme la mente.

—Apuesto a que podría celebrarse una fiesta de Halloween ahí dentro sin necesidad de gastarse un dineral en decoración...

Mientras cruzamos la calle, la puerta del portal se abre hacia dentro y una anciana emerge, renqueante, al exterior.

—No cierre, por favor —pido, iniciando un cansino trote hacia ella.

La anciana, dedicándome una mirada suspicaz, deja que la puerta golpee con estrépito, haciendo temblar los cuatro cristales que aún permanecen en su lugar. Me quedo parado ante ella, cortado, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Quién es usted? —inquiere, a la defensiva, con un agrio tono desdeñoso, mientras sostiene una bolsa de tela bajo el brazo—. Ya puede largarse por donde ha venido, porque no me va a convencer con sus monsergas. Tendrán que sacarme de mi casa con los pies por delante, ¿me oye? ¡Con los pies por delante y rígida como una tabla!

—Creo que se equivoca, señora. Nosotros solo venimos a un cumpleaños —explico, tomando a mi hija del brazo, para tenerla cerca.

No tendrás los santos huevos de usar a tu hija de parapeto contra una anciana, ¿no?

La mujer nos escruta con atención, con el ceño fruncido y los labios firmemente apretados. Como haría una vieja profesora con el alumno que dice haberse dejado los deberes en casa, olvidados, pero hechos.

—¿Un cumpleaños? ¿Aquí?

—Eh, sí. Tengo entendido que sí. Al menos esta es la dirección que me han facilitado.

—Pues dudo mucho que sea la correcta —sentencia la vieja, salivando—. Este edificio está condenado al derribo desde hace años. Solo quedo yo. Todos los demás se marcharon hace tiempo, cuando el dueño empezó a dejarlo todo abandonado y a meter escoria en los pisos que iban quedando vacíos. Luego, el estado del edificio fue tomando un cariz tan deplorable, que ni esas ratas quisieron quedarse. Vivo sola en todo el bloque desde hace más de cuatro años, le escueza a quien le escueza.

Rocío y yo intercambiamos una mirada de desconcierto. Saco el móvil del bolsillo para corroborar la dirección facilitada por Verónica. Se la muestro a la anciana.

—¡Ay, querido! Mis ojos ya no son lo que eran.

Cuando leo el mensaje en voz alta, ella arruga el gesto y sacude la cabeza.

—Es este edificio, sí. Sin duda. Pero debe de haber gato encerrado —asegura la mujer con aire conspiratorio—. Si alguien le ha citado aquí, tenga por seguro que no será para celebrar una fiesta de críos. Hace años que no se escuchan risas entre estas húmedas paredes, créame.

Doy un paso atrás y echo un vistazo al inmueble.

—Hágame caso y llévese a su hija de aquí —concluye, al tiempo que inicia un cansino caminar por la acera, con su bolsa de la compra vacía bajo el brazo.

Más desconcertado que asustado, marco el teléfono de Verónica. Dos, cinco, ocho tonos. Nadie responde y la llamada acaba interrumpiéndose sola.

—¡Vámonos! —zanjo, cogiéndola de la mano y arrastrándola hacia el coche.

—Pero, ¿qué pasa?

No respondo. Mi atención está centrada en el hombre que ha salido de la furgoneta blanca aparcada en doble fila, delante de nuestro coche, y que camina hacia nosotros con determinación: grande, alto, con la cabeza rapada y una fea cicatriz en una ceja. La mirada fija en la mía. La mandíbula apretada. Cara de muy pocos amigos. Una

llamativa sudadera verde con el escudo de los Boston Celtics en el pecho y unos vaqueros hechos jirones.

La mano de Rocío se cierra con fuerza sobre la mía.

El pánico se adueña de mis pensamientos y de mi voluntad, y durante un valioso instante mi capacidad de raciocinio queda desactivada. Para cuando quiero reaccionar, es tarde. Un destello premonitorio, un dolor lacerante en el costado, un líquido cálido resbalando hacia la cadera.

Me llevo la mano a la zona dolorida y, enseguida, mis dedos quedan impregnados por una pátina viscosa. Todo se vuelve irreal, difuso. El alrededor se va destiñendo, envuelto en una neblina que siembra el frío y parece dispuesta a engullirlo todo.

Caigo de rodillas, débil, exhausto, y la oscuridad, amable, empieza a taparme con su manto. Solo quedan los gritos aterrorizados de mi hija clavándose en mi cerebro, su llanto histérico abriendo brecha en mi pecho.

Siento que me abraza con fuerza, agudizando el dolor que escupe mi costado. Siento como sus lágrimas humedecen mi ropa y mi piel. Después, un chillido desesperado cuando es arrancada de mi lado sin contemplaciones.

"Se acabó", recuerdo haber pensado en ese momento.

"Se acabó".

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 17:36h.

Estoy grogui. A caballo entre la inconsciencia y una suerte de duermevela reparadora que me impide sentir dolor. Puedo abrir los ojos, pero no logro enfocar ni ganar nitidez a las figuras que me rodean. Puedo oír (un continuo pitido agónico para ser exactos), pero no escuchar ni entender la discusión que, por los tonos de voz, debe estar dirimiéndose acerca del cómo proceder en algún sentido. Me hubiese gustado ser partícipe del acalorado debate, pero no tengo fuerzas para construir palabras y, mucho menos, para llevar a cabo los vehementes aspavientos que intuyo en el desenfocado mundo que me rodea.

Sin poner de mi parte, noto que me deslizo hacia un lado y me golpeo contra una pared metálica. Acertadamente, tengo la lucidez suficiente para deducir que estoy en una furgoneta, en movimiento, con unos completos desconocidos.

En peligro.

Un nuevo bamboleo del vehículo y un frenazo brusco. Distingo el sonido de una puerta deslizándose y percibo que el habitáculo gana en luminosidad. No mucha, pero sí una suave claridad difusa. A renglón seguido, noto que me alzan en volandas, y que me dejan volar libre. Tal vez se me haya olvidado batir las alas, porque el vuelo es corto, muy corto, y el contundente aterrizaje termina por arrancarme del sopor que me encadena al aturdimiento.

Mi cuerpo se despierta de sopetón, dominado por un clamor de dolor. Mientras aprieto los dientes sin saber a dónde llevarme la mano exactamente, escucho el acelerón de la furgoneta y el rechinar de los neumáticos mordiendo el asfalto. Una densa nube de humo

me envuelve y se adhiere a mi garganta, cerrándome la tráquea con dedos etéreos pero férreos en su voluntad de asfixiarme. Rompo a toser, y con ello alimento al dolor, lo espoleo como se pica espuelas a un caballo remolón. Llego a pensar que el cuerpo entero se me va a caer a pedazos: un dolor lacerante en el costado izquierdo ha tomado la delantera, seguido por el incesante taladrar que horada en la cabeza, en la zona frontal, y la enfurecida quemazón que chilla desde la palma de las manos y las rodillas.

Logro darme la vuelta y quedar tumbado boca arriba, observando el ennegrecido cielo de hormigón que se extiende sobre mi cabeza.

Un túnel.

Intento aplacar las salvajes acometidas de mi corazón y desacelerar el ritmo vertiginoso de una respiración desatada y sibilante. Tengo que calmarme. Tengo que ser capaz de valorar la situación y proceder según requiera su estado. Me obligo a despegar la cabeza del pavimento y descubrir el origen de la terrible punzada que me muerde desde el costado. Un círculo de sangre pinta la camisa y mis manos. Mal presagio.

Cuando retiro la tela, veo la estocada que se pierde carne adentro. No tiene buena pinta, parece profunda, lo que me lleva a olvidarme del resto de heridas.

O contengo la pérdida de sangre o estoy jodido.

Aprieto los dientes, clavo las uñas en la pierna derecha e introduzco los dedos índice y anular de la izquierda en la abertura, a modo de tapón. La sangre deja de manar, pero sé que no es más que un remiendo. Una chapuza momentánea. Debo actuar. Y rápido.

Evalúo la situación: abandonado en el interior de un túnel, desorientado y herido de gravedad. Móvil en paradero desconocido. Muchas probabilidades de ser atropellado si permanezco tirado en mitad de la calle. Pocas probabilidades de que yo mismo pueda ir al encuentro de alguien. Conclusión: estoy de mierda hasta el cuello.

Comienzo a aceptar mi oscuro destino, a asumir que la única mano que podría ayudarme en estos momentos sería la que me tienda la muerte, liberándome del dolor, cuando la nítida imagen de Rocío me atropella como un tren de mercancías descontrolado.

Rocío chillando en un grito mudo, con el brazo extendido hacia mí, mientras es arrastrada hacia el interior de la furgoneta.

Joder, ¿y si estábamos en la misma furgoneta? ¿Y si podía haber hecho algo más que dejarme tirar como un burdo saco de escombros?

La adrenalina y la rabia me insuflan la energía necesaria para ponerme en pie y tambalearme por el centro de la carretera hacia uno de los extremos del túnel. Varios coches pasan a mi lado, alguno muy cerca, haciendo sonar el claxon y lanzando improperios. Ninguno se detiene. Por la acera, pasa un ciclista que me mira con extrañeza y sigue adelante, y una madre con su hija pequeña que apuran el paso. La niña se fija en mí y le pregunta algo a la mujer, que se limita a tirar de ella hacia la salida opuesta, con premura. No la culpo. Quizá yo hubiese actuado igual en una situación similar.

Con aquella laceración pulsátil mordiéndome el costado, me obligo a no detenerme, a continuar avanzando y a plantarle cara a la debilidad que parece querer apoderarse de mi cuerpo. Aprieto los dientes y el paso cuando diviso un rayo de esperanza: las enormes cristaleras del restaurante La Buha que se alza unos metros más adelante. A través de los grandes ventanales que se recortan en la fachada, puedo apreciar el ir y venir de los camareros y el tranquilo disfrutar de media docena de comensales que apuran los últimos instantes de tranquilidad que ofrecen las horas previas a la cena. Con fuerzas renovadas, me subo a la acera y avanzo hacia la puerta del local. A trompicones, dejando huellas de sangre en las paredes y las ventanas.

Debe ser la primera vez en la vida que no hay ningún cliente fumando en el exterior. Otra hazaña de Murphy y su condenada ley. Es algo digno de estudio. Tanto como el hecho de encontrarse desierta la Gran Vía en plenas Navidades.

Mastico mi mala suerte y me la trago. Lo que no mata, engorda.

Alcanzo la entrada y, con un terrible esfuerzo que agota las últimas reservas de energía, logro tirar de la pesada puerta y acceder al restaurante. Una camarera de rasgos sudamericanos y gesto horrorizado se aproxima hacia mí, cuando las piernas me fallan e

hinco ambas rodillas en las baldosas. La chica se agacha a mi lado y evalúa mi estado. La conclusión la veo en sus ojos negros.

—Mi niña… —soy capaz de murmurar con voz áspera, mirando intensamente a los aterrados ojos de la joven—. Se han llevado a mi niña.

Y con todo cuanto está en mi mano hecho, un telón negro y pesado cae a mi alrededor indicando el final de la función.

Focos apagados.

Silencio atronador.

Carencia de aplausos.

LENA JANKOVIC.

2 de noviembre. 12:16h.

Con las primeras luces del alba, el tren hace su entrada en la estación de Atocha.

Ella tiene la cabeza llena de Darko, de sentimientos contradictorios hacia él; repleta de dudas, a rebosar de temores y recelos. Se pregunta, una y otra vez, qué hace allí. Y sobre todo, por qué no está él a su lado. Con su apoyo todo sería mucho más fácil. Mucho más llevadero.

Madrid la ha recibido con un día gris y desdibujado. No llueve aún, pero las nubes que pintan el cielo prometen guerra.

Cuando el convoy se detiene y se abren las puertas, baja al andén y, de repente, se ve arrastrada por un oleaje de gente desbocada que la conduce obligatoriamente hacia unas escaleras mecánicas que ascienden hacia algún lugar. No sabe hacia dónde, pero no tiene más remedio que dejarse llevar por la riada.

Cuando las escaleras la escupen al hall principal de la estación, las cosas parecen tranquilizarse un poco. Da la sensación de que el mundo se haya tomado un respiro, mientras ella queda varada en mitad de aquel espacio inmenso.

No obstante, sigue habiendo demasiada gente, demasiadas pantallas y demasiado ruido a su alrededor. Los altavoces desgranan trenes y destinos, pero ella no termina de entender aquel lenguaje metálico y distorsionado. Desorientada, busca ayuda y se acerca a un hombre con un chaleco amarillo chillón al que le suplica ayuda con la mirada.

Él sonríe, cortés (ventajas de ser una joven atractiva), y le señala hacia su izquierda tras conocer su destino. Facilita la absorción de la

información mostrándole ocho dedos estirados. Vía ocho. Hacia allí debe dirigirse.

—Gracias —se despide, con su castellano repleto de erres y eses.

Se encamina hacia la vía indicada, se deja llevar por las escaleras mecánicas y desemboca en un andén despejado de gente. Es de los pocos que se encuentran en ese estado.

Avanza unos metros y alza la vista: "Aranjuez. 4 minutos", reza el teleindicador.

Mientras espera, introduce la mano en el bolsillo y roza el papel que le robó a su jefe.

Voy a llegar a tiempo. No permitiré que se la lleven.

Saberse poseedora del enorme cuchillo de caza de Darko, que esconde en la cinturilla del pantalón, ayuda a alimentar esa convicción.

Cuando la boca negra del túnel regurgita su tren, se sube al vagón de cabecera, se acomoda en uno de los muchos asientos libres e intenta aplacar las salvajes embestidas de su desatado corazón. El miedo forma parte de su propio ser. Una parte muy grande. Una parcela enorme que la insta a alejarse de allí, a evaporarse, a huir. Pero no piensa hacerlo. Muy al contrario, se encamina directamente hacia el peligro, para mirarlo a la cara y un hundir un cuchillo en sus tripas.

Treinta minutos de angustia, dudas, malos augurios, temor… Esa es la eternidad que el tren emplea en recorrer la distancia hasta la estación de Valdemoro, uno de esos pueblos del extrarradio, al sur de la capital, que han dejado de serlo casi sin darse cuenta.

Desde la parada anterior, lleva esperando frente a la puerta, con la adrenalina disparada y todos los datos del objetivo de la red grabados a fuego en la cabeza. "Objetivo". Que palabra tan fría cuando se trata de una niña a la que pretenden destrozarle la vida. Mira la fotografía una última vez y se guarda el informe en el bolsillo.

El tren comienza a frenar. Los altavoces rompen la monótona cantinela arrancada por las ruedas a los raíles. Una melodía escalonada y luego: "próxima estación: Valdemoro". Se le acelera el corazón. Aún más. A ritmo de arritmia.

Cuando el convoy finalmente se detiene y la apertura de puertas libera su ansiedad, Lena salta del vagón como lo haría un leopardo enjaulado que al fin ve la oportunidad de escapar. Con paso apurado, sale de la estación y enfila el paseo del mismo nombre, una avenida amplia al abrigo de altos árboles vestidos en tonalidades pardas, que se alzan en la zona peatonal que separa ambos sentidos de circulación.

Dejando de lado el entorno, se enclaustra en su propia cabeza para rumiar la manera de proceder. No va a ser sencillo, eso lo tiene claro. ¿Cómo va a plantarse delante de una madre o un padre y hacerle comprender que toda su vida puede irse al traste si no la creen? Es una simple desconocida, lo que para empezar creará cierta desconfianza por sí mismo; extranjera, lo que conseguirá afilar la suspicacia hasta convertirla en una lanza afilada; y para colmo de males, su acento la delatará como una ciudadana del este de Europa (ladrones, estafadores o traficantes para las buenas gentes de occidente), lo que sin duda hará saltar todas las alarmas antiaéreas instaladas por los prejuicios.

Debería darme con un canto en los dientes si no llaman a la policía…

Ella misma ha barajado la opción de acudir a una comisaría, pero le harán preguntas que no podrá contestar y le pedirán una documentación que no puede presentar.

Tiene que hacerlo ella. Tiene que encontrar el modo de advertir a esa familia del peligro que corre su hija.

El chirrido de unos neumáticos la devuelve a la vida real. Está en mitad de una calle, cruzando por donde no debe y recibiendo un aluvión de improperios por parte de una mujer regordeta de pelo rojo que cumple todos los requisitos necesarios para ser nombrada verdulera oficial del pueblo.

Se disculpa con ademán nervioso y corre hasta la acera, ignorando la retahíla de barbaridades que sigue esparciendo la imaginativa lengua de aquella ordinaria motorizada.

Aprieta el paso para alejarse del lugar y desemboca en un parque destrozado por las obras. Camiones, excavadoras, vallas y obreros ocupan el espacio que deberían invadir los niños, las bicicletas y los

columpios. Continúa avanzando junto a la carretera, intentando retomar el hilo de sus pensamientos, buscando soluciones a los problemas que la acucian.

Cada idea tiene su antítesis; cada solución, un nuevo inconveniente. No hay modo de afrontar la situación con garantías de victoria, de modo que, lo mejor será presentarse allí, mostrarse segura y soltar la verdad sin ambages ni remilgos. Es todo cuanto puede hacer. Todo cuanto está en su mano.

Decidido el modo de actuar, se limita a entregarse al abrazo de la caprichosa fortuna.

Alea jacta est.

Inicia el ascenso de la Avenida del Mar Mediterráneo: adosados a mano derecha y un sobrio y antiestético centro médico a mano izquierda. También un pequeño centro comercial.

Animada por el empuje de una suave brisa matinal alcanza una enorme glorieta conquistada por la figura plateada de un astronauta. Gira a la derecha y baja por la calle Saturno. Al frente, los chalets son más grandes y elegantes. Mucho más bonitos. También se percata de la presencia de un enorme bazar y lo que parece ser un polideportivo.

Tuerce a la izquierda y, enseguida, enfila la calle Ocaña, una vía tranquila flanqueada por coquetos adosados que desembocaba en la calle de Venezuela, según el letrero azul que alcanza a leer. Gira nuevamente a la izquierda y continúa avanzando junto a la linde de un parque plagado de árboles y tapizado de césped. En la otra acera, se suceden nuevos chalets y adosados con jardín. Ya está cerca. La ansiedad y los nervios así lo anuncian con ese chapoteo histérico en el fondo de su estómago.

Y, de repente, una fuerte detonación.

Un grito agudo.

Una chica joven que sale corriendo hacia el parque, medio agachada, con el rostro desencajado por el pánico.

Una anciana que renquea hasta atrincherarse tras un coche familiar, a un sobresalto del infarto.

Un hombre que se lanza al suelo, desesperado, para rodar y meterse bajo una vieja caravana.

Llego tarde, piensa, mientras se parapeta tras la carrocería de un 4x4.

Desde su escondrijo, echa un vistazo furtivo hacia el origen de la estampida.

Una Citroen Jumpy blanca, sin ventanillas traseras, aparcada en un vado, con una rueda sobra la acera y los portones traseros abiertos de par en par, como la boca de un monstruo dispuesta a engullir a su víctima.

Un hombre sentado frente al volante, impasible, de gesto duro y rasgos eslavos, que no pierde detalle de lo que le muestra el espejo retrovisor del lado izquierdo. Imagen que ella puede ver discurrir directamente tras el vehículo: un segundo individuo, enorme, mastodóntico, arrastrando en volandas a una muchacha, que patalea enloquecida, hacia las fauces del furgón.

En primera instancia no puede verles la cara ni a la chica ni al secuestrador, pero en cuanto el segundo se gira para lanzar a la cría al interior del vehículo, quedan al descubierto unas facciones duras y angulosas. No es él, no es el hijo de puta que la secuestró a ella en Skofia Loka, pero se parece una barbaridad. Como si aquellos rasgos fuesen un requisito imprescindible para acceder al puesto: frente ancha, surcada de arrugas y riachuelos purpúreos marcados en las sienes; ojos de un gris tan gélido que podría patinarse sobre ellos; pómulos marcados, nariz ancha y labios gruesos, tensos y oscuros. Cuello de rinoceronte, hombros de oso, pecho y brazos de gorila. Si no tuviese aquel rostro grabado a fuego en la memoria, sin duda podría haber pensado que se trataba de la misma persona.

Sin embargo, a pesar de no serlo, algo sucede en su cabeza. Un *click* en el engranaje de su cerebro. El parecido físico de aquel hombre con su secuestrador despierta feroces sensaciones en su interior. Su cuerpo se tensa y una mezcla de miedo y rencor aflora en sus entrañas. Combustión espontánea.

De manera inconsciente, echa la mano a la espalda y aferra el cuchillo de Darko. Percibe que algo está cambiando en ella. Que está mutando. Se está transformando en algo que no conocía. En algo que llegó a atisbar entre las sombras de su sensatez al dejar caer el secador de pelo en aquella bañera de un hotel de Burdeos.

La sangre le hierve en las venas, borbotea como el caldero de una bruja, y su parte racional comienza a replegarse, a sucumbir a las tinieblas que se extienden sobre su raciocinio. Finalmente, dentro de su cabeza, se va la luz y todo queda sumido en una oscuridad absoluta. Jelena Jankovic deja de existir y es una auténtica bestia irracional lo que emerge de detrás del 4x4, con una única garra que refulge a la luz del día, amenazante y mortal.

Camina deprisa, con los labios crispados, la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo y una mirada demencial clavada en su objetivo: el grueso cuello de aquel bastardo.

El secuestrador alza a la joven y la arroja al interior del furgón, sin apenas esfuerzo.

Cuando se dispone a cerrar las puertas, es cuando ella lo alcanza y lanza una certera estocada hacia la carótida externa, esa que, violácea, puede vislumbrarse bajo la pálida piel del hombre. Hunde la mitad de la hoja en la carne blanda hasta en cuatro ocasiones antes de que él sea capaz de reaccionar. Para cuando se echa las manos al cuello, la sangre ya ha teñido de rojo su pechera, la carrocería de la furgoneta y el suelo.

Retrocede, sin perder de vista al hombre que se gira con gesto de sorpresa, con gesto de puerco desangrándose.

Satisfacción. Ese es el sentimiento que la embarga cuando se cree reconocida. Cuando aquel despojo dibuja la confusión en su rostro con las acuarelas negras del miedo.

Y, entonces, una sonrisa torcida aflora en sus labios. La de una serpiente vengativa que es consciente de haber inoculado la cantidad de veneno correcta en su mordedura. Resultado: la muerte. Inexorable.

Teoría que se confirma cuando lo ve caer de rodillas, ante ella, con torrentes de sangre escurriéndosele entre los dedos. Aún la observa, aún respira, su corazón todavía bombea sangre, desconocedor de que con cada latido esa esencia bermeja rezuma desde los tajos abiertos en su garganta.

La sonrisa se ensancha, se deshumaniza aún más, cuando percibe la debilidad que invade el cuerpo de aquel desgraciado agonizante.

Está muerto y él lo sabe. Nada ni nadie puede evitarlo, se regodea internamente.

Tal vez demasiado.

Por eso es incapaz de escuchar el arrastrar de pies al otro lado del vehículo. Por eso no anticipa la aparición del segundo secuestrador que, afortunadamente, tarda en reaccionar al toparse con semejante desaguisado. No obstante, cuando quiere ir a por él, el conductor ya corre de regreso al furgón, se sube y comienza a pelearse con la palanca de cambios. La furgoneta ruge y las luces de marcha atrás anuncian las intenciones del conductor.

Por primera vez, se fija en la niña que permanece arrodillada en la caja trasera. En sus ojos húmedos cargados de miedo, en la súplica expelida por su mirada, en el horror que se pinta en sus facciones. Está en *shock.* ¡Cómo no estarlo después de lo que le ha tocado presenciar!

Pero es tarde para actuar ahora. Lena se ve forzada a recular, a apartarse de la posible trayectoria del vehículo. Fuera de su alcance, se agacha y clava el cuchillo en la rueda trasera derecha. Una vez. Dos veces. Tres… A la tercera puñalada, la furgoneta se mueve y le arranca el cuchillo de las manos, que comienza a girar atrapado en la goma del neumático.

El vehículo da marcha atrás, ciego, y arrolla sin miramientos al compañero moribundo, que sale despedido hasta el centro de la calle, donde queda tendido, con el rostro destrozado y los últimos estertores escurriéndosele entre los labios.

¡Sranje! ¡Qué suerte has tenido, cabrón!

Las ruedas de la furgoneta vuelven a morder el asfalto y sale lanzada en una huida desesperada, con los portones traseros abiertos y una chica aterrorizada asomada por ellos, chillando.

—¡Salta! —grita Lena, consciente del peligro que entraña tal acto, pero conocedora igualmente de las calamidades que la aguardan de no hacerlo.

La chica, incapaz de ponerse en pie, permanece arrodillada en el interior del cubículo, observándola a ella, suplicando una ayuda extra que no puede ofrecerle. Ahora le toca a ella. Ahora está en su mano… O en sus pies.

No va a saltar. No se atreve a salvarse.

Sin embargo, la suerte, tan esquiva en su vida, decide ponerse del lado de la joven.

La furgoneta empieza a dar bandazos, mientras la rueda trasera derecha escupe una lluvia de chispas y goma desgarrada. Es el neumático herido, el que recibió las tres puñaladas. La joven, como las víctimas de posesiones en las películas de terror, es arrojada de lado a lado en el interior del furgón, hasta que este, totalmente descontrolado, acaba embistiendo a la fila de coches aparcada a la izquierda.

Lena es testigo de cómo la chica se estrella contra la carrocería y queda desmadejada en el interior, inerte.

Echa a correr hacia el siniestro, al mismo tiempo que el conductor desciende, aturdido, y se tambalea hacia la parte de atrás, quizás con el propósito de llevarse a la chica. Sin embargo, cuando la ve acercándose con decisión, parece pensárselo mejor y huye en la dirección opuesta.

Haces bien. *Sería capaz de arrancarte la puta yugular a mordiscos.*

Antes de llegar a la furgoneta accidentada, hasta sus oídos flota el lejano ulular de unas sirenas. No puede arriesgarse a que la encuentren allí. La mejor opción será dejar el resto en manos de las autoridades.

Buen trabajo, querida, masculla una voz en su cabeza. *Objetivo cumplido. Puertas del infierno derribadas. Ahora solo tienes que esperar tu encuentro con el diablo.*

Traga saliva cuando el rostro severo de Alfredo Recio se bosqueja en su memoria. Aprieta los dientes, lanza un rabioso suspiro y da media vuelta. Hora de huir, pensar y tomar decisiones.

Con paso tranquilo, la cabeza gacha y las manos ensangrentadas enterradas en los bolsillos de la cazadora, se aleja del lugar.

En su huida, en el intento por replegarse sobre sí misma para no ser detectada, no se percata del hombre que la observa agazapado tras un monovolumen, el mismo que se levanta cuando ella dobla la primera esquina y que, a cierta distancia, comienza a seguir sus pasos, con la mirada clavada en su espalda.

SILVIA CASTRO.

Mi ex mujer. 2 de noviembre. 18:39h.

La soledad es mala compañera de viaje en momentos tensos. Y este es uno de esos momentos.

Se siente desquiciada, ansiosa, angustiada y no sabe el modo de librarse de esas espinosas sensaciones. Además, percibe las palpitaciones del corazón en las sienes, martillazos demenciales ejecutados a mala hostia, como una cuenta atrás que no tuviese fin, que nunca terminara.

Desesperada, se levanta del sofá y se enfrenta a la estantería repleta de libros que cuelga sobre el televisor apagado. Tamara, su amiga, es una gran aficionada a las historias de misterio y tiene una gran colección de novelas del género. Ladea la cabeza y va leyendo los títulos en los lomos para acabar tomando uno al azar, antes de regresar al sillón, donde se sienta para empezar a leer. No logra zambullirse en la historia, solo chapotear distraídamente en la superficie, y a los quince minutos lo cierra sin tener ni idea de lo que ha leído. Deja el libro a un lado y enciende la televisión. Deambula distraídamente por un desierto de canales y, finalmente, deja un documental sobre los animales más letales del continente africano. Es interesante, pero no tiene ella la cabeza para esas cosas. No tiene la cabeza para nada, en realidad. Solo necesita vaciarla, volcar todos sus pensamientos en la papelera y deshacerse de ellos. Pero le resulta imposible. Lo intenta, pero los condenados siempre vuelven, como un maldito boomerang que, por más fuerte que lo lances, siempre realiza su perfecta parábola para retornar.

Así que, dejando la televisión encendida, se pone en pie y se dirige hacia el cuarto de baño para encararse al espejo. Y con ello, mirar a

los ojos a sus propios pensamientos y tratar de entenderlos, de comprender lo que hace, sus motivaciones o lo que la ha llevado a ello. No es fácil hallar justificaciones ante uno mismo. No es fácil engañarse cuando se conoce la verdad. Toda. Desnuda y expuesta.

Se ha visto obligada a separarse de su hija por culpa propia, por sus decisiones, por sus errores y engaños.

Ha perdido a su amante por un golpe de mala suerte, derivado, quizá, por la misma mala toma de decisiones.

Y ha condenado su vida al ostracismo, al menos por el momento, por no haber cogido el toro por los cuernos y haberle echado valor al asunto. Si hubiese ido con la verdad por delante, tal vez las cosas ahora fuesen de otro modo. Seguramente, Aitor se hubiese enfadado igual, se hubiese sentido traicionado y vendido, pero al menos ella tendría argumentos a los que agarrarse para procurar mantener una buena relación.

De este modo, pillada *in fraganti*, con las bragas hechas un gurruño a los pies de la cama y la verga de su amante clavada en las entrañas, no existe excusa que esgrimir en su defensa.

Sacude la cabeza y cierra los ojos para no contemplar a la mujer destrozada que la observa desde el cristal.

Has cometido errores, cariño. Muchos. *Demasiados. Pero dime, y sé sincera. ¿Qué has aprendido de ellos?*

Abre los ojos y se topa con su propia mirada severa, reprochadora.

—Nada —responde en voz alta—. Absolutamente nada. Porque de lo contrario no intentaría reparar esos errores con otros más grandes.

Música. Desde el salón. Esa clase de sinfonía que pone los pelos de punta y anuncia tragedia.

Y más aún cuando llega a deshora.

El rumor de una voz masculina sigue a la melodía, un canto de sirena atropellado y apremiante que la arrastra frente al televisor. En pantalla, el rostro de un hombre canoso y excesivamente maquillado vende morbo a buen precio, desde la esquina superior de la pantalla, sobre el titular: *Trágico intento de secuestro en Valdemoro.*

El resto del espacio lo ocupa un carrusel de imágenes del lugar de los hechos: policías acordonando la zona, personal sanitario

cargando con una camilla, un cuerpo cubierto con papel dorado tremolando al viento.

Se acuclilla, con las manos ante la boca y la mirada clavada en los labios del presentador. Siente que un negro vacío crece en sus entrañas: un vacío corrosivo y letal, que se expande a medida que el hombre va enlazando palabras, soltando bombas, escupiendo metralla.

—…auténtica tragedia. El caos sigue presente en el lugar de los hechos y nadie acierta a aclarar lo sucedido. Se especula con la posibilidad de un intento de secuestro, pero la policía no descarta otras opciones. Lo único que podemos asegurar sobre lo ocurrido hoy en la calle Venezuela, en la localidad madrileña de Valdemoro, es que el altercado ha dejado dos muertos (el padre de la niña y, se cree que, uno de los secuestradores), un herido leve y una niña aterrorizada y traumatizada. Por el momento no…

Apaga la televisión y se deja caer al suelo, cubriéndose la boca con las manos, mientras un terrible incendio se desata en su cabeza. Un incendio que alimentan las dudas, el miedo, las cavilaciones…

Le tiemblan las manos, las lágrimas resbalan por sus mejillas y todos sus sentidos parecen haber sido suspendidos: *fuera de servicio. Disculpe las molestias.*

Desde hace un tiempo, su vida se ha convertido en un estercolero anegado de aguas residuales, bajo las cuales se extiende un lecho lodoso que parece tirar de ella hacia el fondo con una determinación abrumadora. Ya se siente aplastada contra el fango, con la boca llena de aquel limo pestilente y blando. Hace tan solo unos segundos, parecía imposible hundirse más; sin embargo, como todo el mundo sabe: por mal que vayan las cosas, si existe la posibilidad de que empeoren, de que se tuerzan más, sin duda, lo harán.

Palabra de Murphy.

¡Amén!

LENA JANKOVIC.

Valdemoro. Madrid. 2 de noviembre. 20:59h.

La noche comienza a nublarse, mimetizando con el sombrío erial que se extiende en su interior. Las nubes, sin prisa, van conquistando el cielo del mismo modo que la inseguridad y la desazón se hacen con el control de sus pensamientos. Debería sentirse feliz por haber impedido el secuestro. Debería sentirse aliviada por haber saldado cuentas con el desgraciado que quería llevarlo a cabo. Debería sentirse como una diosa guerrera por haber truncado, ella sola, los planes de Alfredo Recio y la despreciable red de hijos de puta que lo retroalimentan.

Entre los que se encuentra Darko, no lo olvides.

No obstante, esos sentimientos, esas sensaciones quedan escondidas a la sombra del miedo y la desesperanza. Ha salvado a la niña, sí, pero a cambio de su propia condena. Ha matado a ese cerdo, de acuerdo, pero Alfredo no tardará en encontrar un sustituto y ella lo pagará con creces… Si la encuentran. Y no va a limitarse a darle unos azotes o dejarla unas horas mirando a la pared, no. Como ya le advirtió Darko, la usará como ejemplo ante el resto de las chicas. Una nueva Anna que, quizá, desemboque en una nueva Natasha. Miedo. Eso es lo que intentarán sembrar en el corazón de sus compañeras de calvario.

No va a conformarse con matarla. La hará sufrir. La despedazará muy despacio, controlando las hemorragias para mantenerla con vida el máximo tiempo posible. Quizá alimente a los cerdos con sus pedazos robados, ante sus ojos, para que se dé cuenta de dónde acabará. De en qué se convertirá.

Acabarás siendo la hedionda cagada de cualquiera de esas bestias.

Aprieta los labios. No lo permitirá. No va a dejarse coger. No va a concederle la posibilidad de obtener su venganza.

Las primeras gotas de agua motean el suelo a su alrededor. Frías, golpean su rostro y humedecen su cabello, extrayéndola de las negras reflexiones que sobrevuelan sus pensamientos. Se detiene y, desconcertada, echa un vistazo a su alrededor. Se encuentra en un aparcamiento salpicado de coches, junto a una parada de autobús desierta y una papelera llena hasta el borde. Frente a ella, como una señal del destino, se alza un pequeño edificio coronado por el logotipo de una empresa ferroviaria: la estación.

Una sonrisa triste, resignada, se descuelga en sus labios.

Rápido e indoloro, piensa, lúgubre.

Siempre y cuando lo hagas bien…, hurga esa dichosa y maliciosa voz que todo lo juzga.

Toma aire, aprieta los puños y, con la determinación que ofrece la desesperación, echa a andar hacia la puerta de la estación.

Siente que flota, que sus pies van un par de palmos sobre el asfalto. El sonido se convierte en algo muy lejano, apenas un rumor distante, residual, al tiempo que los colores languidecen y pierden vitalidad. Su mundo se vuelve gris, mudo y hueco. La vida deja de existir. Nada importa, excepto el recorrido que deben realizar sus pies. Su propio *via crucis* de adoquines maltrechos.

Se cuela detrás de una señora. No piensa pagar algo más de tres euros por un billete *sin retorno*.

Atraviesa los tornos y sale al andén. Dos personas esperando en la vía 2, trasteando con el móvil uno, y leyendo una manoseada novela otro. El sistema de información digital está apagado. Desde su posición, mira el panel de la otra vía: tren sin parada en tres minutos. Acepta la señal. Cuanto antes, mejor.

Se dirige a la derecha y, tras descender las escaleras, atraviesa el túnel que cruza las vías. Asciende el tramo del otro extremo y aparece ante su propia milla verde.

Le quedan dos minutos. Los nervios tiran de ella hacia adelante, buscando una parte del andén más despoblada. Algo de intimidad.

Alcanza el final del andén en el preciso momento en el que la megafonía anuncia: *¡Atención! Va a efectuar su paso un tren sin*

parada. Por su seguridad, no cruce las vías ni se aproxime al borde del andén. Y a continuación, repite el mensaje en inglés.

Haciendo caso omiso a la grabación, se acerca al borde y recorre con la mirada los raíles que deben conducir la muerte hasta ella. Aún nada, aunque el traqueteo lejano del convoy sí que logra encogerle el alma.

Respira hondo, hace crujir los dedos y, sin saber por qué, echa un vistazo a su espalda.

No se había percatado antes, pero sentado en un banco metálico, un hombre la observa con los ojos más tristes que jamás ha visto. No sabe el motivo, pero, incluso en su situación, llega a compadecerlo. Es evidente que sufre. Es evidente que en su interior arde una hoguera encendida con madera de ataúd.

Por un instante, ninguno de los dos retira la mirada y ambos se sumergen en el dolor ajeno. Lo comparten y lo hacen propio. Una especie de empatía extrasensorial.

Al menos, el mío terminará pronto, piensa. *Sería incluso romántico si terminase al mismo tiempo.*

El tren aparece al fondo de la vía, rugiendo como una horda de demonios furiosos. Tres pitidos de aviso, por si el estruendo que produce su avance no fuese suficiente para alertar a un sordo muerto. Se coloca, observando el cúmulo de piedras grises amontonadas junto a los raíles. Le vienen a la memoria las calles adoquinadas de su ciudad natal. Y eso, la hace pensar en sus padres, pensar en *Stolp,* pensar en la vida que debió tener. ¿Alguien la echará de menos? ¿Alguien la recordará? ¿Alguien la tendrá en su memoria?, como le dijo a Darko en aquel refugio.

Suspira.

El bramido del tren de mercancías enmudece incluso sus pensamientos.

Y ella cierra los ojos, exhala un último aliento y da un paso al frente, hacia el vacío, al encuentro de aquella acelerada masa de acero que la despedazará en cuestión de segundos.

Y sin embargo, sonríe. Ese será su legado. Una postrera y efímera sonrisa, previa a la oscuridad eterna.

ROCÍO CASTRO.

Mi hija. Hora desconocida.

Sentada sobre algo mullido, sumida en la más absoluta oscuridad, aprieta los dientes y los puños buscando el modo de contener el miedo y el llanto. Ha de ser fuerte. No puede derrumbarse o caer en la desidia. En sus pensamientos no hay cabida para el pesimismo, de lo contrario…

No tengas miedo, se dice.

Pero está aterrada.

No llores ni grites.

Pero le cuesta horrores mantener las lágrimas a raya y su voz silenciada.

Todo saldrá bien.

Pero entonces, en su cabeza reaparece la imagen de aquel hombre apuñalando a su padre. Lo ve caer al suelo, agarrándose el vientre, mientras la sangre comienza a escurrírsele entre los dedos.

Eso es lo peor. No saber cómo está. Si alguien pudo socorrerlo o acabó vertiendo su vida entera sobre el asfalto de aquella calleja infecta.

Sabe que el agresor no estaba solo. Lo oyó discutir con alguien después de meterla a ella en la parte trasera de la furgoneta. Él se encargaría de llevársela adónde quiera que esté ahora, mientras los demás se ocupaban de su padre.

Se ocupaban. ¿Qué diablos significa eso?

El viaje no fue muy largo, aunque sí bastante incómodo. La furgoneta avanzó deprisa, como si quisiera desaparecer del mundo, y ella, sin tener donde agarrarse, fue dando bandazos de un lado a

otro. Se golpeó la cabeza en varios giros y acabó vomitando hasta el calostro de su primera toma.

Cuando al fin el mundo se quedó quieto, su cabeza siguió dando vueltas, mareada y aturdida. Sin oponer resistencia alguna (hubiese sido imposible), se dejó arrastrar hacia una boca negra recortada en una enorme pared blanca.

Apenas lograba enfocar nada. Apenas era consciente de lo que ocurría.

Un espacio enorme.

El eco de los pasos del secuestrador.

Su propia respiración atronando en sus oídos.

Y de pronto, la dejaron caer de bruces sobre algo blando, con un olor fuerte, que se negó a intentar identificar. Una nueva arcada subió por su garganta, pero logró retenerla.

El hombre se agachó a su lado y la toqueteó por todas partes. Cuando encontró el móvil, se lo quitó y se enderezó.

—Quédate quietecita, obedece y no toques mucho los cojones —advirtió, con voz huraña—. Nadie quiere problemas.

Tosió, mientras los mismos pasos que antes reverberaban, ahora se alejan de su posición.

Una puerta que se arrastra sobre un riel. Y el golpe al cerrarse.

El canturreo estridente de una cadena.

Y oscuridad. Densa y ominosa. Dominante. Autoritaria.

Una oscuridad que persiste ahora. Que resiste sin perder un ápice de su negrura. No ha tenido aún el valor de levantarse e inspeccionar el lugar. Sigue sentada, balanceándose adelante y atrás, con los dientes y los puños apretados, pensando en su padre y maldiciendo su situación. Aumenta la presión ejercida por el puño derecho. Siente el frío de algo que se clava en su piel. Algo que debieron quitarle junto al móvil. Algo que mantiene viva su esperanza de escapar.

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 21:05h

Las últimas horas han sido cosa de locos: he sufrido un desengaño de la hostia con Verónica, han secuestrado a mi hija en mis propias narices, he tenido un movido viaje en la barca de Caronte (afortunadamente con billete de ida y vuelta), he sido testigo de dos asesinatos a sangre fría y acabo de salvarle la vida a un semejante. Está por decidir, si esto último ha sido un acierto o un error garrafal.

Aunque, será mejor que empiece por el principio…

Una suave marea me arrastra hasta la playa de la consciencia. Es como ser escupido del océano amable de un sueño a la arena ardiente y cortante de una cruel pesadilla. Pero real. Porque lo ocurrido me golpea de frente, con contundencia, haciendo estallar imágenes y sonidos en la lona blanca de mi raciocinio.

¡Rocío! ¡Alguien se la había llevado!

Aquel pensamiento acelera mi despertar, haciendo las veces de un cubo de agua helada vertida a traición.

—¡Rocío! —grito, al tiempo que me incorporo como uno de esos viejos muñecos de resorte. Cara de susto incluida.

—Cálmese —pide una joven de voz melosa, colocando una mano en mi pecho para recostarme de nuevo en un manido sofá de tapizado oscuro—. No haga movimientos bruscos o la herida puede volver a abrirse.

Frunzo el ceño, pero inmediatamente una afilada punzada de dolor actúa a modo de recordatorio. Me llevo la mano al costado y es entonces cuando me doy cuenta de que no llevo nada de ropa en la parte superior. Percibiendo mi desconcierto, la chica se explica:

—Tuve que cortar su jersey para poder coser la herida —dice, al tiempo que señala los jirones de las prendas ensangrentadas, que permanecen en el suelo, junto a un revoltijo de toallas y gasas sanguinolentas—. La herida es profunda, pero creo que no reviste mayor gravedad. Iba a cubrirla ahora con un apósito.

Sin responder, echo un vistazo al costado. La zona de la herida está limpia y la brecha suturada con profesionalidad.

—¿Cómo has sido capaz de…?

—Llevo años cosiéndole las rodilleras y los bajos de los pantalones a mis hermanos pequeños. Pensé que no sería tan diferente.

Mi gesto de horror le arranca una sonrisa traviesa, que se obliga a borrar de manera inmediata.

—Yo era pediatra allá, en Ecuador —se justifica—. Cuando llegué acá no quisieron convalidarme la carrera, pero aún sé restañar una herida.

—Ha hecho un gran trabajo —admiro, contemplando el exiguo botiquín que permanece abierto en el suelo.

—Debería acudir a un hospital —me aconseja—. Pude contener la hemorragia con unas toallas y cerrar la herida, pero no sabemos la sangre que perdió antes de eso.

—Estoy bien. Lo que necesito ahora es hablar con la policía y encontrar a mi hija. ¿A qué hora llamó a emergencias?

La joven se aleja de mí y se agacha junto al revoltijo de tela ensangrentada.

—No he avisado a nadie —confirma, mientras busca algo con las manos enguantadas.

—Pero, ¿ise ha vuelto loca!? ¡Han secuestrado a mi hija!

—Ya llegué yo solita a esa conclusión… —Se pone en pie y regresa a mi lado. En esos instantes estaba tan perplejo, tan desconcertado, que no me percato del papel que lleva en la mano hasta que me lo pone delante de los ojos—. No llamé por esto. Lo traía prendido en la pechera del jersey.

Recojo el trozo de papel, pero sigo con la mirada fija en ella, que se mantiene seria, imperturbable.

—Yo no tengo hijos aún, pero si alguien se llevase a cualquier ser querido y me dejase ese mensaje, yo obedecería —afirma con

rotundidad.

Trago saliva y bajo la mirada al papel para leer un mensaje garateado a mano:

"Si quieres volver a ver a tu hija, nada de policía. Espera nuestra llamada".

Por un instante noto el peso de un yunque aplastando mi pecho. Al segundo, el desmesurado palpitar de mi corazón simula el trabajo de un herrero sobre la superficie de hierro.

—¿Está bien? —pregunta, colocándome una mano en el hombro, preocupada.

—No, no lo estoy… —Las palabras estallan sobre mi lengua y sus pedazos saben a bilis.

La muchacha aumenta un poco la presión en mi hombro, haciéndome ver que sigue ahí, conmigo.

—A veces nos resquebrajamos para dejar entrar la luz —musita, muy bajito—. Es una frase que siempre decía mi mamá cuando estábamos tristes. No sé de dónde la sacó, pero a mí me ayuda a levantarme cuando las cosas vienen mal dadas.

Una lágrima rueda por mi mejilla, se asoma al vacío desde la barbilla y salta.

—Puede que ayude tras un mal día en el trabajo… —rebato, sin ánimo de ofender. Solo intenta ayudar. El problema es que nada que pueda hacer o decir, logrará cerrar la insondable brecha que se ha abierto en el centro de mis emociones. Allí, en los límites de aquel terrible agujero, se reúnen las dudas y la angustia que, despiadadas, arañan los bordes para ensanchar la abertura.

Percibo que mi cuerpo se descontrola. Ritmo cardíaco en modo caballo desbocado, respiración de bulldog asmático, la cabeza como una habitación sacudida por un vendaval. Empiezo a sudar: me convierto en una pared alicatada tras una ducha bien caliente.

—Creo que… —empiezo a decir, pero la frase se atraviesa en mi garganta.

—Sí, está sufriendo un ataque de ansiedad —diagnostica ella—. No es grave, es consciente de ello, pero tiene que superarlo. —Me agarra de las manos y clava su mirada en la mía—. Cierre los ojos y cuente hasta diez muy despacio.

Obedezco. Pero la oscuridad solo consigue acrecentar mi agobio, mi claustrofóbica sensación de estar atrapado. Alzo los párpados de nuevo, lanzando hondas y ahogadas bocanadas, como un enorme pez de ojos saltones que se ve fuera del agua.

—Concéntrese en su respiración. Olvide todo lo demás —urge la chica—. Puede superarlo. Estoy con usted.

Asiento con la cabeza e intento sincronizar mi respiración con la de ella, que ha empezado a marcarme el ritmo.

¡Joder, me comporto como una parturienta primeriza asustada!

—Muy bien. Así. Sígame.

El terremoto emocional va pasando y todo comienza a asentarse de nuevo, como el polvo tras un derrumbe. El apoyo de aquella desconocida ha hecho las veces de buldócer para apartar los escombros.

—¿Ve? Ya lo tiene controlado. Buen trabajo.

Sigo jadeando, pero la opresión en el pecho y la sensación de pérdida de control han desaparecido.

—Gracias.

Ella me dedica una sonrisa indescifrable y se pone en pie.

—Le traeré un poco de agua.

La joven latina sale del despacho y me deja solo. El silencio se cierra sobre mí como una bestia al acecho, peligroso, hambriento. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar a partir de ahora? ¿Debo hacer caso a la nota o intentar buscar ayuda? Desde luego, si los secuestradores solo buscan un rescate, lo mejor sería esperar. Pero… ¿Y si sus intenciones son las de ganar tiempo y desaparecer? ¿Y si obedeciendo solo les estoy allanando el camino para esfumarse con mi hija?

Sin querer, fijo la mirada en un cuadro negro y blanco que cuelga de la pared: triste, melancólico, con olor a soledad… Y me lo quedo mirando, subyugado por las emociones que despierta en mí, pero con la mente perdida en otro mundo; en otro espacio. Una duda atraviesa mis defensas y revolotea en el centro neurálgico de mi consciencia. Una duda que logra erizarme la piel, que me produce un terror cerval, primigenio:

¿Qué grado de responsabilidad tiene Verónica en todo esto?

Enumero una serie de acontecimientos que ahondan en mi desdicha.

Para empezar, ha sido ella quien me invitó al falso cumpleaños y quien me facilitó la dirección de aquel inmueble del demonio.

Fue ella quien me azuzó a los niños para que me hicieran sentir culpable, quien me insistió con mensajes sutiles que fueron haciendo mella en mí.

Y es ella quien no da señales de vida desde lo ocurrido. No ha respondido a un solo mensaje de texto desde mi confirmación de asistencia ni se ha dignado a devolverme las últimas llamadas.

Sacudo la cabeza, mientras las lágrimas amenazan con derramarse. Es evidente que Verónica está implicada, que me la ha jugado. Que se ha acercado a mí con la única intención de llevarse a mi hija. ¿Quién va a sospechar de una madre con un crío pequeño? De alguien que conoces a través de tu propia hija…

¿Qué busca? ¿Cuál es su intención? ¿Con qué tipo de gente trabaja? ¿Cómo alguien puede fingir todo lo que ella ha fingido con el único propósito de secuestrar a una niña? ¿Quién es capaz de emplear a un menor en semejante atrocidad?

La respuesta que me ofrece mi cabeza me hiela la sangre: alguien sin escrúpulos, sin alma. Un maldito monstruo.

En ese momento, la chica latina regresa al despacho con una botella de agua mineral y un buen pedazo de tortilla de patata en un plato. Algo debe discernir en mi mirada o en la palidez de mi rostro, porque frunce el ceño y ladea ligeramente la cabeza.

—¿Va todo bien? —pregunta, al tiempo que me ofrece el botellín y el plato.

Cojo el agua, pero declino la comida. También olvido agradecerle el gesto, porque me quedo mirando el tapón azul, como si allí estuviesen las respuestas a lo ocurrido. Al cabo de unos segundos, levanto la mirada y la poso en sus ojos.

—Estaba preparado… —musito. Su gesto de desconcierto se acentúa—. Me estaban esperando. Me tendieron una trampa. No fue algo casual.

La muchacha se sienta en el sofá, junto a mis pies y se me queda mirando.

—Si iban a por usted, solo cabe preguntarse un par de cosas: ¿Quién y por qué?

Arrugo la frente y meneo la cabeza.

—No tengo ni idea…

—¿Y qué piensa hacer?

—Necesito pensar —respondo, tras unos instantes de reflexión.

Me incorporo y recojo la cazadora que cuelga del respaldo de una silla.

—Necesito airear la cabeza y encontrar una solución.

—Pero está herido. Lo que necesita es acudir a un hospital.

—Estoy bien… gracias a ti —afirmo, fijándome por vez primera en la plaquita que lleva prendida al uniforme—. Te debo la vida, Tatiana. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Un par de horas o diez años. Ese es el tiempo que estuve caminando de manera errática, esperando que el dichoso móvil gritara desde el bolsillo. Sumido en una espera desesperante, interminable…

Que todo dependa de algo que no controlas puede resultar enloquecedor.

¡Llama, llama, llama de una puta vez!

Sin embargo, el móvil sigue sin sonar. Permanece tozudamente mudo, como…

¡Joder!

Me cubro la cabeza con las manos de manera instintiva y me parapeto tras un coche. Se ha producido una potente detonación en las inmediaciones. El ruido, como de un disparo, ha estallado en mis oídos.

Segundos después, llegan los gritos y las carreras: pollos sin cabeza huyendo hacia cualquier lado. Quién sabe si hacia el propio peligro…

Asomo la cabeza muy despacio, buscando el origen del horror. Unos metros más adelante, sobre la acera, un hombre yace en el suelo, inerte sobre un creciente charco de sangre que le mana del pecho. No tiene pinta de respirar. Tampoco creo que su corazón lata ya.

Hay otro hombre, un tío enorme, algo parecido a un minotauro invertido: cuerpo de toro y cabeza humana. Esa bestia arrastra a una muchacha llorosa hacia una furgoneta con el portón trasero abierto. Su guarida. Su maldito laberinto.

Aprieto los dientes y en mi cabeza se inicia un intenso debate interno:

Tengo que hacer algo.

Que te maten no ayudará a esa chica… ni a tu hija, rebate la voz de la razón.

No puedo quedarme de brazos cruzados.

Es un suicidio. Él está armado. Y tiene pinta de haber hecho esto muchas veces.

Entonces, ¿qué sugieres?

Quédate quietecito y así evitarás que tus sesos queden esparcidos por la carretera.

Eso suena peor que el reguetón. Es egoísta. Tengo que ayudarla. ¡Voy a ayudarla!

Pero cuando me incorporo, dispuesto a intervenir, ya no es necesario.

Una chica ha salido de la nada y avanza con estoica determinación hacia la furgoneta.

Regreso al refugio que me otorga el coche y contemplo la escena desde mi cómoda trinchera.

Contemplo como el hombre lanza a la niña al interior del furgón, mientras la otra chica se aproxima desde atrás. Diez segundos después, el secuestrador está arrodillado en el suelo, con las manos en la garganta intentando evitar la descontrolada pérdida de sangre. Aún respira, sí; su corazón aún late, también; pero ya está muerto.

Después, la furgoneta se da a la fuga, aunque acaba estrellándose poco más adelante. Sirenas de fondo. La valiente heroína parece cabalgar entre dos opciones: ayudar a la niña, que permanece muy quieta en el interior de la furgoneta, o huir.

Acaba decantándose por la segunda y, tranquila, procurando no llamar demasiado la atención, se aleja del lugar como un fantasma.

La observo mientras pasa junto al coche tras el que me escondo. Me sorprende su belleza, su atractivo, su caminar resuelto y la

tormenta (con rayos y centellas) que se ha desatado en su mirada. Ella es mi oportunidad. Después de lo que acabo de presenciar, esa joven, más propia de un concurso de belleza que de un ajuste de cuentas callejero, se ha convertido en mi única esperanza.

Me levanto y, a una distancia prudencial, comienzo a seguirla.

Acabamos en la estación de tren. Al final del andén. Ella cerca del borde y yo sentado en un banco cercano, a su espalda. En un principio, pienso que simplemente pretende huir, escapar del lugar de los hechos y poner tierra de por medio. Pero entonces, en un momento dado, ella se vuelve y, de manera efímera y distraída, se produce un inocente cruce de miradas que me revela sus auténticas intenciones. La tormenta ha dado paso a una peligrosa calma.

Jamás imaginé encontrar en una mirada extraña unos sentimientos tan semejantes a los míos: un dolor lacerante de filo mellado, una angustia rasposa recubierta de plomo y un terror tan explícito y alarmante que, si guardas silencio, casi puedes oírlo masticándote dentro del pecho.

Sumo dos más dos y, enseguida comprendo lo que va a suceder a continuación, cuando el convoy mercantil anunciado por los altavoces pase a toda velocidad por la estación.

El triple bocinazo del tren hace saltar todas mis alarmas. La chica ya no me mira. Se ha vuelto hacia las vías y observa los raíles con los hombros hundidos y actitud derrotada. Me levanto y camino hacia ella, sin premura, como poniendo en tela de juicio mis intenciones. Cuando estoy a su lado, veo que ha cerrado los ojos y siento en mi propia alma el alivio que deja escapar ella en un suspiro.

Quizá no deba intervenir, pienso, olvidando por un momento hasta mis propias motivaciones.

Y, de repente, sonríe. La sonrisa más hermosa que pueda existir. Una sonrisa capaz de derretir glaciares, de hacer florecer desiertos, de devolverle el último aliento a un hombre desahuciado.

Esa sonrisa no puede desaparecer de este mundo. Es uno de esos gestos que otorgan luz al día, aunque esta surja de la más terrible oscuridad.

El avance despiadado del tren retumba ya a nuestro alrededor, devorando el mundo, llenando de irrealidad todo a su paso.

Veo que la chica alza un pie del suelo y avanza hacia las vías. En ese instante, dejo de pensar y es un acto reflejo el que me impulsa a estirar el brazo para aferrar su muñeca izquierda y atraerla hacia mí. Aquel simple gesto reaviva el dolor del costado, allá donde me mordió la navaja. No obstante, ese dolor queda olvidado de manera inmediata al colisionar contra su mirada. Una mirada de un azul tan oscuro y profundo como el océano. Tan cargada de belleza como de peligros, donde una mezcolanza de sentimientos se mece al compás que marca el bravío oleaje: gratitud y rabia; rencor y alivio; guerra y paz.

Durante un instante, nos quedamos solos en el mundo. Solos ella, yo y nuestro mutuo dolor. Nuestro sufrir. Sin trenes que pasan rugiendo, sin gente estresada en el andén, mirando la hora en el móvil cada treinta segundos, sin tiempo, responsabilidades ni problemas. Solo los jirones de nuestras almas deshilachadas y esa jodida oquedad en el centro del pecho.

—¡Quita…! —grita, sacudiéndose mi mano. Voz rota, ojos anegados, irascibles.

Se vuelve hacia el paso del convoy y medita la opción de seguir adelante con su plan. No debe verlo claro y se da por vencida, al tiempo que se gira hacia mí. El odio vuelve a arder en aquel rostro de ángel herido.

—*¡Idiot! ¡Neumni radoveren!* —explota, llevándose las manos a la cabeza. Lágrimas huérfanas brillan en sus ojos.

—No podía permitirlo —me justifico—. He visto de lo que eres capaz. Necesito tu ayuda.

Pausa. Un duelo de miradas que vira de la sorpresa a la desconfianza. Y de esta a algo semejante al desprecio.

—Han secuestrado a mi hija.

La joven intenta ahogarme en el ahora océano bravío de su mirada y vuelca su frustración sobre mí en forma de empujones, golpes y una retahíla de lo que deben ser soeces improperios en su idioma natal.

Aguanto el chaparrón, en silencio. Me lo he ganado.

El dolor en el costado arrecia con cada empellón. Se multiplica por diez cuando el golpe se aproxima a la zona dañada.

Una década después, ella se cansa y, resollando, permanece unos instantes frente a mí, observando, evaluándome. El feroz oleaje parece remitir en sus ojos y cuando la marea se retira se lleva consigo parte de la desconfianza.

Guardo silencio. Ella también.

Hay un montón de viajeros que nos observan con disimulo. Bueno, algunos no tanto.

Un último empujón (más tierno que los anteriores), un postrero exabrupto cargado de *eses* y fin. Se larga.

Con paso raudo y un contoneo demencial, mi esperanza se aleja por el andén como el convoy de mercancías que acaba de pasar.

SILVIA CASTRO.

Mi ex mujer. 2 de noviembre. 21:06h.

Buscaba respuestas.

Y halló más preguntas.

Cuestiones retorcidas y espinosas que ahora crecen como la mala hierba en el interior de su garganta y van conquistando la parte racional de sus pensamientos. Preguntas que, incluso en el interior de su cabeza, se hace bajito, a media voz, por temor a las consecuencias que puedan derivar de su mero planteamiento. Preguntas imposibles. Suposiciones arriesgadas. Cavilaciones terroríficas.

Se presenta ante la puerta de la panadería que regenta su amiga, dispuesta a incendiar el mundo y convertirlo todo en cenizas. La rabia que crepita dentro de ella es capaz de arrasar con todo, como el hálito de los dragones de Daenerys: sin embargo, esa ardorosa furia sobre la que cabalga se extingue al llegar al local.

Cerrado por cese de negocio, reza el cartel que permanece pegado a la puerta.

¿Qué demonios está pasando?

Saca el móvil y busca el número de su amiga entre las últimas llamadas. Un tono, cuatro, doce… Y nadie responde. En el segundo y tercer intento ocurre exactamente lo mismo. En el cuarto, ella misma interrumpe la llamada al sexto tono. Suelta una exasperada maldición y propina una contundente patada a la puerta, que tiembla y protesta.

Algunos viandantes se quedan mirándola, recelosos, sopesando, quizá, la opción de avisar a la policía.

—Está bien. Lo siento. Estoy un poco alterada —se disculpa, al tiempo que alza los brazos en modo conciliador.

Nadie dice nada. Y continúan con sus vidas. Se limitan a seguir su camino, indiferentes, algunos desdeñosos, molestos por la interrupción de sus rutinas.

Suspira y, con las manos en la cabeza, comienza a caminar en círculos frente a la puerta, buscándole sentido a una situación que comienza a desbordarla.

Más de media docena de veces pisa el mismo adoquín suelto, cuyo sonido y movimiento, consigue incrementar su desasosiego con cada vuelta.

—¿Dónde te has metido, Tam? —masculla—. ¿Por qué no estás aquí, joder?

Se detiene en seco, con el pie derecho sobre el mismo adoquín suelto, y se queda mirando la puerta de cristal. De repente, siente la necesidad de entrar. Quizás, al otro lado de esa puerta estén las respuestas que tanto ansía.

Da un paso atrás, se agacha y, con más esfuerzo del esperado, arranca el adoquín del suelo. Ciega, sorda e indiferente a las personas que recorren la calle, se aproxima a la puerta y lanza con fuerza la piedra contra el cristal. Necesita de tres intentos para reventarlo y abrir un hueco lo suficientemente grande como para acceder al interior.

Para entonces, la policía debe haber recibido ya una docena de avisos distintos: *una loca está destrozando la puerta de la vieja panadería* Capricho.

Mientras tanto, ella accede al local. La recepción está desierta y a oscuras. Aún hay bollos y bocadillos en el expositor del mostrador, y mucho pan en las estanterías de detrás. Huele de maravilla.

Rodea el mostrador y se interna en las entrañas de la panadería. Maquinaría muerta, horno apagado, silencio absoluto. Una tumba con restos de harina.

Continúa adelante, hacia el despacho privado que se abre al fondo. Al dejar atrás la mole metálica del horno, el rumor de unas voces flota hasta sus oídos. Tenue. Irreconocible. Quiere llamar a su amiga, pero las palabras quedan atrapadas en las arenas movedizas

de su garganta. De repente, colocar un pie delante del otro se convierte en un esfuerzo terrible. Igual que respirar. A su mente acude la imagen de una película que ha visto hace poco: un hombre atado a una silla, con el rostro cubierto con una toalla mojada y sus torturadores interrogándole. Si la respuesta no les satisfacía, volcaban un cubo de agua sobre el rostro cubierto del atormentado personaje. Acabó contándolo todo…

Y así se siente ella en mitad de aquel pasillo: con una toalla húmeda dificultándole la respiración.

Las voces comienzan a ganar nitidez a medida que sus pies de plomo recortan la distancia. No parece una conversación. Al menos, no una real. Debe haber alguna televisión encendida, o la radio.

—¿Tam? —llama, aunque solo el cuello de su camisa llega a escucharla—. Tamy, ¿estás ahí?

A su alrededor, el silencio parece sonreír de forma malévola.

Alcanza el despacho, cuya puerta permanece entornada. Sin duda, hay algún tipo de dispositivo encendido. Alarga el brazo, al tiempo que contiene el aliento, y empuja la hoja de madera. Un suave chirrido desgarra el silencio, acelera su pulso y llena el ambiente de fantasmas y monstruos aterradores. Seres que aúllan, corren, flotan en el aire y convergen sobre el cuerpo de Tamara, derrengado en su silla, tras el escritorio. Cabeza ladeada, cabello apelmazado y húmedo a un lado, ojos muy abiertos, vacíos. El brazo izquierdo exánime colgando hasta casi rozar el suelo, el otro descansando sobre su regazo, acunando un viejo revólver. En la pared cercana, un cuadro abstracto pintado con la masa encefálica que ha desperdigado el proyectil a su paso por el cerebro. Un cuadro horrendo, macabro, que termina por derribar el endeble muro de su estoicismo. Los escombros resultantes, comienzan a ser mojados por el aguacero de lágrimas que se desata.

Tamara está muerta, y con ella la única oportunidad de volcar algo de luz sobre lo que está sucediendo.

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 21:24h.

Cabizbajo y derrotado, me arrastro hasta el exterior de la estación y me dirijo hacia casa, vacío, sin ideas, con la sensación de la ineptitud royéndome las entrañas.

¿Y cómo cojones se supone que voy a recuperar a mi hija ahora?

Estoy abriendo la puerta del piso, cuando mi teléfono móvil comienza a sonar, provocando dos cosas:

Por un lado, que respirar se convierta en una desconcertante utopía.

Por otro, que en mi cabeza se desate un vendaval que dispersa mis pensamientos, fragmentándolos, convirtiéndolos en un puzle incongruente de innumerables piezas que no terminan de encajar bien.

Con torpeza, extraigo el aparato del bolsillo y miro la pantalla iluminada: "llamada entrante. Número oculto".

Los nervios se acrecientan, multiplicando su agudeza y su filo. La ambivalencia se apodera de mis deseos y esperanzas.

Que no sea Verónica llamando para pedir un rescate por mi hija.

Y al mismo tiempo:

Ojalá sea esa zorra para exigir el pago y poner fin a esta locura.

Con un suspiro, deslizo hacia arriba el auricular verde que parpadea en la pantalla.

—Diga…

El sonido suave de una respiración, apenas perceptible incluso en el mutismo sepulcral del rellano.

—¿Verónica? —insisto, al tiempo que accedo al piso y cierro la puerta a mi espalda. Triple vuelta de llave—. Deja de tocarme los

cojones y contesta, ¡joder!

—Nada más lejos de mi intención que tocarte nada, Aitor —se burla una voz masculina, de tenor, con cierto aire de hilaridad. Su tranquilidad produce el efecto de un chute de cocaína en mis nervios.

—¿Quién eres?

—En primer lugar, me gustaría disculparme por haber empleado la fuerza. Nunca fue mi objetivo hacerte daño. ¿Cómo te encuentras?

De manera inconsciente me llevo la mano a la herida y aprieto los dientes, rememorando el instante en el que el acero perforó mi carne. El dolor se reaviva, como si la hoja hendiese nuevamente mi cuerpo.

—¡Déjate de hostias! ¿Dónde está mi hija?

Escucho como chasquea la lengua desde el otro lado de la línea.

—No es necesario perder los modales, Aitor. Seamos civilizados.

Me muerdo la lengua para no escupir todo lo que está pasando por mi cabeza, un auténtico torrente verbal de alcantarilla tercermundista.

—¿Dónde está mi hija? —repito, procurando tirar de las riendas de mis emociones.

—Eso está mejor. Mucho mejor —aplaude—. Deduzco que te estás recuperando sin problemas. Me alegro, de verdad. —Hace una pausa, un silencio que parece desarrollarse como un ser vivo a mi alrededor. Luego revela—: La niña está bien y a salvo. Aún tiene el susto en el cuerpo, es comprensible, pero parece comprender que no es nuestra intención hacerle daño.

¡¡¡¡NUESTRA!!!!, chilla mi mente, resaltando el pronombre, haciéndolo parpadear y colocándole muchos signos de exclamación. En mayúsculas. Con letras de neón amarillo sobre fondo negro.

Hay más gente involucrada…

Verónica. Su rostro reemplaza al letrero de neón y el odio va tomando temperatura hasta comenzar a bullir en mis venas.

Contrólate, me exijo.

—En ese caso, ¿cuál es *vuestra* intención? Porque el daño ya está hecho. Y, tal vez, sea irreparable.

—Solo queremos dinero. Una simple y rápida transacción y todos podremos volver a nuestros quehaceres cotidianos. Continuar con nuestras vidas, como suele decirse.

Me apoyo en el marco de la puerta del salón y barro la estancia con la mirada. No sé lo que estoy buscando: quizás un policía tras las cortinas; tal vez a mi hija escondida debajo de la mesa; incluso a un hombre agachado tras el sofá, con un móvil pegado a la oreja y una sudadera en cuya espalda pueda leerse "*secuestrador".*

Sacudo la cabeza e intento centrarme.

—No sé por qué me habéis elegido, pero no creo que estéis al tanto de mi situación económica —protesto, mientras hago memoria para recordar el saldo de mi cuenta (unos veinte mil euros)—. Estoy lejos de poder considerarme un miembro distinguido de la clase alta. Acabo de salir de un divorcio muy caro (mentira) y la hipoteca de la casa devora la mayor parte de mis ingresos (lo haría si no la hubiese pagado a tocateja con la ayuda de mis padres hace años). Apenas logro ahorrar nada (eso si es verdad. El dinero se escurre entre mis dedos, mes a mes. Despilfarrado, en muchas ocasiones).

—Lo dice el señor doctor en traumatología. Uno de los mejores del país. Una eminencia, según tengo entendido.

—Sí, soy médico. Pero mis ingresos están lejos de los de un maldito magnate del petróleo —intento hacerle comprender—. Es cierto que gano algo más que la media de trabajadores, pero también tengo unos gastos más elevados. Prácticamente vivo al día, como mucha otra gente en este país.

—Está bien. No necesito que me cuentes tu vida. Eso déjalo para cuando Netflix quiera sacar la película. ¿Qué valor le das a la libertad de tu hija?

—No hay dinero suficiente en el mundo.

—Buena respuesta, sí señor. Me encargaré de que la niña se entere de lo que ha contestado su papaíto. Le hará sentir mejor, sin duda. —Carraspea—. A ver, replantearé la pregunta. ¿Cuánto puedes ofrecernos a cambio de liberarla?

Me tomo unos segundos para pensar, mientras sigo el superfluo flotar de una mota de polvo que recorre la estancia, a la deriva.

—Tengo unos quince mil ahorrados…

—¿Quince mil? ¡Eso es una ridiculez, señor doctor! —Con calma, sin alzar la voz.

—Supongo que, pidiendo algunos favores, podría reunir unos veinticinco o treinta en un par de días.

Silencio. Pegajoso y espeso. Un vórtice de desencanto formándose al otro lado de la línea.

Angustia creciente.

Nervios desbocados.

—¿Sabes? Hay una estrofa de una canción que siempre me ha encantado. Dice así: "Si tú supieras lo que es ver al sol morirse de ganas de dar de lleno en la pared de un cuarto sin ventanas". Hoy, ahora mismo, me siento como ese sol. Me muero de ganas de devolverte a tu hija, pero me lo estás poniendo muy difícil, Aitor.

Silencio. Tenso y extenso. Un suspiro frustrado.

—Podríais hacer lo correcto. Solo es una niña…

Otro suspiro. Este bordeando la impaciencia.

—Creo que no te ha quedado claro lo que pretendemos conseguir.

—Lo tengo claro. Queréis dinero.

—En efecto. DI–NE–RO —remarca—. Con Mayúsculas. El suficiente para no tener que repetir esto nunca más —afirma, endureciendo la voz. A través del auricular me llega el sonido de papeles al removerlos—. Atento, Aitor. Te cuento, para que vayas haciéndote a la idea: un club clandestino de Guimaraes, Portugal, ofrece cien mil por la niña; un pujador anónimo ofrece cerca de doscientos mil desde Biskek, Kirguistán; un magnate kazajo ha alcanzado los doscientos setenta y cinco mil… Y la cosa sigue subiendo. No puedes pretender ganarme con esas migajas que ofreces.

¡Dios! ¡Casi trescientos mil euros! Ese hijo de puta está hablando de vender a mi hija por una cantidad exorbitante a la que yo, por mucho que rasque de aquí y allá, no podré siquiera acercarme.

—Por favor. No tengo tanto dinero —suplico, demasiado cerca de la desesperación. Demasiado cerca del llanto.

—Pues intenta conseguirlo. Prefiero devolvérsela a su padre antes que entregársela a cualquier otro degenerado, incluso perdiendo algo de pasta, pero necesito que hagas un esfuerzo, Aitor. No me lo pongas tan difícil, ¡joder! —Una pausa—. Pídelo prestado, róbalo,

fabrícalo, conviértete en el nuevo Heisenberg y cocina cristal… me da igual, pero ofréceme una cifra que me invite a negociar, ¿de acuerdo? Tienes que intentarlo o los dos nos odiaremos por las consecuencias. —Un nuevo silencio atronador: lleno de aullidos y clamores—. Mañana por la mañana volveré a llamar. Confío en recibir mejores noticias.

Fin de la conversación.

ROCÍO CASTRO.

Mi hija. Hora desconocida.

Ha perdido la cuenta de las veces que ha recorrido su oscura mazmorra. Siempre arrastrando la mano por la pared, como si despegarla supusiese caer a un abismo sin retorno. Once pasos en los lados largos; siete en los otros dos. Es una sala grande y rectangular, fría y húmeda, y solo tiene una puerta por la que entrar o salir: ningún mueble o máquina pegado a las paredes. Tampoco se ha topado con ninguna estantería. Lo que pueda haber en el centro, lo desconoce. Es territorio inexplorado.

Alcanza por enésima vez el hediondo colchón, convertido ahora en su hogar, y decide dar por finalizado el reconocimiento del terreno: nada para paliar el frío. Nada que usar como arma. Nada que llevarse a la boca.

Se sienta con la espalda apoyada en la pared e introduce la mano en el bolsillo para aferrarse a su *salvavidas.* Está cansada (más mental que físicamente), debido a la soledad, al desconocimiento y a la incertidumbre.

¿Qué quieren de ella? ¿Qué piensan obtener reteniéndola allí? ¿Estará bien su padre? ¿Estará buscándola? Son cuestiones que la desgastan, que erosionan su fortaleza y minan su voluntad. ¿Y si ha ocurrido algo y se queda allí encerrada hasta el fin de sus días? ¿Y si nadie la echa de menos?

De repente, la sequedad de su garganta alcanza niveles desérticos y las protestas de su estómago explotan en el silencio reinante. Los pensamientos catastrofistas disparan las alarmas de su cuerpo, los hacen colocarse al borde de la histeria. Y comienza a percibir la oscuridad más densa, más opresora. Como un algo viscoso que

intenta adherirse a su piel e introducirse en ella. Conquistarla. Dominarla.

Las ganas de llorar reaparecen, enarbolando una bandera de rendición que tremola al viento.

Deja de pensar estupideces. Mantén la cabeza fría…

No piensa ceder. No puede permitírselo. Con un gruñido furioso espanta al llanto y espolea a las huestes de la determinación.

Necesita sentir de nuevo el tacto de su *salvavidas.*

—Venid a buscarme, hijos de puta —reta a los fantasmas que la acechan desde la negrura.

Craso error. Su deseo se ve cumplido de inmediato.

Un ruido distante, metálico, que evidencia la presencia de alguien en el lugar; un bailarín haz de luz que se cuela bajo la puerta y el creciente arrastrar de unos pasos que se aproximan.

La inquietud se dispara. Una cosa es mentar al diablo y, otra muy distinta, es toparse con él, cara a cara.

Saca la mano del bolsillo y aprieta con fuerza el llavero de casa. Lo único que tiene para voltear la situación en su favor.

Ha llegado el momento…

Introduce las llaves (casa, portal y trastero) entre sus dedos, a modo de garras, y exprime el llavero en la palma. No puede ver el resultado, pero se imagina un sucedáneo a pequeña escala del Lobezno de Marvel, predispuesto para la batalla.

Armada, oculta la mano junto a su pierna. No debe mostrar sus cartas.

Están quitando la cadena. Aquel sonido es como el paso de un tren por un pueblo abandonado en mitad de aquel silencio. La puerta se desliza hacia la izquierda y el haz de una linterna se clava en sus pupilas. Retira la mirada, pero mantiene el oído atento.

Sea quien sea, se acerca: pasos pesados, respiración ronca…

—Te he traído agua, una manta y algo de comer —anuncia una voz masculina. No sabe si es el mismo hombre que la secuestró, pero lo registra como un enemigo—. Tienes embutido, galletas y algo de fruta.

Se vuelve hacia su interlocutor, que ha dejado una linterna de tubo apoyada en el suelo, apuntando hacia el techo, mientras saca las

cosas de una bolsa de plástico. Intenta reconocer en aquella silueta difusa los rasgos de su secuestrador.

—He hablado con tu padre —dice, al tiempo que le ofrece una manzana—. Está bien. Te echa de menos y está moviendo cielo y tierra para que volváis a estar juntos.

No dice nada. Solo espera, como el leopardo agazapado que aguarda el momento oportuno para lanzar su ataque. Y este llega cuando su captor, después de dejar la manzana sobre el colchón, baja la mirada nuevamente hacia la bolsa.

Ese es el instante exacto en el que lanza su ofensiva.

Con intención, busca los ojos del enemigo: no obstante, este ha percibido de algún modo el peligro y ha tenido tiempo de recular lo justo para que el golpe no sea del todo certero. Aun así, la llave que emerge entre el corazón y el anular (la del trastero: larga, terminada en punta y dentada) hace diana en la mejilla y se hunde y rasga la carne.

El aullido del hombre resulta sobrecogedor, al tiempo que cae de espaldas en el suelo, con ambas manos sobre la cara sangrante. Ella se incorpora, decidida y, garra siempre por delante, se abalanza sobre él como una fiera. Tiene las de ganar, pero comete un error fatal. Sin querer, con la rodilla derecha, golpea la linterna y esta se desploma en el suelo. El golpe hace que la negrura regrese, más intensa, más voraz, más salvaje que antes, y ella duda. Se queda parada, muy quieta, solo unos segundos, pero tiempo suficiente para no encontrar nada cuando al fin decide lanzar el golpe a ciegas.

¡Mierda!

Busca a tientas la linterna, palmoteando el suelo con desesperación. No aguanta más esa oscuridad. El saberse enredada en ella con alguien que quiere hacerle daño. Cuando la encuentra, se apresura a encenderla de nuevo y barre la estancia con su haz.

Desde el lado derecho, sin previo aviso. La suela de una bota se estrella contra su rostro y aplasta su nariz con un chasquido acuoso. Dolor. Intenso y humillante.

La linterna resbala de entre sus dedos, pero lo hace sobre la manta y se mantiene encendida. Entre la niebla que vela sus ojos y lo

oscilante que se ha vuelto el mundo que la rodea, Rocío aprecia una sombra que se cierne sobre ella.

—¡Zorra desagradecida! Cuando tengamos el dinero, pienso despellejarte viva, ¿me oyes? Voy a arrancarte la puta piel a tiras.

Con esas alentadoras palabras a modo de nana, Rocío se sume en la inconsciencia.

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 21:53h.

No sé el tiempo que llevo sentado en el suelo del salón, con el marco de la puerta hundido entre los omóplatos, sumido en la oscuridad, languideciendo. Como un mártir clavado a su propia cruz, agonizante. Con la lanzada en el costado y todo. Hay que cuidar los detalles.

Me devora la impotencia, el hecho de no saber qué hacer. Eso me hunde, más y más, en mi propia cloaca emocional, donde siento que me ahogo en los deshechos de mi propia alma.

No he encendido ni la luz. No puedo… No quiero ver ese mundo vacío que ahora me envuelve. Sin embargo, por la ventana, se filtra un frío resplandor proveniente de alguna farola. Luz artificial que dibuja en las paredes y alarga sombras.

Suspiro y desvío la mirada hacia la pantalla apagada del móvil que aún mantengo en la mano. No puedo soltarlo. Es mi cable a tierra, lo único que ahora me mantiene anclado a la realidad. Lo único que me ofrece cierta esperanza.

Rocío. Rocío. Rocío.

El nombre de mi hija es lo único que ocupa mi cabeza: Rocío está sola. Rocío está asustada. No puedo ayudar a Rocío. Le he fallado a Rocío. Rocío me odiará después de esto…

Son tres golpes en la puerta principal los que logran detener aquella concatenación de latigazos auto infligidos. En primera instancia no reacciono, pero cuando se repiten, los últimos reductos de entereza tiran del resto de mi cuerpo y me conducen hacia el recibidor. Por el camino, enciendo la luz, pero antes de alcanzar la

puerta, escucho el inconfundible tintineo de unas llaves y el sonido de una de ellas penetrando en la cerradura.

Gira.

Retira los anclajes.

Y ante mi gesto de horror, la puerta se abre.

¡Qué cojones…!

En un despiadado choque frontal, colisiono contra los ojos de Silvia, que, con evidente gesto de sorpresa, me observan desde un rostro macilento y envejecido. Me mira como si yo fuera un fantasma decapitado, un ser mitológico de siete ojos o un maldito extraterrestre de piel verde y boca tentaculada. En otras circunstancias, me hubiese reído.

Pero no ahora. Ahora no tengo motivos para hacerlo.

Permanecemos unos segundos quietos, mudos, desconcertados ambos: yo por su presencia allí. Ella, juraría, que por el mismo motivo: por encontrarme allí.

Al fin, aquel extraño instante salta en pedazos, y Silvia me dedica una sonrisa triste, cansada, hecha añicos: el esqueleto limpio de la sonrisa de una madre destrozada. Apenas logro reconocerla en aquella señora desmejorada y cetrina. Sus ojos, hundidos e hinchados, poblados por un abatimiento desgarrador, semejan dos orbes enrojecidas dispuestas sobre el negro pedestal de unas ojeras pintadas por la mano de la desesperanza. Las arrugas que rodean sus labios, antes suaves y disimuladas, imitan ahora a fallas insondables y oscuras donde perder la ilusión, la fe, incluso la vida. Se la ve abatida, exhausta, consumida, como si el tiempo, caprichoso y cruel, hubiese decidido esprintar varios años hacia adelante. No veo ápice alguno de fuerza en aquella mirada otrora confiada y desafiante. Solo desánimo, un inescrutable desconsuelo y algo muy parecido al resentimiento.

—Lo sabes… —afirmo, demasiado próximo al derrumbamiento emocional.

Ella asiente con la cabeza, aunque la perplejidad que siguen mostrando sus ojos denoten todo lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —murmura. Una voz rota, de ultratumba, carente de vida y de esencia que se escurre entre sus labios—. Creí

que tú… —enmudece, al tiempo que sacude la cabeza.

No sé qué responder. Algo se enrosca en mi garganta y despedaza las palabras que intento formar. Siento el peso de las lágrimas en los ojos y como mis pestañas comienzan a filtrar perlas de amargura, destiladas del mismísimo núcleo del alma.

¿Cómo se le dice a una madre que has puesto a su hija en peligro?

Sacudo la cabeza, aprieto los labios para mantener a raya el llanto y, con un desmadejado aspaviento, le pido que se acerque. No sé si con la intención de consolarla o con la intención de ser consolado; con el propósito de acallar las voces que, machaconamente, me responsabilizan de lo ocurrido.

Conocías a Verónica desde hace unos pocos meses… Solo unos puñeteros meses —gritan, constantemente, desde el secuestro—. *No sabías una mierda sobre ella. Y una mierda te importaba, mientras pudieras meterte en su cama… entre sus piernas*. *Te dejaste llevar por una cara bonita, un cuerpo de escándalo y unas palabras prefabricadas, construidas solo para ti, para alimentar tu puto ego de macho alfa en periodo de berrea. Dejaste de pensar con la cabeza para hacerlo con la polla, imbécil*. *Y por eso se han llevado a tu hija. Por eso no hay más culpable que tú. Que tú. ¡Que tú, maldito estúpido egocéntrico!*

Nos abrazamos. Después de muchísimo tiempo, volvemos a unirnos en un solo ser. Una simbiosis perfecta, sin grietas, sin rechazos. Un acto repleto de cariño y comprensión que viene a decir: *sé por lo que estás pasando*. *Y comprendo tu dolor, porque también es el mío.*

—Lo siento… —farfullo, antes de quebrarme—. No sé cómo me he podido dejar engañar de esta manera.

Me pide silencio con un suave siseo, como si apaciguara la aflicción de un niño pequeño, mientras toma mi rostro entre sus manos y me besa en la frente. Después, sin mediar palabra, vuelve a refugiarse en el cuestionado resguardo de mis brazos, apoyando la cabeza sobre la fría losa que constituye mi pecho. Y comienza a llorar. Desconsoladamente. Cada sollozo se hunde en mi carne como un alambre retorcido; cada gemido, como las púas melladas y oxidadas de una vieja horca lo hacen en un montón de estiércol.

No nos decimos nada. Y nos lo decimos todo en un idioma que solo nosotros entendemos. Un lenguaje propio, secreto, basado en suspiros heridos, lágrimas suicidas, caricias mudas y estremecimientos repentinos.

—¿Quién puede ser capaz de hacer una cosa así? —pregunto al silencio.

Ella, sacudida por el dolor, se estremece por toda respuesta.

Dos minutos o dos eternidades. No sabría precisar cuánto tiempo ha pasado. El recibidor semeja un desierto amable; el descansillo, una tundra de silencio. La luz de la escalera se ha apagado hace rato y nosotros continuamos abrazados, compartiendo, devorando, triturando el sufrir del otro.

Silvia continúa temblando. Puedo percibirlo. También puedo notar la tensión de su cuerpo, la fuerza desesperada de su abrazo, la presión de su mandíbula que, en ocasiones, hace rechinar sus dientes.

Y, de repente, la luz del rellano se enciende de nuevo. En lo alto de la escalera una mujer: joven, atractiva, con una preciosa mirada en la que un mar embravecido ha dejado paso a un estanque en calma, pero rodeado de medidas de seguridad. La reconozco de inmediato.

—Oh, lo siento —se disculpa la recién llegada.

—Has venido… —musito, sin poder evitar que una sonrisa eclosione en mis labios.

—Quería devolverte esto —anuncia, alargándome una cartera de piel que reconozco incluso desde la distancia.

Suelto a Silvia, que se vuelve, sorprendida, hacia la inesperada visitante, y palpo los bolsillos del pantalón para constatar lo evidente.

—¿Dónde la has encontrado? —pregunto, al tiempo que esquivo el cuerpo de Silvia para salir del piso.

—Bueno… —baja la mirada, emulando una vergüenza que no siente en absoluto— Yo robé en estación. Necesitaba saber quién eres.

Recojo la cartera, sin quitarle el ojo de encima a ella

—Está todo en su sitio —asegura.

—Te creo. —La guardo sin comprobarlo.

—¿Qué está pasando aquí? —quiere saber Silvia, molesta ante la intromisión de la muchacha.

Silencio. Dudas. Miradas que buscan respuestas a preguntas no formuladas.

—Será mejor que hablemos dentro… —sugiere la joven con ese acento cargado de erres toscas y agradables siseos.

—Será lo mejor —corroboro, al tiempo que hago un ademán para invitarla a pasar.

Ella no se mueve de su lugar.

—Me llamo Lena. —Tiende una mano que estrecho: suave, delicada, firme, fuerte.

—Aitor.

—Ya lo sé. Acabo de devolver cartera, ¿recuerdas? —bromea.

Me sorprendo sonriendo de nuevo (seguramente como un idiota) y asiento con la cabeza.

—Esta es Silvia, mi ex mujer.

—Encantada —afirma la joven, para un segundo después adentrarse en el piso.

La sigo. Cuando estoy pasando junto a Silvia, esta me agarra del brazo y me dedica una mirada que, en días de mucho calor, podría desatar incendios. Se acerca a mi oído y musita, con rabia mal disimulada.

—Un poco joven, ¿no te parece? —comenta, venenosa—. ¿Quién es?

—Ojalá no me equivoque, pero creo que es la única persona que puede ayudarnos a recuperar a Rocío.

Sentados los tres a la mesa del salón, escucho atónito, sin osar interrumpir, la historia de Lena.

La dura, cruel y triste historia de Lena.

La historia de una niña que quería ser maestra, formar una familia y vivir en el campo, y que acabó convertida en la esclava sexual de adinerados depravados. Una niña que tenía ilusiones y anhelos, obligada a arrastrarse por la vida sin esperanza ni ilusión alguna. Una niña con sueños que, de la noche a la mañana, se transformaron en insidiosas y perturbadoras pesadillas. Una niña que

adoraba vivir, que disfrutaba de los detalles más minúsculos, conducida al abismo de la desesperación y la desidia.

No ha entrado en demasiados detalles (tampoco es necesario para entender el horror sufrido), pero sí ha relatado, *grosso modo,* el transcurrir de su existencia desde que una furgoneta blanca se cruzó en su camino y en el de su amigo *Stolp*.

Él ahora forma parte de la misma red que los raptó. Según Lena, esos malnacidos lo pulieron y moldearon para convertirlo en una pieza más dentro del engrasado engranaje de aquella maquinaria de extorsión y humillación, en aquella trituradora de sueños.

—Darko ha perdido muchas cosas por intentar protegerme —se limita a decir, sombría, críptica, con la mirada fija en algún punto de la mesa, como si allí se concentrasen todos sus malos recuerdos.

Silvia y yo nos mantenemos en silencio. No queremos interrumpirla. Tampoco hubiésemos sabido qué decir.

La muchacha lanza un suspiro y continúa desgranando su vida: una granja, un adoctrinamiento, una subasta, una conversión a prostituta de lujo en un club de Toulouse, regido por un auténtico hijo de puta que, aprovechando su cuerpo y su belleza, la convirtió en la pieza más valorada y deseada de su imperio de degradación y lujuria.

A base de severos correctivos, la enseñaron a no negarse a nada. A sonreír cuando quisiera llorar. A mantenerse callada cuando anhelase gritar. A dar placer cuando desease torturar.

Lo soportó durante años (tampoco tenía muchas más opciones), hasta que entró en su vida un francés chalado de Burdeos, de fachada amable y corazón podrido, que a punto estuvo de matarla en su primer encuentro.

Lejos de enfadarse por el trato ofrecido a su valor más preciado, su amo y señor, un tal Alfredo Recio, la obligó a volver a verlo cuando las heridas se hubieron curado. Ese fue el detonante, la gota que colmó el vaso. Huyó (después de freírlo con un secador en la bañera de una suite de lujo), siguió los pasos de la red hasta Valdemoro y echó por tierra sus planes de secuestro.

—Antes de escapar, robé informe a mi jefe —explica, mirándome por primera vez desde que iniciara el relato—. En él aparecen todos

datos de una chica: foto, dirección, nombre de padres y amigos, costumbres, el nombre de instituto, qué hacía después de clase… Todo muy bien detallado.

—¿Estás diciendo que a mi hija la ha secuestrado una red de trata de mujeres? —pregunta Silvia, horrorizada.

La miro con extrañeza. Detecto algo extraño en la entonación de aquella pregunta.

—No. La del informe no era vuestra hija.

—Era la chica a la que te vi salvar… —aventuro

—Exacto. Vine aquí por ella. Para intentar ayudarla… Pero llegué tarde.

—La has salvado —aseguro—. Si no llega a ser por ti, ahora mismo solo Dios sabe lo que estaría viviendo.

La joven lanza un suspiro antes de decir:

—Ha presenciado como mataban a su padre. Ha experimentado la terrible tensión de un secuestro. Se ha visto al filo de abismo… Ha de ser muy fuerte para superar hechos así.

Me inclino hacia ella y, muy despacio, coloco una mano sobre las suyas, que tiemblan y se retuercen entre sus rodillas.

—Has conseguido que no tenga que vivir con ese trauma mientras unos degenerados la hacen cosas horribles. Seguro que, pese a todo, estará agradecida a la desconocida que intercedió en su favor.

Lena desvía la mirada a un lado, permite que una sonrisa relampaguee en sus labios y asiente con la cabeza, como queriendo convencerse de ello.

—Me hubiese gustado llegar antes… Solo unos minutos antes…

El silencio se apodera nuevamente del salón. Lena está haciendo un terrible esfuerzo por no derrumbarse.

—Vale, pero todo esto… ¿cómo ayuda a nuestra hija? —interviene Silvia, sin terminar de comprender la situación.

—No ha sido la Red —asegura Lena—. Tenéis que buscar enemigos más próximos. Alguien que quiera haceros daño.

—Me han pedido dinero —confieso—. Mucho dinero. Y me han asegurado que si no pago se la entregarán a otro postor. Magnates del petróleo, gente poderosa, proxenetas…

—¿Cómo fue conversación exactamente? —se interesa ella.

Me tomo unos segundos para reordenar mis recuerdos y relato los detalles más relevantes.

—Es farol. —No hay atisbo de duda en la voz de la muchacha.

—¿Cómo lo sabes?

—Ponte en piel de secuestrador. A esa gente no le importa lo que suceda con víctimas, solo buscan dinero fácil. Cuanto más, mejor. Y no van a conformarse con cien mil euros si pueden conseguir cien mil dos.

—Entonces, ¿crees que es alguien cercano a nosotros? —musito, pensativo. Tras un largo paseo por la memoria solo se me ocurre una opción. Miro a Silvia—. Me denunciaste por la muerte de tu amante, ¿cómo se llamaba?

—Hugo —responde, ruborizada, al tiempo que aparta la mirada.

—Hace tiempo me atacaron en la calle en su nombre… Tal vez algún familiar… algún amigo… Por venganza.

Silvia niega categóricamente con la cabeza. Las lágrimas han regresado a sus ojos.

—Es una posibilidad —aseguro, buscando apoyo en Lena, que se encoge de hombros.

—No ha sido la familia de Hugo —repite Silvia, tozuda.

—¿¡Cómo puedes estar tan segura!? Verónica puede tener algún tipo de relación con él. ¿Y si lo planearon juntos? Buscaron el modo de acercarse a nosotros y, cuando tuvieron la ocasión, ejecutaron el plan. La muerte de Hugo no entraba en sus planes, claro, pero cuadra.

Una nueva sacudida de cabeza, enérgica, sin discusión. Un sollozo. Las manos colocadas ante la boca conteniendo un torrente de dolor.

—Entonces, ¿quién?

Silencio. Chirriante y espeso. Doloroso, pero indulgente, porque cuando este salta por los aires, nada puede volver a ser como antes.

—Ella… —Lena suelta la acusación como una pedrada contra mis emociones.

La miro incrédulo, mientras ella observa a Silvia con dureza, llena de reprobatoria comprensión.

Mis ojos siguen el haz de su mirada y se posan en el perfil marchito de mi ex mujer. Le tiemblan los labios y las manos. Lágrimas mudas

se vierten entre sus párpados apretados.

Y entonces, en mi cabeza, Kutxi Romero, el vocalista del grupo Marea, entona: "Se fue la luz y entonces lo vi todo, brillando desde el lodo…"

—¿Silvia…?

Abre los ojos, compuertas que ya no contienen el torrente de lágrimas abrasadoras.

—Solo quería darte un susto. Tener motivos para solicitar la custodia compartida. Solo eso —confiesa, llevándose las manos a la cara, entre sollozos desesperados e hipidos pueriles—. No era mi intención que pasara esto. ¡Te lo juro! No sabía lo que iba a pasar.

ROCÍO CASTRO.

Mi hija. Hora desconocida.

Recupera la consciencia con un bofetón de realidad. Es como si un engrasado resorte se disparase y la obligara a incorporarse con un grito atravesado en la garganta. Se da de bruces contra un muro de oscuridad y silencio. Solo su respiración acelerada y el frenético palpitar de su corazón interrumpen el mutismo. Le duele la cabeza entera, rostro incluido: un pulsar intermitente y desquiciante que parece aumentar en intensidad a cada segundo transcurrido. Se lleva las manos a la cara y nota el tacto áspero de una pátina costrosa que cubre su piel. Es sangre seca. La sangre que debió emerger de su nariz y su boca después de recibir la caricia de aquella bota. Le falta al menos un diente (la lengua ha encontrado un hueco en su dentadura perfecta) y nota los labios hinchados y doloridos. También el puente de la nariz le duele al tocarlo.

Seguro que está rota. Desviada y aplastada. Parecerás un monstruo de feria. Con el careto hinchado y amoratado cubierto de sangre seca. ¡Un adefesio de la hostia, pequeña!

La tormenta que se desata en su estómago le hace olvidar todo lo demás. Truenos y relámpagos. Un rugido animal y un ramalazo de dolor. Está hambrienta. No puede calcular el tiempo que lleva sin probar bocado, pero ha de ser bastante. Las indicaciones de su cuerpo así lo corroboran.

A tientas, con una creciente desesperación apoderándose de su raciocinio, busca por el colchón y el suelo la comida que le trajo su secuestrador. No está. Como tampoco está el agua o la manta.

Se lo ha llevado todo. Es normal. Después de atacarle y hundirle las llaves en la cara no pretenderías que te tratase como a una

reina, ¿verdad?

Su plan fallido le ha costado todos los "lujos y comodidades" que pudiera tener. Ahora le toca convivir con el dolor, el hambre y el frío. Y no tardarán en llegar la sed y las necesidades fisiológicas. Es más, el mero hecho de pensar en ello crea en su cuerpo la imperiosa necesidad de orinar.

Se levanta y, con la mano pegada a la húmeda pared, se aleja hasta el rincón opuesto. En la intimidad que le proporciona la oscuridad, se desabrocha los pantalones y… Se queda quieta, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido. Ha escuchado algo. Algo que consigue ponerle los pelos de punta. Un corretear apresurado. Un aterrador arañar sobre el suelo. Un chillido casi inapreciable, pero existente.

No estás sola, pequeña. Tienes compañeras de cuarto, como en la universidad.

Siente que se tensa. Aborrece las ratas. No soporta verlas ni en televisión…

Siente algo húmedo y cálido correr por sus muslos, impregnando el pantalón y chorreando en el suelo. ¡Cielo santo! ¿Cómo ha podido ocurrir?

El miedo. Todo es culpa del miedo. Siempre. Pero si te dejas dominar por él, estás perdida.

Siente como algo se gesta dentro de ella. Como crece y evoluciona. Y no puede más. Intenta contenerlo, intenta ser fuerte y no perder el control, pero, nacido de lo más oscuro de su alma, un alarido de furiosa impotencia emerge de su garganta destrozando el silencio. El aullido de una bestia herida.

El ominoso eco persiste y reverbera durante varios segundos después de que ella se haya callado. Y haya estallado en un llanto mudo.

YO, AITOR CASTRO.

2 de noviembre. 23:07h.

La rabia llega como un orgasmo: como una oleada creciente y poderosa que amenaza con arrasarlo todo.

Silvia permanece sentada a mi lado, con el rostro hundido entre las manos y sacudida por los temblores de la culpabilidad y el arrepentimiento.

La hubiese matado.

Es más, deseo hacerlo. Y estoy convencido de que si sirviera de algo, lo haría.

Sin embargo, reprimo el deseo de rodear su cuello con las manos y apretar, inclemente, hasta escuchar el chasquido de la tráquea. Presionar hasta que los ojos salten de las órbitas. Oprimir hasta que, mis dedos, hundidos en su garganta, impidan el paso del oxígeno a su cerebro.

Sacudo la cabeza, procurando eliminar unos pensamientos que se niegan a desparecer.

—Han estado a punto de matarme… —digo, apretando los dientes, con rabia, al tiempo que me llevo la mano al costado—. Tienen a nuestra hija retenida en cualquier zulo repugnante, sola y asustada. ¿Y me dices que tú eres la responsable?

Me la quedo mirando, aguardando una respuesta que llega en forma de sollozo. No me ablanda. Puede llorar hasta deshidratarse, nada aplacara mi rabia.

—¡¿Pero en qué cojones estabas pensando?! Nos estás haciendo pasar por una experiencia que quizás no logremos superar jamás, ¿te das cuenta? Y todo, ¿para qué? ¿Para arañarle unas horas a una custodia más que benévola? ¿Para obtener algo que, a todas luces,

no te mereces? No puedo entenderlo. Te prometo que no me entra en la puta cabeza.

—Solo quería pasar más tiempo con ella —se defiende, blandiendo la espada de lo absurdo.

—Tenías todo el tiempo del mundo para estar con Rocío. Fui generoso contigo. Mucho más de lo que merecías después de haber destrozado nuestra familia, ¿no te das cuenta?

—Lo siento —solloza—. Tienes que perdonarme, por favor.

Intenta abrazarme, pero me levanto del sofá y me alejo hacia la puerta. Estoy nervioso, alterado de cojones, al borde de la enajenación. Apenas logro pensar con claridad.

Imágenes salvajes siguen parpadeando en mi cabeza: imágenes que me animan a dejarlo todo en manos de la locura. El cuerpo me pide sangre y sufrimiento. El cuerpo me pide hacer cosas horribles, que la cabeza no termina de negarle.

Lena, que hasta ese momento lo presenciaba todo desde su asiento, en silencio, debió darse cuenta de mi inestabilidad mental, porque enseguida se acerca a mí e intenta tranquilizarme. Me habla, me explica, me aconseja, pero yo solo puedo escuchar el crepitar del odio en el interior de mi pecho. Ese crepitar que lo ocupa todo.

—Tienes que estar tranquilo. Pensar fríamente. Ahora mismo, lo importante es rescatar a hija.

Aquellas palabras surten el efecto de un cubo de agua sobre una hoguera. Lena tiene razón. Debo priorizar. Ya habrá tiempo de asignar responsabilidades, juzgarlas y dictar sentencias. Pienso convertirme en juez, abogado y carcelero. Tal vez, incluso en verdugo.

Agradezco su intervención con un suave apretón en el hombro y, a renglón seguido, me vuelvo hacia Silvia, que permanece derrotada en el sofá, ahogada en lágrimas.

—¿Sabes dónde la tienen?

Sacude la cabeza, compungida. Avergonzada. Impotente.

—¿Quién se la ha llevado?

—No lo sé.

Miro a Lena, exasperado.

—¿¡Cómo que no lo sabes!? ¡Lo planeaste tú, joder!

—Fue idea de Tam —confiesa—. Ella necesitaba dinero y yo, ver más tiempo a la niña. Así que, una tarde, buscando soluciones a ambos problemas, se le ocurrió esto. Era algo sencillo, sin riesgos.

—Sin riegos… —repito, mordiendo las palabras—. Esa amiga tuya puede darse por muerta.

—Llegas tarde…

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Un nuevo sollozo. Un nuevo sorber de mocos. Un nuevo enjugar de ojos.

—Que ya está muerta. Fui a buscarla para aclarar lo sucedido y cuando entré en la panadería me la encontré muerta en su despacho.

—¿Sus "compinches"?

—Creo que sí. Han intentado simular un suicidio, pero estoy convencida de que la han matado.

—¡Joder! ¿Y en qué posición nos deja eso?

—En una muy mala —sentencia—. Ella era quien conocía a la mujer que debía acercarse a ti, seducirte y atraerte hacia la trampa que habían ideado.

—Verónica… —la amargura rezuma de cada fonema.

Asiente con la cabeza, muy despacio, sin mirarme.

—Algo debió salir mal. La idea era llevarse a Rocío sin sobresaltos. La propia Tamara lo haría para que la niña no se asustara. Tú no deberías ni haberte enterado de lo ocurrido hasta el momento de ir a recogerla y descubrir que no quedaba nadie en el piso.

—Pues en lugar de eso llevo un navajazo en el costado y nuestra hija debe estar muerta de miedo y al borde del colapso nervioso. Y todo gracias a ti y a tu puñetero egoísmo.

El salón se transforma en un cementerio: silencioso, oscuro, amenazante, frío.

No puedo dejar de imaginarme a mismo agarrando a Silvia de la melena y estrellando su cabeza contra la mesa hasta reventarla. La mesa o a ella. Lo que llegue primero.

—¿Cuánto dinero podéis reunir? —pregunta Lena: una voz en mitad de la niebla que parece envolverme.

Sacudo la cabeza, mientras me muerdo el labio inferior, intentando calcular una cifra.

—Supongo que, entre los dos, podríamos reunir una cantidad cercana a los treinta mil —aventuro, buscando la corroboración de mi ex mujer.

—Me quedan siete mil en la cuenta.

Miro a Lena y doy por buena la estimación inicial con un cabeceo afirmativo.

—No creo que ellos se conformen con esa cantidad. Se han arriesgado mucho. Pedirán más. Mucho más.

—¿Y qué podemos hacer?

—Déjame teléfono —pide—. Necesito hacer llamada.

Saco el aparato del bolsillo, pero antes de entregárselo, me vuelvo hacia Silvia.

—Márchate, por favor —mi voz suena suave, controlada, aunque no deja opción a réplicas.

—Quiero ayudar. Necesito ayudar.

La mirada suplicante no logra derribar mi determinación.

—Créeme, ya has hecho bastante —aseguro, agriado—. Por el momento, no meteré a la policía en esto, por el bien de nuestra hija, pero reza todo lo que sepas para que podamos recuperarla sana y salva.

Tras una postrera mirada para cerciorarse de lo férreo de mi convicción, Silvia se pone en pie y, con paso lento y cansino, se marcha del piso, cabizbaja y derrotada.

—No podía tenerla delante más tiempo —me justifico, cuando la puerta retumba en la distancia—. La habría matado.

—La traición es hecho que acarrea negras consecuencias.

Acepto la afirmación con un fruncir de labios y un gesto de aquiescencia. Después le entrego el móvil.

—¿A quién vas a llamar? Nada de policía, por favor.

—No tengo amigos a ese lado de ley. Voy a descubrir si me queda alguno del otro.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunto, suspicaz.

—Darko es el único que podría ayudarnos.

Un estremecimiento. De la cabeza a los pies. No conozco a ese hombre, pero me ha horrorizado casi todo lo que Lena me ha contado de él.

—¿Te has vuelto loca? No inmiscuiré en esto a un tipo como ese. Sería como saltar de la sartén para acabar en las brasas.

—Es nuestra mejor opción. La única. Él sabrá cómo manejar situación.

Sacudo la cabeza, tan incrédulo como desesperado.

—¡Esclaviza mujeres! Tú misma lo has dicho —rebato sin convicción—. Pertenece a una maldita red de prostitución y trata de mujeres.

—Soy consciente. —Con paso lento se acerca a la ventana, donde la luz de las farolas colorea su agraciado rostro de tonalidades cálidas y artificiales—. Sé con quién está y porqué motivo, pero él no es así. Acabó metido en ese mundo por intentar ayudarme. Se ha jugado vida por mí medio centenar de veces. Me ha rescatado tantas veces de cueva de ogro que ya he perdido cuenta. —Suelta un suspiro que empaña momentáneamente el cristal. Luego se vuelve hacia mí—. Cuando escapé, lo mandaron en mi busca. Me habían implantado rastreador, así que no le supuso ningún reto encontrarme. Su misión era llevarme de vuelta y torturarme hasta la muerte para servir de ejemplo a resto de chicas. Cualquier otro lo hubiese hecho, pero Darko me extirpó el rastreador y me dejó ir. Siempre ha estado de mi lado. Siempre ha cuidado de mí… en la medida de lo posible. Pese a todo, creo que sigo confiando en él. Me da igual si es demonio y su hábitat el averno.

En mitad de un silencio espeso y abrumador, nos mantenemos la mirada: sendas brocas intentando perforar y adentrarse en los pensamientos del otro.

—Rocío lo es todo para mí. No quiero ponerla en peligro.

Lena me dedica una sonrisa triste, atribulada. Después se encoge de hombros.

—Ya está en peligro, Aitor. Ya está al otro lado de la línea, entre demonios.

Desvío la mirada hacia un rincón, como si desde allí fuese más sencillo decidir.

Lena tiene razón. A situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Pero meter a ese hombre en esto… Sería como cargar un revolver con una bala, hacer girar el tambor y disparar. No existen garantías de éxito.

—Confía en mí, Aitor. Darko nos ayudará. —No me he dado cuenta, pero Lena se ha acercado hasta mí, y ahora toma mi mano entre las suyas.

La seguridad que irradia su mirada supone el empujón definitivo.

—Ojalá no me tenga que arrepentir de esto…

DARKO STOJANOVIC.

2 de noviembre. 23:25h

Acodado en la barra del bar del hotel, estudia, sin demasiado interés, el desarrollo de una partida de ajedrez que se disputa en una mesa cercana. Los contendientes, un matrimonio sesentón de aspecto pudiente, apenas han realizado dos movimientos en la media hora que lleva observando. ¡Son desesperantes! ¡Son un par de inútiles!

Hastiado, se gira en el taburete y echa mano al vaso de vodka que se calienta sobre la barra. Cuando el cristal está a punto de rozar sus labios, el teléfono móvil vuelve a iluminarse y a vibrar sobre la madera barnizada.

Es la tercera llamada en los últimos cinco minutos. Todas desde el mismo número. Todas obsesivamente insistentes.

Igual que las veces anteriores, deja que la llamada muera por sí misma, mientras contempla el hipnótico parpadeo de aquel número desconocido. La vibración cesa y la negrura vuelve a apoderarse de la pantalla, aunque solo durante unos instantes, porque enseguida, el mismo número comienza a parpadear machaconamente frente a sus ojos.

No es muy normal. Solo Alfredo Recio y Rasheed tienen ese número, de modo que la curiosidad crece de la mano de la insistente perseverancia de quien se encuentre al otro extremo de la línea.

Le da un breve sorbo al vodka, arruga el rostro (el hielo se ha derretido y la bebida está templada y aguada), deposita el vaso sobre la barra y recoge el teléfono. Con un suspiro, desliza el dedo por la pantalla, de derecha a izquierda, y se lleva el aparato al oído.

—Te has equivocado de número —afirma en esloveno, con voz fría y cortante.

—No lo creo…

El desconcierto se hace patente en su rostro al escuchar la respuesta en su idioma natal. De forma inmediata, su memoria proyecta la imagen de la dueña de aquella voz.

—¿Jelena?

—Me alegra ver que sigues vivo…

El comentario reabre heridas. Recuerda la paliza sufrida a manos de Rasheed y, sobretodo, Sergei. El segundo se había quedado más que a gusto cumpliendo con "su deber". Podían contarlo sus costillas (dos rotas y una tercera fisurada) y su abdomen, convertido en un enorme hematoma de diversas tonalidades. La cara no se la tocaron. Hay que dar buena imagen de cara al exterior.

—¿Darko? —La voz de su antigua amiga le devuelve al presente.

—¿Por qué llamas? Es peligroso. Para los dos —recuerda, bajando la voz pese a lo poco probable que es que alguien pueda, ya no oírlo, sino entenderlo.

—Necesito ayuda.

Durante los siguientes seis minutos, Darko escucha en silencio el retorcido relato de Jelena. Una locura. Una sentencia de muerte. Una historia demasiado cercana, demasiado conocida. Demasiado perturbadora: el secuestro de una niña.

Al parecer, los delincuentes pedían un rescate y los padres, que no deseaban inmiscuir a la policía en el asunto, carecían del dinero exigido.

—¿Te has propuesto intervenir en todos los secuestros de este mundo?

Un silencio espeso se derrama en la línea. Espera.

—Ojalá pudiera —sentencia ella—. Me encantaría desbaratar todos los planes de hijos de puta como Alfredo Recio. Pero este caso nada tiene que ver con ese mundo de depravación y esclavitud. Solo pretendo ayudar a un hombre desesperado a recuperar a su hija. Solo te estoy pidiendo ayuda. Sé que puedes conseguir el dinero y que podrías idear un plan para el rescate. Es el trabajo que desempeñas en la red para la que trabajas, pero a la inversa.

Darko cierra los ojos y se aprieta el puente de la nariz con el pulgar y el índice de la mano izquierda. No sabe muy bien cómo actuar, qué decir. Se siente entre la espada y la pared. Entre un estanque lleno de pirañas y una cosechadora que se acerca de manera lenta, pero inexorable.

Vacía el aire de sus pulmones.

—¿Son profesionales?

—Lo dudo —aventura ella. Su voz ha cambiado de inflexión: una mezcla de alivio y determinación—. Por lo poco que sé, debe tratarse de unos pobres desgraciados que han encontrado la forma de sacar tajada de esto.

—¿Peligrosos?

—No lo sé. Tal vez sí.

Demasiado ambiguo. Mejor suponer que lo serán.

—De acuerdo. Necesitaré una dirección para realizar el envío. —Se toma unos segundos para elegir las siguientes palabras—. Te haré llegar el dinero lo antes posible y colocaré un rastreador para seguirlo. Si los secuestradores son unos inútiles como dices, ellos mismos te llevarán hasta la niña.

—Gracias. Te enviaré un mensaje con la dirección.

—De acuerdo. Ten cuidado —se dispone a colgar, pero Lena interviene de nuevo.

—*Stolp…* Puedo confiar en ti, ¿verdad?

Silencio. Mirada fija en el vaso de vodka. Dudas hirviendo en sus pensamientos.

—Espero que sí… —responde, impreciso, antes de poner fin a la llamada y dejar caer el móvil, que choca contra el vaso con un amortiguado tintineo.

Respira hondo, cierra los ojos y permanece unos segundos acodado en la barra cubriéndose el rostro con ambas manos. Aún siente algo cálido en las entrañas cuando ella lo llama *Stolp.* Algo bueno. Algo casi olvidado. Algo que le hace aún más difícil cumplir con las directrices del patrón.

Aprieta los dientes y se clava los dedos en las sienes. Tiene que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no levantarse y soltar una concatenación de improperios al tiempo que revienta el móvil contra

el suelo. O el vaso contra la cabeza de alguno de los jugadores de ajedrez.

Requiere de unos tres minutos para calmarse. Entonces, estira el brazo y agarra el vaso mediado. Bebe. Está demasiado caliente y, puesto que sigue sin echarle hielo, le deja un regusto desagradable en la boca.

—Eso ya no es vodka, amigo —evidencia el camarero tras la barra —. ¿Quiere que le prepare otro?

—No, gracias.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —asegura, mientras se levanta y se aleja de la barra.

Odia mostrarse vulnerable y transparente. Si un simple camarero es capaz de percibir sus pensamientos o emociones, ¿cómo va a ser capaz de ocultárselo a su jefe?

De camino a la salida del bar–restaurante, pasa junto a la mesa en la que se disputa la partida de ajedrez.

—Caballo a F6 —dice al cruzar por detrás de la mujer—. Jaque mate. No es tan difícil, joder.

Toma el ascensor y sube a la novena planta. Las piernas parecen pesarle más a cada paso. Le cuesta levantar los pies del suelo, como si, de repente, sus zapatos se hubiesen convertido en plomo.

Despacio, recorre el pasillo y se enfrenta a la puerta de la habitación 912. Se toma unos segundos antes de alzar el brazo y golpear la madera con los nudillos. Tres veces. Como mandan los cánones.

Sergei, un gorila con traje negro, se asoma tras la hoja.

—¿Qué quieres? —gruñe.

—Pasar. —Empuja la puerta, que golpea al ruso en el hombro, y se cuela en la estancia.

Pasa de largo ante el mastodonte descerebrado. Sabe que no osará ponerle la mano encima. No sin la aprobación del jefe.

La habitación es enorme, casi un apartamento, adornada con gusto y ostentación. Un alarde de poderío.

Atraviesa un coqueto recibidor y se adentra en un salón decorado con un mimo minimalista y sutil. En el extremo contrario, frente a la

ventana, un hombre contempla el paisaje con las manos enlazadas a la espalda. Hacia él se dirige. A un metro de distancia se detiene y espera en silencio, observando su semblante serio en el reflejo que le escupe el cristal.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Alfredo Recio, mientras contempla las cuatro torres madrileñas que despuntan en la distancia, recortadas contra el azul sucio del firmamento.

—La he localizado. Veintiséis kilómetros al sur de nuestra posición.

Alfredo se gira para quedar enfrentado a él. Una sonrisa de reptil tuerce sus labios en una mueca indescifrable, sibilina.

—¿Y a qué estamos esperando?

—Me ha pedido ayuda y necesito utilizar ciertos recursos para que no sospeche. De lo contrario, podría huir. Está metida en problemas.

—Emplea los recursos necesarios. Eso sí, la quiero postrada ante mí, suplicando clemencia, en un máximo de veinticuatro horas.

—Bien. —Se vuelve hacia la puerta para marcharse.

—Darko —llama su jefe. Se detiene, sin volverse—. Cuando te pongas en marcha, iremos contigo. Esta vez no quiero errores…

Nota que un "o" queda pendiendo del aire. Un "o" que representa la ominosa certeza de jugárselo todo a una carta. Una amenaza velada, intuida, inexistente, que chirria en sus oídos como los frenos desgastados de un coche viejo y descuidado.

Blanco o negro.

Cara o cruz.

Vida o muerte.

Acaba de iniciarse la cuenta atrás que precede a la detonación. Esta vez no puede temblarle el pulso. No pueden cometerse errores. Esta vez no hay cabida para las dudas.

—Le mantendré al tanto —asegura, al tiempo que reinicia el camino hacia la salida.

Sergei sonríe con petulante regocijo cuando lo empuja al exterior.

SILVIA CASTRO.

3 de noviembre. Mi ex mujer. 00:42h

Ha estado sentada en las frías escaleras del edificio durante una eternidad. Las mismas escaleras en las que Hugo, su amante, tuvo a bien partirse el cráneo y desencadenar un imparable torrente de desgracias. Ahora, después de mucho pensar, de mucho cavilar, de mucho flagelarse, se pone en pie y sale del portal cabizbaja, hundida, reprochándose el haberse dejado convencer para llevar a cabo un descabellado plan que le ha estallado en plena cara. Es la responsable del apuñalamiento de su ex marido. Y lo que es aún peor, se ha convertido en cómplice en el secuestro de su propia hija. ¡Es una locura! ¡Un auténtico desastre! ¿Cómo, en el nombre de Dios, una madre puede ser la responsable de un horror semejante? ¡De tal aberración!

Ha sido un error estúpido, se dice, pero el espectro de esa mala decisión la está devorando por dentro. Puede sentir sus pequeños mordiscos en las entrañas. El animado roer de una alimaña dispuesta a vaciarla. A dejar solo un cascarón vacío.

Se detiene en mitad de la acera, indecisa, intentando decidir cuál será su siguiente paso. Que rumbo tomar. Se siente perdida, inútil, aplastada por el peso de un remordimiento asentado sobre sus hombros, que golpea su cabeza sin cesar, con ambos puños, como un crío cabreado que arremete entre gritos. Le impide pensar.

Suspira y, sumida en la soledad de la noche, hace balance de su vida: un matrimonio hecho pedazos, un amante muerto, una hija secuestrada y su mejor amiga sentada en la oficina de una panadería en quiebra con los sesos esparcidos por doquier.

No es como para tirar cohetes. Sino para montar un circo y sentarse a esperar a que crezcan los enanos.

Se ha quedado sin opciones. Sin nadie a quien recurrir en busca de ayuda. Sin nadie en quien buscar amparo y comprensión.

Agotada, toma la decisión más sencilla y peligrosa: regresar a casa de Tamara, su último bastión.

Cuando llega se encuentra *la fortaleza* tomada.

Tres vehículos de policía permanecen atravesados en mitad de la calle, cortando el acceso y lanzando destellos azulados a la noche muda. Dos agentes uniformados y aburridos custodian la entrada a la finca, mientras sus compañeros trastean en el interior del chalet en busca de Dios sabe qué.

Todas las luces permanecen encendidas y, a través de las ventanas, puede percibirse el trajín desatado en el interior.

Dos opciones se abren ante ella: huir y deambular por las calles hasta que decida qué hacer o coger el toro por los cuernos y enfrentarse a las consecuencias de sus desafortunados actos. Emplea un par de segundos en tomar la decisión.

Ojalá el toro no esté demasiado encabronado, piensa, mientras avanza hacia la entrada.

—Lo siento, no puede pasar —la detiene uno de los agentes, alzando la mano.

—Necesito hablar con la inspectora Arnaiz. Seguro que está ahí dentro —señala la casa con la barbilla.

La actitud despreocupada de los policías deja paso a un estado de alerta que se dibuja en sus rostros. Uno de ellos, de manera instintiva, incluso se lleva la mano a la culata del arma.

—¿Quién es usted?

—Silvia Castro. Estoy convencida de que la inspectora me estará buscando.

Los policías se miran, valorando la situación.

—No se mueva —exige uno de ellos, antes de iniciar un trote cansino en dirección a la puerta del chalet.

Unos minutos más tarde, el agente vuelve a salir acompañado de la inspectora, que ha clavado su mirada en ella desde el mismo instante en el que ha salido por la puerta. No parece contenta.

—¿Le ha sentado bien el paseo? —pregunta con retintín, mientras atraviesa el jardín a grandes zancadas.

—No sabría qué decirle…

—Deberíamos hablar, ¿le parece? —sugiere, al colocarse frente a ella, aunque parece cualquier cosa excepto una sugerencia.

—Por eso estoy aquí…

—Bien. En ese caso, acompáñeme, por favor —solicita la inspectora con un ademán que invita a seguirla por el sendero que rodea la casa y conduce al jardín trasero.

Los focos están encendidos y la luz inunda el espacio, alargando las sombras hacia la penumbra que bordea el patio. Toma asiento en la silla de plástico que le indica la inspectora, mientras ella misma hace lo propio, mesa de jardín mediante. Sin decir nada, saca el móvil del bolsillo, trastea con él y lo deposita sobre la mesa, entre ambas.

—Yo no la he matado —sentencia, abriendo fuego, y escupiéndole las palabras a la grabadora del teléfono móvil.

—Lo sé. Lo que me resulta curioso es que acudiese a la panadería y decidiese entrar del modo en que lo hizo. Explíqueme eso, si hace el favor.

Deja escapar un suspiro que se suma al fresco hálito de la noche.

—Necesitaba hablar con Tamara o, en su defecto, comprobar algo en la panadería.

La inspectora le mantiene la mirada, expectante, sin hacer ademán alguno de intervenir.

—Será mejor que empiece por el principio —aclara, retorciéndose los dedos con nerviosismo antes de narrar la esperpéntica historia que no hace tanto tiempo le ha contado a su ex marido y a su extraña y joven amiga.

—¿Está diciendo que su amiga y usted organizaron el secuestro de su propia hija?

Tras vaciar el aire de los pulmones, cabecea de manera afirmativa, sin atreverse a mirar a la otra mujer a la cara.

—¿Puede decirlo en voz alta?

—Sí, nosotras lo organizamos. Pero fue Tamara quien decidió inmiscuir a terceras personas para no levantar sospechas.

Evidentemente, no salió bien. Nada salió como habíamos pensado.

—¿Es consciente de la gravedad del delito que está confesando, señora Castro? ¿No desearía tener a su abogado presente?

—Está bien así. Solo quiero arreglar este error. Las consecuencias no me importan.

La inspectora Arnaiz le mantiene la mirada y acaba encogiéndose de hombros. Aquello debe facilitarle mucho las cosas.

—¿Llegó a hablar con su amiga?

—No. La encontré muerta en el despacho. —Deja escurrir entre sus labios un suspiro cargado de aflicción—. Tampoco había indicios de que Rocío hubiese estado allí retenida en algún momento. Creo que Tamara también se dejó engañar por sus socios.

La inspectora parece tomarse unos instantes para asimilar sus palabras.

—Entonces, ¿piensa que su amiga pudo suicidarse por sentirse responsable de todo esto?

—¿Suicidarse? Tamara no se ha suicidado. Los hijos de puta que tienen a mi hija la han asesinado. Ella era la única que sabía quiénes eran. Era el único cabo suelto.

—¿Tiene alguna prueba que sustente su teoría? —Tono incrédulo, mirada desdeñosa—. ¿O solo busca sentirse menos culpable?

Aprieta los dientes e intenta aplacar la furia que pretende adueñarse de sus palabras. Lo consigue, aunque su mirada arde como el infierno.

—Ahora mismo la culpabilidad es como una de esas trituradoras de ramas de jardín. Me está destrozando por dentro y no existe nada que pueda cambiar eso. Me siento completamente responsable de lo sucedido y jamás podré perdonarme el sufrimiento que le he causado a mi niña. No necesito que usted venga a meter el dedo en la llaga, inspectora. —Se retan con la mirada. Al cabo de unos segundos, añade—: Tamara era zurda. Cuando la encontré, me fijé en que sujetaba el arma con la mano derecha. Investigue eso.

—No necesito que nadie me diga cómo hacer mi trabajo, señora Castro. —Sin embargo, parece tomar nota mental de aquella información.

—Disculpe. Me dio la impresión de que daba usted palos de ciego.

La inspectora sonríe de manera afilada. Nada amigable.

—Muy bien. Investigaremos un posible homicidio. —Sentencia. Después, se levanta y rodea la mesa hacia ella, con semblante sibilino—. Mientras tanto, por favor, póngase en pie, dese la vuelta y junte las manos a la espalda. Seguiremos hablando en comisaría. Queda usted detenida como cómplice del secuestro de Rocío Castro.

YO, AITOR CASTRO.

3 de noviembre. 7:58h.

Tras una noche aciaga, el día se despereza entre sugerentes promesas de cambio.

Salgo del cuarto y bajo las escaleras hacia el piso inferior, sumido en la penumbra rojiza que destila el alba. Al doblar la esquina del pasillo, me tropiezo con Lena, que sale del cuarto de baño, con el pelo aún mojado, descalza y envuelta en una pequeña toalla que apenas logra esconder la prodigiosa belleza de su fisionomía.

Ella afianza la sujeción en el pecho y baja la mirada, avergonzada.

Yo, cafre de mí, no consigo evitar que mi mirada realice el tour completo por su cuerpo. Como un amante del arte que observa la Venus de Milo. Me maldigo por ello.

¡Estúpido!, me recrimino.

Enfrentados en mitad del pasillo, no acierto a evitar que la incomodidad continúe creciendo. No sé qué decir.

—Lo siento —se disculpa ella, sujetando el borde de la toalla—. Necesitaba ducha. Y he olvidado ropa en habitación.

Comienza a alejarse hacia la habitación de invitados.

—Espera. —Se detiene y me dedica una mirada suspicaz—. Tengo ropa limpia de mi ex mujer. Creo que te servirá, mientras lavamos la tuya.

El recelo desaparece de su mirada y me dedica una sonrisa cansada.

—Gracias.

—Descuida —digo, procurando sonar despreocupado, mientras siento como el rubor asciende desde el cuello para instalarse en mi

rostro. Conquistarlo—. Sube a mi cuarto, el primero que encontrarás en lo alto de la escalera, y coge lo que más te guste del armario.

Asiente con la cabeza.

—Iré preparando el desayuno.

Y huyo hacia la cocina.

Lena ha pasado la noche en casa: ella en el cuarto de invitados, yo en el mío. Nada más que contar. Simplemente, no tenía adónde ir y yo tenía habitaciones de sobra. Era lo menos que podía hacer después de habernos quedado hasta las tantas planificando el modo de actuar, barajando opciones y posibilidades, la forma de comportarme ante las exigencias de los secuestradores.

—Nunca debes exteriorizar tu miedo —aconsejó ella, ya bien entrada la noche—. Eso les concederá ventaja y poder sobre ti.

Ya, es muy fácil decirlo, pensé en aquel momento. *Pero es como intentar sujetar a un oso hambriento con una simple correa para perro cuando ha escuchado el sonido del río.*

Sin embargo, me limité a sacudir la cabeza de manera afirmativa, con una determinación ficticia que esperaba se convirtiese en realidad.

Aún está el pan en la tostadora, cuando Lena entra en la cocina con la ropa de Silvia: unos vaqueros que le quedan un poco holgados y una sudadera con el escudo de alguna universidad americana, cuyas mangas dejan al descubierto tan solo la última falange de algunos dedos.

—¿Quieres que busque algo más de tu talla? —pregunto, intentando disimular una sonrisa, mientras señalo la ropa con el cuchillo impregnado en mantequilla.

—No, está bien así —asegura, abriendo los brazos y mirándose a sí misma—. Me gusta ir tapada y con ropa grande, para variar.

Al principio nos quedamos serios, un poco tensos, pero de inmediato nos echamos a reír, tirando abajo el muro de hielo que se había levantado tras el embarazoso encontronazo en el pasillo.

—Huele muy rico —dice, acercándose hasta mi posición e inclinándose sobre la tostadora—. Me recuerda a casa, a Eslovenia, cuando era pequeña. Todos los domingos, antes de ir a iglesia, mi

madre tostaba pan en sartén. Olía igual que ahora. Sabía muy delicioso.

Lena se queda pensativa, mientras contempla el fulgor rojizo de las resistencias del aparato. De repente, se ha convertido en una cría; vuelve a ser la niña de su recuerdo, la que come tostadas los domingos por la mañana antes de ir a la iglesia.

La observo con aflicción, deseando poder eliminar aquella melancolía que arde en su mirada, que impregna sus pensamientos con una sustancia pegajosa y grumosa que los mantiene siempre allí, palpitando, doliendo.

—Supongo que mis tostadas no estarán a la altura de aquellas, pero al menos llenarán nuestros estómagos —digo, solo por rellenar el silencio. Un silencio vivo que se retuerce y lanza malintencionadas dentelladas.

—Seguro que sí —concede ella, al tiempo que coge una galleta y la mordisquea sin demasiado entusiasmo.

En el mismo instante en el que saltan las tostadas, se producen otros dos hechos simultáneos: llaman a la puerta y mi teléfono móvil comienza a vibrar.

—Son ellos —anuncio, tras recoger el aparato y echar un vistazo a la pantalla.

—Responde. Yo abro puerta.

Tomo aire y lo dejo escapar muy despacio, como si de aquel modo espantase todos los malos presagios. Arrastro el dedo por la pantalla y me llevo el teléfono al oído.

—¿Sí?

—Buenos días, Aitor. ¿Has descansado?

—¿Cómo está Rocío?

—La niña está perfectamente —asegura aquella voz tranquila y pausada—. Ha dormido, ha desayunado y ahora está viendo la tele. Está bien, pero tiene ganas de volver a casa. ¿Puede hacerlo ya, Aitor?

En ese momento regresa Lena a la cocina cargando con una bolsa de deportes negra. La deja sobre la encimera y la abre.

—He reunido algo de dinero.

—¿Cuánto es "algo de dinero"?

Con el móvil pegado a la oreja y el corazón aporreando en el pecho, me acerco a Lena y me asomo a la boca abierta de la bolsa: un montón de fajos de billetes de cincuenta euros amontonados sin orden ni concierto, un teléfono móvil y un arma de aspecto amenazante, que hace las veces de pisapapeles para una nota manuscrita.

Lena la recoge y la lee en silencio, pero moviendo los labios. Unos segundos después la gira hacia mí y subraya con el dedo un punto exacto. Aunque la nota está escrita en esloveno, los caracteres señalados por la joven son perfectamente legibles para mí.

—Cincuenta mil.

Silencio. Lena se pone a rebuscar en los cajones hasta que encuentra un bolígrafo. Garabatea algo sobre la nota.

—No es una cantidad que me haga demasiado feliz, Aitor. Esperaba una muestra de amor mucho más exuberante hacia tu hija.

Lena me entrega el papel.

—Considéralo un primer pago, una especie de fianza —recito—. En unos días tendré el resto.

Un nuevo silencio. Más largo. Más calculado.

—Me parece bien —concede al fin—, aunque, como comprenderás, tendremos que retener a la niña hasta entonces.

—¿Es necesario? Pagaré. Lo juro.

—Lo siento. No es nada personal.

Era de esperar: no obstante, supone un duro golpe.

—Déjame hablar con ella. Solo para comprobar que está bien.

—¿Qué pasa, Aitor? ¿No te fías de mí?

—No me lo has puesto fácil…

—Pues la confianza es la base en toda relación, señor doctor —masculla, tiñendo sus palabras de una tonalidad más oscura, más férrea—. Sin esa reciprocidad todo queda abocado al fracaso. Y no queremos que esto fracase, ¿verdad?

Lena se acerca y, con un gesto elocuente, me pide que deje estar las cosas.

El hecho es que tenemos una buena oportunidad y no debo desaprovecharla tensando la situación. Resignado, asiento con la cabeza, mientras la miro a los ojos.

—La echo de menos —confieso (no sé si me dirijo a Lena o al secuestrador).

—Pronto estaréis juntos…, si cumples con tu parte del trato —asegura él—. Ahora escucha con atención. Coge nuestra pasta y llévala a la misma dirección que te dio Verónica para el cumpleaños. Te encontrarás la puerta del piso abierta. Pasa y busca el cuarto de baño. Allí, dentro de la ducha, deja el dinero y lárgate echando hostias. Ni se te ocurra quedarte merodeando por las inmediaciones. Aunque no nos veas, estaremos vigilándote —amenaza, aunque suena como el farol desesperado de un mediocre jugador de póker acorralado—. ¿Lo has entendido?

—Llevar el dinero al piso, dejarlo en la ducha y desaparecer.

—Eres todo un superdotado, Aitor. No la cagues.

Y cuelga.

Muy despacio, despego el móvil de la oreja y lo dejo sobre la encimera. Me paso las manos por la cara, tratando de eliminar los residuos tóxicos dejados por la conversación. No lo consigo. Resoplo y miro a Lena, que me observa mientras se abanica con un fajo de billetes.

—Dice que…

—Sé lo que ha dicho. Tienes móvil a volumen muy alto, ¿sabías?

—Eso que me ahorro...

Lena devuelve el dinero a la bolsa y tira de ella para colocarla entre ambos. Saca la pistola y el móvil.

—Por el momento, no necesitaremos esto.

Después, extrae un par de fajos y se los guarda en los bolsillos de la sudadera.

—Para gastos imprevistos —se justifica, pícara, al verse acusada por el pánico de mi mirada.

Cierra la cremallera y empuja el petate hacia mí.

—Todo tuyo. Operación: "esto–es–maldita–locura–de–mierda", en marcha.

YO, AITOR CASTRO.

3 de noviembre. 12:03h.

Al entrar al edificio, cargado con la bolsa del dinero y rezumando nerviosismo, no lo noté; pero al salir, la experiencia vivida me ha soltado un puñetazo que me ha hecho tambalear. En mis retinas aún puedo ver la furgoneta blanca aparcada en doble fila, al hombre de la cabeza rapada caminando hacia mí, empuñando la navaja; en los tímpanos aún resuenan los gritos de Rocío, el arrastrar de pies.

Percibo aquellos recuerdos como un camión de basura que se aproxima dispuesto a arrollarme. Y, tal vez, si el móvil no hubiese comenzado a sonar, lo hubiese conseguido.

Rescato el teléfono del bolsillo del pantalón y miro la pantalla: número desconocido.

Impacientes hijos de puta.

Arrastro el dedo por la pantalla y me llevo el aparato al oído.

—Me he dado toda prisa que he podido, así que no me toquéis los cojones —mascullo, dominado por la irritabilidad que provoca los nervios.

Por un instante, se hace el silencio en la línea.

—¿Señor Castro? —Una voz de mujer. Me resulta conocida, pero no logro asignarle un rostro.

¡Mierda!

—Sí, perdóneme. Pensé que se trataba de otra persona.

—Señor Castro, soy la inspectora Ángela Arnaiz, ¿me recuerda?

¡Mierda, mierda, mierda y mucha más mierda!

—Claro. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Qué llamada estaba esperando?

—No se preocupe. Son temas personales.

Un nuevo silencio. Este mucho más espeso, casi una ciénaga en la que hundirse hasta el cuello. Un suspiro y, después, la inflexión en la voz de la inspectora cambia.

—Aitor, hemos detenido a tu ex mujer. Nos lo ha contado todo. Solo pretendo ayudarte.

—Gracias, pero no necesito ayuda. Son las reglas. Claras y directas. No pienso arriesgarme.

—¿Te han pedido ya un rescate?

—Sí —admito tajante, intentado ver todo lo que sabe.

—Si pagas es muy probable que no suelten a tu hija y te sigan extorsionando. Esto puede convertirse en un auténtico calvario.

—Ya lo es…

—Puede empeorar. Es posible que quien tenga a la niña no quiera correr riesgos ni dejar cabos sueltos. Yendo por libre puedes estar poniendo a tu hija en peligro, puedes estar poniéndote tú mismo en peligro… y a esa otra chica que te ayuda también.

¡Joder! Saben de la existencia de Lena. No puedo permitir que se acerquen a ella.

Me mantengo en silencio, intentando pensar, buscando soluciones.

—Aitor, déjame ayudarte. Dime dónde estás y lo que te han pedido que hagas.

Siento cómo los tentáculos de un pulpo viscoso y frío se filtran entre los pliegues de mi cerebro, palpándolo todo, buscando opciones.

—De acuerdo. Pero tienen que ser discretos al llegar. No deben encender las sirenas ni llegar en tropel como una maldita caballería de película.

—Descuide.

—Vale —acepto—. Acabo de dejar el dinero donde me han pedido y me dirijo al coche. No puedo quedarme en la zona.

—Está bien. ¿Cuál es tu ubicación?

Tomo aire y lo suelto muy despacio. Es un error. Sé que lo voy a lamentar, pero lo hago de todos modos.

—Estoy a las afueras de Tembleque, Toledo. He tomado la salida del pueblo, pero inmediatamente me han hecho desviarme por un camino rural. Varios kilómetros más adelante, me han hecho bajar

del coche, atravesar un sembrado a pie y dejar el dinero en una especie de choza de pastores que…

Corto la llamada de forma abrupta, estrello el teléfono contra el suelo y lanzo sus restos por la boca de una alcantarilla cercana.

¡No me jodas! Que no se entrometan ahora.

Regreso a casa pasado el mediodía, con los nervios a flor de piel y un atronador martilleo bajo el esternón. Según entro por la puerta, Lena aparece al fondo del pasillo con semblante de ansiosa expectación.

—¿Cómo ha ido? —pregunta, mientras se acerca.

—Ha sido sencillo —respondo sin demasiada emoción.

He de reconocer que estoy tocado, al borde del mismísimo desmoronamiento. Lo que he visto en aquel apartamento no ha ayudado precisamente a subirme la moral, y la llamada de la inspectora lo ha empeorado aún más.

—¿Qué ocurre? —pregunta ella, cauta. Debe de haber percibido algo en mi expresión o en mi ánimo.

Apoyo la espalda en la pared y arrastro ambas manos por el rostro, buscando eliminar algo que no está allí.

—Me ha llamado la policía. Saben lo que está pasando y no quieren quedarse al margen.

Pánico en su mirada. Un temor visceral que brilla en sus pupilas. No pronuncia palabra alguna, pero formula millones de preguntas con el titilar de sus ojos.

—No te preocupes. Por el momento, me los he quitado de encima —la tranquilizo—. Los he mandado a un pueblo de Toledo a perseguir gamusinos.

—¿A perseguir qué?

No tengo motivo alguno, pero una sonrisa revolotea en la comisura de mis labios.

—Es una tontería. Una expresión popular. Lo importante es que espero haber comprado el tiempo necesario para rescatar a Rocío.

—¿Y tu móvil?

—En una alcantarilla, destrozado. He visto un montón de películas…

Lena sonríe y, con aquel mero gesto, ilumina todo a nuestro alrededor.

—Me he parado a comprar uno desechable —añado, sacando el aparato del bolsillo y mostrándoselo.

—¿Y si secuestrador intenta contactar contigo? Ese no te servirá…

—¡Joder! No había caído en ello —me lamento—. Solo pensé en despistar a la policía.

—Necesitamos muchos milagros para que esto salga bien. —Se encoge de hombros, al tiempo que hace una graciosa mueca con los labios—. Qué más da uno más.

—Lo hecho, hecho está, ¿verdad?

—Eso mismo. No puedes volver atrás.

Asiento con la cabeza. Es una verdad como un templo de grande.

—¿Para qué móvil, entonces? —quiere saber.

Dudo. Y llego a la conclusión de que es mejor no descubrir mis cartas. Por lo que pueda pasar…

—Necesitaba hacer algunas compras… —respondo, sin aclarar nada —. Por cierto, ¿has comprobado si funciona el dispositivo de rastreo de la bolsa?

La preciosa muchacha vuelve a encogerse de hombros con naturalidad y, sin mediar palabra, se gira y se dirige hacia el salón. Recoge el teléfono móvil que venía en la bolsa que descansa sobre los cojines del sofá, y me muestra la pantalla de la aplicación de rastreo.

—Por el momento no se ha movido. Nadie ha recogido dinero.

Resoplo y me dejo caer en el sillón, abatido. Necesitaría estar solo unos minutos para descargar rabia y frustración. Para romperme y volverme a recomponer, pedazo a pedazo.

Y no puedo hacerlo delante de Lena. Ella se muestra fuerte, al menos de cara al exterior, y lo último que necesita es hallar grietas en mi fachada.

Con todo lo que ha tragado… con todas las barbaridades que ha debido de soportar…y sigue mostrando un estoicismo que ya quisiera algún que otro guerrero espartano curtido en mil batallas, pienso.

Pero es que no deja de ser una joven herida, un muñeco roto que podría descomponerse en cualquier momento.

No debo hacer tambalear su entereza con mis miedos y mis dudas. Debo enmascarar mi vergonzosa debilidad.

—¿Ha pasado algo más? —pregunta, suspicaz.

¡A tomar por culo la máscara! Está claro que como actor no valgo una mierda.

De nuevo, arrastro las manos por mi cara: un enorme rastrillo tirado por un tractor traqueteante que recorre una playa intentando barrer la inmundicia de toda una jornada. Yo, con aquel gesto sencillo, pretendo eliminar toda la mugre generada por una concatenación de malas decisiones. De estúpidos errores, que no sé si tendrán solución.

Me vuelco hacia adelante y fijo la mirada en la punta arañada de sus deportivas.

—Habían montado una fiesta de cumpleaños —musito, con aquel tono escéptico que reservo para las cosas que no llego a comprender del todo—. Esos infames hijos de puta (entre los que incluyo a mi ex mujer) habían organizado un cumpleaños falso para secuestrar a mi hija.

—No entiendo.

La miro a los ojos, buscando en ellos ese remanso de paz que logre apaciguar el bullicio de mi interior.

—Ya escuchaste a Silvia. Montaron una pantomima de la hostia con el único propósito de llevarse a Rocío —aclaro—. Verónica y su hijo, Marco, eran los actores protagonistas. El niño debía acercarse a mi hija; la madre, seducirme a mí, hacer que confiase en ella y caer en su tela de araña. Todo esto ya me parece bastante retorcido, incluso para Silvia, pero puedo llegar a entenderlo si lo que pretendía era desviar la atención, distanciarse del reparto de responsabilidades que acarrearía el asunto. ¡Pero montar un cumpleaños…! —Sacudo la cabeza, incapaz de entenderlo.

Lena se sienta a mi lado, coloca el móvil ante nosotros y deposita la mano sobre mi hombro. No dice nada. Porque no hay nada que decir y, en ocasiones, es mucho más reconfortante dejar que sea el silencio el que se exprese sin cortapisas.

—Había globos, banderines, una mesa repleta de comida y menaje desechable… incluso regalos. Un montón, almacenados sobre un

sofá. No eran de verdad. Abrí uno y no era más que un paquete de azúcar metido en una caja de zapatos. Pero se tomaron la molestia. Querían que pareciera real. —Sacudo la cabeza—. Supongo que es a lo que se refería Silvia con aquello de secuestrar a Rocío sin ocasionarle un trauma de por vida. Quizá su idea era convencerme para dejarla allí y volver a recogerla más tarde. O tal vez echarme algo en la bebida, no lo sé, pero tengo la sensación de que emplear la violencia era la última opción.

—¿Eso hace que te sientas mejor?

Me quedo mirando un desperfecto del suelo, mientras busco la respuesta entre los pliegues de mis sentimientos. Termino por sacudir la cabeza de forma enérgica.

—En absoluto.

Nos quedamos en silencio. Sin embargo, puedo advertir el sonido de los engranajes de su cerebro a pleno rendimiento.

—¿Te preocupa algo?

—Muchas cosas, pero sobretodo que me ocultes información que pueda ser importante.

—¿A qué viene eso?

—¿Qué has comprado con móvil nuevo? ¿Por qué tanto misterio?

En ese momento, el móvil que espera sobre la mesa emite un pitido salvador.

—¡Se mueve! —exclamo, al tiempo que recojo el aparato.

Lena me lo arrebata de las manos, como si se tratase de la frágil cría de cualquier alimaña, y permanece unos segundos en silencio, observando la pantalla: como en un videojuego, un punto rojo parpadeante recorre el mapa del pueblo a gran velocidad.

—No van caminando. Lo mejor será esperar a ver dónde se detienen.

—El rastreador va en la bolsa… ¿Y si se deshacen de ella por el camino?

—Darko es muy bueno en su trabajo. Donde esté señal, estarán ellos. Y tal vez tu hija.

Me quedo mirando el punto en movimiento.

—Cuándo se detengan, ¿iremos a por ellos? —quiero saber, temeroso.

—Iremos con todo —promete ella, con un tono de voz que no deja espacio a las dudas.

Desvío la mirada hacia sus ojos para encontrarme con un abismo abrupto y profundo repleto de determinación y confianza.

¿De dónde la sacas?

Suspiro.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque tu hija no merece pasar por lo que yo pasé.

Asiento con la cabeza y esbozo una agradecida sonrisa cargada de temor y espinas.

—Lo conseguiremos. Ya verás —me anima, convirtiéndose ella en el adulto experimentado que intenta otorgar esperanza a una chiquilla desesperada—. Es hora de poner en marcha —sentencia, señalando con la cabeza hacia el teléfono—. Se han detenido.

En efecto, el punto rojo ha dejado de moverse. La geolocalización dice que está a unos diez kilómetros de nuestra posición, ya en la provincia de Toledo.

—¡A por ellos! —me espolea Lena, mientras comprueba el cargador del arma con una naturalidad que me hiela la sangre.

YO, AITOR CASTRO.

3 de noviembre. 13:49h.

—Gira derecha —ordena Lena, siguiendo las indicaciones del GPS.

Obedezco y enfilo una calle estrecha y bacheada, flanqueada de gigantescas naves industriales de aspecto abandonado. Estamos inmersos en pleno horario laboral y no se percibe el típico trasiego de vehículos y personas entorno a las deterioradas construcciones ni se escucha el clásico bullicio de las zonas industriales. Las fachadas se ven deslucidas, las puertas pintarrajeadas y los cristales de muchas ventanas hechos añicos. Por el aspecto del lugar, hace tiempo que el trabajo no visita estos lares.

—Esto me da mala espina —opino.

—Es lugar feo y solitario, como todos los lugares en que suceden cosas malas —sentencia ella, barriendo con la mirada las inmediaciones—. Yo me preocuparía más si fuese al contrario.

Esquivo un bache que entra ya en la categoría de hoyo y continúo avanzando en línea recta.

—¿Cuál es el plan exactamente? —pregunto, nervioso, escrutando cada recoveco, cada esquina.

—Gira izquierda en siguiente bocacalle. —Se queda callada hasta que me adentro en una callejuela muy parecida a la anterior. Quizá más basura acumulada, más grafitis, más ruina—. El plan es rescatar a tu hija. Y haremos lo que sea necesario para llevar a cabo.

Sus palabras logran tranquilizarme momentáneamente. Es bueno saber que, al menos uno de los dos, tiene la determinación y la confianza necesarias para tamaña empresa.

Resoplo para expulsar todo lo negativo que flota en mi cabeza.

—Estamos llegando —anuncia, con la mirada fija en el móvil—. La siguiente a izquierda.

Giro y detengo el coche con un brusco frenazo. La desconfianza y las dudas vuelven a arremeter con fuerza contra mi endeble entereza, mientras el pánico se extiende y conquista los escasos territorios dominados por el valor.

Resulta, que la calle muere en un diminuto aparcamiento vacío y sucio, que queda rodeado por un conjunto de naves cerradas. En el centro del mismo, una reluciente moto permanece apoyada en la pata de cabra. Su brillo y color desentonan con el ambiente que la rodea, como un papagayo a todo color en una fotografía en blanco y negro. Una bolsa de deportes que reconozco al instante pende del manillar, oscilando levemente.

—Algo va mal.

—Lo sé —admite Lena.

—¿Qué hacemos?

—Da marcha atrás. ¡Sal de aquí! —me apremia.

Demasiado tarde. Como los *pringaos* que somos, hemos caído en una emboscada.

A nuestra derecha hay una furgoneta calcinada y varios cubos de basura que han corrido una suerte semejante. De detrás de ellos vemos salir a las dos figuras que se plantan frente al coche y nos encañonan a través del parabrisas. La más alejada del vehículo, es un hombre grande y musculoso, con la cabeza rapada, una fea cicatriz en la ceja izquierda que la parte en dos y cara de abrir botellines de cerveza con los dientes. Además, una segunda cicatriz destaca en su mejilla. Parece reciente, teniendo en cuenta lo enrojecido e hinchado de la zona. Su mirada, fría y calculadora, apunta hacia nosotros, igual que la escopeta que sostiene en las manos y apoya contra su hombro, lista para disparar. Es el mismo tipo que me apuñaló y se llevó a Rocío.

La más próxima al coche es una mujer, atlética y esbelta, peligrosa, embutida en un mono de motera que se ciñe a su cuerpo como una segunda piel. Lleva el pelo recogido y tirante, lejos de la cara, y tiene los ojos del azul intenso que domina las profundidades del mar.

Unos ojos hermosos, fieros, desconocidos. Nos apunta con un arma corta, con el rostro tenso, pero sigue siendo preciosa.

Verónica.

Mi propio caballo de Troya. Mi propio Judas Iscariote.

Se acerca a la ventanilla del copiloto y la hace añicos con la culata de la pistola. Bajo la férrea protección de su acompañante, coloca con calma el cañón del arma sobre la ceja de Lena, sin dejar de mirarme a mí.

—Buenos días, cariño —dice, con la voz que tendría una serpiente malvada en las películas de dibujos animados—. Si no te importa, apaga el motor. A continuación, muy despacio y sin aspavientos, que mi amigo es de sobresalto fácil, salid del coche los dos con las manos por encima de la cabeza.

No nos queda otra que obedecer y, así, unos segundos después nos encontramos con la cara aplastada contra la carrocería del coche, desprotegidos y a merced de los que deberían haber sido nuestras presas.

Los cazadores cazados.

Tras un cacheo superficial, Verónica encuentra el arma que Lena escondía en la cinturilla del pantalón.

—¿Qué pretendías hacer con esto, bonita? —pregunta mi ex amante, encañonando a Lena con su propia pistola—. Debería pegarte un tiro aquí mismo.

—Hazlo —la desafía, con una voz tan fría como la tundra.

Por la mirada de Verónica, afilada y negra, entiendo que está valorando hacerlo.

—Déjate de hostias y vayamos dentro —propone el gigantón, cuya voz reconozco inmediatamente. Es él quien llamaba por teléfono.

—Ya habéis oído. ¡Andando!

El hombre, siempre escopeta en alto, nos conduce hacia las entrañas de una de las naves, mientras Verónica recoge la bolsa de deporte y nos sigue de cerca. Nos obligan a arrodillarnos en el centro de un espacioso despacho vacío, desnudo, mientras hablan en voz baja, quizá decidiendo qué hacer con nosotros. El dinero lo mantienen a buen recaudo, en el suelo, entre ambos.

He de reconocer que tengo miedo.

Un miedo espantoso.

Ese terror puro, destilado de la peor de las pesadillas, producido por la negra incertidumbre.

Si deciden acabar con nosotros, ¿qué será de Rocío? ¿Qué monstruoso fututo le deparará el destino? ¿Qué amargas experiencias le tocará vivir?

La discusión llega a su fin y Verónica, arrastrando la mirada por el suelo de linóleo, se acerca a nosotros portando la pistola de Lena en la mano, apuntada al suelo. Permanece unos segundos de pie, pensativa, con la mirada fija en algún punto a mi espalda. Después, tras exhalar un lacónico suspiro, se acuclilla con desgana frente a mí.

—¿Qué pretendíais? —inquiere, mostrándome el arma.

—Solo quiero recuperar a mi hija.

—Y te indicamos el camino a seguir, ¡joder! Solo tenías que conseguir algo de dinero y todo volvería a la normalidad.

—Ya lo tienes —digo, señalando con la cabeza la bolsa de deportes que descansa a los pies del hombre de la escopeta—. Ahora, trae a Rocío y déjanos ir.

Verónica sonríe. Una sonrisa sibilina, encriptada.

—Sí, eso es justo lo que pensábamos hacer…

Un espeso cruce de miradas. Si una mosca hubiese pasado entre nosotros se hubiera quedado atrapada en el halo pegajoso que nos dedicamos. Son los mismos ojos que, durante un tiempo, tanta paz y armonía lograron transmitirme. ¿Cómo es posible que ahora se hayan tornado discordantes y ambiguos? Amenazadores. Incognoscibles.

Verónica se rasca una ceja con el brillante cañón y se humedece los labios con la lengua.

Mi cabeza, al presenciar aquel gesto, añade inconscientemente el silbido de una serpiente.

—¿Quién es? —pregunta, señalando a Lena con un gesto desdeñoso del arma.

—Una amiga.

Una nueva sonrisa. O algo parecido. Un gesto que parece risueño, amigable, pero que hubiese logrado inquietar incluso a todas las

fornidas esculturas de los guerreros de Siam.

—Dudo que cualquiera de tus amigas sepa manejar una Beretta PX 4 Storm, Aitor —dice, contemplando la pistola—. Esto no es un juguete, así que deduzco que ella tampoco es una niña desvalida.

No sé qué decir. Me limito a mantenerle la mirada, intentando vislumbrar sus intenciones. Intentando predecir sus decisiones.

Alza el arma y apoya el cañón entre mis ojos. El olor a pólvora y a aceite me revuelve el estómago. El tacto frío siembra de hielo mi piel. Hambrienta, codiciosa, puedo intuir la hierática presencia de la Muerte a mi lado, con su huesuda mano sobre mi hombro.

—Creo que no nos tomas en serio, Aitor —aventura ella con una voz afilada, cortante—. Y eso tiene que cambiar. No podemos seguir perdiendo el tiempo de esta manera.

Con el arma aún apoyada en mi frente, se pone en pie, me dedica una fría mirada y desvía el cañón hacia la cabeza de Lena.

—Lo siento. —Aunque su tono de voz la delata: no lo siente en absoluto—. No me has dejado otra elección.

Horrorizado, desvío la mirada hacia Lena, que mantiene los ojos fijos al frente y la mandíbula tensa, bien apretada. No parece asustada ni inquieta, solo expectante.

—Verónica, no lo hagas, por favor —suplico, sabiendo de antemano que no servirá de nada—. Verónica…

Un destello macabro en sus ojos, constituido por el impulso eléctrico que envía el cerebro al aparato locomotor para ordenar la flexión del dedo índice, el que debe presionar el gatillo.

Después, un fogonazo.

Un terrible estruendo.

Ganas de llorar.

Una fina llovizna de sangre pulverizada rocía mi rostro: pintura de guerra maldita.

Todo transcurre como en otra vida, a otro ritmo. En otra dimensión y otro tiempo.

El disparo aún retumba en mis oídos; un eco discordante y macabro que reverbera, travieso, entre los pliegues de mi aturdido cerebro. Le cuesta asimilar, aceptar que todo se está yendo a la mierda.

No quiero ver caer a Lena, pero me siento incapaz de desviar la mirada. Parece tan tranquila, tan en paz con el mundo. Mantiene los ojos cerrados y finas gotas escarlata cubren su rostro. Permanece muy quieta, impertérrita. Como si una bala del calibre 9 no hubiese atravesado su cerebro. Como si no estuviese ya muerta…

Y entonces abre los ojos y cruza su mirada con la mía, confusa, extrañada, incrédula. Dos bobos buscando en el iris del otro las respuestas a los porqués del universo.

Y las respuestas se precipitan sobre nosotros. Sobre mí, para ser más exactos. Cincuenta y cinco kilos de respuesta.

Con el rabillo del ojo, percibo que Verónica comienza a escorarse, como un buque de guerra alcanzado por un torpedo. No tengo tiempo de reaccionar, de apartarme, y acaba desplomándose sobre mí. Le falta el lado derecho de la cabeza, desde la nariz a la frente. Su sangre, mezclada con los restos de un cerebro desconectado, gotea a escasos centímetros de mi cara.

Mientras intento apartar el cadáver, se produce un segundo disparo, seguido de un grito de dolor, una concatenación de maldiciones e improperios y una estrepitosa caída.

Cuando logro liberarme del peso de Verónica han pasado, tan solo, trece segundos desde el primer disparo.

Un parpadeo. Una eternidad.

Me incorporo y sigo la dirección de los lamentos. El gigantón de la escopeta permanece tendido en el suelo, con los dientes apretados e intentando contener la hemorragia que vierte su desaparecida rodilla derecha. El suelo a su alrededor se ha convertido en una laguna rojiza que se extiende, que crece por momentos.

—¡Darko! —exclama Lena, a mi lado, al tiempo que se levanta del suelo y sale corriendo hacia el hombre que se recorta en el umbral de la puerta, pistola enorme alzada, aún humeante.

Nuestro salvador debe medir cerca de los dos metros de alto y está flaco como el palo de una escoba. Su expresión… carece de expresión, aunque responde al efusivo abrazo de la joven rodeándola con los brazos.

Me levanto del suelo y, cuando me dispongo a acercarme al hombre sollozante de la rodilla destrozada para sacarle a hostias el

paradero de mi hija, una nueva voz me insta a detenerme.

—¡Que preciosa escena! —declama, teatrera, esa nueva voz, masculina, ominosa, desde la puerta del despacho.

Me giro en esa dirección. Un hombre grueso, de pelo oscuro y un bigotito ridículo sobre el labio superior ha entrado en escena. Mantiene las manos a la espalda y se pavonea como una vieja estrella de cine en el Paseo de la Fama previo a la entrega de los galardones. Rezuma confianza y poder. Algo en sus ojos, escondido bajo la superficie, pero claramente distinguible, dispara todas las alarmas.

—Pero, por favor, continuad. Que no os incomode mi superflua presencia —dice, cuando Lena y Darko rompen el abrazo.

Ella se ha alejado un par de pasos, visiblemente asustada, y alterna confusas miradas entre uno y otro hombre. La expresión que irradian sus ojos logra retorcerme el estómago como se retuerce una bayeta empapada en agua sucia para escurrirla.

No puedo evitar la sensación de haber escapado de las hienas para caer en las fauces de los leones.

—Me has vendido… —musita Lena, mirando a Darko con incredulidad: una niña que acaba de enterarse de la verdad sobre los Reyes Magos.

Él se limita a desviar la mirada, impasible, mientras el recién llegado se coloca frente a Lena, autoritario, endiosado. Descubre sus manos. En la derecha porta un arma de fuego. La levanta y acaricia con el cañón el perfil tembloroso de la muchacha.

—Me alegra verte, Jelena. Se te ve bien, aunque ya tendremos tiempo de ponernos al día en otro momento —musita de un modo escalofriante—. Ahora tengo asuntos más acuciantes que resolver.

Desvía la mirada en mi dirección y hace estallar una radiante sonrisa en su rostro.

—No nos han presentado —anuncia, mientras se acerca a mí con la mano extendida—. Soy Alfredo Recio. Me conoces, ¿verdad?

—Algo he oído. Eres el canalla desalmado que le ha destrozado la vida a un millón de crías —suelto, sin pensar en las posibles consecuencias de mis palabras.

Por un segundo, la sonrisa del hombre se esfuma, pero, como el sol entre las nubes, reaparece en cuestión de segundos, más luminosa y radiante.

—Mi querida Jelena. Siempre con una palabra amable para mí. —Tras la última palabra su semblante muta y se endurece como la piel de una gárgola. No queda rastro de humanidad en él. Es el rostro de un monstruo. Los ojos de un monstruo. Las palabras de un monstruo—. ¿Sabes a qué he venido?

Aprieto los dientes y me limito a sacudir la cabeza de forma negativa.

—Esta preciosa joven, además de desertora, ha intentado boicotear mi negocio. Ha matado a uno de mis proveedores, impidiendo que este llevara a cabo su cometido.

—Mató a otro canalla como usted e impidió que una niña fuera secuestrada. ¡Es una heroína!

Una sonrisa lobuna. El brillo en los ojos de un depredador.

—Seguro que cambias de opinión cuando te cuente las consecuencias de esa acción tan heroica.

Sin saber por qué, el frío se extiende a lo largo y ancho de mi piel y siembra de dudas mis pensamientos. Aparece el miedo. El de verdad. El que se siente bajo el esternón y palpita en las sienes.

Alfredo Recio parece estar saboreando el momento, mientras los agónicos lamentos del herido resuenan a nuestro alrededor.

—Atento —exige él, pese a reconocer la expectación que se dibuja en mis ojos— Jelena ha permitido que el objetivo escapara. Me debe una chica… ¿entiendes? —Lo entiendo. Pero me aterra pensar que vaya a verbalizarlo. Y ese pánico debe reflejarse en mi rostro, puesto que la sonrisa arrogante de Alfredo Recio se ensancha, como una grieta en un cristal maltratado—. Veo que lo has comprendido. Un tipo de lo más inteligente.

—No lo permitiré. —Sin convicción. Sin esperanza.

Ladea la cabeza.

—Estarás muerto en cuanto ese desgraciado que se desangra en el suelo revele el paradero de tu hija —asegura, haciendo un ademán hacia el secuestrador caído.

Alza la pistola y la coloca bajo mi barbilla, hundiendo el cañón tras el hueso de la mandíbula. Tira de mí hacia el hombre agonizante.

—Ahora, arrodíllate y disfruta. Serás el siguiente.

Obedezco e hinco rodillas a escaso metro y medio del secuestrador. Puedo oler el aroma dulzón y metálico de la sangre derramada.

Mientras observo mi propio reflejo desencajado en el charco escarlata que crece en el suelo, Darko lleva a Lena hasta allí y la fuerza a acomodarse a mi lado. Me agarra de la mano, aunque apenas soy consciente de ello.

—Haz los honores, papaíto —pide Alfredo—. Pregúntale.

Alzo la cabeza, pero me mantengo callado. Si ese hombre habla, Rocío pasará de estar en un infierno solitario a estar en un infierno rodeada de demonios dispuestos a despedazarla y alimentarse hasta de su alma.

Ardua encrucijada. Compleja decisión.

—Vaya, parece que le ha comido la lengua el gato —bromea el proxeneta en tono jocoso, agachándose y apoyando la mano en el hombro del herido, que continúa con los dientes apretados y respira de forma acelerada, pero entrecortada—. Está bien. Te lo preguntaré yo, amigo. ¿Dónde tenéis oculta a la hija de este caballero?

No responde. Se limita a levantar la cabeza y mirarme a los ojos con los labios apretados.

—Quiero ciertas garantías… —exige con esfuerzo, jadeando, mientras intenta evitar el vertido de sangre.

Alfredo suspira.

Respuesta incorrecta.

Lo veo erguirse, alzar el pie y dejarlo caer con fuerza sobre la rodilla destrozada del hombre. El grito se propaga por el lugar como el ulular errático de un fantasma.

Durante unos segundos, el hombre parece a punto de perder la consciencia, pero finalmente resiste.

Alfredo se inclina sobre su víctima, lo agarra con desprecio de la cara, hincando las uñas con rabia, y se enfrenta a él.

—Te garantizo que no saldrás vivo de esta, amigo. De ninguna manera. La siguiente bala lleva tu nombre inscrito —asegura, alzando el arma—. Lo único que puedes decidir es si quieres que su

destino sea la otra rodilla o la cabeza. Esta bala puede concederte paz o lanzarte al sufrimiento más atroz.

Dicho esto, vuelve a incorporarse y suelta un terrible golpe con la culata de la pistola contra el pómulo del secuestrador.

—¿Dónde está la cría?

—Puede que esté muerta —declara, mirándome directamente, mientras la sangre comienza a manar de una herida en la mejilla.

No sabría explicar si esas palabras me han provocado un dolorosísimo alivio o una terrible desazón. No obstante, no tengo tiempo de perderme en cavilaciones, porque el hombre sigue hablando:

—Lleva horas ahí metida, sin comer ni beber. No tiene ropa de abrigo —reconoce—. Me atacó. Quise cuidarla y estuvo a punto de sacarme un ojo. —Se señala la cicatriz de la cara—. Perdí el control y le di una patada en plena cara. Oí un crujido. Y se quedó muy quieta. No he vuelto a verla desde entonces…

—¡Hijo de puta! —grito desde el suelo—. Arráncale el ojo que estuvo a punto de perder.

Alfredo me mira con una mezcla de desprecio y desdén, pero no dice nada. Parece decepcionado ante la posibilidad de haber perdido una nueva presa. Vuelve a girarse hacia el herido.

—¿Dónde está? —insiste.

Parece un hombre dispuesto a arrancarle una confesión a mordiscos.

—Al final de la nave hay un pequeño almacén, a mano derecha. —Cierra los ojos con fuerza—. Verónica tiene la llave.

—Gracias —Frío, seco.

Coloca el arma sobre la sien del hombre y aprieta el gatillo. El cuerpo del secuestrador se escora en la dirección del disparo y queda tendido en el suelo, inmóvil, relajado. Un gesto de alivio ha quedado instalado en su rostro a perpetuidad. Un alivio que no merece.

Alfredo se vuelve hacia nosotros.

—Bueno, una cosa menos —comenta, jocoso—. Parece que la partida va llegando a su fin…

—¿Esto te parece un juego? —inquiere Lena llena de rabia.

Alfredo amplía su sonrisa socarrona y se acuclilla delante de ella. Con la mirada clavada en sus ojos, que no se apartan, contesta:

—Claro que todo es un juego, querida Jelena. Un juego diabólico en el que la suerte y la muerte solo se distinguen por una maldita letra.

Se mantienen la mirada. Casi puede percibirse el calor que desprenden.

Distraído, bajo la vista al arma que él sostiene en la mano. En estos momentos, la agarra sin fuerza y el cañón apunta al suelo. Un peligroso pensamiento cruza mi mente: *¿Sería capaz de arrebatársela antes de que pudiera dispararnos a cualquiera de los dos?*

En ese momento, como si fuese capaz de leerme la mente, Darko carraspea. Desvío la mirada hacia él.

—Ni se te ocurra… —advierte.

Alfredo lo mira a él y después posa su mirada en mí. De nuevo aquella asquerosa mueca de superioridad bosquejada en el rostro.

—¿Qué pensabas hacer, papaíto? —pregunta, al tiempo que se pone en pie con un chasquido de las rodillas—. ¡Joder! Me estoy haciendo viejo para estas cosas. Terminemos de una vez. Darko, encuentra la dichosa llave, liquida a este pobre desgraciado —ordena, mirándome a los ojos, regodeándose en el placer que le provoca la orden— y trae a Jelena. Volveremos a casa como una hermosa familia. Con suerte, con un miembro más. Pero no tienes de qué preocuparte, papaíto, cuidaremos de tu hija como si…

¡Joder!

¡Qué susto!

Incluso he proferido un ridículo gritito afeminado cuando la potente explosión ha cercenado el resto de la frase.

Observo el rostro de Alfredo, antes petulante y soberbio, ahora dominado por una cómica expresión de asombro. Y todo producto del paso de un proyectil horadando su cráneo y barriendo su cerebro. Sangre, pelo, hueso y masa encefálica en aspersión frente a mis ojos.

Macabro. Reparador.

Alfredo se inclina hacia la izquierda y se desploma en el suelo, muerto. El arma que sostenía en la mano ha quedado enterrada bajo su cuerpo.

Lena agarra mi mano y me obliga a levantarme.

Darko permanece con el brazo extendido y semblante hierático. Una estatua de cera de lo más realista.

—Busca llaves —me ordena ella, mientras se aproxima hacia su viejo amigo.

Obedezco. Me dirijo hacia el cadáver de Verónica y rebusco en sus bolsillos. En el izquierdo, encuentro un llavero insulso de plástico con dos llaves.

—¡Las tengo! —exclamo, alzando el llavero.

No me hacen ni caso. Discuten en su idioma. Ella no parece contenta, más bien contrariada; él se muestra impertérrito, aguantando un chaparrón que parece resbalar sobre su piel.

Los dejo con sus asuntos y echo a correr hacia el fondo de la nave, sintiendo los pinchazos de la ansiedad en el centro del pecho; los ramalazos del miedo mordisqueando mis nervios.

La puerta está a mano derecha, como bien indicó el secuestrador muerto, cerrada con una cadena coronada por un grueso candado. La llave más corta abre el cerrojo y retiro, con estrépito, aquella brillante serpiente de acero. Tengo que emplear otra llave, gruesa y plana, para desbloquear la cerradura, lo que permite que la hoja de la puerta se deslice sobre un raíl oxidado.

Hace frío allí dentro y, aun así, un desagradable hedor sale a mi encuentro: descomposición, orín y humedad. Algo rancio, penetrante y dulzón. La oscuridad reinante apenas permite distinguir algo, puesto que solo la luz procedente del exterior logra dibujar contornos en la densa negrura. Intuyo una serie de estanterías metálicas al frente y algo enorme y cilíndrico al otro lado. También hay cajas de plástico vacías y algún palé astillado, todo desperdigado por el suelo.

Avanzo y entorno los ojos para afinar mi visión. El olor se hace más intenso. Me rodea como un ente consciente de sus quehaceres. Toso y me coloco el brazo sobre la nariz, procurando mitigar el oleaje desatado en mi estómago.

Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a la penumbra. Más adelante, vislumbro unos viejos y humedecidos cartones desperdigados por el suelo, un viejo colchón raído y sucio y un mugriento cojín deshilachado, cuyo relleno se escapa por un descosido lateral. Y sobre toda aquella inmundicia, inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro sereno, está mi hija, inmóvil, recogida en un ovillo de piel y hueso.

Una súbita sensación de angustia se abre paso entre mis entrañas al verla allí tirada. Tan quieta. Tan sola.

Se han producido varios disparos. Ha habido gritos. Has arrancado la cadena de la puerta, haciendo un ruido de la hostia, y ella sigue ahí, dormida…, musita una voz en el interior de mi cabeza.

Con el ritmo cardíaco a velocidad y cadencia de danza africana, avanzo y me acerco a Rocío.

—Cariño —llamo, sacudiéndola del brazo. Está frío y pegajoso. Antinatural.

No reacciona.

La angustia comienza a lanzar brutales dentelladas y arañazos.

Con mano temblorosa y el corazón convertido en un avispero atacado, busco el pulso en su cuello.

Por un instante, mi propio corazón detiene su frenético palpitar. Enmudece. Se petrifica.

Cierro los ojos con fuerza. Pese a ello, una lágrima brota entre los párpados, se arrastra por la mejilla, se asoma al abismo desde la barbilla y, sin pensárselo dos veces, salta al vacío.

Un suicidio limpio. Sin testigos.

LENA JANKOVIC.

3 de noviembre. 15:09h

Desde la distancia, presencia como Aitor logra abrir la puerta del almacén tras pelearse con la cadena y la cerradura. Un segundo después, lo ve desaparecer engullido por aquella estancia.

Que todo salga bien, compañero.

Parco en palabras, como siempre, Darko la anima a acompañarlo.

—Ve con él. Te necesita a su lado —dice, en su idioma natal, mientras rebusca en los bolsillos del pantalón de Alfredo Recio. Cuando encuentra el móvil, se pone de pie y trastea con él.

—¿Qué vas a hacer?

El grandullón se encoge de hombros, en ese gesto tan suyo de inocente indolencia.

—No lo sé.

—¡Y una mierda! Lo has matado a sangre fría —explota, señalando el cadáver desmadejado en el suelo—. No es algo que hayas improvisado a última hora. Estoy segura.

Se queda callado. Vuelve a ser ese niño grande, ese enorme ser vulnerable. No obstante, hay algo detrás de sus pupilas que es diferente. Puede intuirlo. Algo que pretende mantener escondido.

—Era él o vosotros —se justifica, tras un nuevo gesto con los hombros y un barrido con la mirada a las inmediaciones—. Y, al parecer, aún queda algún retazo de humanidad dentro de mí.

—Las últimas reservas, por lo que veo.

La sombra de una sonrisa aletea en los labios de él. Medio millón de mariposas lo hacen en el estómago de ella.

—¿Aún guardas el cuchillo que te presté?

—Lo perdí. Lo siento.

Darko se muestra contrariado. Todo lo que su inexpresividad le permite: un suave torcer de labios.

Tras unos segundos de reflexión, saca el arma, vuelve a agacharse junto al cadáver de Alfredo y coloca el cañón contra el nudillo del índice derecho. Dispara. El dedo queda separado del resto del cuerpo.

—Pero, ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Necesito desbloquear teléfono.

—No era necesario arrancarle el dedo. Bastaba con colocarlo sobre la pantalla.

—Necesitaré desbloquearlo más veces.

—¡Pero que bruto eres! Anda, desbloquéalo —dice, extendiendo la mano para que después se lo entregue.

Darko obedece. Le da el móvil, mientras sostiene el dedo mutilado como quien sujeta una piruleta.

—Puedes tirar esa porquería —asegura ella, al mismo tiempo que comienza a navegar por las entrañas del aparato. Al cabo de un minuto, se lo devuelve—. Listo. Lo he cambiado a desbloqueo por contraseña.

—¿Y cuál es?

—Dime que piensas hacer.

—Tengo pensado marcharme de aquí —dice, tajante—. Tú te quedas. Tu amigo te necesita.

—Tú también eres mi amigo… —se sorprende al decirlo, porque lo ha hecho sin pensar—. Siempre lo has sido.

Inmutabilidad. Sin embargo, sabe que ha alcanzado zona sensible. Darko siente algo parecido al amor hacia ella. Lo sabe desde siempre. Es un sentimiento desdibujado, distorsionado, malinterpretado, pero sincero, al fin y al cabo. A su imperturbable manera, Darko lleva toda su vida enamorado de ella.

—Eres libre, Lena. Olvídate de todo esto y sé feliz —dice, sacudiendo la cabeza, al tiempo que guarda el arma a su espalda—. Adónde vaya y lo que piense hacer es cosa mía.

Ella permanece quieta y silente. No piensa facilitarle las cosas.

—Dime la contraseña.

—No.

—De acuerdo. —Se encoge de hombros—. Esto dificultará las cosas, pero no me detendrá. *Adijo*, Jelena —musita, antes de volverse y alejarse hacia la salida.

Aprieta los dientes y barre las inmediaciones con la mirada. Sus ojos se posan en el cadáver de Alfredo Recio, convertido en una isla de carne en medio de un mar escarlata. Se acerca, empuja el cuerpo para girarlo y desentierra el arma atrapada bajo el cuerpo.

Con ella en las manos, se pone en pie y apunta hacia Darko. Amartilla la pistola. Aquel sonido es suficiente para que su amigo se detenga en la distancia.

—¡Darko! —Él se vuelve y se queda mirándola. Si está asustado, no lo demuestra—. No te muevas.

—Ahora, después de todo lo que hemos pasado, ¿vas a ser tú quien me dispare?

—No me obligues a ello.

—No vas a matarme, Lena. Tú lo sabes, yo lo sé, los aborígenes australianos lo saben.

—Quizá no te mate, pero te juro que soy capaz de volarte las dos rodillas para que te quedes conmigo.

Silencio. Cierta tensión. Es consciente de que Darko sabe que se trata de un farol.

Sus ojos se humedecen y el grandullón se convierte en un borrón impasible. Un borrón gigantesco que comienza a aproximarse a ella.

Cuando se detiene ante sus ojos, aparta el cañón del arma con suavidad y la recoge entre sus brazos.

Calor. Serenidad. Paz.

—Quiero que estemos juntos —susurra ella, reparando, sobre la marcha, las grietas que se abren en su voz—. No puedes dejarme sola otra vez. No te lo permito.

Darko no cambia. Continúa estoico, hierático. Un enorme muñeco de hojalata.

—Ahora no estás y yo no puedo involucrarte en mis problemas —susurra—. Mereces una vida buena, lejos del odio y la violencia.

—Todo el mundo la merece, pocos la consiguen... Dame al menos la oportunidad de elegir.

Un nuevo silencio, en el que casi puede escuchar los herrumbrosos engranajes del cerebro de su amigo.

—Lena, me voy a ir… Solo —asegura con calma—. Cuando termine, regresaré a tu lado, te lo prometo.

—¡No! —Firme. Tajante.

—Sí —Suave. Incontestable.

Da un paso atrás y se la queda mirando unos segundos. La determinación brilla en sus ojos, pero ella se resiste a aceptar su marcha.

—Lo que sea que pienses hacer, lo haremos juntos —dice, sonando casi a súplica.

—Más adelante, quizá; ahora no. Esto es cosa mía.

—Te juro que me están entrando unas ganas de darte una patada en los huevos...

El boceto de una sonrisa que no llega a materializarse se asoma a los labios del hombre. Él alarga la mano y le acaricia la mejilla, buscando secar la lágrima que por ella resbala.

—Solo es un *hasta pronto*, ¿de acuerdo? Cuando haya terminado, te encontraré. —Retrocede, sin dejar de mirarla—. Aunque estés en el fin del mundo.

—Lena y *Stolp.*

—¿Qué?

—La contraseña del móvil. Todo en minúscula, sin espacios.

Darko se lo agradece con un leve asentimiento.

—Nos veremos muy pronto. Y ya sabes dónde encontrarme… —dice, llevándose un dedo a la frente.

—Solo tengo que asomarme a mi ventana…

Cabecea de manera afirmativa. Luego señala con un ademán hacia la derecha.

—No olvides el dinero. Os vendrá bien.

Ella se ha vuelto para localizar la bolsa, que permanece junto al cadáver del secuestrador, en mitad de un gran charco de sangre. Cuando se gira de nuevo, Darko ya no está. Se ha marchado. Ya no puede hacer nada por él.

Se le humedecen los ojos y las ganas de llorar se le atraviesan en la garganta. Pero no es el momento de dejarse vencer por las

emociones. Aún no. Es cierto que no puede hacer nada por Darko, pero todavía está en su mano ayudar a Aitor. Deben sacar a la niña de aquel lugar infecto.

Con fuerzas renovadas y tras recoger la bolsa de deportes, se gira hacia el interior de la nave y echa a correr en dirección a la puerta tras la que vio desaparecer a Aitor.

Hay una gruesa cadena enroscada en el suelo y el portón está abierto. Se asoma, cautelosa, tal vez incluso recelosa ante lo que pueda encontrar. Se queda petrificada ante la oscuridad, observando al fantasma que avanza hacia ella: Aitor, envuelto en una densa penumbra, con los ojos enrojecidos y húmedos. Aitor, con una mirada ausente que mira a través de ella, que la atraviesa. Aitor, que arrastra los pies, cargando con un cuerpo en los brazos. Unas piernas delgadas y blancas que se balancean. Unos brazos que cuelgan laxos. Un rostro escondido, vuelto hacia el pecho del hombre, cubierto por una melena oscura.

Se le cae el alma a los pies.

El corazón se le hace trizas.

—Aitor…

Este la enfoca, se percata de su presencia.

Ella encuentra desperfectos en aquellas pupilas, pero no el estropicio que esperaba hallar.

—Trae el coche. ¡Date prisa!

SILVIA CASTRO.

Mi ex mujer. 4 de noviembre. 10:13h.

Sentada en el suelo, en una esquina de la fría celda en la que permanece retenida a la espera de pasar a disposición judicial, se maldice, una y otra vez, por haberse dejado convencer por su amiga. Por haberse dejado manipular. Por haberse dejado llevar por el mal camino. El resultado no podía había sido más nefasto.

¡¿Cómo puedo haber sido tan estúpida?!

Mitad pregunta, mitad afirmación. Igualmente, dañina. Nada de todo aquello había sido necesario. Su situación tras el divorcio no era tan mala, tan desesperada, como para jugar de ese modo con la vida de su propia hija. Con la vida de muchos a los que quería.

"Será algo sencillo, confía en mí. Engañamos a Aitor, lo sedamos y nos llevamos a Rocío como quien la lleva al parque, sin violencia, sin causar daño a nadie. Después, cuando tu ex se haya cocinado en su propia desesperación y terror, pedimos un suculento rescate. Algo que sepamos que puede conseguir sin mayores dificultades. De esta forma, matamos varios pájaros de un solo tiro, Silvia, ¿no te das cuenta? Conseguimos algo de liquidez (Dios sabe que la necesito), le bajamos los humos al padre del año (que bien le viene) y te encuentras con una excusa para exigirle la custodia compartida (que no es moco de pavo). Secuestrarán a su hija ante sus narices, por una negligencia que no tendrá perdón. Y lo mejor de todo es que la niña pensará que se trata solo de un juego. ¡Ni será consciente de que la han secuestrado!".

En la teoría, todo parecía de lo más sencillo. ¡Un puto chollo! No obstante, en la práctica, el resultado había sido catastrófico (siendo benévolos): Aitor herido, Rocío secuestrada, Tamara asesinada y ella

misma, cómplice de todo aquello, encarcelada. Nada había salido según lo planeado. Ni remotamente parecido.

Solloza. Ya no le quedan lágrimas que derramar, así que se limita a gimotear en seco. ¡Qué manera de despedazar su vida y la de su familia en cuestión de meses! ¡Qué manera de fallarle a todos los que considera importantes! ¿Cómo va a explicarle algo así a su hija cuando la tenga frente a ella? ¿Cómo se supone que va a limar asperezas con un ex marido que debe odiarla… y con razón? Desde luego, a pulso se lo ha ganado, porque ni tan siquiera es capaz de justificarse ante sí misma para otorgarse el perdón. Ni siquiera eso.

Se estremece. Algo, un presentimiento, ha serpenteado por su espalda.

Se pone en pie y se acerca a los barrotes. Aún no los ha alcanzado cuando un policía entra y se dirige hacia su celda.

—Tienes visita —anuncia, mientras introduce una llave en la cerradura.

Siente como se forma un nido de alambre de espino en su interior. Nota como se tensa, constriñendo sus entrañas.

No hace preguntas. Se limita a seguir al guardia por un estrecho pasillo que desemboca en una pequeña sala de visitas. Tan solo un par de mesas ancladas al suelo con sus taburetes a juego. Una está desocupada. En la otra, espera un desolado Aitor, volcado hacia adelante y sosteniendo su cabeza con ambas manos.

El alambre de espino se aprieta más, quitándole el aire.

Con un gesto de la mano, el policía le indica que puede ir hasta él. Sin embargo, se mantiene clavada al suelo durante unos instantes (como las mesas), reacia a toparse con la verdad; reacia a escuchar las noticias que pueda traer aquel hombre de hombros hundidos y mirada desgarradoramente triste.

No, no quiere escucharle. No quiere conocer las novedades que pueda traer consigo.

Aitor se levanta y ella, sin desearlo, sin ser siquiera consciente, camina hacia él. Con cada paso, descubre un nuevo y revelador matiz en el rostro de su ex marido. Ojos enrojecidos, subrayados por unas espesas ojeras que parecen querer tragárselos. Expresión taciturna, amplificada por la incipiente barba y la desdibujada palidez

que domina su piel. Se le ve cansado, derrotado, un hombre que, de la noche a la mañana, ha envejecido quince años.

Se detiene al otro lado de la mesa, haciendo un terrible esfuerzo por mantener la mirada del hombre al que una vez amó. Al que, de una manera distinta, aún quiere.

—Está muerta —suelta sin más, con la voz hecha añicos, como la cuchillada de una navaja mellada y roma—. Has matado a nuestra hija… ¿Por qué? ¿Qué era tan horrible en tu vida para arriesgarlo todo de esta manera?

El alambre de espino se tensa tanto que destroza su interior. Lo pulveriza.

Se derrumba en el taburete más cercano, sintiendo que su corazón se convierte en una trituradora de basura a pleno rendimiento, descontrolada. Todos los sentimientos puros son víctima de su voracidad.

—No… —musita, alzando la mirada hacia Aitor. No sabe muy bien qué busca, pero solo encuentra un extenso territorio dominado por ríos de lava.

—Yo mismo la encontré, Silvia. En el puto agujero en el que tú ayudaste a meterla —acusa, apretando los dientes, conteniendo a duras penas el odio—. Intenté despertarla… Intenté que volviese… —Se le humedecen los ojos y se le resquebraja la voz. Se queda callado. Siempre ha odiado mostrarse débil, y ella lo sabe.

No puede mantenerle la mirada. Cierra los ojos en un fútil intento de huida, pero sus párpados se convierten en una pantalla blanca sobre la que proyectar una película. Lo ve. Presencia todo y cuanto Aitor le cuenta.

El alambre de espino deja de presionar, pero comienza a deslizarse por su interior, mordiendo, rasguñando y desgarrando todo a su paso.

—¿Intentabas castigarme? —quiere saber.

Sin abrir los ojos, sacude la cabeza.

—No.

—¿Querías que me sintiese culpable?

Se obliga a mirarlo de nuevo.

—Tal vez… —admite.

Le bajamos los humos al padre del año. La frase de Tamara estalla en su cabeza como una granada olvidada.

Lo ve fruncir los labios en una mueca de total desprecio.

—¿Crees que merecía sentirme culpable por algo? —Acritud, desdén, cólera.

—No lo sé…

Silencio. Tan puro y blanco que incluso puede escucharse el crepitar del fuego en los ojos de Aitor.

—Debí matarte aquella mañana… —masculla, con la mirada clavada en sus pupilas—. De ese modo, Rocío aún seguiría con vida, aunque me odiase. Aunque renegara de mí. Al menos, el calor de su rencor templaría el vacío helado que ha quedado aquí dentro —dice, golpeándose el pecho.

Se queda sin palabras. Muda ante la furiosa sinceridad de su ex marido.

—Debí mataros a los dos. Hundir el cuchillo en vuestra libidinosa carne hasta convertiros en una jodida y asquerosa masa sanguinolenta e informe. ¡Picadillo de hijos de puta! Eso debí hacer.

Traga saliva y suelta un suspiro trémulo.

—Tú no eres así...

—Antes no, desde luego. Pero nada como encontrarte a tu mujer cabalgando sobre otra polla, en tu puta casa, para convertirte en la mierda que nunca imaginaste ser.

Lo observa. No le gusta el significado que parecen poseer las palabras escondidas bajo la superficie de aquella frase despechada. Tampoco le gusta la mueca acrimoniosa que tuerce sus labios: la sonrisa hueca de un tiburón enajenado.

Él asiente con la cabeza, muy despacio, al tiempo que aprieta los labios y se inclina hacia ella, sobre el tablero de la mesa. Habla en un susurro contenido, mordiendo cada palabra.

—No fui capaz de mataros a los dos: no de forma tan evidente y condenatoria. No podía hacerle eso a Rocío —matiza. Después, se humedece los labios, mientras la acuchilla con la mirada—. Pero sí encontré el modo de machacarle la cabeza a ese hijo de la gran puta hormonado al que te follabas. Y me hizo sentir tan bien… El sonido

de su maldito cráneo al estallar contra el escalón… Fue mejor que un puñetero orgasmo.

—Estás mintiendo. Fue un accidente —balbucea, incapaz de dar crédito a aquellas devastadoras palabras—. Solo intentas hacerme daño…

—No voy a negarlo: quiero hacerte daño. Mucho. El mismo que tú le has provocado a esta familia multiplicado por diez. Pero voy a causarlo ofreciéndote la verdad absoluta, cruda y cruel: yo maté a Hugo. Yo le abrí la cabeza contra los escalones de nuestro edificio.

El hielo se apodera de su cuerpo, dejándola petrificada; sin embargo, en su cabeza se desata una tormenta violenta. Rayos, truenos y un viento alocado que entremezcla sus pensamientos de manera obsesiva e irracional. Lo confunde todo.

—No te creo… —musita, sin llegar a saber si lo hace o no.

—Bueno, tardaré solo un minuto en convencerte. No me apetece contemplar durante más tiempo los ojos de la persona que ha permitido morir a mi hija.

Una nueva estocada. Directa al estómago. Profunda, dañina, difícil de cerrar.

No es capaz de abrir la boca. Se queda muda, sentada allí, esperando que la daga que empuñan las palabras de Aitor vuelva a atravesar sus entrañas.

—Esperé en el portal. No tenía claro cómo lo haría cuando lo tuviese delante, pero sabía que iba a matarlo. Que no dudaría —continúa, casi divertido, pese a la crispación que deforma su rostro —. Al cabo de un rato, escuché que se abría una puerta y oí murmullos. Supe que eráis vosotros citándoos para la próxima vez, para continuar con vuestra traicionera pantomima. Me coloqué frente al ascensor, pero entonces me di cuenta de que estaba bajando por las escaleras. Algo me empujó a subir, una especie de corazonada. Y cuando me crucé con él, sin pensarlo, sin haber decidido cómo lo haría, me agaché, lo cogí por los tobillos y lo alcé con todas mis fuerzas. Cayó de espaldas y… ¡Crack! Un crujido breve y húmedo. La experiencia de mi profesión me dijo que no sería necesario un segundo golpe; la sangre que empezó a empapar los peldaños y sus malditos ojos vacíos, me lo confirmaron.

Niega con la cabeza. No puede estar hablando en serio.

—Solo quieres hacerme daño —se obceca.

Él suspira, se echa hacia atrás en la silla durante un instante, para situar la posición del guardia, e inmediatamente vuelve a cernirse sobre la mesa.

—El muy idiota iba ensimismado con el teléfono móvil, por eso no se percató del peligro —dice—. No le culpo. Iba de lo más cachondo esperando la foto que le prometiste.

Aquella última revelación no deja lugar para más dudas ni negaciones absurdas. Esa contundente afirmación arranca con brusquedad la venda que ella misma se había colocado sobre los ojos.

Ha sido él. Aitor ha matado a Hugo. *¿Cómo sino puede saber eso?*

Recuerda el momento exacto en el que la hizo, aún excitada tras las gratas sensaciones que le dejó el sexo. Estaba en la cocina. Cruzaron una serie de breves mensajes tras la marcha de él y, entonces, decidió quitarse la camiseta y hacerse un picante y atrevido selfie, que no llegó a enviar porque Hugo dejó de estar en línea. Ahora sabe por qué.

Apoya los codos en la mesa y cubre su rostro con las manos, ocultando las lágrimas que brotan de sus ojos. Siente el pecho ardiendo y la energía consumida. Se ve incapaz de hacer nada que no sea llorar, aplastada por el dolor y el remordimiento. Por el remordimiento y el dolor

Se convierte en un nido de sollozos. La estremecen como un brutal seísmo.

—No has derramado una sola lágrima por nuestra hija… —oye que murmura Aitor, muy cerca, con aguzadas espinas en la voz—, en cambio, te enteras de que ese desgraciado no murió de manera accidental y te entra un cuajo de la hostia. Te conviertes en una puta cría lloriqueante. Me das asco, ¿me oyes? ¡Asco!

Nada que rebatir. Está completamente de acuerdo con él.

—Si yo fuese tú, no podría vivir con esto —suelta, con maldad, cargado de malas intenciones—. Llámame loco, pero sería incapaz de llevar sobre los hombros la losa de nuestra pequeña, con su nombre inscrito y una foto en la que aparece sonriente. —Hace una

pausa. Quizá espera que le mire, pero ella mantiene el rostro enterrado en las palmas de sus manos—. ¿Te ves capaz de cargar con eso, Silvia? ¿Con el peso de tantas muertes sobre tu conciencia?

Un nuevo sollozo la sacude con brutalidad. No, no se ve capaz de cargar con nada en esos momentos. No se ve capaz de mover ni su propio cuerpo.

—Hazlo por ella. Por todos ellos —concluye su ex marido, terminando de soltar su veneno.

No reacciona de inmediato. Cuando lo hace y aparta las manos, Aitor ya se aleja hacia la salida. No se vuelve ni una sola vez. No le dedica ni una postrera mirada de despedida.

Cuando escucha el zumbido lejano que abre la puerta y el hombre desaparece, ella deja escapar un suspiro que parece llevar conteniendo desde hace años. Baja la mirada a la mesa, distraída, y entonces recibe el golpe definitivo.

Una fotografía.

Una fotografía de su hija sonriente.

Una fotografía de su hija sonriente con un texto escrito: "¿Por qué me has hecho esto? Ven conmigo. Tengo miedo".

Tras leerlo, el vacío. Una nada negra. Absoluta. Ausente de sonido, de sensaciones, de pensamientos.

De manera inconsciente, recoge la fotografía, se levanta y camina sin ver, sin ser, como un autómata guiado por un control remoto.

Si el guardia no hubiese abierto la puerta, ella habría chocado contra el metal, una y otra vez, emulando al personaje de un videojuego empeñado en pasar por donde no puede.

Deshace el trayecto hasta su celda sin saberlo, siguiendo a un guardia que ella no ve delante, que no hace ruido al andar. Que no existe.

Tampoco escucha el traqueteo metálico de la puerta al cerrarse a su espalda cuando la devuelven a su celda.

Se sienta en el suelo y contempla, sin llegar a verla realmente, la fotografía de Rocío. Tan guapa. Tan sonriente. Tan viva.

Le tiembla la mano y el rostro de su hija se distorsiona.

Suspira.

Recorre la celda con la mirada, buscando algo que no encuentra. Quizás en los bolsillos… Una horquilla perdida en su cabello… Nada.

Resopla de nuevo y cierra los ojos. Cuando vuelve a alzar los párpados, su mirada ha cambiado. Es pura determinación. Y permanece clavada en el bulto que forman los tendones de su muñeca izquierda.

Empieza a respirar de manera pausada, controlada. Imágenes de Rocío empiezan a relampaguear en su memoria.

Inhalación profunda: Rocío durmiendo en su cunita cuando era solo una criatura.

Exhalación lenta: Rocío empezando a gatear. Torpe, pero valiente.

Inhalación profunda: Rocío en su primer día de colegio, con su mochilita a la espalda y una sonrisa que no le cabe en la cara.

Exhalación lenta: Rocío en mitad del monte, siguiendo un camino estrecho y frondoso, tras los pasos de su padre.

Inhalación profunda: Rocío la mañana de un seis de enero, excitada, con la ilusión y la magia desbordando de su inocente mirada.

Exhalación lenta: Rocío graduándose en el colegio, feliz junto a sus compañeros y amigos.

Inhalación profunda: Rocío gritando en plena calle, mientras es arrastrada hacia una furgoneta blanca.

Exhalación lenta: Rocío alargando un brazo hacia su padre, que permanece tirado en el suelo, sangrando.

Inhalación profunda: Nada. Una eternidad negra.

Sin exhalación: Rocío muerta en un zulo oscuro, sola, abandonada, con un rictus de tristeza grabado en el rostro.

Los ojos se le humedecen y los labios comienzan a temblarle. Se odia. Es ahora o nunca, antes de que la rabia remita y el coraje desaparezca.

Uno: inclina la cabeza.

Dos: abre la boca.

Y tres: sus dientes se hunden en la muñeca izquierda, profundos, decididos a causar el mayor destrozo posible en el menor tiempo.

Después de tres potentes dentelladas, la carne ha sido desgarrada, los tendones machacados y las venas abiertas. La sangre mana de

su cuerpo como el agua de un turbio manantial.

Es entonces cuando se relaja. No quiere pensar en nada.

Solo queda esperar.

Se tumba en el suelo, recoge la fotografía de la niña y sonríe a la imagen.

—Tranquila, mi vida. Ya voy.

YO, AITOR CASTRO.

4 de noviembre. 11:23h.

Al mismo tiempo que Silvia hunde los dientes en su muñeca, yo me dejo caer en los escalones de acceso a la comisaría, derrotado, avergonzado, quizá un tanto arrepentido por la crueldad con la que he impregnado mis palabras hacia ella, buscando, en todo momento, causar el mayor destrozo emocional posible. Sentencias salvajes destinadas a acercar a mi ex mujer a un abismo tentador y confortable. Un pozo que acallase los remordimientos y los sentimientos de culpa que, sin duda, albergaría. Que le ofreciese alivio y paz.

Pero… ¿cómo me dejo yo abrazar ahora por ese alivio? ¿Dónde puedo hallar la paz? No me duelen las afiladas verdades que le he soltado a bocajarro, de manera intencionada, premeditada: sin embargo, me escuece de manera terrible la insidiosa mentira que escupí: una granada casera atiborrada de metralla.

Suspiro, e intento frenar la oleada de ansiedad que se cierne sobre mí. Procuro respirar con calma, contando los segundos de inspiración y repitiendo la operación a la hora de exhalar.

No dispongo de mucho tiempo. Nada más dejar a Silvia cociéndose en sus pecados, cerca ya de la puerta de salida, he visto entrar a Ángela Arnaiz con los mismos aires de un jabalí cabreado. Por suerte, no se ha percatado de mi presencia y, agachando la cabeza hasta casi rozar el suelo con la nariz, he podido escabullirme del edificio.

Seguro que se ha pasado la noche recorriendo de manera infructuosa los campos aledaños a Tembleque (dónde yo la mandé), buscando pistas que nunca existieron. No creo que sea

recomendable toparse con ella en los próximos dos o tres… cientos días.

Y alguien, más pronto que tarde, le dirá que he estado allí hablando con mi ex mujer hace unos minutos. Saldrá hecha una furia a buscarme: como una hidra de siete cabezas recalentadas.

Tras unos segundos, el velo negro que amenaza con envolverme comienza a disiparse. Parece que voy recobrando el control. No obstante, en cuanto intento ponerme en pie, me veo forzado a inclinarme hacia un lado para no vaciar el contenido de mi estómago sobre mis propios zapatos. Bilis. Es todo cuanto asciende por mi garganta, sembrando la amargura en mi boca y mi alma.

Permanezco un momento en la misma postura: arrodillado en los escalones, con una mano apoyada en el murete de piedra, que desciende con ellos, y los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —pregunta Lena, al tiempo que coloca una mano en mi hombro.

Sufro una nueva arcada y toso con fuerza. No hay nada más que expulsar. Tengo el estómago vacío.

Un pañuelo de papel aparece en mi campo visual. Lo recojo y me limpio los labios y la barbilla.

Lena me ayuda a incorporarme y a sentarme de nuevo en el escalón, para después tomar asiento a mi lado, abrazándose las rodillas.

—¿Qué ha pasado? —insiste, con la ternura de una madre abnegada.

La miro a los ojos.

Venga, Aitor, no me jodas. Tú eres el adulto. Te corresponde a ti protegerla, no a la inversa.

Sin embargo, desvío la mirada sin decir nada. Tengo miedo de romperme si separo los labios. Si intento hablar.

—Se lo has contado, ¿verdad? Lo de Rocío…

Asiento con la cabeza, al tiempo que dejo escapar el aire de mis pulmones en un suspiro cansado.

—Te arrepientes… —No es una pregunta, sino una afirmación.

Desvío la mirada hacia el coche aparcado frente a la comisaría. El sol golpea de lleno sobre el parabrisas, creando un mar de reflejos;

aun así, me parece atisbar movimiento tras el cristal, dentro del habitáculo. Suspiro.

—Jamás se perdonará lo que ha hecho. No era necesario agrandar esa herida.

Lena se queda callada. Y lo dice todo. No en vano, antes de entrar a la visita, cuando le confesé mis intenciones, ella intentó disuadirme.

Debemos impedir que el mal triunfe. Si lo hace, todos nos veremos afectados por él. El mal es cáncer que corroe todo y a todos.

Debí hacerle caso. Debí mantener a raya mi odio.

—Venga, volvamos a casa —propone, mientras se levanta.

—No podemos volver. La policía irá a buscarnos allí.

—¿Entonces?

Saco el móvil de prepago y se lo muestro.

—¿Lo recuerdas?

Asiente con la cabeza, expectante.

—¿Qué compraste?

Trasteo en el aparato hasta conseguir abrir la aplicación de mensajería. Entro en la bandeja de entrada y abro el único correo disponible. Doy la vuelta al teléfono y le muestro la pantalla.

Lena se queda unos instantes observando la pantalla, intentando comprender lo que ve.

—¿Billetes de autobús? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí. A Venecia. Ya están reservados, pero aún tienes que rellenar algunos datos —confirmo.

—Pero…

—No tenemos tiempo. Te lo cuento por el camino, ¿te parece?

Suspira y me ofrece una mano para ayudarme a levantar. Hombro con hombro, bajamos los últimos escalones juntos, pero en silencio.

Siento un peso inmenso sobre los hombros; un hueco insondable en el centro del pecho.

Y entonces se abre la portezuela trasera derecha del coche y todo aquello desaparece, arrastrado por un soplo de aire fresco y renovado. Con el rostro hinchado, el ojo derecho rodeado por un negro hematoma y el tabique nasal ligeramente torcido, Rocío se asoma sobre la puerta, muy seria, preocupada. Aún bendigo ese

momento en aquel zulo oscuro en el que coloqué mis trémulos dedos sobre su cuello y detecté pulso: fuerte y constante. Tan fuerte y constante que me hizo llorar.

—¿Estás bien, papá?

—Mejor que nunca, tesoro —respondo, ofreciéndole una sonrisa cansada.

A su vez, una sonrisa ilumina su rostro y ella salta al suelo para acercarse a nosotros. Me da un abrazo contenido, quizá temerosa de quebrarme por la mitad.

—¿Y cómo está mamá?

Miro a Lena. No abre la boca ni gesticula, pero el haz de su mirada me ofrece la respuesta correcta.

Suelto el aire contenido en los pulmones.

—Está arrepentida de todo y dice que te quiere. Más que a nada en el mundo.

LO QUE OCURRIÓ DESPUÉS…

8 de noviembre. 12:37h.

Más de siete horas de coche hasta Barcelona (vigilando de forma ansiosa, casi obsesiva, los tres espejos retrovisores en busca de algún policía), cuatro más de espera en la estación Norte de la ciudad condal, aguardando la salida de nuestro autobús y otras dieciséis horas de trayecto (paradas incluidas) hasta bajarnos en la capital del Véneto. No obstante, nuestra "huida" no terminaba allí. Un taxi nos acercó a la estación de tren de Santa Lucía, donde compramos tres nuevos billetes para Trieste. Tres horas y media después, más confiados en nuestras posibilidades y completamente rendidos por el cansancio, caíamos en los mullidos colchones de nuestra habitación triple en el Novo Hotel Impero.

Estuvimos dos días enteros en la ciudad. Dos días en los que apenas salimos del hotel para pasear sus calles y contemplar sus canales (siempre a la sombra de los de la cercana Venecia). Aprovechamos también para ir de compras y localizar una empresa de alquiler de coches. No quedaba mucho. Unos 115kms nos separaban de nuestro destino final.

Me decidí por un Alfa Romeo Spider de 2006, rojo y descapotable, que me hizo ojitos nada más entrar en el local. Un coche pequeño, manejable y más que suficiente para nuestras necesidades.

Al día siguiente, a media tarde, dejamos el hotel, cargamos nuestras escasas pertenencias en el pequeño maletero del Alfa y pusimos rumbo noreste. Según el GPS, en hora y media estaríamos en el lugar indicado.

Finalmente, ha sido hora cuarenta cinco lo que hemos tardado en llegar. Me he tomado el trayecto con calma, disfrutando del paisaje,

de la conducción y del viento en la cara. Apenas hemos hablado.

Y ahora, atardece. Las nubes bajas que flotan en el cielo parecen refulgir como una violenta hoguera desatada. También los campos han adquirido aquellas tonalidades cálidas, de película, otorgándole un halo mágico y místico al entorno.

El coche queda a nuestra espalda, aparcado en la cuneta del estrecho camino de tierra que serpentea entre los campos de cultivo y las granjas. A la izquierda, colocadas a discreción a lo largo de una verde colina se alzan centenares de casitas bajas, cuyos tejados naranjas destacan sobre el monte que los rodea. También alcanzo a ver lo que parece ser un campanario espigado que despunta hacia el cielo rojizo y, al fondo, por encima del pueblo, regio y altivo, un majestuoso castillo que parece dominarlo todo.

Altas montañas nos rodean, vestidas de un verde salvaje e indomable. Incluso puedo distinguir algunos picos nevados en las más alejadas, allá en el horizonte.

Estoy de pie en la linde de un extenso terreno. Lena permanece a mi derecha, sumida en un estado de tensa expectación, y más allá, agarrada a su mano, está Rocío. Los tres guardamos silencio, mientras nuestras sombras se alargan hacia el frente como si quisieran escapar de nosotros y unirse a las dos personas que trabajan aquel pedazo de tierra. Están a unos cincuenta metros. Un hombre y una mujer. El primero, azada en mano, va abriendo una zanja en la que la mujer deja caer algo que porta en un cubo. Es una postal preciosa: el entorno rural y montañoso, los campesinos concentrados en su labor, el atardecer estallando en el cielo…

Pero entonces, un incongruente pitido rompe el encantamiento.

Lena se sobresalta, pero de manera inmediata saca el teléfono móvil y enciende la pantalla.

—¡Es Darko! —exclama con una sonrisa que no tarda en desaparecer.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Gira el móvil para que pueda ver la fotografía: un edificio de dos plantas en llamas. Pueden distinguirse algunas luces de neón entre las lenguas de fuego.

—Es club de Alfredo. Allí fui prisionera todo este tiempo.

Un nuevo pitido. Otra foto.

—¡Joder! —se me escapa al contemplar la imagen.

—Es Sergei —explica ella—. Uno de los hombres de confianza de Alfredo.

Mejor dicho, *era* Sergei. Está desmadejado sobre un suelo enmoquetado en un tono marrón, con los ojos y la boca muy abiertos, y un fino reguero de sangre escurriéndosele hacia la sien. Ese plasma mana de un agujero de bala abierto en la parte izquierda de su hueso frontal.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, tesoro. Son cosas de mayores. ¿Por qué no te acercas al coche y coges algo para picar?

Como la niña que sabe que solo pretenden quitársela de encima, Rocío se aleja enfurruñada hacia el coche.

Un tercer pitido. Una tercera imagen.

—Rasheed —anuncia Lena—. Es mano derecha de Alfredo e instructor de Darko. Él intento transformarlo en monstruo.

Veo a un hombre de color atado a una silla: manos a la espalda y un pie inmovilizado en cada pata con lo que parecen ser cordones de zapatilla. Mira a la cámara con una desafiante tranquilidad. No parece herido. Solo retenido.

Lena mueve los dedos a toda velocidad sobre la pantalla del móvil: *¿Qué está pasando?*

Tras unos segundos de espera, el aparato comienza a sonar y ella lo descuelga de manera inmediata. Tiene la deferencia de activar el altavoz y colocar el teléfono entre los dos.

—Darko…

— Pozdravljena, Jelena. Si v redu?

—Sí, estoy bien. Habla español. Estoy con Aitor —sugiere. Después, repite la pregunta que escribió antes—: ¿Qué está pasando?

—Ya lo has visto. Estoy repartiendo justicia… Una pequeña dosis de justicia, por el momento.

—¿Por el momento?

—Sí —confirma—. Esto no ha terminado. Tengo nombres y direcciones de hijos de puta que nos destrozaron vida. Pienso

devolverles favor.

Lena me mira a los ojos. Veo ilusión, esperanza, miedo, decepción… Todo danzando alocadamente en la pista de baile de sus pupilas.

—Tal vez sea mejor opción continuar vuestro camino —sugiero, inmiscuyéndome en una conversación que no tengo muy claro si me pertenece—. Ahora sois libres. Tenéis el futuro en vuestras manos. No es necesario emprender una cruzada vengativa que ninguno de los dos sabe cómo puede acabar.

Lo dice el que mató al amante de su mujer por algún motivo concreto… Ah, sí: por el puro placer de obtener venganza. Y que después envenenó los pensamientos de ella siguiendo el mismo impulso. ¡Todo un ejemplo!

—Solo llamo para informar de lo que voy a hacer —interviene de nuevo Darko—. Me dijiste que querías hacerlo conmigo.

Veo bailar la indecisión en los rasgos de Lena, que con los ojos cristalinos desvía la mirada hacia el terreno en el que los campesinos siguen trabajando. El hombre continúa cavando la tierra; la mujer ha dejado el cubo en el suelo, se ha erguido y parece intentar estirar la espalda agarrotada. En un momento dado, gira la cabeza y nos ve allí parados, observándoles. Coloca una mano sobre sus ojos, a modo de visera para evitar el deslumbramiento del sol agonizante.

Lena suspira y da dos pasos al frente. Hay lágrimas cruzando sus mejillas.

La lugareña también inicia un caminar lento y dubitativo, como quien desespera en el desierto y atisba un fluctuante oasis en la distancia.

—Quizás Aitor tenga razón y debamos dejar cosas como están —propone ella, con una voz débil, próxima al resquebrajamiento—. Quizá sea momento de pasar página…

La campesina sigue recortando distancia, sin dejar de mirar al frente, sin perder de vista su espejismo por miedo a que desaparezca. Con la mano derecha, se aferra a un crucifijo que cuelga de su cuello.

Su marido, desconcertado, grita desde la distancia. Tal vez llamándola; tal vez pidiendo explicaciones. Sin embargo, no obtiene

respuesta. La mujer está sumida en un trance hipnótico.

—Jelena, ¿Estás bien? —suena entonces desde el teléfono.

—Mejor que nunca…

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—Estoy en casa, Stolp. He vuelto a nuestro hogar…

El teléfono se escurre entre sus dedos y cae sobre la tierra removida, mientras Lena avanza hacia la mujer.

Siento una presencia a mi lado. Rocío ha vuelto y permanece atenta a la escena que se desarrolla ante nosotros. No dice nada. Tiene los ojos húmedos.

Paso un brazo sobre sus hombros y la atraigo hacia mí. El mundo se distorsiona Las lágrimas lo desfiguran.

Las separan unos diez metros, cuando la campesina hunde sus rodillas en la tierra blanda, sin soltar su cable a tierra en forma de cruz. Pese a su fe, se muestra incapaz de dar crédito a lo que ven sus ojos. ¡Al milagro que se materializa ante sus ojos!

Entonces, Lena corre hasta ella y se arrodilla a su lado, con las compuertas de sus glándulas lacrimales abiertas de par en par.

La campesina suelta el crucifijo y toma el rostro de Lena entre sus manos manchadas de tierra.

—¿Jelena…?

La muchacha asiente de forma suave, con una inocente sonrisa encendida en el rostro.

—¿¡Eres mi Jelena!? —insiste la mujer. Mitad esperanzada pregunta, mitad anhelante afirmación.

—Soy yo, mamá. Siento haber tardado tanto en volver…

—Mi niña… Nunca es tarde —musita, tras abrazarla con efervescente desesperación—. Has regresado justo cuando tenías que hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

En este fresco 3 de septiembre de 2025 quiero recordar los nombres de las personas que me han acompañado en este viaje de tinta y papel:

Mis padres, por su apoyo incondicional en esta carrera criminal mía a golpe de teclado.

Mi hermano, por ser fuente de inspiración para cometer estos delitos.

Eika, como cómplice. Espero que se haga justicia y te encierren para siempre en la prisión de mi pecho.

Héctor, prueba irrefutable de la suerte que tengo.

Baby, abogada y colaboradora en los juicios de las presentaciones.

Chus y Pilar, testigos cero de mis fechorías. Sus opiniones me devolvieron la fe en esta historia.

Y, sobre todo, a ti, lectora o lector, por haber estado ahí desde el principio o por acabar de incorporarte. Gracias por haberme acompañado en este retorcido camino. Espero que lo hayas disfrutado.

Gracias de todo corazón y hasta pronto.

Ah, antes de dejarte marchar, me gustaría pedirte un último favor: si has pasado un buen rato y aún sonríes con el libro entre las manos, te agradecería tu apoyo en redes sociales. Al fin y al cabo, es el boca a boca mi única fuente de publicidad.

Si te has quedado con alguna duda o quieres comentarme algo puedes hacerlo a través de Instagram. @javiervallejoautor

Ahora sí, espero verte en la siguiente historia.